

LOLES LÓPEZ



NO TE
enamores
DE MÍ

zafiro[♥]

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Releyó el informe en su ordenador y le dio al botón «Guardar». Acababa de terminar la parte más tediosa de su trabajo: escribir todo el proceso de la autopsia. Lo que más le gustaba era averiguar el motivo de la defunción, estar atenta a cualquier extrañeza que pudiera presentar el fallecido. Aquel caso había resultado bastante sencillo: ese hombre de raza blanca, de unos cuarenta años, había muerto a causa de dos disparos que le habían perforado el corazón. Había extraído del cuerpo las balas y ahora estaban en el departamento de balística para su análisis. Esperaba que no surgiera ningún problema; aquella misma semana se enteró, gracias a un compañero que le informó de lo sucedido, de que habían hallado una prueba contaminada y por ello tuvieron que volver a la escena de un crimen. Estaba sentada delante de la mesa de su pequeño despacho. La iluminaba el pequeño flexo de acero que descansaba encima de la blanca superficie. Por el ventanal que tenía a la derecha, entraba la fría oscuridad de la ciudad. Al día siguiente tenía que regresar a su casa. Llevaba casi un año sin ver a su familia. La Navidad estaba próxima y pudo coger las vacaciones para esas fechas tan señaladas, aunque para ella ya no fueran tan felices como antaño.

—Doctora Arroyo, creía que no había nadie en las instalaciones —dijo el vigilante de seguridad tras abrir la puerta; era un hombre de unos cincuenta años, alto, fuerte y de pelo claro.

—Buenas noches, Steve. Quería acabar el informe y se me ha hecho tarde —comentó Natalia mientras apagaba el ordenador y arreglaba los papeles de la mesa.

—Trabaja demasiado, doctora. Siempre es la última en irse a su casa.

—Es lo malo de mi trabajo, que no tengo una hora fija de salida. —Se levantó de la silla y, acercándose a la puerta donde estaba Steve, se colocó el abrigo y la bufanda.

—Mañana se marcha a España, ¿verdad? —preguntó mientras caminaban por el oscuro pasillo del recinto.

—Sí, vuelvo a mi casa. —Sonrió con brevedad.

—Disfrute mucho de estas vacaciones navideñas. Siempre se la ve muy sola por aquí.

—Gracias, Steve. Lo mismo digo, que disfrute mucho de estos días junto a su mujer y sus hijos.

Natalia abrió la puerta que daba a la calle y salió por ella.

—¿Quiere que la acompañe a su coche? —propuso Steve.

—No hace falta. Pero se lo agradezco. Buenas noches y felices fiestas —dijo Natalia encaminándose hacia su vehículo.

—Felices fiestas, doctora —se despidió mientras miraba cómo se alejaba y quedaba difuminada por la penumbra.

Caminó con paso seguro hasta su pequeño automóvil; no se veía a nadie, a esas horas la gente se encontraba en sus hogares. Vio una sombra que se movía en la oscuridad; estaba segura de que no era producto de su imaginación, tenía esa extraña sensación de ser observada. Cogió con fuerza la llave de su coche y aceleró el paso. No era una persona miedosa pero, a causa de su trabajo, había

aprendido a ser cautelosa en aquella ciudad. Al llegar al coche, abrió rápidamente, entró y cerró por dentro. Puso el motor en marcha y encendió las luces. Antes de salir del parking, miró para descubrir a aquella persona que andaba por ahí. Sin embargo, no vio nada más que unos pocos vehículos aparcados y la negrura de la noche.

Natalia entró en el pequeño piso que había alquilado, se quitó el abrigo y se fue hacia la cocina-salón. Los radiadores creaban una temperatura cálida y perfecta. Estos dos ambientes estaban en la misma habitación, únicamente los separaba una pequeña barra de mármol. La nevera estaba prácticamente vacía. Esa semana no había hecho la compra, pues no quería que se le estropeará la comida. Iba a estar quince días fuera. Cogió la poca leche que le quedaba, llenó un vaso y se la calentó en el microondas. Eligió unas galletas y se sentó enfrente de la barra, en un taburete alto. Le encantaba su pequeño apartamento, llevaba viviendo en él cinco años. Era muy reducido, tendría unos sesenta metros cuadrados, pero para ella sola eran más que suficientes. Contaba con dos dormitorios, el más grande era el que usaba ella, un pequeño cuarto de baño y la cocina-salón. Lo que más le gustaba de ese piso eran las vistas al Washington Square Arch, un precioso parque que se encontraba en Manhattan, muy cerca de su trabajo, a unos doce minutos en coche.

Se levantó y se obligó a hacer el equipaje. Todos estos días atrás había ido posponiendo aquella tediosa tarea. Cuando hubo lavado el vaso, se fue a su habitación. Cogió de arriba del armario la maleta negra y la colocó encima de su cama. La estancia estaba pintada de color amarillo y los pocos muebles eran de roble viejo. La cama la vestía un mullido y cálido edredón de color azul eléctrico.

Estaba deseando irse a dormir, parecía que la almohada la llamaba a gritos para que se acostara, pero antes de descansar debía acabar. Había tenido un día de locos en el trabajo, porque un compañero suyo se había puesto enfermo y se había encargado de todas las autopsias de la jornada. Cuando hubo terminado de colocar la ropa, se puso el pijama y se acostó. Eran las cuatro de la madrugada y debía levantarse a las siete, pues su vuelo salía bien temprano.

Después de ocho interminables horas en avión, Natalia aterrizó en el aeropuerto de Madrid. Eran las diez de la noche. Se sentía mareada por la duración del vuelo y la diferencia horaria. Le dolía todo el cuerpo de haber permanecido sentada tanto rato; había podido dormir durante el trayecto, pero aun así le pareció un viaje eterno. Como era de esperar, no había nadie esperándola a la salida y tuvo que coger un taxi, que la llevó a la que había sido su casa en Toledo.

El vehículo paró delante de un adosado color vainilla ubicado en el barrio de Buenavista. Natalia cogió su equipaje, pagó una buena suma de dinero al taxista y se encaminó hasta la entrada. Sacó sus llaves y abrió la puerta. Estaba todo oscuro. Encendió las luces y se encontró con la fantástica sorpresa de que no había nadie. Estaba convencida de haberles dicho a qué hora llegaba. Subió por las escaleras y llegó a su dormitorio.

Mientras guardaba la ropa en su armario, pensó en dónde se habrían metido su madre y su hermana. Temía volver a casa por estas situaciones. Siempre discutía con ellas, a veces se sentía como si no conectara con ellas, como si la única adulta fuera ella. Eran lo opuesto a Natalia...

Su padre murió cuando ella tenía siete años; aquel día lo recordaba como si hubiese sido ayer. Era un jueves por la tarde del mes de mayo, hacía un fantástico día primaveral, el sol calentaba su

piel y le secaba el pelo todavía húmedo. La gente caminaba animadamente por la calle gracias al buen tiempo que invitaba a disfrutar del paseo. Natalia lo estaba esperando a la salida de natación, como todos los martes y jueves, pero aquel día no llegó... Estuvo mucho tiempo aguardando ver el coche familiar, con su padre en el interior, con aquella sonrisa que le invitaba a entrar. Pero aquello no ocurrió. Apareció su madre en un taxi, quien fue a por ella; le explicó, entre lágrimas incontrolables, lo que había sucedido. Su padre se había precipitado con el coche por el puente de San Martín, había perdido el control del automóvil, no sabían si por un descuido o por algún animal salvaje que pasara por ahí. Fue un horror para ellas. Su hermana Jessica era todavía un bebé, sólo tenía un año. Su madre, encerrada en su habitación, no cesaba de llorar todo el día. Y Natalia tuvo que hacerse la fuerte por las tres. Ayudó a su madre a sobreponerse de esa tragedia y, gracias al apoyo de su abuela, que se fue a vivir una temporada con ellas, cuidó a su hermanita. Cuando tuvo la edad suficiente, se puso a trabajar: quería ayudar económicamente a su madre, pues la pensión de viudedad no daba para mucho. Trabajó de camarera, de cajera, de dependienta en una tienda de ropa... De cualquier cosa que le salía. Además, estudiaba; se pagó los estudios y, con mucho esfuerzo, pudo compaginar ambas cosas. Un día, aquel esfuerzo le fue recompensado: le salió un fantástico trabajo en Nueva York, que le permitía enviar a su madre grandes sumas de dinero.

Después de ducharse, Natalia se puso el pijama y bajó al salón. Se sentó en el sofá de tres plazas de color granate que estaba enfrente de la televisión de plasma de cuarenta pulgadas. Eran las doce de la noche, había llamado varias veces a su madre al teléfono móvil pero ésta no se lo había cogido. Mientras hacía *zapping*, oyó cómo se abría la puerta de la entrada. Entre risas, entraron al salón Jessica y María.

—¡Hija mía! —exclamó María al darse cuenta de la presencia de Natalia—. Con la noticia, se me ha pasado por completo que volvías hoy.

María se fue a abrazar a Natalia, quien se había puesto de pie al verlas aparecer. Al estrecharla entre sus brazos, se emocionó. Su madre era mucho más bajita que sus hijas, morena y delgada. Rondaba los sesenta años, pero se conservaba muy bien.

—Mamá, te he llamado mil veces. ¿Dónde estabais? —preguntó Natalia mirando de reojo a su hermana.

—Ay, Nati. Que te lo cuente tu hermana. —Sonrió emocionada.

Jessica se acercó y le dio dos besos. No se parecían mucho. Jessica era como una muñequita, rubia con el pelo rizado, delgada, con un rostro fino y angelical. Era un poco más bajita que su hermana mayor. Natalia era de complexión atlética, con el pelo castaño y liso. Sus facciones no eran tan suaves, sus pómulos y sus labios carnosos destacaban en su rostro. Estaba acostumbrada a que las miradas de admiración se las llevara su hermana pequeña y, a decir verdad, no le importaba.

—No seas aguafiestas. ¡Estamos de celebración! —exclamó contenta Jessica—. ¡Estoy prometida!

—¿Prometida? —se extrañó Natalia.

—Sí. ¡Alfredo me acaba de pedir que me case con él! —Comenzó a dar saltitos y palmadas, loca de contenta.

—A ver, Jessica, ¿cómo es eso de que te casas? ¿Cuánto tiempo llevas con ese chico? ¡Si no

había oído hablar de él! —comentó visiblemente enfadada.

—El suficiente como para saber que es el amor de mi vida. ¿Qué te pasa? ¿Es que no puedes alegrarte por mí? —preguntó molesta.

—No es eso. Lo que no quiero es que te equivoques con una decisión así. El matrimonio no es un juego de niños.

—¿Tú qué sabrás? Quiero a Alfredo y él me quiere a mí. ¡Lo que pasa es que te jode que yo haya encontrado el amor y tú no! —soltó sin pensar.

—¿Piensas eso? ¿Crees que estoy enfadada porque tú te vas a casar y yo no? —preguntó sorprendida—. ¡Qué poco me conoces, hermanita...! Haz lo que te plazca. Te quieres casar: adelante. Eso sí, ¡luego no me vengas llorando!

—Chicas, no os enfadéis —intervino María para tranquilizar a sus queridas hijas—. Jessica y Alfredo llevan juntos siete meses. Lo conozco desde entonces. Es una bellísima persona y se nota que quiere mucho a tu hermana. Mañana lo verás con tus propios ojos —le contó a Natalia.

—¿Mañana? —La miró confusa.

—Sí. Tenemos comida para celebrar la unión y conocer a su familia —anunció María, y sonrió.

—Esto es increíble —bufó molesta Natalia mientras abandonaba el salón.

Subió hasta su habitación y cerró la puerta. Estaba cansada, agotada. Lo que más le repateaba era que su hermanita se casaba con un don nadie. Alguien que no sabía ni que existía en todo ese tiempo. Estaba que echaba humo por las orejas. Además, su madre estaba feliz por la decisión. ¡Eran unas enamoradizas de la vida! Odiaba ser la única sensata de esa casa. Si no hubiera sido por ella, estarían en la calle, sin un euro, pero, eso sí, con la cabeza llena de pajaritos, florecitas, mariposas, corazoncitos y nubes de algodón. Resopló y se tumbó en la cama. No pensaban en las consecuencias de sus actos. Querían algo, a por ello que iban. Sólo pensaban en el presente, ¿y el futuro? ¿Quién les aseguraba un buen porvenir? ¿Una estabilidad económica? Estaban tranquilas porque de eso se ocupaba Natalia. Sabía que toda la culpa la tenía ella. Por ser como era. Si hubiera sido de otra manera, a saber dónde estarían ahora, aunque se lo podía imaginar.

Se oyó cómo golpeaban la puerta con los nudillos; sin esperar respuesta, ésta se abrió y apareció Jessica. Natalia estaba ya acostada en su cama, tapada con su nórdico rojo. Su hermana se acercó a ella y se tumbó, metiéndose dentro a su lado.

—¿Por qué no me hablaste de Alfredo? —recriminó en voz baja Natalia.

—Tenía miedo de que me dijeras que me olvidara de él... —susurró mirándole a los ojos.

—¿Miedo? ¿Tan mala crees que soy?

—Natalia, eres muy *tú*. —Sonrió—. Eres muy estricta y cabezota. Tememos hacer algo que no apruebes. Eres, a veces, muy dura con nosotras...

—Sólo quiero lo mejor para vosotras... —musitó.

—Lo sabemos. Pero debes relajarte un poco y disfrutar de la vida. Desde que murió papá no has parado de preocuparte. Muchas veces lo hemos hablado mamá y yo. Únicamente trabajas y nos cuidas. Pero no te preocupas por ti, no te diviertes, no sales con nadie...

—Yo estoy bien, Jessica. Soy feliz con mi vida. Me encanta estar en Nueva York; aunque al principio me daba temor dejaros solas, sé que hice bien en irme... No me hace falta ni nada ni nadie

más en mi vida. No quiero complicaciones.

—Eso es porque no ha llegado el hombre de tu vida —murmuró con una sonrisa.

—Madre mía, ves demasiadas películas románticas —susurró Natalia sonriendo más relajada.

—Estoy locamente enamorada de Alfredo. Y sé que seré feliz con él. Cuando estoy a su lado, me siento plena y dichosa.

—Estoy deseando conocer al hombre que ha cegado a mi hermana.

—Por favor, sé buena y simpática con él.

—Tranquila, lo seré —prometió con una sonrisa.

—Háblame de papá —siseó Jessica; le encantaba escuchar cómo hablaba su hermana de su difunto padre. Ella no se acordaba de él.

—Era el mejor padre que podíamos tener. Cuando acababa de trabajar, tenía tiempo para jugar conmigo y, antes de acostarme, me leía un cuento, todas las noches, sin excepciones. Era un hombre alto, rubio y con el pelo rizado. En eso te pareces a él. Era tozudo, serio con sus negocios pero divertido con nosotras. Le encantaba tenerte en brazos. Te miraba a la cara y te susurraba palabras bonitas. Quería mucho a mamá, todos los días se lo demostraba. No paraban de besarse y de abrazarse. Nos quería mucho, muchísimo... —contó emocionada al recordarlo.

—Fue duro, ¿verdad? —musitó Jessica.

—Sí. Mamá no cesaba de llorar y de preguntarse por qué le había pasado aquello. Le costó mucho recuperarse. La abuela tuvo que venir a vivir unos meses con nosotras, pues no salía de su habitación...

—Pobrecilla... Sé que aún lo echa de menos. A veces le pregunto cosas de él, y se le nota la tristeza en los ojos.

Natalia se estremeció al recordarlo. Ella era pequeña, pero se acordaba de todo. La angustia vivida, las palabras de su abuela mencionándole que debía ser fuerte por las tres. Poco a poco, su madre salió de aquel agujero y comenzó a dejar de llorar. Aunque sabía que el dolor y la desdicha siempre habían habitado en su interior.

Recordando el pasado, las dos hermanas se quedaron dormidas una junto a la otra. Como antaño, cuando una pequeña Jessica iba corriendo a la habitación de su hermana mayor porque acababa de tener una pesadilla. Ésta, siempre, la recibía con un afectuoso abrazo.

Natalia se despertó sobresaltada, acababa de oír un ruido que provenía del piso de abajo. Miró a su lado derecho y Jessica continuaba durmiendo plácidamente. Se levantó con cuidado para no despertarla y bajó descalza los peldaños de la escalera. Estaba totalmente a oscuras, para alumbrar el camino únicamente utilizaba la luz que emitía su teléfono móvil. Se quedó paralizada al comprobar que la puerta principal de su casa estaba abierta de par en par y que en el salón había alguien rebuscando por los cajones. Sin dudarle ni un segundo, bajó los escalones con rapidez para sorprender al ladrón. Aquella persona oyó los pasos sigilosos que emitía Natalia y, dejando lo que estaba haciendo, salió corriendo del salón y se escapó hacia el exterior. Ella echó a correr detrás de él por las calles vacías y oscuras de su barrio.

—Eh, tú. ¡No huyas! —gritó con todas sus fuerzas sin aflojar su carrera.

Maldijo para sí cuando vio aquella sombra oscura subirse a un coche, arrancar y marcharse calle

abajo, dejando a Natalia con mal sabor de boca. Estaba a punto de atraparlo...

Volvió a su casa y encontró en el salón a su madre y a su hermana, que la miraban con preocupación.

—¡Mierda! —exclamó Natalia al verlas—. He estado a punto de pillarlo. —Se dio cuenta de que tenía los pies congelados, había salido a la fría calle únicamente con los calcetines.

—¿Qué hacías persiguiéndolo? ¿Estás loca? Te podría haber hecho algo —recriminó Jessica nerviosa.

—¿Estáis bien las dos? —preguntó Natalia mirando a su alrededor para saber lo que les había robado.

—Sí, tranquila. No es la primera vez que nos entran en casa... —susurró María cabizbaja.

—¿Cómo? —preguntó Natalia atónita—. ¿Han entrado más veces en casa y no me lo habéis dicho?

—No queríamos preocuparte... Ésta es la segunda vez que entran en una semana, pero, por lo que veo, las cosas de valor siguen en su lugar... —explicó María. Natalia se fijó en que su madre tenía razón. En el salón continuaba la televisión de plasma, el portátil, la tableta y varias cosas valiosas más. Sólo se veían papeles tirados por el suelo, extraídos de los cajones del mueble.

—¿Lo habéis denunciado?

—Sí. Pero, al no haber robo, poca cosa pueden hacer...

—Esto es muy raro.

—Pues sí... —musitó María recogiendo los papeles y volviendo a meterlos en los cajones.

—No te preocupes, Natalia, mañana iremos a la policía a denunciarlo... —murmuró Jessica intentando calmar a su hermana.

—¡Es increíble! Os entran en casa y estáis tan tranquilas. Mañana pondremos una alarma y cambiaremos el cerrojo de la puerta... —afirmó Natalia nerviosa.

—Bueno, chicas, a dormir. Mañana nos espera un día muy completo —comentó María tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada y cogiendo a sus hijas por el brazo mientras avanzaban hacia las escaleras.

Volvieron a subir a sus respectivas habitaciones, pero Natalia no pudo conciliar el sueño. No dejaba de pensar en aquel extraño suceso... ¿Qué andaban buscando en su casa? Si no tenían ni dinero ni joyas. Era todo muy raro.

Se levantó temprano; prácticamente no había dormido en toda la noche. Se vistió, se tomó algo rápido en la cocina y salió de su casa sin que la viera nadie. Su madre y su hermana aún dormían en el piso de arriba. Se dirigió al garaje, que estaba pegado a la puerta de la entrada, abrió y fue en busca de su amada moto. Estaba tapada con una funda para que no se le estropeará. No se la quiso llevar a Nueva York, prefería moverse por esa ciudad en coche. En cambio, por Toledo le encantaba conducir su magnífica moto roja. Se colocó el casco, se abrochó bien la cazadora y puso en marcha el vehículo, que rugía como siempre. Le fascinaba aquel sonido tan familiar. Su padre había sido un forofó de las motos y del motociclismo. Cuando cerró el garaje, salió flechada por las calles de su ciudad natal.

Lo primero que hizo fue ir a la comisaría de policía. Ahí, un amable agente le tomó nota de su denuncia y le comentó que lo mejor era que contrataran un servicio de seguridad doméstica. No podían hacer mucho, pues desconocían el aspecto de las personas que habían entrado en la casa y, además, no habían robado nada; por tanto, se trataba únicamente de un allanamiento de morada sin sustracción. Añadieron que, si continuaba así, tomarían cartas en el asunto. Natalia salió bastante frustrada por las pocas soluciones que le habían dado. Sin dudarlo, se fue a una empresa, bastante famosa, de seguridad privada. No iba a dejar a su madre y a su hermana desprotegidas. Contrató la mejor alarma que había en el mercado, y le aseguraron que antes de Navidad la tendrían instalada. Salió con un poco de mejor de humor, al día siguiente era Nochebuena...

Mientras paseaba por el casco antiguo, sonó su teléfono móvil.

—Dime —contestó Natalia.

—¿Dónde estás? Te estamos esperando para irnos a comer con Alfredo y su familia — dijo Jessica alterada.

—¿Ya? Pero ¿qué hora es? —preguntó asombrada; se le había pasado la mañana sin darse cuenta.

—Cerca de las dos.

—Perdona, me he liado haciendo cosas y ni me había fijado en la hora. Dime el restaurante, voy directamente hacia allí.

— Vamos al Mesón Duque. ¿Sabes dónde está?

— Sí. Nos vemos allí. No tardo, hermanita.

Se fue hacia donde tenía estacionada la moto, se subió en ella y se dirigió velozmente hacia la gran comida familiar.

Llegó en seguida; la mejor manera de moverse por la ciudad, sin duda alguna, era la motocicleta. La dejó estacionada cerca del mesón y entró buscando con la mirada a su familia. Las vio, estaban en un rincón del restaurante, sentadas delante de una gran mesa redonda, ataviada con un precioso mantel de tela azul oscuro con servilletas rojas.

—Perdonad el retraso —se excusó Natalia cuando estuvo cerca de ellos.

—¡Al fin, hija! —exclamó aliviada María.

—Lo siento, es que me lié haciendo cosas por el centro y no me di cuenta de la hora...

Jessica se levantó y se acercó a ella.

—Os presento a mi hermana Natalia —informó a sus futuros suegros y a su prometido—. Ellos son Alfredo, Carmen y Jesús.

Natalia se acercó primero a los padres del que iba a ser su cuñado. Eran una pareja de unos cincuenta años. Ella era morena, con el pelo muy corto, menuda y delgada. Jesús era también moreno, de estatura media y corpulento. Le dio un beso a cada uno. Después se dirigió a Alfredo; era bastante guapo: moreno, con los ojos oscuros y un poco más alto que su hermana. La miraba temeroso; aquello le hizo gracia, a saber qué le había contado Jessica de ella.

—Ya tenía yo ganas de poner cara al chico que ha engatusado a mi hermana —bromeó Natalia con una sonrisa, mientras le daba dos besos.

—Encantado de conocerte. Jessica me ha hablado mucho de ti —dijo Alfredo tímidamente.

Natalia se quitó la chaqueta y se sentó al lado de su madre y de su hermana.

—Bueno, ¿y cuándo será el gran día? —preguntó Natalia con una sonrisa.

—Aún no tenemos fecha, pero queremos que sea lo antes posible... —susurró Jessica con el rostro iluminado mirando a los ojos a Alfredo.

—Habíamos pensado para abril... —musitó Alfredo mirando de reojo a Natalia, temeroso de su reacción; su prometida le había advertido del fuerte carácter de la que iba a ser su cuñada.

—¿Abril? —saltó Natalia boquiabierta—. ¿Estás embarazada? —soltó intentando encontrar lógica a aquella fecha tan próxima.

—¡No! —exclamó Jessica sonrojándose—. Es que estamos deseando compartir nuestra vida y poder pasar todas las horas posibles juntos.

—Pues iros a vivir juntos, que yo sepa no hace falta casarse para eso —resopló Natalia.

—Nosotros queremos hacer las cosas bien, como Dios manda. Primero casarnos por la iglesia y después todo lo demás —explicó Alfredo.

—¡Vaya tontería! —espetó Natalia mientras cogía la carta del restaurante.

—Que sea una tontería para ti no significa que no sea importante —comentó Jessica alterada.

—Haz lo que quieras, Jessica. Ya te lo dije ayer... Lo que me sorprende es que de repente seas tan creyente —susurró levantando los hombros en señal de indiferencia.

—Será lo que vosotros decidáis. Primero debéis coger fecha en la iglesia —dijo María, dándole una suave patada a su hija mayor, para que se callara; Natalia la miró de reojo negando con la cabeza.

—Sí. Mañana iremos a ver las fechas disponibles —comentó la futura novia con una sonrisa radiante.

Natalia miraba de vez en cuando la actitud de aquel chico. Quería saber si era de fiar y si su hermana estaría bien a su lado. Se veían muy felices juntos; de vez en cuando Alfredo le daba un tierno beso en la mejilla a Jessica. Ella estaba pendiente de él y de sus padres. Siempre mostraba una sonrisa mientras conversaba acerca de los preparativos de la boda y de todo lo que tenían que hacer.

Los padres de él eran bastante agradables. Hablaban con educación y tenían muy en cuenta la opinión de María; eso fue del agrado de Natalia.

Después del postre y del café, salieron del restaurante. Natalia, con la excusa de ir al baño, sin ser vista, los invitó a comer. Cuando se enteraron, se lo agradecieron; ella, con una sonrisa, les dijo que no hacía falta que le agradecieran nada, lo había hecho y punto.

—Natalia, vamos al polideportivo. Alfredo ha quedado con un amigo suyo para jugar al tenis. ¿Por qué no te vienes y así me haces compañía? —preguntó Jessica colgándose del brazo de su hermana.

—¿A verlos jugar? —murmuró con cara de asco.

—Por favor —pidió poniendo carita de pena y haciendo pucheritos con los labios.

—Vale. —Sonrió rindiéndose por las tácticas que usaba su hermana para convencerla.

—¡Qué bien! Nos vemos allí. Me voy en el coche de Alfredo —informó a la vez que se iba hacia donde estaba su novio y se colgaba de su brazo.

Sonrió al ver que su hermana pequeña no había cambiado con los años. Seguía igual. Continuaba siendo la niña divertida y consentida que siempre había sido. Tan inocente e ingenua como antes.

Se despidió de todos y vio que los padres de Alfredo se ofrecieron para acercar a María a su casa. Cuando vio que todos se marchaban, fue a por su moto y se dirigió, con pocas ganas, al polideportivo.

Dejó el vehículo estacionado en la zona habilitada para motocicletas, enganchó su casco y se encaminó hacia las instalaciones. En la puerta de entrada la estaba esperando su hermana.

—Alfredo se ha ido a cambiar a los vestuarios. Ven por aquí, que me ha dicho en qué cancha van a jugar —explicó sonriente—. Dime, ¿qué te parece Alfredo?

—No sé. Aún no he podido hablar con él... Cuéntame algo de tu queridísimo novio —solicitó mientras se dirigían a las pistas de tierra.

—Tiene veinticinco años, hijo único. Es funcionario en el ayuntamiento. Es divertido, le encanta el cine y la música. Y es un caballero conmigo —relató con una sonrisa bobalicona.

—En la cama, ¿cómo es? —planteó con una sonrisa cómplice.

—¡Natalia! —exclamó ofendida y sonrojándose mientras miraba hacia los lados temiéndose que aquella demanda la hubiese oído alguien más—. ¿Cómo me puedes preguntar eso?

—¡Pues preguntádotelo! Eres mi hermana. Y con veinticuatro años no creo que seas virgen —comentó mirándola. De repente dejó de caminar. Jessica cada vez estaba más colorada y no cesaba de mirar hacia el suelo—. No. No me digas que lo eres. ¿Eres virgen? —quiso saber alterada.

—¿Quieres bajar la voz? —susurró con el rostro sonrojado—. Ya te he dicho que Alfredo es todo un caballero.

—Tú lo que eres es tonta, y él, más —comentó asombrada—. Con los tiempos que corren y vosotros con mentalidad de abuelos.

—Quiero que mi primera vez sea con el hombre que envejecerá a mi lado: mi marido.

—Jessica, ojalá te salga bien —bufó resignada; en ese tipo de asunto era imposible hacerla razonar.

Llegaron a las pista de tenis de tierra batida. Se sentaron en la grada, en la parte de abajo, para

poder verlos bien.

—Podríamos decirles de jugar un día con ellos —propuso Jessica más relajada desde que su hermana dio por finalizada aquella conversación.

—A mí el tenis no me va mucho, Jess. ¿Es que la pareja de vuestro amigo no juega al tenis?

—Ewan no tiene novia. Vamos, que yo sepa... —murmuró con una sonrisa.

Por la derecha de las hermanas se acercaban los dos amigos. Vestían pantalones cortos y camiseta de manga corta. En la mano portaban su raqueta y en su espalda llevaban colgado el raquetero con más raquetas, pelotas y toalla.

—¿Ésa es la hermana de Jessica? —preguntó sorprendido Ewan al verla sentada al lado de la delicada novia de su amigo.

—Sí —contestó Alfredo con una sonrisa.

—¿Quién se cree que es, Jorge Lorenzo? —soltó entre risas.

Le sorprendió ver a aquella chica tan distinta de Jessica; para ser hermanas, no se parecían mucho entre sí, aún menos con una chaqueta de motero tan masculina, negra y roja, pantalón vaquero desgastado y botas altas negras. Eran como la noche y el día. La novia de su amigo era todo tonos rosados y vestidos vaporosos y femeninos.

—A mí me ha pasado lo mismo —susurró sonriendo Alfredo—. Me ha dicho Jess que venía en moto...

—¡Pues debe de estar chula encima de una Scooter con esa chaqueta! —exclamó en tono jocoso.

Se acercaron a las chicas, que, al verlos dirigirse hacia ellas, se levantaron.

—Natalia, te presento a Ewan. Amigo, ella es mi futura cuñada —informó Alfredo aguantándose la risa por lo comentado anteriormente.

Ewan se acercó a ella y le dio dos besos. Natalia observó que era bastante alto, rondaría los dos metros de altura. Su pelo era castaño claro y sus ojos, verdes. Su rostro resultaba muy llamativo, con aquellos labios bien definidos y una mirada penetrante. Tenía un cuerpo atlético. Sus piernas eran fuertes y musculadas. Su tez estaba bronceada por el sol. Se notaba que era joven, tendría un par de años más que su hermana pequeña.

—Encantado de conocerte, Natalia —saludó Ewan con un acento bastante familiar para ella.

—Lo mismo digo.

—Vamos, Ewan, que hoy estoy fuerte y te voy a ganar —comentó Alfredo con una sonrisa.

—Eso habrá que verlo —repuso con una media sonrisa mirando de reojo a esa mujer que lo miraba con indiferencia.

—Siempre están así, son como niños —señaló Jessica cuando los dos hombres estaban ya dentro de la pista.

—Ewan no es de aquí, ¿verdad?

—No. Sé que es norteamericano, pero no me acuerdo de qué ciudad... Alfredo lo conoce desde hace muchos años. Cuando era niño vivió una temporada en su casa. Los padres de éste querían que aprendiera español y lo apuntaron al programa de intercambio de su escuela. Desde que se conocieron, fueron inseparables. Y, siempre que puede, Ewan viene a visitarlo.

Empezaron a pelotear, cada uno en un extremo de la cancha. Natalia observaba a aquellos dos

chicos. Alfredo se veía muy concentrado, como si se estuviera disputando un trofeo. En cambio, a Ewan lo veía relajado y muy seguro de sí mismo. Natalia no entendía mucho de tenis, pues nunca le había llamado la atención, pero le pareció que se le daba muy bien darle a la pelota.

—¡Cómo se nota que es tenista profesional! —exclamó Jessica aclarando la duda de ésta.

Estaba atenta a todos los movimientos de su novio, que iba de un lado a otro de la pista, intentando jugar tan bien como su amigo.

—¿Es tenista? —preguntó Natalia asombrada.

—Sí, y de los buenos. Está en la posición octava en la lista de la ATP.

—Vaya con el americano... —susurró mirando los perfectos movimientos de éste.

Sabía que estar entre los primeros diez tenista en la lista de la ATP significaba que el chico valía y mucho. Se fijó en que su hermana sufría cuando su novio perdía un punto. Le hacía bastante gracia verla así, nunca había sido competitiva y menos con el deporte. No le gustaba demasiado. Al contrario que a ella, a quien no le gustaba perder ni al parchís.

Como era de esperar, Ewan ganó a Alfredo, pero éste se lo tomó bastante bien. Parecía que era feliz con el simple hecho de jugar un rato con su amigo. Al acabar, recogieron sus cosas y salieron de la pista.

—¡Venga, que os invito a tomar algo! Nos duchamos y nos vamos al bar de Pepe —anunció Alfredo tras darle un tierno beso a Jessica en los labios.

—No tardéis —pidió Jessica mientras éstos se iban hacia los vestuarios.

Las dos hermanas se fueron hacia la puerta principal a esperarlos. Jessica no paró de hablar de su novio, quería que su hermana viera lo maravilloso que era. Natalia estaba ya un poco saturada de escuchar las virtudes de aquel chico: de lo bueno que era con ella, de lo gracioso e inteligente... Ya no podía dudar de que su hermanita estuviera ciega por aquel chico. Sabía que tarde o temprano pasaría aquello. Siempre había soñado con su boda, de bien pequeña, y era normal que estuviera así de ilusionada. Para Natalia esas cosas eran absurdas y nunca habían pasado por su mente. No quería casarse, ni tener novio. Ella prefería vivir sola, sin complicaciones ni ataduras. Así era feliz.

Los vieron acercarse a ellas; estaban recién duchados y aún tenía el pelo mojado.

—¡Ya estamos aquí, chicas! —exclamó Alfredo acercándose de nuevo a Jessica para darle otro beso. Natalia sonrió, parecía que no pudiera aguantarse las ganas de besar a su hermana.

—Pues vámonos —propuso Jessica.

—Bueno, chicos, aunque es tentadora la invitación, os dejó ya. Voy a ver si aprovecho la tarde —comentó Natalia.

—Nati, apúntate... No seas tonta. Paga Alfredo. —Sonrió Jessica, intentando hacer más tentadora la invitación.

—Otra vez será. Llegué ayer y no he hecho nada todavía...

—Bueno, como quieras. ¿Dónde tienes la moto? —preguntó su hermana.

—Aquí al lado. —Señaló con la cabeza.

—Te acompañamos, nosotros tenemos el coche un poco más lejos.

Los cuatro se pusieron a andar en dirección al aparcamiento. Jessica iba cogida de la mano de Alfredo, al lado de su hermana, y Ewan caminaba al lado de su amigo. Llegaron donde se

estacionaban las motocicletas.

—Alfredo, ¿has visto qué preciosidad de Ducati? —preguntó Ewan admirando la máquina.

—Ostras. Debe ser la hostia poder montar en ella. Tiene que correr que se las pela. ¿Es la Ducati Superbike 1199 Panigale? —planteó acercándose a ella para verla mejor, agachándose para admirar con detenimiento todos sus detalles.

—Sí. Joder, al final me tocará comprarme una de éstas. ¡Me encanta! —exclamó sonriendo Ewan.

Las dos hermanas se quedaron mirándose mientras se aguantaban la risa.

—¿Dónde tienes tu moto, Natalia? —preguntó Alfredo viendo que se había parado delante de esa moto y de una Harley.

—Creo que ya te has fijado en ella —dijo sonriendo. Le encantaba asombrar a los hombres con su magnífica moto.

—¿Es tuya la Ducati? —pregunto Ewan perplejo, mirando alternativamente la moto y a ella.

—Sí. —Sonrió con orgullo.

—No me lo puedo creer... —Ewan estaba sorprendido.

—Pues créetelo —murmuró mientras abría el candado para sacar su casco.

Se subió a su moto, se colocó el casco y arrancó el motor, dejando aún más fascinados a aquellos dos chicos que nunca habían visto a una mujer con una motocicleta tan potente entre sus piernas. Natalia no entendía aquel asombro, pero le divertía ver sus caras.

—Pasadlo bien, chicos —dijo a modo de despedida saliendo disparada del aparcamiento.

—¿Por qué no me has dicho que tu hermana tenía una Ducati? —quiso saber Alfredo aún boquiabierto.

—No sé... Es que no entiendo por qué os sorprendéis tanto, es sólo una moto. Además, mi hermana es así, le gusta ser diferente —respondió Jessica levantando los hombros y empezando a caminar hacia el coche de Alfredo; estaba acostumbrada a sus extravagancias.

Ewan no reaccionó; miraba en dirección por donde se había ido Natalia; estaba acostumbrado a delicadas flores de jardín y esa chica era totalmente lo opuesto.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Jessica cuando vio aparecer a su hermana por el salón; ella estaba sentada con el mando a distancia en la mano.

—Me he ido a ver a unos amigos... ¿Por qué? —comentó mientras dejaba sus cosas en una silla del salón.

—Hemos venido, después de tomarnos algo, a casa para estar un rato contigo y no estabas. Se acaban de ir hace un momento.

—¿Es que pensabas que iba a volver a casa? Tenía ganas de tomarme una cerveza con mis amigos, llevo mucho tiempo sin verlos —explicó mientras se sentaba a su lado.

—¿Esos amigos tan raros? —demandó haciendo un mohín con la boca.

—Esos que tú describes como «tan raros» son mis amigos. Y son unas personas magníficas.

—Cambiano de tema... —dijo con una sonrisa traviesa—. Que lo sepas, a Ewan lo has dejado impresionado.

—¿Impresionado por qué? —se sorprendió; si prácticamente no había hablado con él.

—No lo sé. Pero, chica, toda la tarde ha estado preguntándome cosas de ti. Bueno, tenías que haber visto la cara que ha puesto cuando se ha enterado de que eras forense —comentó riéndose—. Está alucinando contigo...

—Pues chica, no veo yo el alucine por ningún lado —susurró asombrada por la confesión.

—Parece ser que ellos sí. Porque Alfredo me ha confesado que, cuando se lo conté, se quedó perplejo.

—Luego dices que mis amigos son raros... ¡Anda que los tuyos —lanzó riéndose—, que por cualquier cosilla de nada alucinan!... En fin, me voy a ver lo que hace mamá.

Se levantó y se fue hacia la cocina, donde su madre preparaba la cena.

—Mmmm... ¡Qué bien huele, mamá! Anda que no he echado de menos tus deliciosas tortillas —comentó acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla.

—Ay, hija... Es que estás muy lejos... —refunfuñó dándole la vuelta a la sartén y posando la tortilla de patatas con cebolla en un plato.

—Podrías volver... —musitó Jessica entrando en la cocina y colocando los vasos en la mesa de madera que se encontraba cerca de la puerta.

—Jess, poder, puedo volver. Pero allí cobro mucho más dinero y estoy mucho más valorada que si trabajara aquí —afirmó mientras ayudaba a poner la mesa.

—Por el dinero, no lo hagas, hija. Nos podemos apañar con menos...

—No lo hago sólo por eso. Me gusta esa ciudad. Aunque os eche mucho de menos, me encanta donde estoy trabajando. Encuentro casos increíbles, que me ayudan a crecer como profesional.

—Mejor que sea así... No soportaría que estuvieras tan lejos sólo porque de ese modo ganas más —comentó su madre sentándose en la mesa, mientras colocaba la tortilla, pan y unos filetes de

merluza.

Sus dos hijas la imitaron y se pusieron en el plato un trozo de cada cosa.

—Natalia, ¿mañana puedes ir a recoger a tu abuela a la estación de la RENFE? —preguntó su madre mientras llenaba los vasos con agua.

—Claro —respondió con una sonrisa; estaba deseando volver a verla—. Seguramente mañana vendrán a instalarnos una alarma.

—¿Una alarma? —preguntó extrañada Jessica.

—Sí. No voy a esperar a que nos vuelvan a entrar en casa y que tengamos que arrepentirnos de no haberlo hecho —dijo pinchando un poco de la jugosa tortilla.

—Por favor, no le digas nada a tu abuela de esto. No sabe nada y, si se entera, se preocupará —pidió María.

—No se lo contaré.

A la mañana siguiente, bien temprano, Natalia se encontraba en el andén de la estación esperando a su querida abuela. Era la única que le quedaba; los otros, por desgracia, habían fallecido hacía años. Su abuela se llamaba Gracia y vivía sola en un pequeño adosado muy cerquita del mar en la población de Torrevieja, al sur de Alicante. Natalia recordaba los veranos que había pasado allí, en compañía de su hermana pequeña: jugaban en la playa todo el día, comían deliciosos helados y daban largos paseos por el dique de Levante. Cada Navidad su querida abuela viajaba hasta Toledo, así podía disfrutar unos días con su hija y sus nietas. María le repetía todos los años lo mismo: que se quedara a vivir con ellas. Pero Gracia era feliz en aquella ciudad costera. Había hecho amistades y no se encontraba nunca sola; además, le recordaba a su difunto marido, que era de allí.

Llegó el tren y Natalia se puso cerca para poder ver a su abuela. Al final, a lo lejos, la divisó. Su estatura menuda, ese pelo cardado castaño y su modernidad para vestir, con aquellos colores tan alegres, la hacían única. La adoraba.

—¡Yaya! —exclamó Natalia cuando estuvo cerca. Se fundieron en un tierno abrazo.

—Ay, mi Nati... —musitó Gracia dándole unos sonoros besos en las mejillas—. ¡Qué ganas tenía de verte! Estás guapísima.

—Yo sí que tenía ganas de verte, yaya. Vamos al coche —sugirió asiendo la maleta que portaba su abuela.

Se encaminaron las dos hacia el parking de la estación; el viento venía helado y les congelaba la cara. Su abuela la cogía del brazo; a su lado parecía más menuda de lo que era.

—Cuéntame, ¿qué tal te va todo? —preguntó Gracia abrochándose el cinturón de seguridad.

—Como siempre: trabajando —dijo arrancando el motor del pequeño automóvil de su madre.

—¿Algún hombre a la vista? —preguntó su abuela guiñando un ojo.

—Ninguno. No tengo ni tiempo ni ganas —contestó con una sonrisa.

Su abuela y ella eran bastante parecidas: si tenían que decir algo, no se andaban con rodeos. Lo decían y punto.

—Nati, al final te vas a quedar para vestir santos. Ya tienes treinta años. A tu edad, yo ya estaba

casada y tu madre ya tenía diez años.

—Yaya, creía que eras más moderna. —Sonrió—. Es que no me apetece tener ninguna relación. Lo veo absurdo y una pérdida de tiempo.

—¿Una pérdida de tiempo? Cuántas tonterías decís ahora los jóvenes. Encontrar a ese hombre que haga, sólo con su presencia, que tu corazón palpite más veloz y notar que el estómago está lleno de mariposas es lo más bonito que te puede pasar en la vida. Aún recuerdo cuando conocí a tu abuelo. ¡Ay! —Suspiró con una sonrisa nostálgica—. Era guapísimo. Tan alto y moreno. Con unos ojos increíblemente negros. Se fijó en mí, porque en mi época yo era un bellezón. —Sonrió mientras guiñaba un ojo—. Pero yo me hacía la loca, para ponérselo difícil, para saber si lo que él sentía era de verdad o algo efímero. Hasta que me conquistó con su perseverancia, su buen carácter y su amor. El amor es maravilloso, Nati. Lo que pasa es que aún no ha llamado a tu puerta.

—Pero sufriste mucho cuando el yayo murió —comentó con seriedad recordando aquel triste día.

—Sí, es muy duro perder a alguien que uno quiere. Pero es ley de vida. No podemos hacer nada para evitarlo. Algún día yo también faltaré y vosotras sufriréis...

Natalia, al escuchar aquello, se estremeció. No podía pensar en perder a su queridísima abuela. Llegaron a la casa y ayudó a subir el equipaje a la habitación donde dormía Gracia, mientras ella saludaba y hablaba con María. Ésta estaba empezando a preparar la comida para dentro de un rato. A su madre le encantaba cocinar, rara era la ocasión en que no la hallaba en la cocina elaborando cualquier manjar.

Aún quedaba bastante para la hora de comer, y Natalia decidió irse a correr. Se cambió de ropa y, al salir de su habitación, se topó con su hermana.

—Ya han venido a ponernos la alarma; luego te explicaré todo lo que me han dicho... —dijo mirando su atuendo; iba con unos *short* elásticos negros y una camiseta de manga corta azul—. ¿Sales a correr?

—Sí. Necesito hacer algo de ejercicio. Ahora mismo vuelvo —informó bajando los escalones con rapidez.

Salió de su casa y recorrió las calles de su barrio; vivían en la zona de Buenavista. Estaba un poco retirado del casco antiguo, pero era una zona maravillosa. Le encantaba sentir el viento helado en su piel; su respiración iba acompañada a sus largas zancadas. Vio que en dirección contraria a la que iba venía otra persona corriendo. Parecía que no era la única a quien le daba igual que hiciera frío o calor para disfrutar de una buena carrera. Aceleró un poco más el paso; sus piernas estaban fuertes y no le supuso mucho esfuerzo.

—Hola, Natalia —oyó una voz masculina cuando sus caminos se cruzaron; ella iba distraída mirando al frente y no se percató de quién era.

—Adiós —dijo mirando hacia atrás; era Ewan.

Siguió corriendo sin detenerse, y de repente notó a alguien corriendo a su lado, era él. Lo miró y Ewan le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—No sabía que te gustara correr —comentó intentando aguantar el ritmo de ella.

—No es una cosa que diga nada más me presentan... —resopló Natalia entrecortadamente por el esfuerzo de la carrera, mientras continuaba mirando al frente.

—¿Te molesto? —preguntó sonriente, al ver que estaba seria.

— No me gusta hablar mientras corro —contestó en tono tajante.

—Bueno, pues no hablaré —añadió aguantándose la risa. Aprovechó para darle un buen repaso: miró de reojo la parte trasera de aquella chica que lo miraba a disgusto y se maravilló de sus piernas, fuertes y bien torneadas, y de su culito... Intentó disimular su reacción física, él estaba acostumbrado a mujeres explosivas pero aquella mujer tenía algo distinto a todas ellas.

En silencio, uno junto al otro, siguieron corriendo. Natalia empezó a acelerar más la carrera y Ewan le seguía el ritmo. Eso la enfurecía. A ella le encantaba correr sola y, aunque no hablara, la sola presencia de aquel chico le molestaba. No entendía por qué no había seguido su camino; se habían saludado, ¿qué más quería? Cuando Natalia vio que se estaban alejando demasiado del punto de partida, dio media vuelta y siguieron corriendo en dirección a la casa de su madre. Intentó concentrarse en sus largas zancadas y en su respiración, obviando a ese chico que no dejaba de contener la risa e intentar seguirla bien pegado a ella. Procuró, casi en vano, no fijarse en sus músculos. Estaba claro que hacía deporte todos los días; iba con una camiseta de manga corta azul oscuro que dejaba ver unos fuertes y musculados brazos. Llevaba unos pantalones largos grises de atleta; se obligó a sí misma a no mirar más. No quería que se hiciera ilusiones.

—Aquí me quedo yo. Luego nos vemos —susurró Ewan separándose de ella y yéndose hacia el portal de un edificio.

—Adiós —se despidió Natalia sin parar de correr y sin apartar la mirada de su camino.

Llegó a su casa reventada. Entró y las tres mujeres estaban hablando en la cocina. Se dirigió directamente hacia el cuarto de baño de arriba. Necesitaba ducharse. Estaba toda sudorosa por el esfuerzo que había realizado. Sus músculos agradecieron el contacto del agua cálida y empezó a relajarse.

Cuando terminó, se puso unos vaqueros de pitillo y un jersey blanco. Se secó el pelo y bajó donde estaba su familia.

—Creía que te habías ido a Madrid corriendo —bromeó Jessica en cuanto entró su hermana por la cocina.

—Si me descuido un poco, sí que llego. —Sonrió.

—Vamos, que estarás hecha polvo...

—No, estoy bien. ¡Con mucha hambre! —exclamó mirando dentro de una cazuela que estaba en el fuego—. ¡Qué bueno!

—Sabía que me dirías eso. Anda que no te gusta a ti el cocido —aseveró María sin evitar sonreír.

Después de comer las cuatro juntas en la cocina, empezaron los preparativos para la cena de Nochebuena. La verdad era que todos los años pasaba lo mismo: hacían un montón de comida para ellas cuatro. Pero se había convertido en una costumbre. Las cuatro enfaenadas, preparando canapés, aperitivos... Dentro de aquella estancia reinaba el buen humor, las bromas, las anécdotas y las risas. Era lo mejor de las Navidades: estar allí reunidas.

Justo antes de cenar, las cuatro mujeres se cambiaron de ropa y se arreglaron. Aunque iban a cenar en casa, aquella noche era especial y debían estar guapas.

Después del discurso navideño del Rey, comenzaron a comer todo lo preparado horas antes. Todo estaba delicioso. Cuando terminaron de cenar, brindaron para que el siguiente año volvieran a juntarse; luego cogieron unos dulces y su copita de sidra bien fresquita y se sentaron delante del televisor para ver el especial de Navidad que daban.

Mientras veía por la televisión cómo cantaba Pablo Alborán, se oyó el timbre de la puerta. Jessica dio un salto y se presentó delante de ella en décimas de segundo. Natalia supuso que sería su amado Alfredo. Ella se encontraba en el sofá de dos plazas junto a su abuela; su madre estaba sentada en el sofá grande justo enfrente de la tele. Su hermana entró al salón con una sonrisa triunfal; se había puesto un cortísimo vestido negro con zapatos de tacón, y el pelo lo llevaba recogido en una impecable coleta, dejando su perfecto rostro maquillado sin impedimentos para ser admirado. Detrás de ella aparecieron Alfredo y Ewan. Al ver a este último, Natalia puso los ojos en blanco y volvió a dirigir la mirada a la televisión. Al entrar, saludaron y felicitaron las fiestas. Jessica los invitó a sentarse en el sofá grande y les ofreció una copa de sidra.

—Jessica, a tu novio lo conozco, pero a este tiarrón con esos ojos como esmeraldas, no... —comentó Gracia escaneando con la mirada a Ewan.

—Es verdad, yaya. Él es Ewan, un buen amigo de Alfredo —susurró sonrojándose por el descuido.

—No me iría contigo a recoger higos. ¡Madre mía, qué alto eres! —exclamó sin dejar de observarlo.

—Me lo dicen mucho. — Ewan sonrió.

—Tú no eres de aquí —sentenció la mujer. Natalia sonreía, su abuela estaba en estado puro.

—No, soy de Hartford, Estados Unidos.

—Mira, donde trabaja mi Nati —dijo dándole una palmadita a su nieta en la pierna.

Ewan la miró intensamente. Se había puesto unos *leggings* negros brillantes y una blusa plateada, y llevaba sus botas altas favoritas. El pelo se lo había dejado suelto. Se dio cuenta de que no llevaba maquillaje, pero no lo necesitaba. Era una chica atractiva: no era despampanante como su hermana, pero algo tenía que invitaba a mirarla. Él había conocido a muchas mujeres así, incluso mucho más guapas, pero Natalia tenía algo de lo que todas ellas carecían, aunque no supiera bien qué era...

—Yaya, yo trabajo en Nueva York, esa ciudad está más al norte —informó sin percatarse de cómo la miraba Ewan.

—¡Pero está en el mismo país! —señaló Gracia con alegría.

—En eso te tengo que dar la razón. —Natalia se rio.

—Dime, *Iba*. ¿A qué te dedicas? —volvió a la carga la anciana.

—Yaya, se llama Ewan, no Iba —dijo apurada Jessica, que se había sentado en una silla al lado de su novio.

—¡Da lo mismo! —soltó moviendo la mano para quitar importancia a aquel detalle.

—Soy tenista.

—¿Con eso se gana dinero? —preguntó extrañada.

—¡Abuela! —profirió avergonzada Jessica. Natalia no podía aguantar la risa por las ocurrencias de aquella mujer—. Ewan es un tenista muy famoso. Gana miles y miles de euros.

—Perdona, hijo, a mí me sacas de médico o frutero y me pierdo... —musitó Gracia.

—No se preocupe... —susurró Ewan sonriendo.

—Mi nieta es forense —contó con orgullo, apretándole la rodilla a la susodicha.

—Un trabajo muy peculiar, la verdad —comentó Ewan mirando a los ojos de Natalia.

—¿Peculiar, por qué? —preguntó un poco molesta.

—Estar todo el día rodeada de muertos, no creo que sea lo más normal del mundo.

—Como estar todo el día rodeado de pequeñas pelotas amarillas —murmuró con seriedad

Natalia.

—No compares, no hay color... —musitó con una sonrisa Ewan; al final había conseguido su objetivo: hablar con ella.

—Lo mismo digo, no hay color. Por lo menos los muertos no molestan.

—Ewan —interrumpió María; veía que su hija cada vez estaba más a la defensiva—. ¿No tenéis costumbre en vuestra familia de celebrar la Navidad?

—Sí la tenemos; lo que sucede es que en estas fechas no tengo torneos y prefería pasarme unos días por aquí a ver a mi amigo y al que considero mi otra familia —explicó Ewan.

—Oye, lo que eres es muy guapo —soltó Gracia sin venir a cuento.

—Gracias —susurró Ewan un poco apurado por el halago.

—¿Has visto qué nieta más guapa tengo? —preguntó señalando a Natalia.

—¡Abuela! —clamó Natalia apurada por el comentario—. Anda, anda... Deja ya la sidrita que se te sube a la cabeza —susurró con ternura Natalia, mientras le quitaba la copa de la mano.

—¡Tira por ahí, cansina! —exclamó riéndose, y volvió a coger la copa que había puesto en la pequeña mesa del centro.

—Nati, nos vamos al pub Encuentro, ¿te vienes a tomar algo con nosotros? —preguntó Jessica.

—Eso, eso, vete. ¡Que me tienes martirizada! —pidió Gracia mirando a su nieta mayor, mientras daba un buen trago de sidra.

—Sí, yaya, si me voy a ir, tú tranquila —dijo entre risas—. Jessica, he quedado con mis amigos para ir a ese pub. Seguramente nos veremos.

—Pues chica, vente ya con nosotros y nos tomamos una copa juntos —volvió a la carga con una sonrisa su hermana.

—Anda, sí, vete ya. Déjanos a tu madre y a mí tranquilas —añadió Gracia sonriendo y guiñándole un ojo.

—Ya veo que os molesto. —Sonrió mientras se levantaba del sofá—. Venga, vámonos. Ahora les enviaré un mensaje a éstos para decirles que los veo allí.

—Hale, divertíos. Que la noche es joven —anunció Gracia.

—Pasadlo bien —dijo María con una sonrisa.

Los otros tres jóvenes se levantaron; Natalia fue a por su cazadora y se la puso.

—¿Te vas en la moto? —preguntó Jessica al comprobar que cogía la cazadora motera.

—Claro. Yo paso de dar vueltas con el coche para buscar aparcamiento —explicó mientras se la abrochaba y se subía bien el cuello para no pasar frío.

—Pero puedes venir con nosotros. Alfredo ha traído su coche.

—Prefiero ir en mi moto. Así puedo volver cuando me apetezca. Nos vemos allí —sentenció cogiendo sus llaves y saliendo de la casa.

Después de dar más de tres vueltas con el coche, al final pudieron aparcar. Entraron en el pub; sentada en un taburete alto de la barra estaba Natalia, tranquilamente hablando con el dueño. Ewan se fijó en sus torneadas, largas y firmes piernas; en su espalda recta y su postura relajada; en su trasero prieto y bien definido. Se imaginó lo excitante que sería estar con ella desnuda. Apartó aquel pensamiento de su cabeza; desde aquella mañana no había parado de tener fantasías sexuales con ella. No entendía las causas de su obsesión. Desde que la vio por primera vez en la pista de tenis, lo sorprendió con su atuendo. Esa cazadora de motero, su mirada desafiante y sus contestaciones tajantes lo impactaron. Necesitaba saber más de ella. Para él era una incógnita, nunca había conocido a nadie igual.

—Al fin —resopló Natalia al verlos.

—Tampoco hemos tardado tanto... —dijo Jessica, sentándose en un taburete cercano al de su hermana.

—No, qué va. Sólo me ha dado tiempo de tomarme una copa con mi buen amigo Pedro —contó Natalia guiñándole un ojo al dueño del pub.

—¿Qué os pongo, chicos? —preguntó Pedro sonriendo a Natalia; se notaba que había complicidad.

—Dos ron con cola, y ¿tú qué quieres, Ewan? —dijo Alfredo agarrando por la cintura a su novia.

—Lo mismo que está tomando ella. —Señaló la copa con hielo de Natalia.

—Esto es muy fuerte, americano —informó Natalia mirándole directamente a los ojos.

—Me arriesgaré, española —murmuró con una sonrisa tentadora, acercándose un poco más a ella.

Pedro les puso las copas.

—Natalia, podíamos sentarnos ahí. Estaremos más cómodos —propuso Jessica levantándose del taburete.

—Vale, vamos —musitó la aludida cogiendo su copa.

—No te vayas sin despedirte de mí —pidió Pedro con una sonrisa. Tendría más o menos la edad de ella, alto, moreno y de sonrisa contagiosa.

—No se me ocurriría hacer algo así. —Natalia sonrió guiñándole un ojo y siguió a su hermana hasta un rincón con sofás.

Como era de esperar, se tuvo que sentar al lado de Ewan. Jessica se acomodó en un extremo del sofá azul marino, Alfredo a su lado y, después, él. A Natalia aquello ya empezaba a olerle a chamusquina...

Ewan le dio un trago a su bebida y vio cómo Natalia lo miraba de reojo, expectante por ver su reacción. Le quemaba la garganta. A esta chica le gustaban las sensaciones fuertes.

—Buena elección —dijo Ewan levantando su copa, intentando disimular la quemazón que sentía.

—Me alegro de que no sea demasiado fuerte para ti. —Sonrió.

—Alfredo, mira quién está ahí —anunció Jessica levantándose de un salto del sofá y atrayendo a su novio con ella.

Natalia y Ewan se quedaron solos, observando el ambiente del pub. Empezaba a entrar cada vez más gente. Casi siempre se reunían allí las mismas personas; a excepción de algún turista que se animaba a tomar algo, eran como una gran familia. Cada uno ya tenía su lugar en el local. Había varios sofás alineados y unos taburetes altos con sus respectivas mesas en las esquinas, y la iluminación era tenue, pero permitía ver perfectamente a tu acompañante. La música que sonaba eran grandes éxitos españoles e internacionales. Muy poca gente se animaba a bailar. Era más bien un lugar donde poder hablar con tus amigos y pasarlo bien.

—Podríamos hacer algo tú y yo solos —sugirió Ewan mirándola fijamente, mientras daba otro trago a aquel infernal licor.

—¿Algo? —preguntó sorprendida.

—Sí, cenar por ahí y dar un paseo. Me pareces una mujer fascinante y me encantaría conocerte un poco más.

—Ewan, lo siento. No soy de ese tipo de mujeres...

—¿Cómo que no eres de ese tipo de mujeres? —preguntó extrañado por la contestación.

—No soy de las que sueñan con cenar con ningún chico a solas, ni con paseos, ni con cenas a la luz de la luna, ni de nada de eso...

—No te estoy pidiendo matrimonio. Sólo que nos conozcamos —reiteró sonriente.

—Para mí es lo mismo. No ando buscando ese tipo de relaciones. Mira, ya han llegado mis amigos. ¡Pasadlo bien! —exclamó Natalia cuando vio entrar a sus colegas por la puerta.

Ewan la miró desconcertado mientras se iba al lado de aquellos hombres. Porque todo eran hombres, ni una sola mujer. Eran cuatro armarios de cuatro por cuatro. Enormes y musculosos. La estrechaban entre sus brazos como si ella fuera su muñeca. Ella sonreía y hablaba con alegría. Llevaban camisetas de manga corta, aun estando a finales de diciembre y haciendo mucho frío. En sus brazos, fuertes, se les marcaban las venas, y estaban adornados con enormes tatuajes a color.

—¿Qué tal? —quiso saber Alfredo mientras se sentaban otra vez al lado de Ewan. Se habían ido para dejarles un poco de intimidad.

—Podría haber ido mejor —susurró Ewan sin apartar la mirada de ella.

—Es que mi hermana es más rara que un perro verde —informó Jessica.

—Sus amigos... —titubeó Alfredo escaneando a esos hombres de aspecto temible.

—Son boxeadores profesionales. Se conocieron hace un montón de años en el gimnasio. A ella le encanta ese deporte —contó con resignación.

—¿Le gusta boxear? —preguntó Ewan sorprendido, intentando asimilar que esa mujer no tenía nada que ver con lo que él estaba acostumbrado.

—Gustar es quedarse corto. Le encanta. Incluso llegó a participar en algún campeonato que, por supuesto, ganó. Está acostumbrada a luchar con hombres; cuando vio que tenía que enfrentarse a una mujer, por poco le da la risa. Es que mi hermana, lo que se dice normal, la chica no es.

—Eso no hace falta que lo jures —murmuró Alfredo—. A mí me tiene acojonado.

—¡Qué exagerado! —Jessica rio.

—Hostias. Si antes me daba miedo porque era forense, ahora que sé que boxea... Vamos, cariño mío, que te voy a llevar entre algodones —comentó Alfredo en tono jocosos.

—Si al final me va a venir bien tener una hermana como la mía. —Jessica se rio de nuevo.

Ewan no apartaba la vista de ella. Seguía con aquellos hombres, riéndose a carcajadas. Ellos la cogían de la cintura y se hacían fotos con ella. Se notaba que tenían confianza. Paseó la mirada por el pub y vio un grupo de chicas al otro extremo. Sin dudarle un segundo, se terminó aquel licor infernal de un trago, les dijo a sus amigos que ahora volvía y se dirigió a ellas. Iba a cambiar de estrategia.

A Natalia le encantaba ese pub, era uno de sus preferidos. Conocía al dueño desde hacía muchos años; gracias a ella, Pedro se decidió al fin a pedirle salir a la mujer que le robaba el sueño: una italiana con un gran sentido del humor. Ahora estaban esperando su primer hijo. Eran muy felices juntos. Después de ponerse al día con sus amigos, de echarse unas risas y de quedar al día siguiente en el gimnasio, Natalia decidió volver a su casa. Fue a despedirse de su hermana y de Alfredo, que seguían sentados en el sofá azul junto a otra pareja que no conocía. Se despidió de Pedro con un gran abrazo y miró por el local para localizar a Ewan. Pero no lo vio. Pensó que, seguramente, estaría con aquella morenita que horas atrás había visto hablando con él.

Salió a la fría y oscura calle; aquella noche el cielo estaba encapotado y el brillo de la luna no se dejaba ver. El viento le cortaba la cara, lo que hizo que se subiera aún más el cuello de su cazadora. Se dirigió hacia su moto, que estaba justo enfrente de la puerta de entrada del pub. Cuando estaba quitando el candado, oyó unas voces próximas a ella. Levantó la vista y vio a Ewan hablando con aquella chica. La morenita le acariciaba el torso y él intentaba apartarse de ella como si su tacto lo quemara. De repente, sus miradas se encontraron.

—¿Ya te vas? —preguntó Ewan acercándose a Natalia y dejando a esa chica plantada al lado de la pared.

—Sí —contestó con una sonrisa mientras se subía a su moto—. Pásatelo bien —susurró guiñándole un ojo.

—Ten cuidado... —murmuró observando lo sexi que estaba subida en aquella Ducati.

—Siempre lo tengo —repuso mientras se colocaba el casco y ponía en marcha el motor.

Ewan observó cómo Natalia, con decisión, salía por las calles ya vacías de Toledo. Se quedó un rato mirando cómo se alejaba. Cuando su vista ya no la alcanzaba, se giró para lidiar con aquel problema que él solo se había buscado. El cambiar de estrategia no resultó como él esperaba. No vio ni una sola muestra de interés por parte de Natalia. Era como si al verlo tontear con aquella chica le hubiera quitado un peso de encima. Y ahora el peso lo tenía él en su espalda.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alfredo mientras conducía.

Después de desayunar, Ewan le propuso a su amigo que fueran un rato al gimnasio; aun siendo Navidad, estaba abierto, era uno de esos pocos locales que abría todo el año. Necesitaba quitarse

toda esa tensión y qué mejor que haciendo ejercicio.

—No lo sé... —musitó mirando por la ventanilla el paisaje; le encantaba aquella ciudad con su muralla y su casco antiguo.

—¿Es por Natalia? —indagó con una sonrisa.

—Uf... Sí —contestó mientras se tocaba el pelo con gesto nervioso—. Nunca antes me había pasado esto... Hay algo en ella que me atrae, pero, chico, no me hace ni caso —resopló hundiéndose en el asiento del copiloto.

—A ver si es por eso. Tú no estás acostumbrado a que te den calabazas. Ella es la primera, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas... Pero no creo que ésa sea la causa de que esté así...

—Chico, olvídate de ella. Además, es mayor que tú —informó mientras estacionaba el coche.

—Jess me confesó su edad y sólo tiene cuatro años más que yo. Sabes que para mí la diferencia de edad no es importante.

—Pero ella pasa de ti.

—Eso sí... —susurró.

—Ewan, puedes tener a cualquier chica, incluso más atractivas que ella. No te obsesiones. Además, no hacéis buena pareja. Sois completamente distintos. No pegáis ni con cola —comentó saliendo del automóvil.

—Quizá tengas razón —admitió Ewan cerrando la puerta del copiloto.

—Claro que la tengo. A ti te pega una chica que sea más encantadora y simpática. No el marimacho de mi cuñada. Porque... ¡anda que vaya gustos tiene la tía! No entiendo cómo, siendo hermanas, son tan distinta. Jessica es todo dulzura, feminidad y simpatía.

—No sé, Alfredo... La teoría está muy bien, pero no sé qué me pasa que, cuando la veo, todas las palabras se esfuman y lo único que quiero es conocerla más.

Entraron en el recinto; fueron directamente a los vestuarios a cambiarse de ropa y a dejar sus cosas en un casillero. Cuando entraron en la sala donde se encontraban todos los aparatos, se quedaron asombrados al ver a Natalia dando puñetazos a un saco de boxeo. Iba con un pantalón de lycra corto de color negro y un top rojo. En su estomago, perfectamente tonificado, se resbalaban algunas gotas de sudor. Alfredo se fijó en su amigo, que no quitaba la vista de su futura cuñada, y sin decirle nada se fue hacia la zona de pesas. Su amigo no tenía remedio, pensó mientras se ponía encima de la bicicleta estática.

Ewan tragó saliva. Nunca había imaginado que la imagen de una mujer pegando a un saco inmóvil rojo le pudiera poner tanto. Estaba fascinado por sus movimientos, por su confianza y por esa mirada dura. Sin dudar, se dirigió hacia donde estaba ella.

—¿Qué te ha hecho el pobre saco para que le pegues así? —preguntó Ewan con una sonrisa mientras miraba aquel cuerpo tan sugerente.

—¡Eh, hola! —exclamó con una sonrisa—. ¿Qué, a ponerte en forma?

—Sí, a eso vengo. No sabía que te gustara el boxeo... —mintió Ewan, necesitaba hablar con ella.

—Soy una caja de sorpresas —comentó sin dejar de golpear.

—No lo dudes... —susurró observando sus movimientos delante del saco.

—¿Qué tal anoche con esa chica? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Bien... —murmuró Ewan.

—Me alegro —dijo ahora dándole patadas al saco, con la mirada fija en éste.

—Podríamos tomarnos algo después —propuso de sopetón.

Natalia paró en seco y lo miró fijamente. Su respiración estaba agitada por el esfuerzo y el ejercicio. Ewan observaba detenidamente cómo su pecho subía y bajaba a causa del esfuerzo. Tuvo que contenerse, la hubiera estrechado contra su cuerpo y besado con deleite. Era algo que nunca le había ocurrido. Por regla general, eran las mujeres las que se acercaban a él, no al contrario.

—Creo que esto lo hablamos anoche... —comentó secándose la cara con la toalla que tenía colgada en la pared.

—Lo sé... Y no te estoy pidiendo ni citas ni paseos —comentó con una sonrisa, mientras negaba con la cabeza—. Sólo que nos tomemos algo, como amigos.

—Ya tengo amigos —sentenció con seriedad.

— Pero puedes tener uno más, ¿no?

—Mira, Ewan... Sé por dónde vas y te lo agradezco. Me siento halagada y todo esas cosas que se dicen para quedar bien. Pero te estás equivocando —susurró acercándose un poco más a él.

—Creo que malinterpretas mis palabras... Me pareces una mujer increíble y sólo quiero conocerte un poco más.

—No tengo tiempo para hacer nuevos amigos. Dentro de poco debo volver a Nueva York a seguir con mi vida... He sido simpática contigo porque eres el amigo de mi futuro cuñado. Sólo por eso. No quiero que confundas las cosas.

—Creo que te haces la fría y la dura para que la gente no sepa cómo eres realmente — murmuró aproximándose más a ella, sin apartar la mirada de esos ojos color caramelo que lo atraían como un imán.

Ewan nunca había estado tan cerca de ella. Notaba su respiración, el calor que emanaba de su cuerpo y su agradable aroma. Ansiaba tocarla y traspasar esa frontera invisible para darle un beso en esos labios tan tentadores, estrecharla entre sus brazos y poner fin a esa agonía de no saber cómo se siente uno cuando al final logra su propósito. Natalia, averiguando sus intenciones, le puso una mano en su firme torso, para no darle oportunidad alguna.

—Ewan, soy lesbiana —soltó con rotundidad.

—¿Cómo? —preguntó notando que se rompía en pedazos aquel momento tan excitante.

—Lo que oyes. Mi familia no lo sabe, te pido discreción... Es que a mí me ponen las mujeres. ¡Qué le vamos a hacer! —explicó con seriedad.

Dicho esto, Natalia lo dejó pálido en mitad del gimnasio, mientras ella se dirigía a los vestuarios, dando por finalizado su entrenamiento.

¿Lesbiana? No paraba de repetirse esa pregunta, sin dejar de mirar el saco inmóvil.

Estuvo más tiempo del necesario corriendo y levantando pesas, todo aquello sentido a su lado debía de quitárselo del cuerpo. Se machacó al máximo, lo necesitaba. Cuando dio por finalizada la

sesión, se fue a las duchas. Mientras el agua le caía por el cuerpo como una cascada, oyó cómo entraban más hombres al vestuario. Mientras se enjabonada el pelo, pudo escuchar que nombraban a Natalia y, sin hacer nada de ruido, prestó atención a lo que esas dos voces decían.

—Joder, macho. Cada vez está más potente —afirmó uno de ellos, el más alto y más musculoso, mientras abría su taquilla.

—Ya te digo, es como los buenos vinos. Cuanto más años, más buena. ¿Has oído lo que le ha dicho al alto? —preguntó el otro riéndose mientras cogía sus cosas del casillero.

—No. Cuenta —indagó con curiosidad.

—¡Le ha dicho que era lesbiana! Mira, cuando lo he oído, por poco rompo a reír a carcajadas. Me he tenido que dar la vuelta para que no se me notara. ¡Natalia es única! —exclamó riéndose sin parar.

— ¡Si ella es lesbiana, yo soy Doraemon! —soltó entre grandes carcajadas.

—Ya te digo... A ver si la pillo de buenas. Porque la verdad es que le tengo unas ganas... ¡Uf! No sabes lo que es esa mujer en la cama. Cada vez que lo recuerdo, me erizo entero.

—Pero de eso hace un montón, ¿no?

—Sí, para mi desgracia. No le gusta repetir con el mismo tío... —comentó con resignación.

—Parece que somos masocas. La primera mujer que conocemos que es totalmente liberal con su cuerpo, y somos los primeros en intentar cazarla para nosotros solos.

—No hay quien nos entienda. Pero también te digo una cosa, que una tía así no se encuentra todos los días. Para mí es la mujer diez.

Ewan aguardaba en el interior de la ducha. Algo en su interior se despertó al escuchar aquellas palabras. Lo había engañado deliberadamente.

—Niña, ¿no vas a salir esta tarde? —preguntó Gracia viendo a su nieta tumbada en el sofá del salón mientras veía una película en la televisión.

—Yaya, no me apetece. Esta tarde me quedaré en casa —contestó Natalia con una sonrisa.

—Dudo mucho que aguantes toda la tarde quieta. Si eres culo de mal asiento. Anda, déjame un hueco para que me sienta contigo —pidió dándole una palmada en el culo.

Con una sonrisa, quitó las piernas para que se sentara su abuela y las puso encima de ella. Ésta empezó a masajearle los pies.

—Vamos a aprovechar que ni tu madre ni tu hermana están en casa... para poder hablar tú y yo a solas.

Su madre y su hermana se habían ido a tomar café con sus respectivos amigos; el día anterior habían pasado toda la tarde juntas, pues había sido Navidad. Se repartieron los regalos y estuvieron charlando. Como todos los años, sus presentes eran cosas prácticas. Aquel año tocó ropa. Natalia pasó una deliciosa tarde sin saber nada de Alfredo y de su inseparable sombra, algo que agradeció.

—¿De qué quieres hablar? —quiso saber Natalia con una sonrisa.

—¿Qué te parece la boda de tu hermana?

—Precipitada. Pero, bueno, es lo que ella quiere —comentó con resignación.

—Yo también la veo precipitada. Además, dicen que se quieren casar dentro de pocos meses... He llegado a pensar si estará embarazada.

—No te preocupes por eso. Jessica es casta y pura —anunció haciendo un mohín.

—¡Madre mía! No me digas eso. Esperaba que tuviera más experiencia. Esta chiquilla es demasiado inocente...

—Parece ser que Alfredo es igual. Porque, según ella, es todo un caballero —imitó las palabras de su hermana; su abuela se rio.

—Tú que has hablado más con ese chico, ¿qué te parece?

—Uf, no sé... Se nota que la quiere, de eso no me cabe duda. Aunque veo tan raro que no hayan mantenido relaciones sexuales... Pero, en fin, yo no soy una entendida en relaciones, a lo mejor así funciona.

—He intentado hablar con ella de este tema, pero es muy mojigata, chica.

—Sí. — Natalia sonrió—. La verdad es que se escandaliza por cualquier cosa. Veremos a ver qué hace la noche de bodas.

—¡Uf! Me la veo corriendo por la habitación gritando como una loca, cuando vea lo que tiene guardado su Alfredo para ella —dijo Gracia riéndose de buena gana.

—¡Ay, yaya! Sería gracioso verlo —soltó secándose las lágrimas por la risa; acababa de imaginarse la escena.

—Nati... ¿Por qué nunca has tenido novio? —preguntó cambiando el tono de la conversación.

—No lo necesito para ser feliz. Tú tranquila, que casta y pura no soy —informó guiñándole un ojo.

—Eso lo sé. Me acuerdo del día que me contaste cómo dejaste de ser virgen... Lo que me preocupa es que ya tienes treinta años y no tienes ganas de tener pareja...

—Es absurdo que te preocupes por eso. Es una cosa que he decidido. No me apetece, ni quiero eso en mi vida. Deseo centrarme en mi trabajo y en mi familia.

—Pero el amor es muy bonito... ¿Nunca has sentido lo que es estar enamorada?

—Creo que el amor no está hecho para mí...—susurró Natalia convencida.

—A mí me da que te has creado un escudo. Lo usas para defenderte de lo que te hace vulnerable. Pero, mi vida, el amor es un sentimiento precioso que vale la pena sentir.

—No lo veo necesario —musitó levantando los hombros con indiferencia.

—Eso es porque aún no has encontrado a esa persona que te haga perder la cabeza —comentó con una sonrisa.

—Con la marcha que llevo, me da a mí que ni la encontraré. Porque no lo ando buscando... —murmuró con una sonrisa.

—Que no lo busques no significa que no te encuentre. Ya verás, mi niña. Un día me presentarás al hombre que te robará el sueño... Y, yo, seré feliz por ti.

De repente se abrió la puerta de su casa y apareció Jessica.

—Vengo a por ti —anunció mirándola con una sonrisa—. Levántate, ponte ropa deportiva. ¡Que nos vamos a jugar al tenis!

—¿Jugar al tenis el día siguiente a Navidad? —preguntó haciendo cara de asco.

—¿No te has ido esta mañana a correr? Pues para el caso es lo mismo. Con que no me valen excusas. Me apetece jugar un dobles. Y como no conozco a otra que pueda hacerlo...

—Hale, me ha tocado porque tú lo dices.

—Sí —afirmó Jessica con una sonrisa triunfal.

—Pues no me apetece nada de nada —farfulló hundiéndose más en el sofá.

—Venga, Natalia. Dale el capricho a tu hermana —pidió Gracia.

—Parece que no puedo tener voz ni voto en esta casa —dijo mientras se levantaba del sofá y subía las escaleras molesta porque no la dejaban hacer lo que ella quería.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jessica mirando a su abuela.

—Ni idea. Estaba bien hace un rato... —murmuró levantando los hombros.

—Es más rara... —musitó aún de pie.

—Hale, señorita. Ya estoy debidamente vestida para jugar ese doble de tenis que tanto quiere disputar —informó Natalia bajando velozmente la escalera.

Iba con un chándal y unas deportivas. En los hombros llevaba una mochila, con otra muda de ropa y unos pantalones cortos.

—Voy a coger mi mochila y nos vamos ya. Ni se te ocurra coger la moto. Ahora viene Alfredo a por nosotras —explicó Jessica mientras subía las escaleras.

—¡Me lleva loca! —exclamó Natalia poniendo los ojos en blanco mirando a su abuela, que no perdía detalle del ir y venir de sus nietas.

—¿Va el chico altote del otro día? —preguntó con curiosidad Gracia.

—Seguramente sí. Porque no me lo quito de encima ni con agua caliente —susurró con resignación.

—¡Ay, ay, mi niña! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja y con su mirada de haber encajado las piezas.

—No yaya —con rotundidad le quitó las esperanzas—. Es un plomo. Me tiene harta. Ya no sé cómo decirle que no quiero nada con él, que no me gusta, que hasta me está empezando a caer mal —musitó desesperada ante aquella situación que se le escapaba de las manos.

—Ay, si me hubiera pillado a mí con tu edad, ese mozo no se me escapaba.

—¡Yaya! —Rio sorprendida.

Jessica bajó con una mochila colgada a su espalda, prefería cambiarse en los vestuarios. No le gustaba ir con ropa deportiva por la calle.

—Vámonos, que Alfredo ya estará esperándonos.

—Sí, no hagamos esperar al bueno de Alfredo. —Natalia le guiñó un ojo a su abuela mientras salían del salón; Gracia no pudo contener la risa, su nieta era única.

No tardaron en llegar, de la casa familiar al polideportivo no había más de cinco minutos en coche. Alfredo no paró de hablar con su prometida y Natalia escuchaba desde el asiento de atrás, arrepintiéndose de no haberse ido aquella tarde a algún lado, para que su hermana no la hubiera encontrado. Esperaba que, después de lo que le mencionó a Ewan, éste hubiera olvidado el tema de quedar con ella. No le interesaba estar ni con él ni con nadie. Aunque su abuela creyera que era cuestión de tiempo que llamara el amor a su puerta, ella dudaba de eso. A veces creía que era un bicho raro, un ser sin sentimientos románticos. Su hermana, por ejemplo, no podía concebir la vida sin amor. Siempre había sido una soñadora y una enamoradiza. Le encantaban las historias románticas tanto en libros como en películas. En cambio, ella prefería el terror o la ciencia ficción.

Las dos hermanas entraron en los vestuarios de mujeres. Jessica se colocó un conjunto de tenista Nike, un coqueto vestidito blanco y rosa. Natalia simplemente se quitó la parte de abajo del chándal, se puso unos pantalones rojos cortos de lycra y, al quitarse la chaqueta, ya llevaba puesta una camiseta blanca microperforada de manga corta. Salieron y se dirigieron hacia la pista de tierra donde las esperaban los dos amigos.

—¡Estás preciosa con el conjunto que te regalé! —anunció Alfredo acercándose a una coqueta y sonriente Jessica.

—Es que tengo un prometido que tiene muy buen gusto —dijo dándole un beso en los labios.

—Tú haces que la ropa brille, con tu encanto y tu belleza —susurró estrechándola más.

—¡Parad ya, tortolitos! —soltó Natalia entre risas ante semejante escena pastelera—. Os informo de que no tengo ni idea de jugar al tenis. Por no saber, no sé ni coger la raqueta. He venido aquí obligada por la modelo de ropa tenística. —Señaló a su hermana.

—¿Nunca has jugado al tenis, al ping-pong o al pádel? —preguntó Ewan acercándose a ella; llevaba un conjunto de tenis de colores oscuros.

—No.

—Pues para que el partido sea equitativo, jugaré yo con Jessica y tú con Natalia —decidió

Alfredo llevándose a su novia al otro extremo de la pista.

—Como prefiráis —aceptó Ewan cogiendo de su raquetero una raqueta—. Toma Natalia. — Ésta la asió y se fue con Ewan a su lado de la cancha.

—Explícame cómo va esto —solicitó Natalia, imitándolo mientras calentaba las piernas.

—Es bien fácil: cuando venga la pelota hacia ti, intenta darle. Debe caer dentro de las líneas que delimitan la pista. A medida que vayas jugando, le irás cogiendo el truco. Mírame, te voy a enseñar los golpes básicos —comentó Ewan con tono profesional, mientras se separaba un poco de ella para no darle con la raqueta; hizo unos pocos estiramientos antes de comenzar.

Empezó a enseñarle cómo se sacaba, el revés a dos manos, la derecha... Natalia lo miraba para que no se le escapara ningún detalle. Luego empezó a imitarlo. Ewan la miraba y rectificaba cuando lo hacía mal, pero sin tocarla, guardando las distancias, algo que ella agradeció. Comenzaron a pelotear para calentar antes del partido. Natalia se enfadaba cuando la bola no llegaba al otro extremo de la red y Ewan se aguantaba la risa ante los cabreos de ella; era una mujer muy competitiva. Iniciaron el primer punto. Sacaba Ewan; ella se encontraba en el lado más cercano de la red y le tocaba agacharse un poco para no interferir en la dirección del saque. Lo bueno que tenía era que aprendía muy rápido y le gustaba ganar a lo que fuera. Comenzó a tomarse el juego en serio y empezaron a salirle, poco a poco, buenos golpes. El primer juego fue para ellos. Se cambiaban de lado de la cancha en los juegos impares y así podían descansar un poco.

—Sigue así, lo estás haciendo muy bien —animó Ewan a su compañera.

—Uf. La verdad es que creía que se me iba a dar peor... —aceptó con una sonrisa.

—Pues, para ser tu primera vez, debes estar muy contenta. Continúa así. —Hizo una pausa mientras bebía un poco de agua—. El otro día me acordé de que tengo una amiga que es como tú. Si quieres un día te la presento.

Empezaron a colocarse en el otro extremo del rectángulo de juego.

—¿Cómo que una amiga como yo? —Se extrañó.

—Concéntrate, ahora sacan ellos. —Señaló a sus contrincantes; cuando se dio la vuelta para verlos, él sonrió satisfecho.

Al siguiente cambio, iban ya dos juegos para el equipo de Ewan y otro para el de Alfredo.

—¿Por qué me has dicho eso antes? —quiso saber Natalia.

—¿El qué? —Bebió un poco de agua.

—Lo de que me ibas a presentar a una amiga tuya que era como yo... No te he entendido...

—Ya sabes... —Se acercó a ella y, bajando la voz para que no le escucharan, añadió—: Es lesbiana, como tú.

Dicho esto, se dio la vuelta y se fue al lado que les tocaba ahora. Natalia se quedó helada, no le respondían las piernas. No se imaginaba que su mentira le podía explotar en la cara. ¿Qué haría si le presentaba a esa amiga suya? ¡Si a ella no le gustaban las mujeres! Intentó no pensar mucho en ello; además, en unos días volvería para Nueva York; lo único que tendría que hacer, en el supuesto caso de que él fuera a presentarle a esa chica, era intentar demorar aquel encuentro hasta tal punto que nunca se celebrara. O coger el toro por los cuernos y decirle al americano que lo había engañado.

Natalia empezó a jugar con rabia y frustración. Gritaba cuando perdía un punto y saltaba de

alegría cuando lo ganaba. Al final, tanto esfuerzo les vino bien. Después de un disputado punto, la bola que golpeó Natalia con todas sus fuerzas entró y con ello ganaron el partido. Feliz por el resultado, sin pensarlo, abrazó con efusividad a Ewan... que al sentirla contra su cuerpo la estrechó aún más; no era la muñequita de porcelana que acostumbraba a abrazar y le encantó no medir sus fuerzas. Al darse cuenta de aquel momento tan íntimo, Natalia se alejó de él como si quemara. Ewan sonrió; aunque fuera poco, había logrado algo de aquella mujer tan especial.

—Me he divertido mucho. — Natalia sonrió en un intento de disimular lo ocurrido.

—Sí, ha estado muy bien. —Hizo una pausa mirando a las gradas, en ellas había sentada una chica rubia que no les quitaba ojo—. Ven conmigo. —La cogió de la mano, disfrutando de su contacto, y la llevó en dirección a ella.

—¿Dónde me llevas? —Se extrañó y quiso despojarse de su agarre, pero no pudo.

—A presentarte a mi amiga. Mira, ha venido a conocerte —Señaló a la joven.

—¡No! Espera. —Se paró en seco, haciendo que se detuviera él también; pudo soltarse y lo miró temerosa.

—Ahora no me vengas con remilgos... Ella es como tú, no quiere encontrar pareja, sólo pasárselo bien; ya sabes, sexo y poco más. Es perfecta para ti.

—¡Joder, que no soy lesbiana! —espetó sin encontrar otra escapatoria.

Ewan sonrió y se dio media vuelta; aquella chica que estaba sentada se levantó y se fue: acababa de llegar su amigo de terminar de jugar en la pista colindante, se cogieron de la mano y se alejaron. Natalia se quedó atónita.

—¿Lo sabías? —quiso saber, siguiéndolo.

—Sí, pero quería que me lo dijeras tú.

—¿Cómo...? —Intentó averiguar quién se lo había contado.

—El mismo día que me lo *confesaste*, me enteré en las duchas de tu engaño. Por cierto, tienes unos amigos que te veneran —la interrumpió mostrando una sonrisa triunfal.

—¡Serás embustero! —lo acusó molesta.

—Eso lo eres tú. Quien juega con fuego, acaba quemándose, amiga —susurró con seriedad.

—Me has tendido una trampa. Eso no se hace. Haberme dicho que lo sabías —repuso mirándolo con rencor.

—¿Para qué? ¿Para qué me volvieras a mentir? No, Natalia. En este juego podemos participar también los demás, no tú sola —susurró acercándose a ella, clavándole sus ojos verdes, notando cómo ella se erguía y se ponía a la defensiva.

—Eres odioso, un pesado y un incordio de hombre. —Lo miró con antipatía y se alejó de él para coger sus cosas. Ewan la observó alejarse de él y no pudo contener una sonrisa triunfal.

Jessica y Alfredo miraban la escena. Estaban asombrados, no entendían a qué juego estaban jugando esos dos.

No quería saber nada de él. Estaba harta de sus preguntas, de sus miradas furtivas y de su chulería. Porque sí, Natalia creía firmemente que ese tenista famoso le había tomado el pelo de mala manera. Intentó, por todos los medios posibles, no volver a verlo. Cambió la ruta que tenía para correr. No quedó más con Jessica, por si se le ocurría presentarse de nuevo. Empezó a contar los días que le quedaban de vacaciones en el calendario. Estaba deseando regresar de nuevo a su rutina y a su vida tranquila.

El día de Nochevieja amaneció lloviendo. Natalia acompañó a su madre y a su abuela a hacer la compra para celebrar aquella noche. Dentro del supermercado, iba arrastrando el carrito mientras las dos mujeres lo llenaban.

—Os recuerdo que somos cuatro en casa —avisó Natalia al ver la cantidad de comida que echaban en el interior del carro.

—Pero esta noche vendrá más gente a cenar... —informó María con una sonrisa.

—¿Quién? —Se extrañó y en su interior pedía a gritos que no fuera el amiguísimo de su cuñado.

—Pues Alfredo y alguien a quien quiero presentaros... —contestó María.

—Nati, tu madre tiene novio —contó Gracia con una sonrisa, mientras le guiñaba el ojo a su hija.

—¿Novio? —Se paró en mitad del pasillo, mirando a su madre con el rostro desencajado.

—No me mires así. Ya lo sé. Tenía que habértelo dicho antes. Pero, hija, no sabía si iba a llegar a algo... —Hizo una pausa y cogió el brazo de su hija—. Quiere conoceros... —susurró ilusionada; sus ojos brillaban con una luz especial.

—Pero mamá... —Estaba perpleja, aquello le había cogido por sorpresa.

—Nati, hace muchos años que no me siento de esta manera... Compréndeme. Nunca, jamás, olvidaré a tu padre. Pero, por desgracia, él ya no está aquí con nosotras... Gustavo es un hombre muy cariñoso, amable y me hace feliz. Creía que no iba a encontrar a alguien lo suficiente bueno para mí...

—¿Desde cuándo lo conoces? —preguntó Natalia con gesto serio.

—Hará unos tres meses... Por favor, hija. Sabes que tu apoyo es muy importante para mí. Dale una oportunidad.

—Si es tan importante para ti, lo haré —se resignó mirando hacia el suelo; nunca antes había visto tan contenta a su madre.

María le dio un abrazo y un beso en la mejilla a su hija, se había quitado un peso de encima al comprobar la buena aceptación de la noticia por parte de su primogénita. Jessica lo sabía desde el principio, pero eso no se lo contaría. Sabía que se enfadaría por haberlo ocultado tanto tiempo.

Terminaron de guardar la comida en el frigorífico; ya no cabía nada más en él. Su abuela y su madre empezaron a preparar las cosas para la cena. Natalia propuso que después saldría a comprar algo de comer en el chino de la esquina, así únicamente deberían cocinar para la gran noche. Subió a

su habitación dispuesta a cambiarse para ir a relajarse un poco, corriendo. Se cambió y sin pausa se fue hacia la calle. Seguía lloviendo, pero no le importaba. Al contrario, le encantaba la sensación de las gotas de lluvia al estrellarse contra su cara y su cuerpo. Le ayudaba a despejarse y a ver las cosas de diferente manera. Por la calles no se veía a mucha gente, y los que estaban se apresuraban a cobijarse o bien en su automóvil o en sus casas. Empezó a llover con más fuerza, pero eso no hizo que ella detuviera su carrera. Se estaba empapando, notaba sus zapatillas encharcadas, su ropa y su pelo calados, pero su interior anhelaba que no detuviera la carrera.

—¿Cómo se te ocurre salir a correr hoy? —oyó que le preguntaban.

Se giró a su derecha, sin parar de correr, y vio a Ewan que corría a su lado. Él no estaba tan mojado como ella, parecía que acababa de empezar a dar las primeras zancadas.

—Lo necesitaba. —Sonrió ante la pregunta.

—Vas a coger una pulmonía —comentó con gesto preocupado.

—Tú también estás corriendo.

—No, te he visto y te he seguido.

Natalia paró en seco, y comprobó que decía la verdad. Ewan llevaba ropa de calle, empezaba a estar empapado como ella. Miró al cielo y vio que cada vez llovía con más intensidad. Ewan, sin esperar más respuestas, la cogió de la mano y la arrastró a un saliente de un edificio cercano.

—¿En qué estabas pensando? ¿No ves que te puede ocurrir algo? No hay casi visibilidad y mírate cómo vas. —Estaba visiblemente molesto.

—Cuando he salido de casa no caía tanto... Necesitaba salir... —murmuró mirando esos ojos verdes; no se había fijado antes en el precioso color de su iris.

De sus rostros caían gotas de agua. Ewan, por primera vez, vio algo distinto en su mirada. Ya no era su acostumbrada mirada desafiante.

—Debes cambiarte esa ropa... Si no caerás mala —murmuró tragando saliva al comprobar cómo su ropa estaba totalmente ceñida a su cuerpo y se transparentaba su sujetador y sus sugerentes curvas.

—Volveré a casa corriendo, si me quedo más tiempo aquí me enfriaré y será peor.

—Puedes subir a mi apartamento y te puedo prestar algo de ropa. Ahora llueve con más violencia.

—Creía que te quedabas en casa de Alfredo, no sabía que tenías la tuya propia.

—Hace un par de años que la compré. Deseaba tener mi pequeño refugio aquí. Anda, ven conmigo. —La cogió del brazo.

Natalia dudó; miró hacia la calle, pero una cortina de agua impedía ver la acera de enfrente. Sería una locura volver corriendo. Sin más remedio, tuvo que aceptar la oferta del americano.

Anduvieron un poco, sin apartarse de los salientes. Llegaron a un portal de forja negro, lo abrió y subieron por el ascensor. Vivía en el último piso, un tercero. Natalia empezó a tiritar de frío. Él rápidamente abrió la puerta de su casa.

—Ven conmigo. No te preocupes por mojar el suelo. —Se dirigió al fondo del pasillo y entró por una puerta.

Abrió un armario y empezó a sacar ropa, toallas y una manta. Natalia estaba quieta; se fijó en que se encontraba en su dormitorio. Paseó, con disimulo, la mirada por la estancia. En su cara se dibujó

una sonrisa, no podía negarse que era una habitación de un hombre. Colores neutros, una gran cama y un buen armario. Nada más.

—Toma, entra en mi cuarto de baño. Te esperaré en el salón, darás con él sin problemas. —Le entregó toda la ropa y señaló con la cabeza una puerta que se encontraba a su izquierda; necesitaba que se cambiara de ropa, era una tentación tenerla en su habitación, así de mojada y no poder hacer nada...

Sin perder mucho más tiempo, entró. Intentó ser lo más rápida posible. Estaba helada de frío y no quería enfermar. Se desnudó, dejó su ropa mojada en el interior del lavabo de cristal transparente. Comenzó a secarse con la mullida toalla negra. Estuvo tentada de meterse en la enorme ducha de mármol negro, pero eso hubiera sido aprovecharse de las circunstancias. Sin pensar más, empezó a vestirse con la ropa enorme de Ewan. Tuvo que darle varias vueltas a las mangas y a los bajos de los pantalones. Pero por lo menos estaba seca. Usó la toalla como un turbante para el pelo, así se secaría por sí solo. Antes de salir, enrolló su cuerpo en una cálida manta.

—Ewan, me podrías dar una bolsa de plástico para mi ropa —pidió asomándose al salón.

Se encontraba cerca de la entrada. El apartamento era pequeño y moderno, por lo que pudo comprobar, y le fue fácil orientarse.

—Claro. —Se levantó del sofá negro y se dirigió hacia la cocina americana, abrió un cajón y, por encima de la barra que separaba las dos estancias, se la dio.

—Gracias. —Se dio la vuelta y volvió a por sus enseres.

La vio alejarse y maldijo para sí mismo, estaba increíblemente sexi con su ropa. Tuvo que respirar hondo varias veces para poder controlar sus impulsos. Se volvió a sentar en el sofá para esperarla, anhelando poder controlar aquel fuego que le quemaba cuando la tenía cerca. Con la ropa ya guardada, apareció delante de él.

—¿Te encuentras bien? —Le señaló que se sentara en el cómodo sofá.

Le gustaba la sencillez de la decoración de esa estancia. Un gran y magnífico sofá presidía la sala; enfrente había un bajo mueble negro con una televisión de plasma panorámica. Detrás había una mesa del mismo color reinante con cuatro sillas a los lados. Pegado a esto, se hallaba la barra americana, flanqueada por dos taburetes altos. Supuso que lo usaría para desayunar. Y desde ahí se veía un poco la moderna y blanca cocina. No era un salón recargado de trastos inútiles. Se fijó en que solamente había una pequeña fotografía, en el bajo mueble de la televisión. Parecía que era una instantánea familiar.

—Sí, parece que empiezo a descongelarme. —Sonrió tímidamente.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. Estoy bien —murmuró sin saber muy bien qué hacía ahí.

—¿Sueles correr cuando diluvia? —Intentó entablar conversación, así le ayudaría a controlar sus manos. Aquella piel lo llamaba a gritos para que la acariciara.

—Cuando llueve un poco, sí. En mi defensa tengo que decir que cuando he salido de mi casa no llovía tanto... Lo que pasa es que no he sabido parar a tiempo. —Hizo una mueca de disgusto.

—El correr lo usas como evasión de tus problemas —afirmó.

—Me ayuda bastante. —Se sorprendió ante su deducción.

—¿Qué necesitabas olvidar?

—Es demasiado complicado para explicarlo...

—A veces somos nosotros los que vemos impedimentos en las cosas.

—No sé... Es algo que no me esperaba. Me ha cogido por sorpresa —susurró mirando hacia sus manos, avergonzada por su actitud.

—Vamos, hablando en plata, que no me lo quieres contar. No pasa nada, pero prefiero que me digas las cosas como son, sin rodeos —comentó Ewan alterado por sus evasivas y por lo que le hacía sentir ésta, rompiendo la tranquilidad que ella tenía.

—Mira, yo te he dicho las cosas sin rodeos. Además, varias veces. Pero tu cabeza cuadrada americana escucha lo que quiere. Me tocó inventarme mi condición sexual para que me dejaras en paz —expuso nerviosa.

—¿Mi cabeza cuadrada? —preguntó molesto.

—Sí. No te entra en esa cabecita que no quiero nada contigo. Parece que todas debemos besar el suelo que pisas. Y, para que te quedes contento, te voy a decir las razones: primero, porque no me gustas; segundo, porque eres un crío, ¿no te das cuenta de que soy mayor que tú?; tercero, porque soy mucha mujer para ti, y, cuarto, porque no me da la gana tener pareja —expuso alterada, enumerando con la mano derecha sus puntos.

—Excusas —dijo retándola con la mirada.

—¿Excusas?

—Sí. Te lo vuelvo a repetir, son excusas que te pones tú misma —sentenció con una sonrisa tentadora.

—¡Tú eres tonto y tu familia aún no lo sabe, chaval! —exclamó levantándose del sofá—. Muchas gracias por la ropa, ya te la devolveré mañana...

—¿Dónde vas? Aún no hemos terminado de hablar.

—A mí me da que sí. Adiós, Ewan. —Se acercó a la puerta principal; se dio cuenta de que iba sin zapatos, pero su orgullo le pudo más que volver a mojarse.

Le dio al botón del ascensor. Se tapó mejor con la manta, esperando a que llegara. Se giró para ver la puerta que daba al piso de Ewan, seguía cerrada. Se abrieron las puertas del pequeño habitáculo, entró y le dio al botón de bajar. Intentó no mirarse en el pequeño espejo. Iba horrible, con la toalla aún anudada en la cabeza y la manta tapando la ropa deportiva de él.

Al salir a la calle se alegró al comprobar que casi había parado de llover. Solamente caía fina lluvia sobre ella. Deshizo el camino con la mayor brevedad posible. Estaba furiosa, no sabía qué pretendía Ewan con aquellas palabras. Al llegar a su casa, sin ser vista por nadie, subió a su habitación, se quitó los empapados y sucios calcetines de Ewan y se tumbó en la cama. Sin poder evitarlo, de sus ojos empezaron a caer lágrimas. No sabía bien el porqué de aquello... Intentó respirar para tranquilizarse, se limpió la cara con las manos heladas. Notaba en su pecho un pesar que la ahogaba. Se quedó dormida con el recuerdo, siempre latente, de su padre.

—Natalia, despierta.

—Mmm...

—Venga, dormilona. Te tienes que cambiar de ropa, dentro de poco van a llegar los invitados.

—¿Qué hora es, Jess? —preguntó abriendo un ojo para ver a su hermana, que la miraba sentada en su cama.

—Las siete de la tarde.

—Joder. ¿Por qué me habéis dejado dormir tanto? —Se levantó de golpe y comenzó a caminar por su habitación preparando la ropa.

—Estabas tan a gusto que nos ha dado pena despertarte. ¿Qué llevas puesto? —Se extrañó y la señaló mientras observaba aquella ropa masculina varias tallas más grande que ella.

—Es una larga historia. Me voy a duchar. Ahora bajo.

—Ponte guapa, que no todos los días podemos conocer al novio de mamá. ¡Estoy nerviosísima!

—¿Eh? Ah, sí claro... —titubeó con gesto cansado mientras salía de su habitación.

Se sentía un poco mareada; aquella inusual siesta le había sentado mal. No estaba de humor para nada y esperaba, aún más, ansiaba, con todas sus fuerzas no encontrarse con el tenista aquella noche. Después de una ducha rápida, se vistió. Optó por unos *shorts* negros, una blusa dorada y unas medias tupidas que marcaban sus esbeltas piernas. Decidió ponerse unos zapatos dorados que años atrás le había regalado su hermana. Aquella noche despedían el año y celebraban la entrada del nuevo. Esperaba que el venidero fuera mucho mejor que como acababa éste. Pero antes de nada debía afrontar la cena. Y deseaba también con todas sus fuerzas que el tal Gustavo fuera de su agrado. Porque no sabía disimular muy bien cuando alguien le caía mal...

—Al fin, la bella durmiente ha decidido bajar —comentó Gracia en cuanto apareció Natalia por el salón.

—¿Os ayudo en algo? —Se acercó a ella.

—Ya está todo preparado. ¡Chica! Estás deslumbrante.

—Eso es porque me miras con buenos ojos, yaya. —Se acercó a darle un beso en la mejilla, y se sentó a su lado en el gran sofá.

—Eso nunca lo dudes. —Le guiñó un ojo—. Pero la verdad es que esta noche estás muy guapa. Así me gusta. Que te arregles un poco. A veces pareces un chicote, siempre con vaqueros, botas altas y tu cazadora de motero.

—¡Yaya! —Se rio—. Me gusta ir cómoda y, si eso significa ir como un chicote, como tú dices, pues que así sea —dijo guiñándole un ojo.

—Una tanto y otra tan poco. Que mal os repartieron la coquetería. Tu hermana se pasa de presumida y tú no llegas.

—Por cierto, ¿por dónde paran?

—Pues las dos están arriba, arreglándose para esta noche. Parecen dos crías pequeñas. Mira, en un santiamén me he cambiado y estoy reguapa. Pero ellas necesitan dos horas por lo menos.

—Son tal para cual.

—¿Cómo estás? —preguntó Gracia mirándola seriamente.

—Bien...

—No me engañas, lo sabes. Ya son muchos años conociendo ese tonito de voz de «te digo que bien, pero estoy jodida».

—Pues eso, bien jodida. —Forzó una media sonrisa.

—Ella es feliz. Debes pensar eso.

—Lo sé. Y no es por eso por lo que estoy así... No sé cómo explicártelo.

—Temes que se olvide de tu padre y que ese hombre intente reemplazarlo —susurró cogiéndole la mano.

—Sí... Sé que soy egoísta y me da rabia pensar esas cosas. Porque lo primero que quiero es que mamá sea feliz. Sé que se merece otra oportunidad, ha estado muchos años sola, con el recuerdo latente de papá. Pero no puedo evitar sentirme así. —Se sinceró con los ojos brillantes por la emoción.

—Lo sé, cariño. Tú estabas muy unida a tu padre y es normal que te sientas de esa manera. Jessica era un bebé cuando ocurrió la desgracia y no tiene esos sentimientos hacia él. Pero quiero que comprendas una cosa: ni Gustavo ni otro hombre pueden sustituir a tu padre.

—¿Conoces al novio de la mamá?

—No, pero me ha hablado muy bien de él, por lo que supongo que nos caerá bien. Ahora alegra esa cara. Estamos de celebraciones, esta noche toca beber, bailar y soñar que todo es posible —comentó acercándose para darle un abrazo a su nieta.

Se oyeron pasos bajando la escalera y se volvieron para ver quién era. Jessica iba elegante con un vestido rojo corto; llevaba medias y unos preciosos zapatos de tacón vertiginoso del mismo color. El pelo se lo había recogido en un coqueto y gracioso moño. Sonreía al ver las caras de su abuela y su hermana. Le había costado mucho maquillarse para la ocasión, aquella iba a ser la última Nochevieja que pasaría siendo soltera. Su madre la seguía por detrás, con un precioso vestido corto de color negro con transparencias, unas medias finísimas y unos zapatos brillantes del mismo color. Estaba radiante, por fuera y por dentro. Deseaba con todas sus fuerzas que, aquella noche, su familia aceptara a su pareja.

—¡Estáis espectaculares! —exclamó Gracia levantándose del sofá para abrazarlas.

—Yaya, mírate, qué guapa y moderna estás —dijo Jessica señalando el vestido color azul eléctrico que llevaba.

—Hija, es que la materia prima hace mucho. —Le guiñó un ojo—. Antes de que vengan los chicos, quiero que nos hagamos una foto. Natalia, trae la cámara y ponla ahí en el mueble. Necesito un recuerdo de esta maravillosa noche que nos espera.

Natalia la colocó donde le indicó su abuela, puso el disparo automático y miró en la pantalla para comprobar que estuvieran centradas. Cuando le dio al botón, se puso rápidamente al lado de su abuela. La cámara disparó e inmortalizó a las cuatro mujeres.

Sonó el timbre de la puerta y las integrantes de la familia se giraron, en un acto reflejo. María, con una gran sonrisa, se dirigió a la entrada. Era Alfredo, que con una botella de vino y felicitando las fiestas se adentró en el salón. Saludó a todas con un beso. Natalia se quitó un peso de encima al comprobar que venía solo, por una vez en todo ese tiempo. A veces creía que eran como la pareja de la guardia civil, que debían ir juntos todo el día. Natalia pilló varias veces a su cuñado mirándola de reojo; supuso que sabría lo ocurrido aquella mañana.

Luego se quejaban de las mujeres, pero ellos eran infinitamente peores: unos chismosos.

La mesa estaba preparada; la vestía el mejor mantel de la casa. La vajilla y los cubiertos eran los que utilizaban para las grandes ocasiones.

Llegó el esperado invitado; entró con una sonrisa de oreja a oreja y saludó primero a Gracia, que le echó una mirada, poco disimulada, de arriba abajo. Después le tocó el turno a Jessica, quien, encantada, le dio dos besos y le presentó a su futuro marido y, por último, le tocó a Natalia. Su madre la miraba expectante; ella le ofreció la mano a modo de saludo, pero él, ni corto ni perezoso, la acercó a él y le dio dos sonoros besos en las mejillas. Era un hombre alto y corpulento. No estaba obeso, pero tampoco era delgado. Moreno de cabello y de tez. Sus ojos, oscuros como la noche, y unos dientes excesivamente blancos, para el gusto de Natalia. María en seguida lo llevó de visita por la casa. Natalia se quedó mirándolo mientras se alejaba con su madre agarrada a su brazo. Tenía la sensación de haber visto a ese hombre antes. Pero no lo ubicaba. A lo mejor era un vecino de la calle o algún conocido de hacía años. Decidió, en cuanto pudiera, preguntarle a su madre de dónde era.

Se sentaron a cenar; todos comían las delicias que habían preparado con tanto esfuerzo y estuvieron hablando animadamente. El tema central de aquella noche era la esperada boda. Comentaron dónde querían hacerla, a quién invitarían, cómo se vestirían, qué flores elegirían... Todos estaban emocionados por el gran acontecimiento, incluso Gustavo. Le encantaba hacer preguntas, y Jessica encantada de que las hiciera. Natalia miraba cómo se comportaba aquel hombre. Era muy amable, risueño y cariñoso con todos. De vez en cuando, lo pillaba cogiéndole la mano a su madre por debajo de la mesa. La miraba con ojos de cordero degollado y le guiñaba el ojo. Su madre no cabía en sí, era dichosa en aquel momento.

—Me ha dicho tu madre que vives en Nueva York —le habló Gustavo.

—Sí —susurró Natalia con una pequeña sonrisa. Estaba sentada justo enfrente de él.

—¿Qué tal por esa ciudad? Me han dicho que es una locura.

—Bien. Al principio te sobrepasa ver a tantísima gente de aquí para allá. Pero al final te acostumbras.

—Claro, será como todo... —Hizo una pequeña pausa para beber de su copa vino—. ¿En qué parte de Nueva York vives?

—Cerca del parque Washington Square Arch. ¿Conoces la ciudad? —preguntó mirándole fijamente a los ojos.

—No, aunque siempre he soñado con visitarla. —Gustavo sonrió cogiendo la mano a María.

—Podríamos ir en verano —se ilusionó María.

—Me encantaría. —Se acercó y la besó en los labios.

—¿A qué te dedicas, Gustavo? —indagó con una sonrisa Natalia; al juego de hacer preguntas

también podía jugar ella.

—Soy cirujano y el gerente del hospital Virgen de la Salud.

—Vaya... ¿Desde hace mucho tiempo?

—Sí, unos cuantos años... —contestó sonriendo y mirando a su novia, que no perdía detalle de lo que hablaban.

—¿Eres de Toledo? —preguntó uniendo piezas en su cabeza.

—No. Soy madrileño, pero hace unos años me cansé del estrés de la capital y me mudé aquí.

—Nati, hija mía, que sólo te falta el foco delante del pobre Gustavo. ¡Vaya interrogatorio! —soltó Gracia riéndose.

—No me molesta. Puedes preguntarme lo que quieras —dijo y sonrió con amabilidad el novio de su madre.

Natalia cogió un canapé y se lo metió en la boca, sin apartar la mirada de aquel hombre. Algo tenía que no le gustaba, pero aún no había averiguado el qué y eso le hacía sentirse ansiosa.

Después de la copiosa y magnífica cena, empezaron a recoger los platos y a llevarlos a la cocina. Natalia no se percató de que era la única que iba de aquí para allá cargada; los demás estaban en la cocina hablando y poniendo la vajilla en el lavaplatos.

—Natalia, un segundo por favor —le pidió Gustavo parando su trayecto hasta la encimera de mármol.

—Dime —dijo con seriedad mientras dejaba de nuevo las copas en la mesa. Estaban solos en el salón.

—Quería que supieras que me importa mucho tu madre. Es una mujer maravillosa y soy muy feliz de poder estar a su lado. Me gustaría que tú y yo nos lleváramos bien. Sé que para María eso es importante. Soy de fiar, de verdad. —Sonrió mostrando la blancura de sus dientes—. Como he dicho antes, puedes hacerme las preguntas que creas necesarias. Las responderé con total sinceridad, incluso si te apetece puedes visitarme en el hospital y ver dónde trabajo.

—De acuerdo, Gustavo. Voy a confiar en ti. Aunque no te conozca, voy a pensar que eres buena gente y que vas a tratar bien a mi madre. Espero que sea así, de verdad, y que la hagas feliz. Es lo que más deseo en esta vida. —El novio de su madre le dedicó una sonrisa perfecta—. Pero, como me entere de lo contrario, sabrás quién soy yo. Y te puedo asegurar que no me ando con tonterías. Atrévete a chulearla una sola vez y desearás desaparecer de la tierra. Y sí, es una amenaza. —Se giró, cogió de nuevo las copas y dejó a un desconcertado Gustavo de pie. Para ella su familia era intocable y le aterraba que le hicieran daño.

Estaban todos alrededor de la televisión, algunos sentados en los sofás y otros en las sillas. Ya eran casi las doce de la noche. Tenían sobre sus regazos las uvas preparadas, para que, cuando sonaran las campanadas, pudieran ir comiendo de una en una, justo en el momento indicado. Natalia estaba en el sofá pequeño junto a su abuela, y miraba de reojo a Gustavo. Incluso le gustaba menos que antes. No se fiaba de la gente que decía que era de fiar, le creaba el efecto contrario: desconfianza. Era algo que había aprendido en su oficio. Y esperaba equivocarse, porque veía a su

madre muy ilusionada a su lado.

—Niña, prepárate, que ya suenan —le indicó su abuela dándole un codazo y sacándola de sus pensamientos.

—Con lo poco que me gustan a mí las uvas... —musitó Natalia mientras cogía una.

—Pues te las comes y punto pelota. No querrás tener mala suerte, ¿no?

—No creo en eso, ya lo sabes. No te prometo que me las coma todas. Si te apetece, te comes las que me deje, así tendrás el doble de suerte. —Le guiñó un ojo.

—No digas tonterías. ¡Mira, ya empieza! Eso son los cuartos. ¡Preparaos todos! —exclamó Gracia emocionada en voz alta.

Todos se quedaron callados, escuchando los «dongs» del reloj de la Puerta del Sol, mientras se metían en la boca las uvas, una a una, justo cuando lo indicaba el sonido del campanario. Al final, todos se levantaron de sus asientos con alegría felicitándose el año nuevo. Después de los besos y buenas palabras para el año que estrenaban, tocaba la hora de brindar. Alfredo abrió las botellas de champán y de sidra, y comenzó a llenar las copas.

—Es que eres una cabezona, al final te has dejado las uvas —la riñó Gracia, mientras cogía la copa que le ofrecía su nieta.

—¡No te quejes, que me he comido cinco! —soltó con una sonrisa Natalia.

—Ven aquí, perla. Que quiero hacer un brindis contigo. —Acercó su copa a la de ella hasta que se tocaron—. Nati, que este año encuentres al hombre que te vuelva loca —expuso al chocarlas y bebió un buen trago después.

—Anda que te has quedado contenta. Luego me dices que soy cabezota, pero, como tú, ninguna. Se te ha metido entre ceja y ceja que me eche novio; pues lo siento, pero te vas a quedar con las ganas.

—Bueno, eso ya lo veremos —retó muy segura de sí misma.

—Natalia, ¿has quedado luego? —preguntó Jessica, que estaba al lado de su novio.

—Sí. En seguida me iré. ¿Y vosotros?

—Sí, nos vamos a la discoteca, aunque estará a reventar...

—Uf. Ya te digo. Debe de ser un agobio estar ahí.

—A ver si nos vemos por ahí...

—Lo dudo —dijo Natalia, y sonrió mientras daba un largo trago a su copa de sidra.

No había ni un alma en la fiesta de fin de año que había organizado la discoteca más famosa de Toledo. Todos estaban bailando al ritmo de la música que iba eligiendo el *disc-jockey* y gritaban para comunicarse con sus conocidos. Se encontraban pletóricos, había empezado un nuevo año y todos deseaban que fuera infinitamente mejor que el anterior. Al fondo, muy cerca de una de las barras para pedir consumición, se encontraban Jessica, Alfredo y Ewan con algunos amigos. Ewan intentaba por todos los medios no buscarla con la mirada. No sabía si iría ahí, aunque tenía esperanza de que sus amigos la arrastraran a aquel lugar. Debía olvidarla, eso lo sabía de sobras, pero no lo conseguía. Había conocido a una mujer que no tenía nada que ver con las que había encontrado en su vida. Lo retaba siempre, era segura de sí misma y no tenía miedo de decir lo que pensaba. No creía que ese interés se debiera al hecho de que era la primera mujer que le había dicho que no, aunque Alfredo estaba completamente seguro de que así era. Estaba claro que él nunca había tenido problemas para ligar y menos desde que estaba compitiendo en el tenis de élite. Muchas chicas lo presionaban para que saliera con ellas, él ya no tenía que perseguir a ninguna, en su puerta siempre se arremolinaban algunas. Pero de momento sólo se divertía, no había encontrado a la mujer apropiada para que le hiciera cambiar de rumbo. A sus veintiséis años únicamente había tenido una novia, las demás eran amigas especiales, que tenían derecho a roce, por supuesto. Fue al principio de su carrera profesional, con diecinueve años, cuando conoció a Susan, una chica preciosa y amable, con la que comenzó a salir más en serio. Pero, a los siete meses de estar juntos, empezó a viajar por todo el mundo para presentarse a los torneos. Estuvo con ella un año y al final lo tuvieron que dejar. Era absurdo mantener una relación que no iba a parar a ningún lado.

—Mira quién acaba de entrar —anunció Jessica con una sonrisa, mirando hacia el fondo de la pista.

A Ewan no le había hecho falta que se lo dijera, la había visto segundos antes de que su amiga hablara. Acababa de aparecer con su curioso grupo de amigos. Ewan la observaba desde la distancia; ella aún no los había localizado y pudo echarle un buen vistazo. Estaba buenísima, pensó reprimiendo no saltar a su lado. Esos pantaloncitos cortos que se había puesto le sentaban espectaculares. Tenía un problema, un grave problema: se estaba encaprichando de la cuñada de su mejor amigo. Y lo peor de todo era que ella pasaba olímpicamente de él. ¿Qué podía hacer?

—¿Qué te pasa, Natalia? —preguntó Ricardo acercándose a ella.

—Nada... —musitó forzando una sonrisa.

—Estás muy rara esta noche. ¡Venga, que lo que necesitas es coger una buena cogorza! —soltó llevándola a la barra que tenían más cerca.

—Tú lo arreglas todo bebiendo —dijo sonriendo mientras se dejaba llevar por su amigo. Era un grandullón, más o menos un armario de dos por dos. Pero era un encanto.

—Vamos a brindar porque este año nos veamos más a menudo —vociferó Rafa haciendo chocar

los vasitos de chupito que habían pedido.

—Eso, eso. Que a nuestra chica no le vemos el pelo tanto como quisiéramos —gritó con fervor Ricardo.

—¡*Pa* arriba, *pa* abajo, *pal* centro y *pa* dentro! —exclamó Sergio, invitando a todos a que realizaran aquellos movimientos.

Sus cuatro amigos y ella lamieron la sal que tenían en el dorso de sus manos y acto seguido se bebieron de golpe el chupito de tequila; luego rápidamente se llevaron el limón a la boca.

—¡Otra ronda! —chilló Álvaro al camarero.

—Pero, de tequila, no. Joder, me arde la garganta —murmuró Natalia, casi sin voz, llevándose la mano al cuello.

—Madre mía, que desde que te has ido a las Américas te estás haciendo una blandengue. Si tú antes te bebías los chupitos de tequila a pares —la riñó Rafa agarrándola por la cintura.

—Sí, vamos, bebía directamente de la botella, no te jode. —Sonrió intentando que le saliera mejor la voz.

—Venga, Natalia. Esta noche te quiero ver desmelenada —sugirió Álvaro ofreciéndole el chupito y la sal, para que se la pusiera en el dorso de la mano.

—Hace mucho que no me desmeleno. Eso lo dejo para las nuevas generaciones. —Le guiñó un ojo mientras lamía la sal de su mano.

—¡Por nuestra Natalia! —exclamó Ricardo levantando los vasitos.

Después de unas cuantas rondas más, se fueron a bailar. Natalia se sentía un poco mareada, su cuerpo ya no aguantaba el alcohol como antes. Lo bueno de aquello era que se estaba empezando a divertir de lo lindo con los brutos de sus amigos. Era una risa verlos intentar mover las caderas al ritmo de Shakira o ver cómo pretendían bailar como otras personas de la sala. No paraba de reírse, incluso le empezaba a doler la barriga de tanta carcajada. Los echaba mucho de menos, eran los mejores amigos que tenía, con ellos podía ser simplemente Natalia. Su madre y su hermana no entendían cómo no tenía amigas. Pero para ella era simple: no tenía nada en común con las chicas.

—Natalia, ¿puedes venir conmigo un momento? Me gustaría hablar contigo... —le susurró en el oído Álvaro.

—Claro.

Salieron juntos de la discoteca; en la calle hacía mucho frío. Natalia se abrazó a su cuerpo para así conseguir un poco de calor.

—¿Qué me querías decir? —preguntó Natalia mirando a su amigo visiblemente nervioso.

—Esta noche me he propuesto contarte una cosa. Algo que sé que te sorprenderá —susurró paseando de un lado a otro, mirándola de reojo. Era el más bajito de los cuatro, moreno y con los ojos marrones, pero igual de musculoso que sus amigos.

—Dime, que me estás poniendo nerviosa con tanta vuelta —pidió temiéndose lo peor.

—No sé cómo empezar —murmuró tocándose el pelo con ambas manos.

—Por el principio. Siempre se empieza por el principio —lo animó Natalia con una sonrisa.

—De acuerdo, allá voy —dijo soltando aire para tranquilizarse y acercándose mucho a su amiga —: Natalia, soy gay —soltó de golpe.

—¡Madre mía! Y para decirme eso has montado este número. Vaya tela, tío. Estaba acojonada, creía que me ibas a decir otra cosa —explicó riéndose por lo que se le acababa de pasar por la cabeza.

—Es que no sabía cómo comunicártelo. Es algo que he descubierto hace muy poco y me apetecía que tú lo supieras. Para mí eres una persona muy especial, además de un gran apoyo.

—Y tú para mí, tontorrón —musitó abrazándolo con fuerza—. ¿Qué te creías, que iba a poner el grito en el cielo por eso? Ay... Qué poco me conoces entonces. Sigues siendo el mismo para mí.

—Eres la mejor, ¿lo sabías? —Sonrió visiblemente más aliviado mientras le daba un sonoro beso en la mejilla—. Quiero que estés presente cuando se lo diga a los demás, aún no lo saben...

—Tranquilo, cuenta conmigo para lo que quieras.

—Por cierto, ¿qué habías creído que te iba a contar? —quiso saber levantando una ceja.

—Nada, nada —reprimió una risa y negó con la cabeza.

—¡Ya lo sé! Creías que te iba a decir que estaba loco por ti —comentó entre risas.

—Lo confieso: era eso. Ya estaba pensando en cómo te iba a hacer la cobra.

—¡Eres única, Natalia! —Se rio ante la ocurrencia de su amiga—. Aunque eres una mujer fascinante, no eres mi tipo. No te molestes. —Le guiñó un ojo.

—No, al contrario. Sabes que te quiero mucho, pero como amigo, ¿eh? Que no quiero que abandones ese lado de la acera por mí. —Lo cogió por la cintura mientras avanzaba hacia la puerta que daba acceso a la fiesta.

Justo antes de entrar, algo le llamó la atención: era un pareja que discutía; al fijarse mejor, se dio cuenta de que era Ewan con la chica mona del otro día. Se paró en seco para ver qué ocurría: él no paraba de apartarla de su lado y ella volvía a la carga con caricias sutiles en sus brazos y su torso. Se notaba que estaba incómodo por la situación.

—Entra tú. Voy a ver si le echo una mano a un amigo —informó con resignación mientras se acercaba con decisión hacia ellos.

—Ven amorcito, si sabes que lo deseas tanto como yo... —le susurraba con voz sugerente Silvia mientras volvía a estrecharse contra su cuerpo.

—¡Al fin te encuentro! —exclamó Natalia irrumpiendo en la conversación con una maravillosa sonrisa. Ewan la miraba sorprendido—. ¿Dónde te habías metido? Eres un caso. Perdona, bonita... —se dirigió a aquella morena que la miraba con los ojos como platos—, ¿nos puedes dejar a solas a mi novio y a mí? —Se colgó del brazo de Ewan como había visto tantas veces hacer a su hermana con Alfredo, apoyando casi todo el cuerpo en él.

—¿Tienes novia? —cuestionó Silvia enfadada.

—Es lo que te quería decir... Lo que pasa es que no me has dejado —improvisó Ewan siguiéndole el juego, mientras el contacto hacía que le ardiera la piel y el aroma de aquella mujer lo embriagara.

—Tú lo que eres es un gilipollas. Me habías dado esperanzas... Hale, que te aproveche y amárralo bien, que tiende a ligarse todo lo que se mueve —le recriminó mirando con odio a Natalia. Se dio la vuelta y se fue.

—Gracias —susurró Ewan contemplándola fijamente, aún estaba pegada a él—. Esta chica no

sabía captar una directa. Creía que hablaba en broma.

—Era lo menos que podía hacer. Te he visto desesperado. —Se apartó de él y guardó una distancia prudencial.

—Lo estaba, eso no lo dudes. —Sonrió.

—Bueno, me voy para dentro, ya he hecho mi buena acción del día, mejor dicho, de la noche. Mis amigos estarán esperándome. ¡Nos vemos! —Escapó sin darle oportunidad de decir más.

Ewan se quedó mirando cómo entraba en la discoteca, y con una sonrisa en la boca volvió también a la fiesta. Se fue derecho hacia donde estaban sus amigos, que bailaban animadamente al son de la música; éste sonrió al verlos. Pero su mente viajaba hacia ella. La buscó por la inmensa sala oscura iluminada con focos de colores. La encontró no muy alejada de donde se hallaban. Estaba bailando con sus amigos y se la veía contenta. No entendía aquel cambio de humor. Hacía unas horas se había marchado de su casa hecha una furia, sin darle tiempo para hablar y aclararle las cosas. En cambio, ahora se hacía pasar por su novia para ayudarlo a espantar a una chica. Lo estaba volviendo loco, en más de un sentido. No sabía a qué estaba jugando. Le había explicado con mucho detalle las razones por las cuales ella no iba a llegar a nada con él. Aunque para él eran absurdas excusas que se estaba poniendo. Estaba claro que esto era nuevo para él. Nunca había tenido tantos quebraderos de cabeza por una chica. Pero es que Natalia no era una simple mujer. Debía jugar fuerte con ella, sino no llegaría a nada. Se armó de valor y se dirigió hacia donde brincaba junto a sus musculosos amigos.

—Joder... —musitó Natalia cuando vio dirigirse hacia a ella a Ewan.

—¿Qué te pasa? —preguntó Álvaro acercándose a ella.

—Nada, el tenista, que viene hacia aquí.

—¿Quieres que nos ocupemos de él?

—No, déjalo. A ver qué tripa se le ha roto ahora... —Se resignó, no podía estar huyendo continuamente de él y sabía que haberlo ayudado hacía un rato podía complicarle de nuevo las cosas.

Álvaro sugirió a sus amigos acercarse a la barra a tomarse otra ronda de chupitos, para dejar a solas a su amiga con aquel chico. Sabía que Natalia podía defenderse perfectamente, pero, por si acaso, eligieron la barra más próxima a ella.

—Dime, ¿hay otra chica que te acosa? —quiso saber cuando estuvo cerca de ella.

—No —contestó con una sonrisa—. Es que me he dado cuenta de que no te he felicitado el año nuevo...

—¿Para eso vienes adrede? —Se sorprendió mientras miraba cómo las luces le iluminaba la cara a intervalos, sin poder vislumbrar nítidamente sus facciones.

—Claro. Mis padres me han enseñado a ser educado.

—Pues nada, si así te quedas contento, feliz año nuevo.

—Feliz año nuevo.

Antes de finalizar la última palabra, se acercó a ella y, cogiéndola por la cintura, la besó en los labios con delirio. Con la otra mano le acarició la nuca y la estrechó contra su cuerpo. Ella no se lo puso fácil, intentaba separarse de él y no dejaba que su lengua entrara. Pero, al final, después de combatir contra varios mordiscos en su labio inferior, y algún que otro empujón que le daba Natalia

para que se apartara de ella, le dejó vía libre y el beso se volvió más apasionado, más violento. Sus lenguas se rozaban y jugaban al mismo son. Sus labios no dejaban de rozarse y succionarse. Notó las manos de Natalia en su cuello, que la invitaba a acercarse más y más, con fuerza, sin medida. Estaba enloquecido. Había besado a muchas chicas, pero ninguna le había provocado tanto con ese juego, con aquella lucha que habían creado por ser el más fuerte. Imaginó cómo debía de ser en la cama y sólo con pensarlo se excitó todavía más; su pene pedía a gritos que lo liberaran de aquella cárcel en que se habían convertido sus pantalones de tela. Se estrechó más a ella, necesitaba que supiera, que notara por sí misma, lo que lograba con su cercanía y su deseo.

No podía parar, pero tampoco quería hacerlo. Le había sorprendido cuando su boca buscó la suya. Intentó, inútilmente, apartarlo de ella. Su cuerpo actuó inconscientemente y le devolvió el beso. El americano sabía hacerlo muy bien. Notó cómo aquello empezaba a tornarse más caliente; la mano de él empezó a bajar de su cintura al encuentro de la parte más baja de su espalda. Notó cómo le apretó la nalga y la estrechó aún más a su cuerpo. En su estómago sintió como endurecía él, empezó a notar que ardía su entrepierna y que palpitaba pidiendo más acción.

—Para —musitó Natalia intentando apartarlo con sus manos.

—Mmm... —le ronroneaba mientras le acariciaba el trasero y se deleitaba con su contacto.

—Ewan, para si no quieres que te pegue una patada en los huevos —lo amenazó con voz tajante.

Aquello lo alertó y la miró a los ojos, buscando algo que le indicara que siguiera.

—No te entiendo... A ti también te estaba gustando y no me digas que no, que no te creeré —le dijo apartando con pocas ganas sus manos de ella, alzándolas para que ella las viera.

—Sí, no ha estado mal. Pero no vamos a llegar a nada más.

—No empecemos, Natalia. Me gustas y sé, por cómo me has besado, que no te desagrado.

—El tema es, Ewan, que tú buscas algo que yo no quiero. Sé que no te vas a conformar con un polvo de una noche.

—Joder, no quiero que te cases conmigo ni nada parecido. Es que me has tachado de anticuado y ya no hay quien te rectifique. No pienso en el futuro, no quiero pensar en tener pareja ahora —se acercó a ella agarrándola por la cintura y estrechándola a su cuerpo—. Quiero estar contigo, poder amarte y quitarte esa máscara de tía dura que llevas puesta. Deseo hacerte gritar mi nombre, anhelarte verte gemir y que te vuelvas loca bajo el contacto de mi piel —susurró con voz ronca al oído de ella, mientras sus manos acariciaban su cintura y espalda; la deseaba más que nada en el mundo.

—Sólo sexo —murmuró Natalia entrecortadamente, excitada por la promesa que le había hecho, por las caricias y su proximidad.

—Sí... —afirmó besándole el cuello, recorriéndolo con la punta de su nariz de arriba abajo para darle otro beso en la clavícula.

—Únicamente esta noche. Ninguna más. Es mi norma —le aclaró cerrando los ojos al contacto de sus labios muy cerca de la oreja.

—Como quieras —susurró en su oído haciendo que se erizara su vello.

—Vámonos ya —lo invitó cogiéndolo por sorpresa. La miró a los ojos, intentando saber si hablaba en serio o era otra de sus tácticas de distanciamiento. La siguió con paso seguro, pasando por en medio de aquella gente que saltaba y reía; lo arriesgaría todo de nuevo, la deseaba y no le importaban las consecuencias. Sin decir más, salieron de la discoteca.

Natalia notó cómo le cogía la mano; se sorprendió al sentir aquella caricia tan íntima; aunque no era la primera vez que lo hacía, ésta era distinta. Avanzaron por las calles frías y desiertas de la

ciudad; se oía el repiquetear de sus tacones.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ewan, intentando averiguar las intenciones de su amiga.

—A por mi moto. —Le sonrió—. Esperemos tener suerte y no encontrarnos a la policía. Sólo tengo un casco.

Al doblar una calle se toparon con su fantástica Ducati. Ewan esperó a que se subiera y luego la imitó, estrechándose más de lo necesario al cuerpo de ella.

—No te imaginas lo que me pone verte encima de esta moto —le susurró en la oreja poniéndole el vello de punta—. Eres la mujer más sexi que he conocido, ahora mismo me entran ganas de quitarte la ropa y hacértelo encima de esta máquina. —Le dio un beso en el hombro firmando aquella tentadora promesa.

Natalia arrancó el motor y salió disparada por la carretera con una sonrisa en la cara, notando el cuerpo cálido y tonificado de su acompañante; aquel chico era excitante. En seguida llegaron; tuvieron suerte al no cruzarse con ningún control policial. Paró enfrente del portal del edificio.

—No me ha hecho falta preguntarte si en tu casa o en la mía —le comentó Ewan mientras se bajaba.

—No había más opción. Era en la tuya sí o sí. —Sonrió mientras cerraba el candado de su moto.

Se dirigieron a la puerta y Ewan la cogió por la cintura, no quería que se escapara, aquella noche había conseguido dar un paso enorme con ella. Le daba miedo que se arrepintiera y lo volviera a dejar solo. Dentro del ascensor le devoró la boca y la apretó contra él; esa mujer hacía que ardiera por dentro sólo con tenerla cerca, sólo con rozar sus labios, con notar sus suspiros entrecortados, sólo con sentir su mano que le recorría el cabello.

Entraron en el apartamento como una avalancha. Natalia dejó el casco encima de la primera superficie que vio de reojo, porque Ewan no la dejaba de besar, de tocar, de tentar.

—Estaba deseando tenerte así —le confesó mientras su boca recorría su cuello y sus manos avanzaban por su cuerpo, trazando un camino por explorar, deleitándose con la suave piel que descubría.

—Demuéstrame ese deseo que sientes. Recuerda: sólo una vez —le musitó mientras le desprendía de la chaqueta oscura y le desabrochaba la camisa. Sin dejar de mirar aquellos ojos verdes que la miraban expectantes, se la quitó dejando ver unos perfectos abdominales.

Los recorrió con pausa con las yemas de sus dedos, sin prisas, desde arriba hasta abajo. Se deleitó con sus definidos músculos, con la respuesta de su piel al tacto, con los sonidos que se le escapaban de su boca entreabierta. Ewan la miraba con la boca seca, estaba volviéndose loco con aquella simple caricia. Estaba deseando tumbarla y hacerle el amor. Pero debía tranquilizarse aunque fuera casi imposible hacerlo con aquella fémica rozándole con tanta delicadeza. Comenzó a desvestirla; le quitó la parte de arriba y observó lo sexi que estaba con aquel sujetador negro de encaje. Pero deseaba ver sus pechos, tocarlos y saborearlos. Notó cómo la mano de ella bajaba hasta el botón de sus pantalones, y tragó saliva al ver la mirada que le dedicaba ésta. Estaban de pie en medio del salón, sin hablarse. Simplemente se exploraban y recorrían el cuerpo del otro. Natalia vio cómo asomaban los calzoncillos y los bajó poco a poco, como si destapara un ansiado regalo, dejándolos caer sobre sus rodillas. Él se quitó, con ayuda de sus pies, los zapatos y así tiró el

pantalón y los bóxers al suelo. Natalia, con mucho descaro, lo miró de arriba abajo y se mordió el labio inferior. Estaba disfrutando de aquella situación y era muy tentador verlo desnudo, con su firme y gran pene saludándola e invitándola a que disfrutara; estaba totalmente rasurado, sus testículos parecían suaves desde allí, deseaba comprobarlo por sí misma. Sin dejar de mirarle a los ojos, llevó su mano derecha a la parte baja de su pene y lo acarició, disfrutando de su tacto y del gesto de placer que reflejaba el tenista. Ewan volvió a concentrarse en su tarea de quitarle las prendas a aquella mujer que lo había desnudado en cuestión de segundos, disfrutando de su atrevimiento y deseando continuar explorándola.

—Siéntate en el sofá —le ordenó a éste.

Mirándola con fervor, hizo lo que le pidió. Debía controlar sus impulsos más primitivos. Lo único que deseaba era desnudarla y notar que estaba dentro de ella. Vio cómo se acercaba con paso seguro, sin apartar su mirada de la suya; se despojó de sus *shorts* y sus medias. Se quedó en sujetador y tanga. La miraba atraído por aquellas curvas tan sensuales. Se acercó a él y se sentó encima, a ahorcajadas. La cogió del trasero, notando su piel cálida y su suavidad, y gimió al contacto. Natalia, delante de él, se quitó el sujetador, dejando ver sus pechos. Los miró con deseo, eran perfectos para él, naturales, ni muy grandes ni muy pequeños. Sin resistirse más, llevó su boca hacia la areola y comenzó a besarla con suavidad, succionando aquellos pezones que se endurecían con su contacto, dándole pequeños mordiscos que hacían que ella tirara la cabeza hacia atrás de placer. Natalia se acercó todavía más a él, para ayudarlo en su tarea, notando el pene que le acariciaba el estómago, reclamando algo de protagonismo. Duro y listo para ella. Se mordió el labio conteniendo el impulso de metérselo en la boca. Comenzó a restregarse a mayor velocidad a medida que él lo hacía con sus pechos —la estaba volviendo loca sólo con su boca—, intentando con aquel movimiento darse placer en su clítoris hinchado. Creía que iba a explotar de un momento a otro. Sin que se diera cuenta, la tumbó en el sofá y se puso encima de ella, agarrándole los brazos y observando su rostro acalorado.

—Eres una diosa... —le musitó mientras le arrancaba con la boca su tanga. Oyó como gimió y notó cómo se tensó bajo de él—. Me has dicho que únicamente tendremos sexo esta noche. Pero no me has dicho cuántas veces podíamos hacerlo durante esta noche...

Natalia lo miró curiosa y excitada, y él le dedicó una sonrisa llena de promesas. Ewan besó su pubis depilado y comenzó a jugar con su lengua dentro de ella, lamiendo su centro de placer, jugando con ese pequeño e hinchado botón que la hacía arquearse; él se agarró bien a los muslos para poder acceder mejor a ella, volviéndose loco cada vez que la oía gemir y contener los gritos que avecinaban un placentero orgasmo. Pero no le iba a dar la satisfacción de correrse así, necesitaba sentirse dentro de ella, volverla loca como lo estaba él. Necesitaba verla totalmente fuera de control.

—Necesito follarte ya —informó mientras le recorría con la lengua el estómago. Ella se arqueó en señal de ansiar más su contacto—. Pero luego quiero hacértelo más lento... —añadió metiéndole el dedo en la abertura de su sexo. Estaba muy mojada, lista para él. Ella gimió al notar la caricia, mirándolo fijamente, nublada por la excitación y el morbo que sentía en aquel momento.

Cogió de la mesilla del centro un condón que había puesto antes de que le bajara los pantalones y se lo colocó. Se hundió en ella con desesperación. Gimieron al mismo tiempo; Ewan la besó en la

punta de su nariz y, con una sonrisa, comenzó a moverse. Primero lentamente, entre sus brazos la veía cómo se mordía el labio inferior, intentando controlar sus gemidos, notaba cómo recibía cada penetración que le daba. Estaba muy abierta y excitada, sentía cómo llegaba al final de ella y cómo suspiraba con su fricción. Ella lo miró con los ojos brillantes y oscuros, y, con un sólo movimiento, se volvió a poner encima de él. Ewan sonreía: hasta en el sexo debía llevar la voz cantante. La cogió por el trasero y le ayudó con sus balanceos, atrayéndola más a él, notando cerca el clímax. Cada vez que la veía gemir o arquear la espalda, se volvía loco. Estaba fuera de sí, y le mordió el hombro intentando controlar su propio orgasmo.

—Más fuerte, más, más... —suplicó Natalia en el oído de Ewan; estaba muy cerca del orgasmo.

Ewan aceleró las embestidas, profundizó más en cada movimiento, hasta que oyó cómo Natalia gritaba de placer, dejándose ir al fin. Mirándole a los ojos, se fue él también, sin soltar aquel culo que lo volvía loco.

—Ahora, preciosa, viene cuando quiero saborearte entera, embriagarme de ti y hacértelo muy lento. Prepárate porque esta noche va a ser muy larga —le prometió saliendo de ella; se quitó el condón y lo dejó a un lado.

La besó con fervor en los labios y, agarrándola fuerte, se levantó con ella cogida; sus largas piernas lo abrazaban y él sostenía su precioso trasero. Natalia lo miraba atentamente, exhausta por el increíble orgasmo que había sentido y aún había más, mucho más. La dejó con suavidad en la mullida cama, mirándola con ardor... Aquella noche no la iba a olvidar tan fácilmente.

Abrió los ojos poco a poco; estaba en la cama junto a él, lo tenía pegado con un brazo sobre su cuerpo todavía desnudo. Lo miró de reojo, estaba durmiendo plácidamente. Lo que acababa de suceder aquella noche no lo entendía. El día anterior se había marchado de aquella casa odiando a ese hombre, y ahora lo tenía desnudo ante ella... Cerró los ojos e intentó relajarse; se puso una nota mental: no debía volver a probar el tequila en su vida. La hacía desinhibirse y eso no era bueno. Pero ya no podía hacer nada. Ahora debía apechugar con las consecuencias y esperar que Ewan se quedara conforme con lo sucedido, porque no iba a tener otra oportunidad. Sonrió instintivamente al recordar su razonamiento, le había liado de lo lindo. Pero no podía quejarse, tuvo tres encuentros sexuales fantásticos y muy placenteros. Incluso se asombraba de lo meticuloso que era; había disfrutado mucho con él. Sabía lo que se hacía, y logró lo que muchos no habían conseguido: llegar en sus tres actos a seis orgasmos. Pero eso nunca se lo iba a revelar. Con mucho cuidado, sin que él se despertara, le levantó el brazo y salió de la cama. Se fue al salón, donde se encontraba toda su ropa tirada de cualquier manera por el suelo. Se fue vistiendo sin emitir el menor ruido. Recogió su sujetador, que estaba encima del respaldo del sofá. Se estremeció al recordar lo que había sentido en aquel lugar. Aunque el primero había sido el más rápido, fue también el más excitante. El verlo encima de ella, notar cómo la tocaba... Llegaron al orgasmo al mismo tiempo. Después la llevó a la cama, a ahorcadas, y ahí, como prometió, la amó detenidamente haciendo que enloqueciera por el placer. Ella tampoco es que se quedara quieta, estaba completamente segura de que le había hecho disfrutar de lo lindo y, el tercero, bueno, ése no se lo esperaba. Estaba rendida, tumbada boca abajo

en la cama; de repente notó cómo empezaba a masajearle el culo y una cosa llevo a la otra... Cogió su casco y salió de la casa de Ewan. Había amanecido hacía poco, el cielo estaba nublado y advirtiéndolo de una posible lluvia; se subió a su moto y se dirigió a su casa.

—Buenos días —oyó decir a su abuela, que se encontraba sentada en el sofá del salón.

—¿Es que no has subido aún a dormir? —preguntó con una sonrisa Natalia mientras dejaba su casco y su chaqueta en una silla.

—Nena, he subido, he dormido y he bajado. No como otras —señaló con una sonrisa llena de picardía—. Pero no te angusties, no has sido la única en llegar tarde.

—Pero sí la última. —Se sentó al lado de ella.

—Sí. La primera en llegar fue tu hermana, que me encontró aún en el salón viendo la gala en la televisión. Vino preguntando por ti, si te había visto. Según ella, desapareciste de la discoteca sin decir nada y lo más curioso es que al americano le ocurrió lo mismo... —contó mirándola de reojo.

—Sí que es curioso —susurró.

—Después de darme la charla y sus suposiciones... —explicó mirándola fijamente—, se fue a dormir. —Hizo una pequeña pausa para poner más tensión a lo que estaba a punto de descubrirle—. Tu madre acaba de llegar justo unos minutos antes que tú.

—¿No ha dormido aquí? —Se sorprendió.

—No, parece que estuvisteis en la misma fiesta...

—Es que, si te quedabas hasta última hora, te regalaban el chocolate con churros —dijo con tono de broma.

—O porras —terció Gracia.

—¡Yaya! —exclamó divertida por la salida de tono de su abuela.

—Hija, que sea mayor no significa que sea tonta. Tu madre esta noche ha estado durmiendo con su novio. Y tú esta noche has tenido marcha, aunque no sepa al ciento por ciento con quién...

—Ay, abuela —murmuró Natalia dándole un beso en la mejilla—. No se te escapa ni una. Eso sí, de mi boca no saldrá ningún nombre.

—Aunque no salga de tu boca, lo sabré si es quien me figuro...

—Me voy a dormir, que tú estás en plan detective privado y seguramente conseguirías que soltase más de lo que quiero contar —informó levantándose del sofá.

—Descansa, que te hará falta para cuando te pille tu hermana; prepárate porque te hará un interrogatorio con foco incluido. —Su abuela se rio mientras la veía subir las escaleras sonriendo.

Antes de meterse en la cama, decidió pegarse una ducha, su cuerpo se lo pedía a gritos, así podría descansar mejor. Luego se tumbó en su cama con el pelo un poco humedecido, miró instintivamente hacia la cómoda y vio la ropa de Ewan amontonada. Debía devolvérsela; con una sonrisa en sus labios, se quedó dormida.

—Nati, despierta.

—Mmm... Déjame un poquito más...

—No te hagas la remolona, que te tienes que vestir aún y nos están esperando.

—¿Quiénes? —musitó sin abrir los ojos.

—Todos: la familia de Alfredo, tu abuela, tu hermana y él —le especificó su madre acariciándole la espalda con mimo.

—¿Otra vez? Yo paso. Id vosotras —refunfuñó agotada.

—Quieren invitarnos a comer. Acuérdate de que tú los invitaste a todos el día de la pedida de mano de tu hermana.

—Si sé que va a pasar esto, no lo hago. —La miró al fin; su madre ya estaba arreglada y se había puesto especialmente guapa.

—No digas tonterías; que eso te sirva con otros, vale, pero, con tu madre, no. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho.

—No, lo llevo dentro de una mochila —ironizó con una sonrisa—. ¿También va Gustavo?

—Sí. Venga, que llegaremos tarde y no me vale que me digas que vienes en moto. Esta vez te quiero con vestido y dentro de un coche. ¿Me has entendido? —preguntó en tono serio mientras se levantaba de la cama.

—¡Sí, mi sargento! —exclamó poniéndose una mano en la cabeza a modo de saludo militar; su madre sonreía mientras salía de la habitación.

Con muy pocas ganas, se levantó de la cama y miró el reloj. Sólo había dormido tres horas. Se miró al espejo. Estaba horrenda: además de la cara de cansada, había que sumar un pelo alborotado al estilo de Simba, de *El rey león*. Cogió del armario el único vestido que tenía ahí; era increíble que, a sus treinta años, aún tuviera su madre que obligarla a vestirse como una señorita. Sonrió al recordar las peleas que habían tenido en el pasado por ese tema. Ella era feliz con pantalones, los vestidos y faldas se los dejaba a su hermana. Se vistió de manera automatizada, no quería pasarse los pocos días que le quedaban ahí discutiendo por tonterías. El vestido era morado, de manga larga y hasta las rodillas, de algodón. Se colocó unas medias tupidas negras y unos zapatos de tacón. Todo eran regalos de esa Navidad. Parecía que lo habían hecho aposta. Se peleó delante del espejo con su melena, al final sin conseguir su propósito inicial, que era dejarlo suelto; lo recogió en una trenza lateral. Se puso un poco de corrector de ojeras de su hermana y listo.

Había ido a recogerlas Gustavo, quien, con una sonrisa, las invitó a entrar en su Mercedes negro. Su madre iba delante con él, y ellas tres se sentaban en la parte de atrás. Se dirigieron a un restaurante que se encontraba a las afueras de Toledo. Era muy conocido en la zona, uno de los mejores de por ahí. Aparcó en el parking y salieron para dirigirse a la entrada plateada. Natalia y Gracia iban más despacio que las demás; su abuela la tenía cogida del brazo, para apoyarse por si se caía con sus zapatos de tacón. Al entrar no pudo más que admirar la decoración tan fabulosa de aquel local, era muy moderna, el acero contrastaba con el rojo. En una esquina se ubicaba la mesa reservada. Estaban todos de pie besando a los recién llegados; cuando Natalia vio quién estaba, creyó morir. Intentó disimular, aunque Gracia se dio cuenta del cambio en su nieta. La miró intentando averiguar qué le ocurría; cuando descubrió al tenista de pie con los demás, ahogó una sonrisa. Ya no tenía dudas, se lo acababa de confirmar su nieta con su reacción.

Cuando llegaron, se abalanzaron a felicitarles el año; Ewan esperó a ser el último. Estaba deseando volver a verla. No le gustó despertarse sin que ella estuviera a su lado.

—¡Hombre, el tenista! —exclamó Gracia dándole dos sonoros besos—. Feliz año, guapetón.

—Feliz año —le dijo sonriente.

—Aunque ya te lo dije anoche... feliz año —susurró acercándose a Natalia para darle dos besos.

—Sí, eso mismo —respondió con una sonrisa forzada mientras se apartaba lo máximo de él.

Se sentaron en la mesa; para desgracia de ella, era rectangular, y le tocó tenerlo enfrente toda la comida. No cesaba de mirarla y de rozarla «sin querer» con el pie. Estaba de los nervios. No sabía si salir corriendo o darle un guantazo, aunque se decantaba por lo segundo, indudablemente. Tuvo la osadía de decirle que estaba muy guapa, y lo peor de todo fue que lo dijo delante de su abuela, que no paraba de mirarlos de reojo y aguantar la risa. Estaba que mordía. La parte menos mala de aquella celebración fue que la comida estaba buenísima. No paró de comer; desde la cena de Nochevieja no había probado bocado.

—Ahora que estamos aquí todos reunidos —empezó a decir Alfredo con voz solemne—, queremos decirles que ya tenemos fecha para la boda. —Hizo la pertinente pausa para dar emoción, en la que aprovechó para mirar a la futura novia y cogerle de la mano—. ¡Será el 4 de abril!

Todos rompieron a aplaudir, diciendo lo maravilloso de esa fecha y las cosas que debían hacer aún. Natalia simplemente los observó, se les veía felices. Oyó una música conocida para ella y se dio cuenta de que su móvil sonaba en ese momento. Lo cogió y respondió. Pero no oía nada, aquel alboroto no se lo permitía. Salió a la calle para poder hablar.

—¿Quién es?

—¿La doctora Arroyo? —preguntaron en inglés.

—Sí, soy yo —respondió en el mismo idioma.

—Soy George, el portero de su edificio —informó nervioso.

—Dígame, ¿qué ocurre? —No era normal que la llamase.

—No quiero que se alarme, pero la policía me ha dicho que la llame para comunicárselo... Han entrado en su casa.

— ¡¿Cómo?! —exclamó atónita.

—Esta madrugada su vecino me ha alertado de que su puerta se encontraba abierta. He entrado y lo he hallado todo revuelto, como si hubieran estado buscando algo. He llamado en seguida a la policía, y me han comentado que debe venir con la mayor brevedad posible. Tiene que comprobar si le han robado algo.

—Madre mía... —Comenzó a caminar nerviosa por la acera sin percatarse de que Ewan había salido para saber qué le ocurría—. ¿Han encontrado huellas o algo para saber quién ha estado en mi casa?

—Creo que sí... Pero no me han querido decir mucho más. Sólo que, cuando llegue a la ciudad, se ponga en contacto con ellos.

—De acuerdo. Gracias por la llamada, George, intentaré coger un avión esta tarde.

—Doctora, lo siento por haberla llamado así...

—No se preocupe. Nos vemos pronto —musitó dando a finalizar la llamada.

Estaba que no daba crédito. Hacía unos días habían entrado en casa de su madre y ahora lo hacían en su apartamento. Algo en su interior le decía que una cosa tenía relación con la otra y necesitaba averiguarlo. Empezó a pensar una excusa para marcharse unos días antes de Toledo. No quería alarmar a su familia. No conseguiría nada con ello, sólo su angustia. Podía decirles que la habían llamado del trabajo para que se incorporara antes...

—¿Estás bien? —Se sobresaltó al oír la voz de Ewan, que la observaba.

—Sí. Perfectamente. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo de lo de anoche... —murmuró acercándose a ella.

—Que yo sepa, no hay nada de qué hablar —soltó con tono seco.

—¿Por qué te fuiste a escondidas?

—Primero, no me fui a escondidas, como tú dices. Y segundo, creo que te dejé bien claro anoche que lo que iba a ocurrir no volvería a pasar. ¿Para qué quedarme, entonces?

—Para despedirte de mí, por lo menos —susurró con una sonrisa provocadora.

—Mira, no estoy ahora para tonterías. Si me dejaras sola te lo agradecería...

—¿Quién te ha llamado por teléfono? He escuchado un poco de lo que hablabas. ¿Va todo bien?

—Mira, no. Esto es una mierda. —Sopló nerviosa.

—¿Qué ocurre? —Se acercó más a ella con gesto preocupado.

—¿Que qué ocurre?, me pregunta —ironizó con una sonrisa—. Me acaba de llamar el portero de mi edificio para decirme que han entrado en mi casa. Pero eso no es todo. Porque, si sólo fuera eso, bueno, no hubiera pasado tanto. Es que en casa de mi madre ya han entrado dos veces. ¡Dos veces! Para no robar nada. Ewan, esto no me gusta nada...

—Joder, me has dejado helado. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo que volver lo antes posible a Nueva York. La policía quiere hablar conmigo y yo quiero llegar al fondo de todo esto.

—Puedo ir contigo... —musitó Ewan.

—No, no hace falta. Eso sí. No quiero que le cuentes esto a nadie, ¿me has entendido? ¡A nadie! No quiero que mi familia se preocupe. Yo sé que estaré bien, sé arreglármelas solita...

—Entonces, ¿qué les dirás cuando te vayas? Me contó tu hermana que no debías regresar hasta después de Reyes.

—Les diré que me han llamado del trabajo para reincorporarme antes —reveló con una sonrisa.

—¿Y si te llaman al trabajo? Se preocuparan más si descubren que no estás y que las has engañado.

—¿Qué quieres que les diga, entonces? —Resopló maldiciendo por dentro porque él había caído en ese detalle y ella no.

—No sé... —murmuró pensativo—. ¡Claro! —exclamó con una sonrisa irresistible—. Les

puedes decir que te vienes conmigo. Necesito empezar a entrenar para el próximo torneo que se celebrará en Australia. ¡Es la excusa perfecta!

—¿Contigo? ¡Qué tontería! Como si se lo fueran a creer —murmuró con una sonrisa ante la ocurrencia.

—Les podemos decir que estamos juntos. Es la coartada perfecta. Antes de sacar las uñas, piénsalo bien. Ellas estarán tranquilas a la par que contentas porque estás conmigo y tú luego puedes hacer lo que quieras allí.

Natalia empezó a recapacitarlo; él la observaba con una sonrisa, sabía que era la mejor opción. Pero a ella no le gustaba ni un pelo que creyeran que estaba saliendo con el americano.

—Prefiero contarles otra cosa... ¡Ya se me ocurrirá algo!

—Como quieras... —murmuró levantando las manos con resignación.

—Me voy dentro —susurró Natalia dándose la vuelta y entrando en el restaurante.

—Ahora voy yo... —musitó mirándola pensativo mientras se quedaba de pie en la calle.

Mientras andaba hacia la mesa donde los esperaban todos, empezó a cavilar en algo creíble que no delatase la verdad de su partida. Sin decir nada, se sentó en su silla y escuchó la conversación que seguía girando en torno a los futuros novios. Su abuela le hizo un gesto con la cabeza para saber si estaba todo bien y ella simplemente asintió con una media sonrisa. Al poco, un sonriente Ewan se sentó enfrente de ella y le guiñó un ojo. A su abuela, cómo no, aquello no se le escapó.

—Mamá —dijo Natalia con voz serena—. Hoy me vuelvo a Nueva York —soltó sin más preámbulos.

—¿Por qué? ¿Es qué ocurre algo? —se angustió María por la noticia.

—No, no pasa nada —la tranquilizó.

—Entonces, ¿por qué te marchas?

—Es que...

—Perdona, María, pero es por mi culpa —informó Ewan con una sonrisa, cortando a Natalia, quien lo miraba con cara de pocos amigos.

—No os entiendo... —susurró confusa María mirando a uno y a otro sin entender de qué iba la cosa.

—Es que me tengo que volver a Estados Unidos porque debo prepararme para el próximo torneo de tenis. Y, bueno, le he pedido a tu hija que se venga conmigo —contó con una sonrisa encantadora mirando de reojo a Natalia, que quería morirse en aquel instante o estrangularlo. Cualquiera de las dos opciones le era válida.

—¿Para qué quieres que vaya mi hija contigo? —preguntó aún más confundida, percatándose de lo nerviosa que estaba Natalia.

—¡Hija, pareces tonta! —saltó Gracia—. ¡Están juntos! —exclamó de alegría, dando palmas.

—¿Estás saliendo con el amigo de Alfredo? —titubeó incrédula María.

Todos se callaron para saber qué decía Natalia. Respiró hondo y se dijo a sí misma que debía aguantar unas horas aquella farsa; al final y al cabo, era una buena coartada.

—Sí, mamá. Ewan y yo nos gustamos y nos vamos a Nueva York para seguir conociéndonos —informó sin pestañear.

—Vaya... —musitó María mirando a su hija fijamente.

—Di que sí. Me alegro por vosotros. ¡Vaya partidazo te llevas, americano! Cuídamela, ¿eh? Que mi nieta vale mucho —indicó Gracia.

—No se preocupe, que estará bien cuidada —comentó con una sonrisa mientras miraba a Natalia, que estaba con el semblante serio—. Cariño, nos tenemos que ir ya. El vuelo sale dentro de poco y debemos prepararnos —le dijo en tono suave y regalándole una preciosa sonrisa.

—Sí, claro. Luego nos vemos en casa, debo hacer las maletas. —Se levantó y, para su sorpresa, Ewan se acercó a ella y la cogió de la cintura.

—Bueno, familia, luego nos vemos para deciros adiós —se despidió con ella bien apretada a su cuerpo.

Los demás se despidieron todavía sorprendidos por la inesperada noticia. Salieron del restaurante abrazados. Cuando estaban en la calle y vieron que nadie los veía, Natalia se zafó de él.

—No te has podido aguantar, ¿eh? —Se enfadó.

—Te he visto nerviosa y te he echado una mano. —Le guiñó un ojo.

—Te había dicho que me inventaría otra cosa...

—Sabes que ninguna otra mentira hubiera sido tan eficaz como ésta —comentó con tranquilidad.

—¿Has venido en coche? —preguntó ella nerviosa sin querer dar su brazo a torcer.

—No, cogeremos un taxi —le contestó mientras buscaba uno, mirando fijamente la carretera—.

El vuelo sale dentro de dos horas, tengo un contacto en American Airlines y nos ha podido hacer un hueco en primera clase. Tienes menos de una hora para prepararlo todo, luego iré a buscarte a tu casa. Debemos seguir con el paripé hasta el final.

—De acuerdo. Tranquilo, estaré preparada —le susurró—. Gracias, Ewan.

—No hay de qué. Además, te lo debía. Es mi buena acción del día. Anoche me rescataste tú y hoy, yo. —Le guiñó un ojo y paró un taxi en ese momento.

Dentro del coche, de camino a la casa de ella, casi no hablaron. Natalia estaba planeando todo lo que debía hacer cuando pisara suelo americano. Estaba nerviosa y un poco aterrada. No sabía lo que se iba a encontrar allí. Pero tenía claro que iba a llegar al fondo del asunto.

En seguida llegó a su casa; allí subió las escaleras como una flecha, quería prepararlo todo antes de que llegara su familia, así podría charlar un poco con ellas. En menos de media hora, ya lo tenía todo listo y empaquetado. Bajó al salón y dejó la maleta al lado de la puerta de la entrada. Echó un vistazo a la sala. La estudió con detenimiento. Algo buscaban... Empezó a pensar y a acercarse a los muebles que fueron abiertos por aquel intruso. Los abrió, aunque sabía lo que iba a encontrar en su interior: papeles, trastos sin valor, algún bolígrafo... Nada importante, nada de valor. Pero ¿y si lo que buscaban no era de valor económico? ¿Y si lo que querían hallar era otra cosa? Sus hipótesis fueron interrumpidas por las mujeres de la casa que acababan de llegar.

—Qué callado te lo tenías. ¡Anda que ya te vale! Haciéndote la esquivo todo el rato. Claro, por eso desaparecisteis anoche. ¡Estabais juntos! Eres, eres... —soltó enfadada Jessica mientras se acercaba a ella.

—Surgió. No fue una cosa premeditada, te lo puedo asegurar —se sinceró.

—Pues se le ve buen chico, y se nota que le gustas. Sólo hace falta ver cómo te mira para saberlo

—señaló Gracia sentándose en el sofá.

—Pero, hija, ¿estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó María todavía preocupada.

—Sí, mamá. Completamente segura. —Forzó una gran sonrisa para darle más énfasis a la frase.

—Como quieras... —Se sentó en el sofá junto a Gracia.

—Eres una guarra —susurró Jessica a su hermana sin que la oyesen.

—Y tú una monja —le dijo en voz baja, aguantando la risa.

Se sentaron juntas en el sofá pequeño. Estuvieron charlando las cuatro mujeres hasta que el timbre de la puerta las interrumpió. Era hora de despedirse. Abrió a Ewan, quien, viendo la maleta en el suelo, no dudó en llevarla al maletero del taxi mientras Natalia se despedía de ellas.

—Mamá, si vuelve a pasar algo extraño, por favor, avísame. Necesito saber que estáis bien en mi ausencia —murmuró con tristeza y preocupación.

—Tranquila, hija, te mantendremos informada. Pásatelo bien. Cuando llegues, llámanos —le indicó su madre con lágrimas en los ojos. Aún no se había acostumbrado a tenerla tan lejos.

—Sí, mamá. Cuidaos mucho, ¿vale? —Sonrió mientras salía a la calle.

Dentro del taxi no hablaron. Ewan la miraba de vez en cuando, pero la veía demasiado absorta en sus pensamientos. Llegaron al aeropuerto; sin dar opción a su acompañante, él pagó al taxista.

—¿Estás bien? —preguntó Ewan mientras se dirigían a la puerta de embarque. Ya habían facturado el equipaje.

—Sí... —murmuró sin convicción.

No quiso preguntar más, se veía que no le apetecía hablar del tema. Tuvieron suerte, su vuelo llegó a su hora. Se sentaron en clase preferente, los dos juntos. Tenían por delante unas ocho horas de vuelo. Natalia estaba sentada en la ventanilla y observó la oscuridad de la noche. Eran las ocho, pero parecía aún más tarde. El cielo nublado, la lluvia y el horario de invierno eran los culpables. Ya en el aire, Ewan no pudo aguantar más el silencio.

—¿Quién crees que puede estar detrás de todo esto? —demandó. Natalia lo miró saliendo de sus cábalas.

—Mmm... No lo sé. Pero te aseguro que lo averiguaré. Estoy deseando llegar para empezar con las investigaciones. Tengo un amigo en la policía, a ver si me echa una mano...

—Pero ¿crees que tiene que ver con tu trabajo?

—No creo. No he tenido ningún caso conflictivo. Las autopsias que he realizado han sido normales dentro de las circunstancias... Aunque no lo descarto del todo. Nunca se sabe, hay mucho loco por ahí suelto.

—Eso es verdad... Natalia, te voy a dar mi número de teléfono y no admito ninguna negativa. Soy el único que sé la verdad y si te pasara algo... Bueno, tu familia me mataría y me sentiría fatal.

—No debes preocuparte por mí. Sé cuidarme sola.

—Eso lo sé. Pero igualmente te lo voy a dar y espero que me des el tuyo. Quiero saber de ti...

—No empecemos —le susurró en tono seco.

—No es lo que piensas —se defendió con una adorable sonrisa—. Es para quedarme tranquilo. Si sé que estás bien, podré concentrarme en lo mío.

— ¿Cuándo empieza el torneo?

—En teoría ya debería estar en Australia. La temporada ya ha comenzado, y muchos tenistas ya han viajado hasta allí para acostumbrarse al cambio de hora y de clima mientras se juega algún torneo de los que se disputan allí para ir preparando el gran torneo. Lo que ocurre es que, antes de finalizar la temporada pasada, tuve una lesión en la rodilla derecha. Ahora cuando llegue a Nueva York tendré que entrenar muy duro para poder estar listo para el 14 de este mes, que es la fecha en la que empieza el Australian Open.

—Vamos, que te vas a machacar —le dijo con una sonrisa.

—De lo lindo. Si quiero hacer algo, debo estar al ciento por ciento.

—¿Es duro?

—¿A qué te refieres? —le preguntó con una sonrisilla.

—Quiero decir si ser tenista profesional es duro. —Le hizo sonreír.

—Tenemos que entrenar durante muchas horas, seguir una dieta bastante estricta y no hacer ningún exceso. Pero luego te vienen las recompensas. Me encanta poder dedicarme a esto. Es una gozada poder hacer lo que uno realmente quiere.

—En eso te doy la razón —comentó mirando por la ventanilla la oscuridad del cielo.

—¿Cómo llegaste a ser forense?

—Estudiando mucho —le respondió con una sonrisa.

—¡Qué graciosa! ¿Por qué forense y no otro oficio?

—Desde la muerte de mi padre se me metió la idea de dedicarme a eso. Me acuerdo incluso de lo que ponía en su autopsia. Eso me marcó, lo sé. Y quise dedicarme a esta profesión, para poder llegar a averiguar la verdad de las defunciones. Es un trabajo muy interesante. Y, gracias a esa labor, ahora muchos delincuentes están en la cárcel.

—Debió ser un momento muy duro para vosotras...

—Lo fue.

—Se nota que aún te afecta... —observó por la tristeza que veía en sus ojos.

—Mi padre lo era todo para mí... Aún no entiendo las causas de su muerte. Él nunca iba rápido con el coche. Era una persona muy responsable... —musitó Natalia.

—A veces la vida es así de cruel... —Hizo una pequeña pausa mientras miraba a las azafatas, que empezaban a servir la cena—. Si quieres, puedo hacer que se te olviden tus problemas por un rato —propuso divertido; quería cambiarle el semblante y pensó en algo.

—¿Es que eres un brujo?

—No —contestó acercándose a su oreja con una sonrisa—. Pero, si tú y yo nos vamos al aseo del avión, sé que se te olvidaría todo.

—¡Eres imposible! —exclamó dándole un suave puñetazo en el hombro—. Te dije que una y no más, santo Tomás —le recordó entre risas.

—Pero las reglas están para romperlas, ¿no lo sabías?

—Las mías, no —susurró con rotundidad.

Una azafata rubia les puso delante una deliciosa cena; le echó una buena mirada a Ewan, pero él sólo tenía ojos para su acompañante...

A las diez de la noche el avión aterrizó en el aeropuerto de Nueva York. Se levantaron de sus asientos de primera clase cansados por el viaje, aunque habían podido dormir un rato. El cambio horario era lo peor de todo; en España serían las cuatro de la madrugada del día siguiente. A la salida, después de recoger su equipaje, cogieron un taxi. No vivían precisamente cerca uno del otro. Ewan tenía un apartamento en Manhattan; desde hacía tiempo se había ido a vivir allí para poder entrenar todos los días en un club cercano. No consintió en irse en coches diferentes. Primero la llevó a su edificio.

—¿Quieres que suba contigo? —le preguntó con gesto preocupado y cansado.

—No hace falta.

—Sé que no hace falta, pero quiero que estés bien de verdad, no de cara a la galería. Te prometo ser bueno —le dijo con una sonrisa.

—Ewan, de verdad, te lo agradezco, pero lo que necesito ahora es llegar y acostarme un rato. Mañana me espera un día apoteósico.

—Como quieras. Ya sabes, para lo que necesites, me llamas. A cualquier hora del día. Mañana te llamaré cuando acabe el entrenamiento.

—De acuerdo. Buenas noches —se despidió saliendo del coche.

El taxista la esperaba con la puerta del maletero abierta, cogió su maleta y se dirigió a la puerta principal de su edificio.

Al entrar se encontró con el portero, que la esperaba con una sonrisa de circunstancias.

—Menos mal que ha llegado ya. La acompaño a su casa —le comentó George ayudándola con el equipaje.

—¿Alguna novedad? —demandó nerviosa mientras caminaba al lado de aquel hombre de unos cincuenta años, alto, rubio y de aspecto bondadoso.

—No, simplemente están esperando a que llegara. Mañana sin falta vaya a hablar con la policía.

—Sí, no se preocupe que lo haré.

—No se asuste —le informó delante de la puerta de su casa—. No hemos tocado nada, para que usted pueda comprobar si le falta algo.

—De acuerdo —musitó aguantando la respiración mientras hacía girar la llave dentro de la cerradura.

Lo que se encontró allí fue un caos. Las pocas cosas que tenía estaban tiradas por el suelo, era como si un tornado hubiera entrado en su apartamento revolviéndolo todo a su paso.

—¿Está bien? —El portero se preocupó al observar que no se movía.

—Sí... No se preocupe. Puede irse —le comentó con una mueca parecida a una sonrisa.

—Estoy abajo; si necesita cualquier cosa, me llama. En seguida subiré.

—Vale —susurró mirando cómo se iba y cerraba la puerta tras de sí.

¿Por dónde empezar? Pensó en dar un vistazo rápido por el apartamento, para ver la gravedad del asunto. En la casa de su madre solamente buscaron en el salón, a lo mejor habían seguido el mismo patrón. La sala estaba patas arriba, en la cocina hasta dejaron la puerta de la nevera abierta. ¿Qué querían encontrar en el frigorífico? Era de locos. A lo mejor les había entrado hambre de tanto desordenar... Resopló con frustración y se dirigió al pequeño cuarto de baño: halló la puerta de la ducha abierta y los cajones mal cerrados, como si al abrirlos tuvieran prisas y los hubieran dejado de malas maneras. Se encaminó a su habitación. Maldijo mil veces al ver cómo se la habían dejado: le habían sacado la ropa y deshecho la cama. Con poca ganas de nada y menos de dormir, aunque el cambio de hora le estuviera haciendo estragos, volvió al punto de partida. La mejor manera de saber si le faltaba algo era ordenando todo aquello. Cansada físicamente y agotada anímicamente, empezó a recoger papeles y sus pocas pertenencias del suelo. Comprobó que no le faltara nada. Dedicó un buen rato a aquella tarea; de momento no echaba nada en falta. Incluso su ordenador portátil se encontraba allí, y aquello era la posesión que más valor tenía. Al terminar con el salón, repasó con la mirada, por si se le había escapado algo. A Natalia se le paró el corazón, le empezaron a sudar las manos y su cara empezó a palidecer. No podía ser. Le faltaba una cosa. Pero ¿para qué querían eso? No, no era posible. Debía ser un error suyo. A lo mejor lo habían dejado en otro lugar. No iba a poner el grito en el cielo hasta no revisar toda su casa. Sin flaquearle las fuerzas, se dirigió a la cocina. Nada, ni rastro. Lo ordenó todo, incluso miró en el congelador de la nevera. Pero no estaba. Se decía a sí misma que era imposible que hubieran cogido eso, no tenía ningún valor material. Pero sí era muy valioso para ella... Siguió su búsqueda: se fue al cuarto de baño y lo miró todo mientras ordenaba aquel barullo. Nada. Por último se fue a su habitación. Debía de estar allí. Sí. Respiró hondo, estaba poniéndose muy nerviosa y eso no era bueno ni para ella ni para su fin. Colocó la ropa en las perchas y en los cajones, mirando antes en su interior. Deshizo la cama y cambió las sábanas; no sabía si alguien había osado acostarse allí. Nada. Se fue hacia el otro dormitorio; allí casi no se notaba el desorden, al no haber nada poco podían tirar. Pero tampoco halló lo que buscaba. Su casa estaba totalmente ordenada. Todo en su lugar. Le había llevado casi dos horas completar aquel trabajo. Pero su angustia crecía. Optó por mirar en las maletas que había llevado a España. A lo mejor lo había metido allí sin darse cuenta. Colocó la ropa en su lugar y ¡¡¡nada!!! Se sentó en la cama. El corazón le latía con fuerza; había buscado por todos los sitios de su pequeño apartamento y no lo había encontrado. Se lo habían llevado, eso ya no tenía vuelta de hoja. Pero ¿para qué querían aquellas personas la última fotografía que tenía ella de su padre? Era una instantánea que les hizo su abuela Gracia cuando nació Jessica. Estaban en el hospital. Su madre sostenía con delicadeza a su hermana y ella estaba sentada en las piernas de su padre. Todos miraban sonrientes a la cámara, eran felices. Era su fotografía favorita, por ser la última de él y por estar todos en ella.

Con gran pesar por su pérdida y con preocupación, se cambió de ropa y se tumbó en su cama. Debía descansar. Por la mañana tenía que ir a hablar con la policía. Esperaba que tuvieran buenas noticias. O, por lo menos, alguna pista.

Se levantó temprano y fue directamente a darse una ducha; lo necesitaba, no había pegado ojo. No paraba de darle vueltas a aquel suceso. No tenía ninguna suposición. Estaba totalmente perdida. No

estaba acostumbrada a aquella sensación. Siempre se enorgullecía de su sexto sentido para las cosas. Hasta en su trabajo le funcionaba. Más o menos con mirar el cadáver, podía intuir qué le había ocurrido a aquella persona para que estuviera en la sala de autopsias. Rara vez se equivocaba.

Después de vestirse y secarse el pelo, salió de su casa sin desayunar. Ya tomaría algo por ahí, en su nevera no había nada. Cogió su coche, lo tenía en el parking subterráneo del edificio, y salió por las concurridas calles de Manhattan hacia el departamento de policía.

—Buenos días, quería hablar con el comisario Scofield —saludó a la bonita y rubia secretaria que la miraba con una sonrisa al entrar en la comisaria más céntrica de Nueva York.

—Dígame su nombre y si la está esperando —le contestó mirándola de arriba abajo.

—Soy Natalia Arroyo y sí, me está esperando —le soltó con una de sus mejores sonrisas.

—Un segundo —le comunicó, y cogió el teléfono para hablar en susurros a través de la línea—. Puede pasar, su oficina se encuentra al final del pasillo, la última puerta a la derecha.

—Gracias.

—Que pase un buen día —se despidió sin ni siquiera mirarla, mientras tecleaba en su ordenador de última generación.

No era la primera vez que había estado allí, sabía perfectamente dónde se encontraba la puerta del comisario, aunque la recepcionista no se acordara de ella... Antes de abrir, tocó con suavidad y entró. Natalia sonrió al verlo; estaba sentado detrás de su grandiosa mesa, mirándola con dulzura. Sin dudarle un instante, se levantó y fue en su busca.

—¡Natalie! —exclamó el comisario abrazándola con efusividad.

—Hola, Miguelín —le dijo en tono cariñoso.

Se conocían desde hacía tiempo, más o menos desde que llegó a la ciudad. Debido al trabajo que ella desempeñaba, se tenía que relacionar con los agentes de la policía que llevaban los casos que estudiaba. Michael Scofield fue uno de ellos. Era alto, rubio, de ojos claros y sonrisa blanca; cuando lo vio por primera vez, Natalia creyó que salía de una película americana. Le sorprendió su corazón de oro y algo que en aquella metrópoli no se veía mucho: la lealtad. Se había convertido en su mejor amigo. No se acordaba de cuándo comenzó a llamarlo Miguelín o Miguel; creía recordar que comenzó como una broma y él le siguió el juego llamándola Natalie. Ahora se había convertido en una costumbre y no permitían que los demás los llamaran así.

—Siéntate, tenemos que hablar de muchas cosas —la invitó mientras él se sentaba en su sillón.

—Estoy que me da algo, cuéntame. He venido todo lo rápido que he podido —expuso nerviosa tomando asiento en una butaca negra enfrente de la mesa.

—Lo siento mucho, sé que estabas de vacaciones. Pero le dije a George que te llamara con urgencia. Tú eres una forense muy famosa aquí y hay que andarse con cuidado. No sabemos si detrás de todo esto hay alguien involucrado en algún caso de los que tú estudias...

—Miguel, ése es el problema, creo que no tiene nada que ver con mi trabajo —le confesó con preocupación.

—Explícate —le pidió clavándole su penetrante mirada azul.

—En la casa de mi madre han entrado dos veces en una semana. La última vez fue cuando llegué, lo pillé in fraganti, pero se me escapó. No pude verle la cara... Nunca han robado nada, simplemente

buscan algo, pero no sabemos qué.

—Joder, pues, Natalie, esto se complica aún más. Creíamos que era un acto aislado... Cuéntame, ¿has comprobado si te han robado algo?

—Sí, Miguel... Y ahora estoy más confundida si cabe. Me falta algo y, cuando te diga lo que es, te vas a quedar a cuadros como yo.

—Anda, suéltalo ya —la apremió nervioso.

—Una fotografía que tenía con mis padres y mi hermana.

—¿La que estaba al lado de la televisión? —le preguntó sorprendido.

—Sí, esa misma. Dime, ¿para qué quiere un ladrón un retrato de mi familia?

—Mmm... No lo sé, pero lo averiguaremos. Eso que no te quepa duda —murmuró seriamente mientras anotaba en un papel lo que había descubierto.

—¿Habéis encontrado alguna pista?

—Sí, te lo voy a contar porque somos colegas. —Le guiñó un ojo—. Hemos hallado un cabello que no era tuyo. Lo hemos analizado y está dentro de nuestro banco de datos. Pertenece a un ruso que reside en Rosario, Argentina. Está fichado por robo y posesión de armas. Se llama Nikolay Záitsev, ¿te suena de algo ese nombre?

—Es la primera vez que lo oigo. ¿Y qué se le ha perdido en mi casa a ese tío?

—No lo sé, pero andamos buscándolo. Hay otra pregunta más que te quería hacer. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Tu familia está metida en algún tema raro?

—¡No! —emitió ofendida—. Miguel, te puedo asegurar que no están metidas en nada extraño.

—Vale, debía saberlo para descartarlo como posible móvil del caso —le susurró.

—¿Y qué hago?

—Tú, nada, de momento.

—No puedes dejarme al margen de este caso —le rogó mirándolo fijamente a los ojos.

—Que yo sepa, no eres policía...

—Lo sé. —Le sacó la lengua a modo de burla—. Pero somos amigos y coleguillas de profesión, más o menos. Tú tratas con los vivos y yo, con los muertos.

—Pues así continuaremos. Yo ahora estoy trabajando con los vivos. Cuando haya algún muerto, te avisaré. Espero que no ocurra, porque, si no, esto se complicaría aún más.

—¿Y ya está?

—Sí. Quería saber cosas y tú me las has dicho, ahora seguiremos buscando a ese tipo y averiguaremos las razones por las cuales entró en tu casa. Vamos a ver si tiene relación este caso con el de tu madre. Te mantendré informada, ya lo sabes.

—¿Qué quieres, que me quede en mi apartamento esperando a que suene el teléfono? Sabes que no soy así. Necesito hacer algo. Te puedo ayudar, lo sabes.

—Natalie, lo sé y sé que eres la bomba. Pero en este caso estás involucrada al máximo. No verías con la misma claridad, no puedes ser objetiva.

—¡Y una porra! Eso son excusas. Joder, me queda más de una semana para volver a mi trabajo, ¿qué voy a hacer aquí?

—Pues lo que te dé la gana. Haz deporte o turismo. Podemos quedar si quieres, sabes que

siempre estoy dispuesto a una buena cerveza. —Le guiñó un ojo.

—Miguel, por favor, prométeme que llegarás al final de este asunto. Sé que tienen relación los dos casos. No me preguntes cómo, pero lo sé... Temo por mi familia... —declaró mientras le cogía la mano por encima de la mesa.

—Te lo prometo —le musitó estrechándole la mano y acariciándola con suavidad—. Te llamaré por teléfono todos los días y, cuando pueda, te haré una visita. Yo temo por ti...

—Sabes que sé cuidarme sola. —Le dedicó una sonrisa, mientras él le clavaba su mirada.

—Lo sé, eres la mujer más fuerte que he conocido. Pero me asusta la idea de que te pase algo.

—No temas, de verdad... —Le soltó la mano con delicadeza y se levantó de la silla con una sonrisa—. Espero tu llamada.

—Espera también mis visitas... —Se acercó a ella.

—Hasta luego... —Se despidió abriendo de par en par la puerta del pequeño despacho.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir luego —la advirtió, pues conocía su valentía—.

Nos vemos —dijo acercándose a ella y dándole dos besos en las mejillas.

Natalia salió de allí peor de lo que había entrado. Sabía que estaba en buenas manos, Miguel era una de las pocas personas en las que confiaba. Se lo había demostrado multitud de veces. Pero, saber que podría ayudar y no hacerlo, la carcomía por dentro. Caminó hacia su coche por las transitadas aceras; la gente iba y venía sin cesar. Se había acostumbrado a ese exceso de personas andando a su alrededor. Era bien distinto en su ciudad: aunque también se llenaba de turistas, se podía pasear sin miedo a una avalancha humana.

Ahora venía el dilema, ¿en qué iba a dedicar su tiempo libre? No podía estar en su casa encerrada. Sabía que se volvería loca si lo hacía. Podría hacer turismo; aunque más o menos se conocía Nueva York y sus alrededores, así mantendría ocupada su cabeza y gastaría su tiempo hasta que Miguel le dijera algo...

Condujo sin dirección previa y cruzó la ciudad sin saber dónde terminaría aquel paseo. Al detener el coche, se sorprendió al comprobar dónde le había llevado su subconsciente. Levantó los hombros con gesto de resignación. Ya que estaba allí, no iba a dar la vuelta. Además, así podría hablar un rato y despejarse.

Con paso decidido, entró; rápidamente salió el conserje para preguntarle si alguien la esperaba. Mintió al decirle que sí, y le dio el nombre, y él la dejó pasar indicándole previamente dónde podía encontrarlo. Caminó observando a su alrededor la cantidad de pistas que había delimitadas por verjas. Eran de suelo duro, las llamaban pistas rápidas, de un color azul intenso. Todas estaban enumeradas, y dentro de ellas había unas sillas de plástico blanco y un banco para que pudieran sentarse y dejar sus cosas sobre él. Llegó a la número 16. Se quedó parada observándolo. Estaba practicando golpes; a su lado había una cesta enorme apoyada sobre unas patas de aluminio negro repleta con pelotas amarillas. Cerca de él, un hombre de unos treinta y tantos años le indicaba qué era lo que hacía mal y lo que debía mejorar. Era moreno, de aspecto serio y rudo, bastante alto, pero no tanto como él. Le hablaba sin parar, indicándole cualquier cosa. Ewan no cesaba de realizar golpes con soltura y destreza. En la cesta no dejaron nada. Él se dio la vuelta para coger la toalla que tenía en una silla y se la encontró observándolo. Sonrió y con rapidez cogió la toalla y se secó la cara y el cuello, sin dejar de mirarla. Le dijo algo a su entrenador, pero Natalia desde allí no pudo oírlo, y con paso decidido se acercó a ella.

—Hola española —la saludó con una sonrisa, con la voz un poco fatigada por el esfuerzo.

—Vaya manera de entrenar. No te deja ni a sol ni a sombra.

—Para eso le pago, para que saque lo máximo de mí. Veo que no has tenido problema para entrar...

—La verdad es que ninguno. Simplemente le he dicho una mentirijilla piadosa y me ha dejado pasar. Eso será porque muchas chicas vienen a verte y no le extraña.

—Eso será —murmuró apoyándose en la verja que los separaba—. Me quedan unos minutos de entrenamiento. ¿Me esperas y me cuentas qué tal te ha ido en la policía?

—Vale —aceptó viendo cómo le guiñaba el ojo y se dirigía al centro del rectángulo.

La verdad era que poco tenía que hacer, por lo menos se distraería viéndolo jugar. Se sentó en una silla que encontró cerca de allí y observó lo bien que jugaba aquel chico. Resultaba increíble que, para lo alto que era, se moviera con una agilidad sorprendente. El entrenamiento había cambiado, ahora no practicaba golpes. Estaba jugando un partido con un chico más joven que él, que a simple vista, sin que Natalia supiera mucho del tema, se veía más rápido en la pista. Le devolvía casi todas las bolas que él le echaba y hacía que Ewan cruzara la cancha de lado a lado corriendo a gran velocidad. Aunque aquel chico era más veloz que él, Natalia pudo comprobar que Ewan le ganaba en seguridad y en táctica. Después de disputarse unos cuantos puntos, el entrenador dio por terminado el ejercicio de ese día. Ewan bromeó con aquel chico joven pelirrojo, mientras guardaba sus raquetas en su raquetero. Mientras se secaba la cara con su toalla negra con el símbolo bien presente de Reebok, se acercó a ella.

—Un último esfuerzo y nos podremos ir de aquí. Me tengo que quitar todo este sudor —le

informó con una sonrisita.

—Vale, presumido, pero no tardes una hora en arreglarte, ¿eh? —bromeó con una sonrisa, pensando en que si se quedaba más tiempo sentada se quedaría congelada. Se hundió aún más en su caliente chaquetón rojo.

—Piensa que esta cara y este cuerpo necesitan su tiempo para estar perfectos. —Se rio mientras se iba hacia los vestuarios.

Natalia observó cómo varias chicas con las que se cruzaba lo miraban con ojos golosones. Debía reconocer, si era franca consigo misma, que Ewan estaba muy pero que muy bien. Era absurdo negarlo. Pero, aunque él fuera atractivo, eso no significaba nada. Ya habían practicado sexo y, a pesar de haberlo pasado muy bien con él en la cama y haber disfrutado muchísimo, eso no iba a volver a repetirse. Las reglas estaban para cumplirlas y él no iba a ser una excepción.

En pocos minutos lo vio de nuevo caminar hacia ella; iba recién duchado, el pelo estaba brillante y aún le caían gotas de agua por el cuello. Llevaba vaqueros con unas deportivas negras y una chaqueta oscura. En su hombro colgaba su raquetero negro y amarillo con su enorme logotipo. Al ver que coincidía con el de la toalla, supuso que sería su patrocinador.

—Espero no haberte hecho esperar mucho.

—No, qué va —Se levantó de la silla con una sonrisa.

—Vámonos, te invito a comer. ¡Soy capaz de comerme hasta las piedras! —exclamó posando su mano en la espalda de ella para dirigirla a la salida del club de tenis—. Espero que no hayas venido en moto, porque no sé dónde iba a guardar esto. —Señaló su abultado raquetero.

—He venido en coche, la moto la dejo para Toledo. —Le sonrió mientras, con sutileza, se quitó de su agarre.

—Bien pensado.

—¿Tú no tienes coche?

—Sí, pero mi entrenador me ha traído en el suyo. Así sólo usamos uno. Ya sabes, hay que compartir coche para no contaminar el doble.

Se pararon cerca del pequeño automóvil de Natalia. Abrió el maletero y Ewan guardó sus cosas. Entraron de prisa, hacía mucho frío en la calle y necesitaban urgentemente el calor de la calefacción. Colocó la llave en el contacto. El habitáculo se llenó con la música de Malú y David Bisbal, con la canción *Doy la vida* a todo volumen. Natalia rápidamente lo bajó y vio una sonrisa en los labios de Ewan.

—¿Qué? —le preguntó un poco molesta por su gesto.

—Nada. No sabía que te gustaran las baladas románticonas...

—No tengo un estilo de música predefinido. Me gusta de todo un poco. Este disco me lo regaló mi hermana. ¿Qué te creías que escuchaba?

—El *heavy* y el *rock*, básicamente —respondió mirándole a los ojos.

Natalia puso los ojos en blanco, le dio al intermitente de la derecha y salió del aparcamiento.

—De esos estilos también escuchó. Lo que ocurre es que, cuando estoy aquí, me apetece oír canciones españolas...

—¿Echas de menos estar en tu tierra?

—Sí —musitó sin apartar los ojos de la carretera—. ¿Alguna preferencia para comer? —Cambió de tema.

—Sí. Ve hacia la Estatua de la Libertad. Conozco un sitio fantástico por allí cerca.

—¡Pero estará lleno de turistas! —renegó.

—No nos adentraremos en el bullicio, te lo prometo. Además, por estas fechas no habrá mucha gente. En primavera empiezan a visitarnos más.

—Como quieras, ¡tú eres de aquí! —aceptó con resignación.

Empezó a notar que sus músculos se descongelaban. Se había quedado helada esperándolo; claro, él no tenía frío, se había echado una buena sudada con su entrenador. Estuvieron hablando de cosas banales, del tiempo que hacía en esa ciudad. Aunque en Toledo, por esas fechas, también había que echarse un abrigo extra, en aquella urbe eran increíbles las temperaturas que podían soportar. Con ayuda de Ewan, llegó a su destino; aparcaron cerca del puerto de Battery Park, al suroeste de Manhattan. Al bajar, el viento helado les congeló la cara; cerró su coche y Ewan se acercó a ella.

—Ven, creo que no has comido nunca en este lugar —puntualizó caminando hacia los muelles.

—Miedo me das. —Sonrió nerviosa al no saber qué tramaba.

Ewan se acercó a un maravilloso velero de madera oscura y brillante. Habló con un hombre que se encontraba cerca del barco y éste dispuso una pasarela para acceder dentro del navío. Natalia miró cómo Ewan le sonreía y le invitaba a darle la mano para que subiera con él. Dejándose llevar por la majestuosidad de aquel barco, la aceptó y subió. Era precioso. Nunca antes se había subido a un velero así. Recorrió con la mirada la nave, hecho totalmente de madera oscura, con acabados dorados. En el centro se veía una abertura con unas escaleras que bajaban hacia el camarote.

—Te presento al capitán de este maravilloso velero: Thomas Smith. —Ewan señaló a un hombre alto, moreno de piel a causa de las horas invertidas al aire libre, con el pelo canoso y los ojos grises, que la miraban con cierta curiosidad.

—Encantada de conocerlo, soy Natalia —saludó estrechándole la mano.

—Lo mismo digo, señorita —musitó con voz grave y una leve sonrisa.

—Ven conmigo. Te voy a enseñar dónde vamos a comer hoy —comentó Ewan con una sonrisa mientras le cogía de nuevo de la mano y avanzaba por el gran barco.

—¿Vamos a comer aquí? —preguntó sorprendida por la belleza de aquel lugar.

Las heladas aguas del río Hudson hacían que el navío se balanceara suavemente. Admiró la vista; sin lugar a dudas, aquél era un precioso lugar para comer. Se dejó llevar por Ewan hacia el interior; bajó con cuidado las escaleras de madera, cogiéndose con la otra mano a una pequeña barandilla dorada. Se quedó perpleja al admirar el camarote. No desentonaba con el barco, predominaban los mismos materiales. Había dispuesta una mesa con un mantel blanco y platos para dos personas. Pequeñas ventanas redondas lo bordeaban, haciendo que entrara una luz relajante. En él, también había dos puertas cerradas. Supuso que serían el dormitorio y el cuarto de baño. Ewan la llevó a una silla tapizada con una tela dorada, Natalia se sentó y observó que él hacía lo mismo, justo enfrente de ella. Notó cómo el velero empezaba a surcar el río. El vaivén se hizo más notable; por las redondas ventanas podía observar el paisaje. Se quitó la cálida chaqueta, allí dentro se estaba muy bien. Observó que Ewan hizo lo mismo. Pudo ver que llevaba un jersey de color blanco que le sentaba

muy bien.

—Te prometí que no encontrarías bullicio...

—Me has sorprendido. No me esperaba comer aquí.

—He tenido mucha suerte; por lo general este barco no para quieto en el muelle, mucha gente lo alquila para admirar las espectaculares vistas de Manhattan y la Estatua de la Libertad. Al acabar de ducharme, llamé a Thomas, que es un buen amigo de mis padres, y me comunicó que lo tenía disponible.

—Entonces he tenido suerte.

—Sí, mucha —susurró con una sonrisa encantadora.

Ewan se levantó y cogió del banco de una pequeñísima cocina unas bandejas envueltas en papel transparente. Las colocó en la mesa y las abrió delante de ella.

—Le pedí que comprara algo de comer... —informó colocando delante de ella un plato con una pizza muy apetecible.

—¡Qué bueno! Me encanta la pizza —comentó mirando cómo colocaba varios platos más en la mesa, con algunos aperitivos para los dos y otra pizza para él.

Se volvió a sentar y le dio un mordisco a un trozo de pizza aún caliente. Natalia lo imitó y luego cogió unas patatas fritas del centro.

—¿Qué tal en la policía? —le preguntó mientras servía en una copa un poco de Lambrusco rosado.

—Frustrante... Tienen una pista, han encontrado una huella que pertenece a un ruso que reside en Argentina. Pero no me dejan que ayude... —contó con tristeza.

—Es normal, tú no eres policía —puntualizó Ewan dándole un trago al vino espumoso.

—Lo sé. Pero puedo ayudar de muchas maneras. Lo que quiero es saber quién es esa persona ya, por qué ha entrado en mi casa y para qué quiere la foto de mi familia...

—¿Se ha llevado una foto?

—Sí. La única que tenía aquí, de mi padre con nosotras... —musitó con tristeza.

—Ya verás como pronto la recuperas y se termina este asunto —la animó al ver la pena en su mirada.

—Eso espero...

—¿Habías montado en barco alguna vez? —preguntó cambiando de tema.

—Sí, aunque no en un velero. Mi abuelo tenía una pequeña barca a motor y, cuando íbamos de pequeñas a pasar el verano con ellos, muchos días salíamos a la mar con él. —Habló con una sonrisa en sus labios al recordar aquellos veranos que pasaban en Torrevieja.

—¿El abuelo que nombras es el marido de Gracia? —inquirió con curiosidad.

—Sí —respondió dando un trago al vino—. Hace años que nos dejó... Mi abuela lo quería muchísimo y lo pasó bastante mal. Siempre me cuenta que él era el amor de su vida. —Sonrió mientras comía un poco de ensalada.

—¿Sólo te queda ella?

—Sí, mis abuelos paternos murieron hace poco. La verdad es que no teníamos mucho roce con ellos; desde que mi padre falleciera, se alejaron cada día más de nosotras... —explicó con

resignación.

—Debería haber sido al revés...

—Pues sí. Pero, como dice mi abuela, no puedes obligar a la gente a que te quiera...

—Eso será porque ellos no quisieron. Porque resulta muy fácil quererlos —indicó mirándola con intensidad.

—Y, dime, ¿tus abuelos aún viven? —preguntó intentando escapar de su penetrante mirada.

—Sí. Los cuatros. Tengo suerte, la verdad. Viven todos cerca de California y puedo ir a visitarlos cuando vuelvo de mis viajes.

—¿Por qué no pasaste la Navidad con ellos? Te habrán echado de menos...

—Como le comenté a tu abuela, este año me apetecía pasar las fiestas con mi familia española. Ellos se portaron muy bien conmigo durante años y les tengo mucho aprecio. Alfredo me comentó que tenía pensado pedirle matrimonio a tu hermana y no lo dudé —explicó.

—Ewan, ¿Alfredo es buen chico? Dime la verdad, por favor. Quiero que mi hermana sea feliz.

—Lo es. Además, cuando están juntos se nota que se quieren mucho.

—Me alegra oír eso. Si me entero de que le hace daño, soy capaz de caparlo —dijo con seriedad.

—Espero no hacerte enfadar nunca. ¡Qué miedo me das! —comentó entre risas.

—Témeme —apuntó y bebió un poco más—. Te puedo asegurar que soy capaz de eso y de mucho más.

—Lo tendré presente —susurró con una sonrisa—. Ponte la chaqueta, vamos a salir fuera a tomarnos el postre.

Ewan se levantó y cogió de la pequeña nevera de la cocina algo envuelto en papel de aluminio. Natalia se colocó la chaqueta y lo siguió hacia la cubierta del navío.

En el horizonte se atisbaban los rascacielos de la ciudad. El viento soplaba con mayor fuerza y el sol calentaba tímidamente su piel; se abrochó hasta arriba el chaquetón. Delante de ella estaba Ewan, que caminaba con paso firme por la cubierta del velero. De repente la vio, no era su primera vez, pero era distinta. Nunca se había parado en las largas colas que se organizaban para subir al *ferry* que llevaban a la estatua. Natalia se contentaba con verla desde lejos, en la ciudad. Pero al tenerla tan cerca, tan majestuosa y grandiosa, no pudo resistir esbozar una sonrisa. Ewan se giró para verla y sonrió a su vez al contemplarla boquiabierto admirando uno de los emblemas de la metrópoli. Sus ojos se encontraron y, haciendo él un gesto con la cabeza, la invitó a acercarse donde se encontraba. Se sentó en un banco, cerca de la baranda del barco. Ella lo imitó sin dejar de contemplar aquel maravilloso paisaje.

—Precioso, ¿verdad? —le susurró Ewan ofreciéndole un trozo de tarta de chocolate.

—Impresionante —admitió en un suspiro mientras cogía el postre y una cucharilla que le ofrecía.

—Cierto —musitó y se llevó a la boca un buen trozo de aquella deliciosa tarta, mientras miraba a la lejanía.

—¿Tienes hermanos? —preguntó a la vez que cogía otro trozo de aquel delicioso dulce.

—Sí, dos hermanos. Soy el mediano —informó sonriente.

—¿Te llevas bien con ellos?

—Sí, aunque los veo poco, siempre nos hemos llevado bien. Cuando pueden, vienen a verme jugar... Esta noche he quedado en casa de mis padres para cenar, te podrías venir. No está muy lejos de la ciudad, a poco más de una hora en coche.

—¿A tu casa? —Lo miró extrañada.

—Sí. No me mires así, no te he pedido que me acompañes a realizar un exorcismo.

—A lo mejor, si hubiese sido eso, te hubiera dicho que sí.

—Eres un poco macabra.

—Vamos, bien apañada me dejas: dura y macabra. Podría ser el título de una película.

—Del género *gore* o X —soltó Ewan riendo.

—No sé por cuál decantarme. —Le siguió el juego con una sonrisa.

—No me has contestado —comentó acariciándole la mano suavemente con el dedo índice.

—No es buena idea —respondió levantándose y dejando el platito sobre el banco.

—Me puedes explicar por qué —murmuró siguiéndola hacia la proa del barco.

—Mira, Ewan, es que no te entiendo. Parecía que habíamos llegado a un entendimiento tú y yo. Pero me he equivocado... —señaló alterada.

—Natalia, explícate mejor, porque la verdad es que no entiendo lo que me quieres decir.

—Otra vez intentas algo conmigo y ya te dije que no iba a pasar nada más entre tú y yo. A lo mejor este rollo, el velero surcando el río bordeando la Estatua de la Libertad, una fantástica comida

improvisada en él... te funciona con otras chicas, pero no soy como ellas —expuso moviendo los brazos.

—¿Te crees que te he traído aquí para intentar algo contigo? Nunca me ha hecho falta traer a ninguna chica a este lugar: primero, porque no me ha apetecido y, segundo, porque he tenido a la que he querido cuando he deseado. Te he traído aquí para que hicieras algo diferente en esta ciudad. Ahora estás pasándolo mal y he creído que era lo mejor para ti. Para distraerte de tus problemas. Pero el que se ha equivocado contigo he sido yo. Sabía que eras una cabezota, pero no hubiera sospechado nunca que te creyeras el ombligo del mundo. ¡Ya sé que no quieres nada conmigo! Lo sé. No hace falta que me lo repitas mil veces a cada momento. Sólo te he dicho que vinieras a cenar a casa de mis padres, no te he pedido que te cases conmigo. ¿Sabes lo que vas a conseguir con esta estúpida forma de comportarte? Te vas a quedar más sola que la una. Nadie querrá estar a tu lado porque estarán cansados de que los espantes.

—¡A lo mejor es lo que pretendo! Estoy harta de que todos penséis que quiero una pareja, que necesito estar con alguien. ¡Tengo treinta años, sé lo que quiero! Y lo que deseo es estar sola. Divertirme con mis amigos y ya está. ¿Resulta tan difícil de creer? ¿Es una obligación que una mujer tenga novio o marido? ¡Soy feliz como estoy!

—¿Piensas eso por lo que le ocurrió a tu padre? —inquirió molesto mientras se acercaba a ella.

—¿A qué viene eso ahora?

—Intento conocerte mejor, aunque lo pongas difícil y levantes una barrera para separarte del mundo.

—Mira, creo que este paseo ya ha terminado —murmuró mirándolo con rencor antes de darse la vuelta.

—Siempre haces lo mismo: cuando alguien te dice las cosas de frente, te escapas —se despachó Ewan.

—Yo no escapo de nada ni de nadie. Pero sé que no voy a conseguir nada discutiendo contigo.

—Porque sabes que tengo razón —le espetó poniéndose de nuevo cerca de ella.

—Ewan, no sabes nada. No me conoces. Y para que te quedes tranquilo, ¡no quiero tener pareja porque no me da la gana!

Natalia se dio la vuelta y se alejó de él. Estaba que echaba humo por las orejas. ¿Quién se habría creído que era para hablarle de esa forma? Procuró serenarse admirando las vistas, pero le era imposible concentrarse. Lo único que deseaba era que el velero llegara al muelle. No entendía por qué la sacaba de quicio aquel chico. Era curioso: cuando empezaba a darle una oportunidad como amigo, de repente éste lo estropeaba todo. Lo increíble de todo era que no reconocía su actitud, pero le acababa de acariciar la mano y la había invitado a su casa a cenar. Eso no se lo podía negar ni delante de un tribunal. Y aún así, le había dicho que se creía el ombligo del mundo. Él sí que se lo tenía creído. Con esos mechones de pelo que se le caían sin querer en la frente, que se los apartaba cuando estaba nervioso. Su mirada verde penetrante que la aturdía, intentando ver siempre más de lo que ella mostraba. Sus labios, bien definidos y carnosos, que había comprobado que besaban a la perfección. Su manera de sorprenderla y de hacer que hablara de más... Sonrió. Estaba claro que el chico sí se lo tenía creído pero no se podían discutir sus encantos. Pero lo que no le perdonaba era

que creyera que había elegido esa vida a causa de la repentina muerte de su padre. ¿Qué tendría que ver una cosa con la otra?, se preguntó mirando cómo el velero se acercaba a tierra firme.

Ewan la miraba, quería hablar con ella, pero sabía que era inútil cuando se ponía así de terca... Era como una caja hermética, no dejaba que nadie pasara a ver su interior. Sabía que era una de las cosas que le gustaban de ella, su manera de ver la vida, su forma de hablarle, y de retarle con la mirada, de sorprenderle a cada momento con su lengua afilada. Estaba acostumbrado a otro tipo de chicas, más modositas, que no opinaban de nada por si se contrastaba con la opinión de él. De mujeres que estaban más pendientes de la moda, de ponerse guapas y de saber que eran el centro de atención. Natalia no era así. Era fuerte, segura de sí misma, y no dudaba en decir lo que pensaba. Aunque en ciertos momentos huyera de él. Pero tenía la sospecha del porqué de ese comportamiento. Pensaba firmemente que había dado en el clavo. Ahora faltaba que ella se diera cuenta de que él tenía razón.

Al llegar al muelle, se despidieron del capitán del barco. Los dos empezaron a andar uno junto al otro hacia el aparcamiento, sin decirse nada, sin ni siquiera mirarse.

—¿Me llevas a mi casa? —preguntó por fin Ewan antes de abrir la puerta del copiloto.

—Por supuesto —murmuró entrando en el vehículo.

Se subieron y Natalia puso en marcha el motor. Puso el cedé de Extremoduro, y subió el volumen más de lo necesario, dando por hecho que no le apetecía hablar con él. Con decisión, salió al tráfico de la ciudad.

—Dime por dónde tengo que ir para llegar a tu casa —pidió sin apartar la mirada de la carretera, tras bajar un poco el volumen la música.

—De momento sigue recto, yo te guio.

Con las directrices de Ewan, llegaron a un edificio moderno en el corazón de Brooklyn. Paró el coche y la música desapareció dejando un inmenso silencio; lo miró a los ojos.

—Lo de la cena de esta noche sigue en pie. Si no quieres estar sola en casa, puedes venirte. Llámame y te recogeré. Te considero una amiga —le comentó antes de salir.

—Gracias... —musitó viendo cómo cerraba la puerta y se adentraba por la puerta de acero de su finca.

Se dirigió a su casa de manera automática, repasando en su mente el cambio que había dado el día. Ewan la desesperaba. Llegó sin darse cuenta, dejó el coche en el garaje y subió a su solitario apartamento. Dejó sus cosas en la entrada, cerró bien la puerta y se sentó en el sofá buscando con la mirada aquella fotografía sustraída. Suspiró con un malestar en su pecho. Intentaba hallar la lógica a aquello, pero no la encontraba. ¡Era absurdo! Lo único que sabía era que el hombre que había entrado en su casa era un ruso que residía en Rosario... Cogió su ordenador portátil y comenzó a buscar aquella ciudad en Google. Era una urbe bastante grande, ubicada en el centro este del país; sería una locura ir ahí y buscar una aguja en un pajar. Pero ¿pensaba quedarse quieta sin hacer nada más que esperar? No, eso no iba con ella. Necesitaba saber más, las razones por las que aquel hombre había allanado su domicilio, lo había puesto patas arriba y se había llevado la única pertenencia de valor para ella. Oyó que picaban a la puerta, dejó el ordenador sobre la mesa del centro y se levantó para ver quién era. Miró por la mirilla y sonrió mientras abría.

—Hola Miguel, adelante —susurró dejándolo pasar.

—Acabo de terminar de trabajar y me he acercado para saber cómo estás... —comentó entrando en el apartamento.

—Bueno... Aquí me tienes, dándole vueltas al tema —bufó siguiéndolo y sentándose a su lado en el sofá—. ¿Alguna novedad?

—Sí...—Hizo una mueca de disgusto—. Desde que nos enteramos de que el hombre que entró en tu casa es un nativo ruso que vive en Argentina, pinchamos todas las líneas procedentes de ambos países. Al final, hoy hemos hallado algo, aunque a mí personalmente no me haya gustado mucho... —La miró fijamente y le agarró la mano; Natalia aguantaba la respiración, intuía que se trataba de algo malo—. En una llamada, hablaban de ti y tu familia.

—¿Cómo que de mi familia? —preguntó con gran angustia—. ¿Qué decían, Miguel?

—Querían saber si estabais localizadas y si habían encontrado algo que les llevaría a él.

—¿Él? ¿Quién es él? —inquirió nerviosa.

—No lo sabemos, lo denominaban así... Natalie, quiero que lo pienses con detenimiento, en todos estos años que has trabajado como forense, ¿has tenido algún caso que haya estado relacionado, aunque fuera de manera indirecta, con la mafia rusa?

—Ahora mismo no recuerdo ninguno... —comentó pensativa—. ¿Crees que todo esto puede tener algo que ver con algún caso mío?

—Natalie, la verdad es que estamos barajando diferentes hipótesis...

—Si quieres, podemos ir ahora a mi despacho y consultarlo, pero no me suena...

—Sí, te lo agradecería... —susurró.

—Miguel, ¿corre peligro mi familia? Temo por ellas... —musitó Natalia llevándose las manos a la cara con angustia.

—No lo sabemos... Vamos a avisar a la policía española, no queremos pillarnos las manos, este caso cada vez se está complicando más. Esa banda rusa es una de las más peligrosas que hay en el mundo —sentenció con pesar—. Yo temo por ti, Natalie...

—Yo sé cuidarme sola.

—Lo sé y también sé que serías capaz de lo que fuera por cuidar a tu familia, incluso de hacer alguna tontería.

—Haré lo que crea oportuno para protegerlas de esto y de lo que sea —comentó levantando los hombros.

—No, por favor. No seas temeraria. Te conozco mejor de lo que crees y sé que te ronda alguna idea por la cabeza. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. —Michael miró el portátil y vio la página web de Rosario que continuaba abierta—. Sí, estaba informándome y dudaba acerca de si ir o no; ya me has resuelto mis dudas.

—Natalie, no —soltó nervioso—. No quiero que vayas, ¿me has oído? Te prohíbo que viajes a esa ciudad —susurró cogiéndole las manos y mirándola con desesperación.

—Miguel, algo dentro de mí me dice que vaya...—musitó mirándole a los ojos.

—Pues dile que se calle. No quiero que te ocurra nada.

—No me va a pasar nada.

—Eso no lo sabes —afirmó mientras le acariciaba la cara con una mano, con suavidad, deleitándose con su tacto.

—Miguel, no... —murmuró echándose hacia atrás.

—No me hagas la cobra, Natalie —rogó acercándose más a ella.

—Pues no intentes besarme, Miguelín —farfulló con seriedad. Michael cada vez estaba más cerca de ella.

El timbre del portero automático los interrumpió, algo que Natalia agradeció. Se levantó de un salto y Michael la observó resoplando, acababa de perder una maravillosa oportunidad de besarla. Al contestar, bufó y puso los ojos en blanco. ¡El que faltaba! Aunque le había venido bien la interrupción, no le apetecía verlo de nuevo y menos con Michael ahí, que había estado a punto de besarla. Pero ¿qué les ocurría últimamente a los hombres? Ella estaba bien sola y no paraban de salirle pretendientes... Abrió la puerta y volvió al salón, anhelando que la visita fuese corta.

—¿Quién es? —preguntó receloso.

—Un amigo.

—¿Tu novio? —Le cogió de la mano con posesión.

—Yo no tengo novios, ya lo sabes —contestó mirándole a los ojos y soltando su agarre.

—¿Y qué hace viniendo a estas horas si no es tu pareja?

—Tú estás en mi casa y tampoco lo eres.

—Porque no quieres.

—Eso mismo.

Ewan entró por la puerta y vio a un hombre sentado muy cerca de Natalia. Ella lo miraba, como a él le gustaba, retándolo.

—¿Todo bien? —preguntó acercándose a ellos.

—Sí, fenomenal —contestó con ironía—. Miguel, él es Ewan; Ewan, él es el comisario Michael Scofield, quien me lleva el caso y un buen amigo. —Hizo las presentaciones lo más normal que pudo. Los dos hombres se dieron la mano, observándose con detenimiento.

—¿Alguna novedad? —preguntó Ewan intentando encajar a ese hombre en casa de su amiga, mientras se sentaba en el brazo del sofá, al lado de Natalia.

—Sí, han pinchado las líneas y han escuchado una llamada que hizo el hombre que entró en mi casa con sus superiores en Rusia; han hablado de mi familia, querían saber si sabían dónde estábamos y que debíamos llevarles a encontrar a alguien... —explicó a Ewan lo mejor que pudo—. La verdad, esa parte del «él» me ha dejado perdida —comentó mirando a Michael.

—Pero estarán respaldadas por la policía española, ¿no?

—Mañana a primera hora daré el aviso —comentó Michael mirándolo con atención—. Natalie, debemos irnos a buscar eso —susurró poniendo su mano en la rodilla de ésta.

—Sí, claro —Se levantó del sofá y Ewan la imitó—. Dime, ¿qué querías?

—¿Podemos hablar fuera? —murmuró señalando la puerta del principal.

—Claro —Se giró, miró a su amigo y le hizo una señal de que la esperase. Se fueron hacia el rellano de su edificio.

—Venía para saber si habías cambiado de opinión. Ya sabes, para cenar conmigo... Aunque veo

que tienes otros planes...

—Sí, me lo voy a pasar bomba revisando una por una todas mis autopsias —farfulló cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Es tu novio?

—¡Y dale con la preguntita dichosa! —bufó—. No, no es mi novio. No tengo novios, ¿recuerdas?

—Delante de mí no se ha cortado para hacerme entender lo contrario... —La miró intensamente a los ojos, intentando averiguar más.

—Ya me he fijado... —resopló.

—¿Te has acostado con él? —preguntó un poco molesto.

—Ewan, esa pregunta está fuera de lugar. No te tengo que dar explicaciones de con quién me he acostado o con quién no.

—Lo sé... Lo siento, tienes razón. Pero es que he visto que estáis muy compenetrados.

—Somos amigos desde hace tiempo.

—Ya... —susurró con resignación—. Bueno, me tengo que ir, luego te llamo.

—Como quieras. Pásatelo bien. —Sonrió.

—Buenas noches, Natalia —Se despidieron, él bajó por el ascensor y ella volvió hacia la casa.

—¿De qué conoces a ese chico? —inquirió con seriedad Michael cuando la vio aparecer; Natalia puso los ojos en blanco harta de aquel cruce de preguntas.

—Es el mejor amigo de mi futuro cuñado.

—¿A qué se dedica?

—Es tenista profesional. ¿Acabamos con el interrogatorio y nos vamos a mi despacho? —soltó molesta.

—Sí, vámonos.

Se despertó sobresaltada; sin darse cuenta se había quedado dormida en el sofá, liada con la manta polar azul que le regaló su madre cuando se mudó allí. Había llegado muy tarde la noche anterior, porque estuvieron en el departamento de Medicina Forense durante varias horas, cansados de leer informes e intentar descubrir alguna relación con aquellas personas que se habían fijado en ellas. Hicieron especial hincapié en las autopsias de las últimas semanas, justo antes de que ella se cogiera las vacaciones, pues fue por aquella fecha cuando comenzaron a entrar en casa de su madre. Pero no había concordancias, las autopsias eran casos más o menos normales, ninguna referencia a la mafia rusa, ni a personas que se dedicaran al blanqueo de dinero o a la drogas. Esas últimas semanas sólo tuvo casos de asesinatos, sobre todo por bandas callejeras, y algún suicidio... Nada que enlazara un caso con el otro. Se marcharon de allí bastante frustrados; Michael esperaba encontrar ahí las respuestas a sus interrogantes y Natalia salió aún más decidida con aquel propósito que se le había metido en la cabeza. Le dolían los ojos; miró la hora en su teléfono móvil... ¡Sólo había dormido dos horas! Se levantó como pudo y se fue hacia su cama; esperaba poder conciliar el sueño allí. Necesitaba descansar, tenía que estar fresca para poder trazar un plan y poder irse de ahí sin que Michael se enterara. Cuando la acompañó a casa, le hizo prometer que no viajaría a Argentina; ella lo hizo para que su amigo no sufriera en vano, pero sabía que debía ir. Le gustaba sentirse útil y estar encerrada en su propio apartamento no era, precisamente, ser una gran ayuda. Algo en su interior le decía que la solución estaba en aquella ciudad, que daría con algún indicio o simplemente se sentiría más activa. Un escalofrío cruzó su cuerpo al pensar que su madre y su hermana estaban siendo vigiladas por aquella gente. Volvió a mirar la hora, eran las siete de la mañana; en España serían la una del mediodía. Llamó a su madre, necesitaba saber que estaban bien para poder viajar y poner punto y final a este asunto que se le escapaba de las manos.

—Hola, mamá —saludó Natalia cuando oyó la voz dulce de su madre contestándole.

—Nati, ¿cómo estás? —respondió María.

—Muy bien, ¿y vosotras?

—Bien, aquí, volviéndome loca tu hermana con la boda. Cuéntame, ¿qué tal con Ewan? —preguntó emocionada. Natalia hizo una mueca de fastidio; con todo el lío de los rusos se había olvidado de la mentira que les había contado para poder irse de Toledo.

—¡Bien! —intentó sonar convencida—. Ahora está entrenando y luego iré a verlo. Ayer me invitó a comer en un velero —le informó para darle mayor credibilidad; no quería que se angustiaran por todo este tema.

—¡Qué romántico! —exclamó María contenta de que al fin su hija hubiera encontrado a un hombre que le interesara.

—Sí... —murmuró pensando en cómo acabó esa cita—. Mamá, ¿han vuelto a entrar en casa?

—No. Esto parece una cárcel con la alarma, pero Jessica se lo ha tomado muy en serio y me echa

abronca cuando se me olvida conectarla.

—Eso está bien. —Sonrió al saber que al menos ellas estaban bien—. ¿Está Jess en casa?

— Sí, espera que la llamo. Seguro que está deseando contarte las últimas novedades de la organización de su boda —comentó María. Natalia sonrió mientras esperaba que su madre la llamara.

—¡Hola, hermanita! —saludó Jessica.

—¿Cómo está la novia del año? —preguntó mientras se ponía mejor la almohada en la cabeza.

—Estresada, pero muy feliz. —Rio—. ¿Cómo vas con Ewan? Alfredo me ha dicho que el otro día habló con él y que está superilusionado contigo.

—Bien, vamos bien. Conociéndonos —murmuró poniéndose nerviosa con tantas preguntas sobre él.

—Nati, ahora que mamá se ha ido hacia la cocina... Te tengo que contar algo. Iba a llamarte hoy, pero te has adelantado —dijo entre susurros.

—¿Ha pasado algo, Jess? —Se angustió, cualquier cosa fuera de lo normal le hacía sentirse así; era desquiciante, no le gustaba sentirse vulnerable.

—Ayer por la tarde me fui con mis amigas al centro comercial y un hombre se me acercó para hablar conmigo. Me quedé un poco extrañada, no lo entendía muy bien, tenía acento extranjero... El tema es que me preguntó por papá, algo que me descolocó bastante, y le dije que había muerto hacía muchos años... —le explicó en voz baja.

—¿Cómo? A ver que lo entienda, Jess: ¿Se te acercó y te preguntó directamente por tu padre o te dio el nombre?

—Me preguntó directamente por él, no me dijo su nombre. Era como si supiera quién era yo, aunque era la primera vez que lo veía.

—A ver, Jess, esto es superimportante, descríbeme cómo era aquel hombre —le pidió con seriedad.

—Alto, con la mandíbula cuadrada y rubio... —musitó haciendo memoria.

—¿Alguna cicatriz o tatuaje? —demandó levantándose de la cama y paseando por la habitación; estaba muy nerviosa y necesitaba moverse.

—Mmmmm. ¡Sí! En la mejilla derecha tenía una cicatriz bastante profunda. —Sonrió satisfecha por su descubrimiento.

—¿Es posible que su acento fuese ruso?

—Sí, seguro.

—¿No te dijo nada más?

—No, le conté que estaba muerto y se fue, no añadió nada más. Espera, ahora que recuerdo, en ese momento apareció Alfredo, que fue a buscarme...

—Vale, escúchame bien. No quiero que salgas sola por la ciudad, que siempre te acompañe alguien. Mejor si es Alfredo... E intenta que mamá haga lo mismo, no le cuentes esto. Invéntate algo para que te haga caso. Si sucede cualquier cosa, por favor, llámame, a la hora que sea. Y ve con mil ojos, te lo ruego. ¿De acuerdo? —explicó mientras se tocaba la cara con gesto de angustia.

—Nati, me estás asustando. ¿Pasa algo que nosotras no sepamos?

—Es mejor que no sepáis nada... —susurró mirándose en el reflejo del espejo que tenía en la pared; las ojeras le marcaban el rostro y la preocupación se reflejaba en su cara.

—Intentaré hacer todo lo que me has dicho. Ten cuidado...

—Cuidaos mucho, ¿vale? —pidió mientras finalizaba la llamada.

Se quedó con el móvil en la mano, en mitad de su habitación y mirándose, sin ver nada, en aquel espejo. Le había preguntado por su padre... Pero ¿por qué? Esto cada vez estaba más liado y no entendía nada. Lo más chocante de todo era que pasara ahora, después de veintitrés años de su defunción, y no antes...

Natalia sabía lo que tenía que hacer. Ellos estaban jugando con fuego al tocar a su familia. Desconocía qué intenciones tenían, pero lo que estaba claro era que no iba a esperar a averiguarlas. Debía actuar, incluso no le importaba ponerse ella en peligro. Lo importante era salvar a su familia. Que las llamadas procedían de Rosario, pues allá iría. El teléfono sonó con la entrada de un nuevo mensaje. Era Ewan que quería saber si se encontraba bien y si tenía más noticias. Le escribió un escueto sms diciéndole que todo estaba tranquilo y se fue al salón a por su ordenador portátil. Reservó el billete de avión hacia Buenos Aires e hizo lo mismo con el billete para el autobús; escogió la empresa Tienda León, pues había leído que era la de confianza en el país, para trasladarse hasta Rosario. Sólo le quedaba atar el alojamiento y, sin saber los días que estaría allí, localizó por Internet un hotel lo más próximo al centro de la ciudad. Quería estar bien ubicada para poder moverse. Escogió el Solans Presidente y reservó una habitación para un par de días; si necesitaba quedarse más tiempo, lo reservaría en el mismo hotel. Cuando lo tuvo todo dispuesto, se fue a su cuarto y volvió a coger su maleta. Fue metiendo en ella un montón de ropa veraniega. Enero era una época muy cálida en esa región. Se había informado bien gracias a Google. Con todo listo, se tumbó en la cama y pudo conciliar el sueño; aquel día lo usaría para coger fuerzas, no tenía ni idea de lo que encontraría en aquella ciudad. Al día siguiente tendría por delante un gran viaje que esperaba poder aprovechar al máximo y esclarecer todo aquel embrollo.

La despertó el timbre de la puerta; medio somnolienta, fue hacia el telefonillo y abrió al oír la voz conocida. Se miró en el pequeño espejo que había en el recibidor. Vaya pelos y menudas ojeras tenía. El día anterior no salió de su apartamento, no quiso ver a nadie y lo pasó dándole vueltas a la historia, una y otra vez, casi aburriendo y desgastando el tema. Pero, aun así, no le encontró lógica a nada. Por la noche la asaltaron varias pesadillas, las cuales protagonizaba su familia. Lo pasó realmente mal y deseaba que llegara el alba.

—Buenos días, dormilona —la saludó Michael dándole dos besos en las mejillas.

—Buenos días. ¿Alguna novedad? —le preguntó dirigiéndose a la cocina. Necesitaba tomar café urgentemente.

—Ayer, nuestro hombre, se dejó ver por Rosario. Tenemos unas imágenes de una cámara de vigilancia de un parque bastante importante de la ciudad.

—¿Qué parque? —interpeló intentado disimular sus ansias por saber.

—El parque de la Independencia... Estuvo por ahí unas horas, dando vueltas sin ton ni son, y luego lo perdimos de vista.

—Pero ¿lo queréis apresar o qué pensáis hacerle? —quiso saber Natalia.

—Pretendemos que nos lleve a donde operan, por eso lo andamos siguiendo. Pero es bastante escurridizo...

Los dos se sentaron en los taburetes que estaban dispuestos cerca de la barra que separa las dos estancias. Bebieron sin ni siquiera mirarse, cada uno absorto en sus pensamientos.

—Natalie... —Sopló mirándole a los ojos mientras dejaba su taza sobre el mármol gris—. No quiero que hagas ninguna estupidez. Por favor, hazme caso. No puedo resolver esto si tú vas a ponerte en peligro innecesariamente. Necesito que lo comprendas. Debo estar al ciento por ciento en este caso y no puedo andar de niñera contigo.

—Te entiendo, Miguel... —dijo con una sonrisa conciliadora—. No te angusties más. Lo que debes hacer es resolver este embrollo.

—De acuerdo, así me voy más tranquilo.

—¿Has hablado ya con la policía española?

—Sí, ya están al tanto de todo...

—Miguel, han contactado con mi hermana... —susurró—. Era un ruso, con una cicatriz en la mejilla; le preguntó por nuestro padre...

—¿Por vuestro padre? —se sorprendió.

—Sí... Temo por ellas, Miguel. Si les pasara algo, me moriría.

—No les sucederá nada, te lo prometo. —Se terminó el café de un sorbo y se levantó de un salto—. Te dejo ya, voy a mover unos cuantos hilos...

—Sí, sí claro. No te apures. Ve y haz lo que debas. —Se levantó para acompañarlo hasta la puerta.

—Luego te llamo —se despidió dándole dos besos en la cara.

—De acuerdo —musitó mientras cerraba la puerta de su casa.

Se fue corriendo hacia su habitación a darse una ducha y vestirse. No podía tardar mucho, había avisado al portero de su edificio para que le pidiera un taxi y estaría al llegar. A los quince minutos exactos, Natalia cerraba la puerta de su apartamento, y cogía su maleta y un bolso bastante grande con ropa de verano en su interior, pasaporte y monedero. Se dirigió a la calle, donde la esperaba el taxi que la llevaría al aeropuerto. En su interior se mezclaban los nervios con el temor. No sabía si obraba bien o no, pero lo que sí tenía claro era que estar encerrada en casa no serviría de nada.

El tráfico no ayudaba mucho y sus nervios crecían a pasos agigantados. No quería que nadie le arruinara su plan de irse. Sabía a lo que se exponía.

No era tonta. No quería que montaran una escenita de «no te vayas» en aquel lugar.

Al final, llegó al aeropuerto, cogió su maleta y se dirigió a facturar. Miró el reloj por vigésima vez en aquella mañana. Suspiró al comprobar que iba bien de tiempo. Después de esperar a que la cola avanzara y a que su turno llegara, al fin pudo pasar a la zona reservada para viajeros. Se fue a un restaurante de comida rápida y se compró una hamburguesa con patatas fritas para matar el hambre y el tiempo. Comprobó la hora en su reloj de pulsera: ya eran las dos del mediodía. Se quedó tranquila al ver que nadie le había llamado al móvil. En media hora embarcaría y ya sería demasiado tarde para reproches y escenitas. No entendía la obsesión de sus amigos por su bienestar. ¿Es que no comprendían que ella no era la dulce princesa que espera en su torreón la llegada de su príncipe

azul? Ella era la guerrera que va a buscar su destino, que no se detiene ante ningún obstáculo y que, sobre todo, no necesita a nadie para lograr su fin.

Se sentó cerca de la puerta de embarque y, porque no podía hacer mucho allí, se puso a mirar a la gente que pasaba de un lado a otro. Se reprochó no llevar consigo un libro, por lo menos podría haber estado leyendo y no mirando al infinito. Con alegría, oyó por los altavoces cómo anunciaban el próximo vuelo; observó cómo una elegante azafata vestida de azul abría el paso para acceder al avión e imprimía diversos listados. Natalia se levantó y no pudo resistir la tentación de mirar hacia atrás; había visto en infinidad de películas que, justo en el último momento, llegaba el salvador para detener la locura de la protagonista. Con una sonrisa en la cara al comprobar que no había nadie conocido, se puso en la fila para acceder al aparato. Cuando le tocó su turno, una amable sonrisa salió de la azafata al desearle un feliz vuelo. Con paso decidido, fue por el pasillo hasta la escalinata del avión. Dentro de éste buscó su asiento, al lado de la ventanilla; siempre volaba pegada a ésta, era una costumbre. Le encantaba ver el cielo azul mientras volaba, la tranquilizaba y se maravillaba cuando veía el océano bajo sus pies. A su lado se sentó un hombre con aspecto serio, rubio, de unos cuarenta años. Iba con ropa cómoda y fresca, unos pantalones cortos de color verde y una camiseta de manga corta blanca. Para el frío que hacía en aquella ciudad, debía de estar helado, aunque, mirándolo bien, para cuando llegaran a Rosario, iba perfectamente ataviado. Ella debería cambiarse, su jersey de cuello vuelto blanco y sus pantalones vaqueros, sin olvidar las botas, le molestarían en cuanto aterrizaran. El hombre la saludó al sentarse; cuando oyó su acento, se irguió sobresaltada, jera ruso! En seguida se puso unos cascos para escuchar música y no le volvió a dirigir la palabra. Estaba intranquila, ¿y si esa persona que estaba sentada a su lado era uno de ellos? Intentó tranquilizarse, respiró hondo varias veces, pero sus ojos la delataban, no paraba de mirar a ese hombre. No tenía ninguna cicatriz; sólo le faltó coger una libreta y dibujar su rostro en un papel. Menos mal que aquella persona se durmió casi al instante de despegar. Pero ella no paraba de darle vueltas a la situación: ¿Estaría ese individuo siguiéndola o se trataba de una casualidad? Se acomodó e intentó mirar por la ventanilla; tendría a aquel hombre pegado todo el vuelo, era absurdo angustiarse. Eso sí, estaría alerta. Las azafatas empezaron su discurso en dos idiomas: inglés y español. Desconectó al instante, ya se sabía de memoria las normas y lo que debía hacer si se producía un accidente. Tenía por delante unas once horas de vuelo para hacer varias hipótesis de aquello. Aunque lo mejor no era divagar ni hacer pensamientos erróneos. Solicitó a una amable azafata argentina una almohada, se acomodó sobre ella pegándola a la ventanilla y cerró los ojos. Cuando llegara a Buenos Aires todavía le quedarían cuatro horas en autobús para llegar a Rosario. Aunque esta ciudad tenía aeropuerto, desde Nueva York no salía ningún vuelo directo.

Somnolienta y agotada, bajó del avión. Eran las dos de la madrugada, hora argentina. Cuando recogió su maleta, fue hacia uno de los aseos del aeropuerto y se cambió de ropa. Lo llevaba todo en su enorme bolso negro. Cambió su vestimenta de invierno por unos pantalones cortos blancos y una camiseta roja de tirantes. Se quitó sus amadas botas altas y se puso unas frescas y cómodas sandalias planas blancas. Se sentía rara, su piel se veía lechosa. Normalmente, cuando se ponía esa ropa, ya tenía la piel un poco bronceada. Se miró en el espejo antes de salir del baño, su cara reflejaba el cansancio. Salió a la calle y un bochorno le inundó el cuerpo. ¡Menudo calor! Parecía una noche tropical; el cálido viento y la humedad se pegaban en su escasa ropa. Fue hacia donde un amable hombre le había señalado para coger el autobús. Comprobó en su justificante impreso por Internet que el nombre del vehículo y el número coincidían. Se dirigió hacia allí. Ya quedaba menos. Sólo un empujón y estaría en Rosario. Al sentarse en el cómodo minibús, su teléfono móvil empezó a sonar por varios mensajes de Whatsapp. Tenía siete mensajes de Ewan y cinco de Michael, aparte de varias llamadas perdidas... Querían saber dónde estaba. Ewan, en sus mensajes, le explicaba que después del entrenamiento había ido a su casa al ver que no le contestaba, y se había encontrado con la sorpresa de que tampoco estaba. Además, el portero, «¡qué chismoso era!», pensó Natalia, le había dicho que se había marchado con una maleta y había pedido un taxi para que la llevara al aeropuerto. Estaba preocupado porque sabía dónde se había ido; había hablado con Michael y le había puesto al día de las intenciones que tenía. Quería que, cuando llegara a Argentina, los llamara. «¡Pues estaban apañados!», pensó con una sonrisa Natalia apagando el teléfono móvil, no lo pensaba hacer. Estaba decidida a llegar al fondo del asunto y no quería oírles decir que tenía que volver. ¡Con lo que le había costado llegar hasta allí!

Dentro del vehículo no había muchas personas; sonrió al comprobar que su compañero de vuelo no se encontraba en él, se había hecho una película por nada. Parecía que todos los rusos fuesen contra ella; se rio por la ocurrencia. Comenzó a relajarse; en el avión estuvo tensa, esperando cualquier movimiento fuera de lo normal por parte de aquel hombre. Pero se inquietó sin motivo. Debía tranquilizarse, estar así no era bueno ni para ella ni para encontrar las respuestas que necesitaba. Pensó en su familia. Esperaba que estuviesen bien; lo que le había contado Jessica la trastocó bastante. Prefería mil veces que le ocurriese a ella cualquier desgracia, ella podía con todo. Era la fuerte de la familia. Debía llamar pronto a su madre, para saber si su hermana le había hecho caso y andaban con mil ojos. Pensó en su abuela, menos mal que se había vuelto a Torrevieja. Por ello, sabía con seguridad que por lo menos una la tenía a salvo. Debía ir en alguna escapada, para verla y estar con ella; aquellas vacaciones le habían sabido a poco, todo este tema la había hecho regresar antes de lo previsto. Anhelaba pasear por la playa con su abuela mientras le relataba las anécdotas de su juventud al lado de su abuelo. La echaba de menos.

Al fin, el minibús paró cerca del hotel que había reservado. Eran casi las siete de la mañana, el

sol empezaba a asomarse cada vez más arriba en el cielo azul de Rosario. Se despidió del conductor y, tras coger su equipaje, bajó.

Al entrar en el *hall* del hotel Solans Presidente, se maravilló: era espacioso y deslumbrante. Daba pena pisar su brillante suelo, y los sofás, con unas lindas lámparas a los lados, invitaban a sentarse. En el mostrador blanco, un amable recepcionista le invitaba a acercarse con una sonrisa.

—Buenos días, tengo una habitación reservada. Soy Natalia Arroyo.

—Buenos días, señorita. Un segundo —dijo con aquel acento característico mirando la pantalla del ordenador— Sí. Es la 101. ¿Quiere que le ayude con la valija? —preguntó señalando su bolso.

—No hace falta. Muchas gracias. —Sonrió mientras cogía la tarjeta-llave que le ofrecía aquel apuesto argentino.

—Cualquier cosa que necesite, nos lo comunica.

—De acuerdo. Gracias. —Se giró mientras cogía su maleta y se encaminó a los ascensores.

Si le gustó la entrada, cuando vio la habitación que había reservado por Internet, se quedó maravillada. Era espaciosa y contenía una inmensa cama para ella sola y un escritorio precioso de madera con su silla a juego. Las sábanas y las cortinas eran de color mostaza. Además, contaba con un cuarto de baño completo que hacía parecer de juguete el de su apartamento de Nueva York. Lo primero que hizo fue deshacer del equipaje y colocar las pocas cosas que se había traído en el armario. Y, sin más dilación, se fue a duchar. El viaje, el cansancio y el calor la estaban afectando. Necesitaba sentirse limpia y fresca. Después comenzaría a trazar un plan; lo primero sería conocer la ciudad. Debía saber por dónde andaba para manejarse mejor, seguramente se acercaría a aquel parque que había nombrado Michael aquella mañana; esperaba tener suerte y hallar algo. Sonrió al pensarlo. Estaba loca, lo sabía. Pero quien no se arriesga, no gana, eso lo había aprendido hacía años. La ducha la despejó y decidió bajar a comer algo. Estaba hambrienta. En el avión no le dieron mucho para elegir, y ahora su estómago le reclamaba más. Bajó al restaurante del hotel y desayunó allí. El sonido de las conversaciones en aquel español le gustaba, era precioso el deje de los argentinos, le recordaba su casa. Se estaba acostumbrado a oír hablar inglés y, cuando escuchaba hablar su idioma natal, sin importar el acento, le hacía sentirse bien.

Después de un buen café y unas tostadas, se sintió como nueva. Decidió ir a recepción para pedir un plano de la ciudad y empezar a callejear. Quería saber exactamente dónde se encontraba ese parque; era, junto con el nombre del ruso que entró en su casa, la única pista que tenía. Con el mapa en las manos, el amable y guapo recepcionista se lo había entregado con una sonrisa y le había indicado cómo ir, se puso en marcha. No le apetecía coger ningún transporte público. Prefería caminar por aquellas calles, escuchar el murmullo de la gente, oler el dulce aroma de la fruta de temporada expuesta en las pequeñas tiendas. Nunca había visitado Argentina, y sabía que aquella no iba a ser su última vez. Rosario era una ciudad preciosa, con encanto. Sus gentes eran amables y simpáticas. Se les veía sonreír y charlar animadamente de camino a la playa. Sin darse cuenta, llegó a la avenida Pellegrini: era la que el recepcionista le había indicado que tomara, allí estaba la entrada al parque. Se fijó en las diversas heladerías que encontraba a su paso; en una no pudo contenerse y entró a comprarse uno. El sol apretaba fuerte y empezaba a sentirse sedienta. Se fijó en el cartel que había delante de la heladería: Rosario era la capital nacional del helado artesanal.

Eligió, entre la multitud de variedades, el de dulce de leche. La amable mujer, que se encontraba detrás de un mostrador plateado, se lo entregó con una sonrisa, en una gran tarrina con una cucharilla rosa clavada en él. Natalia lo pagó y salió de allí, saboreando aquel delicioso y refrescante helado.

Caminando por aquella espaciosa avenida, vislumbró el parque. Se quedó pasmada. ¡Era enorme! Con razón se pudo escapar aquel hombre de la policía. Volvió a mirar el plano mientras entraba en el recinto; sus arboles la cobijaron del sol que empezaba a notarse cada vez más. Se sentó en un banco y apoyó el mapa en sus piernas para poder estudiarlo mientras se acababa la tarrina con el delicioso dulce de leche. Barajó sus posibilidades; ella se había imaginado que aquel parque, bueno, tendría más o menos el tamaño de un parque de su ciudad... y no el tamaño de veinte parques juntos. Era una pequeña piedra en el camino, no pensaba rendirse por eso. Lo que iba a hacer era aprovechar que ya estaba allí y visitarlo. Se fijaría en la gente, por si veía a alguien que encajara con la descripción de su hermana. Observó que dentro del parque de la Independencia había varios museos, un lago por el cual se podía pasear en barca y un área para los niños muy completa. Se levantó y comenzó a andar por el sendero; a aquellas horas de la mañana no había mucho movimiento de gente, era normal con el calor que hacía, era mejor estar en la playa a remojo. Llegó al lago, espectacular, con saltos de agua y varias barcas amarradas a la espera de ser montadas. Se sentó en un banco justo enfrente de él. Se quedó pensando, mirando las aguas del lago.

Comprobó la hora, ya eran las tres de la tarde. El tiempo se le había pasado en un suspiro. Decidió volver al hotel, necesitaba comer algo y una buena ducha. Luego volvería, cuando la gente comenzara a visitar al parque. Esperaba tener suerte y encontrarlo antes de que la encontraran a ella, claro. Mientras caminaba de vuelta, encendió el móvil. No quería perderse ninguna noticia relevante del caso, aunque supusiera que la esperaba una buena reprimenda por parte de Michael y, claro está, de Ewan.

Se quedó alucinada. En aquellas pocas horas en las que lo había tenido apagado, había recibido cien mensajes de Whatsapp, veinte llamadas perdidas e, incluso, cinco mensajes de sms. Miró de quiénes eran y sonrió al averiguar que todo aquello era obra de aquellos dos chicos que había dejado en Nueva York. Suspiró mientras marcaba el número de teléfono. Debía enfrentarse a ellos. Ella no era de las que se escondían.

—¿Estás bien? —preguntó nervioso al descolgar el teléfono.

—Sí, Miguel. Estoy perfectamente.

—¿Cómo se te ocurre irte sin decirme nada? —vociferó.

—Porque, si te lo hubiera explicado, me habrías obligado a quedarme. Yo quería estar aquí.

—¡No te das cuenta de que esa gente es peligrosa! No se andan con tonterías y ahora mismo tú te has metido en la boca del lobo. Te pueden hacer algo. ¡Eres una insensata! —exclamó preocupado.

—Miguel, tranquilo. Sabes que sé cuidarme sola. No te preocupes por mí, no llames a las fuerzas especiales para rescatarme. Ahora mismo estoy dándome un paseo por esta magnífica ciudad.

—Quiero... Necesito que me llames, Natalie. Por favor, me moriría si te ocurre algo —murmuró apenado.

—Te llamaré. Ya no volveré a apagar el móvil —le prometió poniendo los ojos en blanco por lo alarmado que se le veía.

—No lo vuelvas a hacer más. Me he vuelto loco. No sabía nada de ti...

—Te lo prometo, no lo volveré a hacer...

—Dime en qué hotel estás —suplicó desde el otro lado de la línea.

—En el hotel Solans Presidente... —susurró cansada de su obsesiva preocupación—. ¿Se sabe algo más del caso? —preguntó Natalia con esperanza.

—Sí, y lo que sé no te va a gustar ni un pelo... —susurró incómodo por lo que debía comunicarle—. Ya sabemos cuál es el desencadenante de todo esto.

—Cuenta —lo apremió ansiosa.

—¿Te acuerdas de que, la última semana que trabajaste, hubo un fallo en el laboratorio forense?

—Sí, me comentaron que hallaron una prueba contaminada... —dijo sin entender a qué venía eso.

—¿No te explicaron realmente lo que habían sacado de aquello?

—No, sólo me comentaron que la habían desechado y habían vuelto a la escena del suceso... No sé nada más —contó levantando los hombros.

—Dieron con un negocio clandestino dedicado a blanquear dinero procedente de muchos puntos de América. Pudieron arrestar a muchos, pero no al cerebro de aquella empresa. Tomaron muchas muestras en aquel local, huellas, cabellos... ya sabes. —Natalia asintió con la cabeza intentando encontrar el punto exacto donde entraba ella—. Todo lo recogido allí fue a parar al laboratorio forense, donde lo cotejaron y trabajaron con el banco de huellas y de ADN. Pero hubo un error, o eso creyeron en un principio, al cotejar una huella parcial hallada en uno de los cientos de billetes que encontramos. Aquella huella coincidía con una persona ya fallecida.

—Por eso la descartaron por ser una prueba contaminada... —susurró siguiendo el hilo de su razonamiento; iba caminando sin prestar mucha atención a su entorno, absorta en las palabras de su amigo.

—Sí. Volvieron al lugar de lo ocurrido, de nuevo cotejaron, uno por uno, todo aquel dinero, los documentos... Pero no volvieron a hallarla en otro sitio. Parece que ese hombre es muy meticuloso, pero cometió un error. —Michael hizo una pausa y, armándose de valor, continuó—. Cuando me comentaste que a tu hermana le habían preguntado por tu padre, me puse a investigar y...

—¿Y? —susurró conteniendo el aire.

—Sé que es una locura, pero la huella que descartaron por coincidir con la de un difunto era de tu padre. —Natalia se quedó quieta en mitad de la calle, agarrando el teléfono con todas sus fuerzas—. La verdad es que ha sido un fallo nuestro, yo estaba investigando una línea distinta, no comprobé el nombre de tu padre, porque sabía que había fallecido hacía muchos años y, además, no se dieron cuenta del parentesco que te unía a aquel nombre que salió en el *back office* de la Interpol. Tienes un apellido más o menos común en España y no cayeron en ello. Sabían que era un español, fichado por la policía por blanqueo de dinero y desaparecido desde hacía veintitrés años. La prueba se volvió a repetir y volvió a salir aquel nombre. Ahora mismo trabajo con el equipo que lleva ese caso —informó Michael.

—¿Cómo? Pero, vamos a ver, mi padre está muerto. Es imposible que hallaran una huella de él...

—Lo sé, de verdad. Sé que suena absurdo, pero encaja. Hace dos semanas que encontraron aquel lugar; desde entonces han entrado en casa de tu madre y en la tuya. ¿No te das cuenta? Ellos fueron

más listos que nosotros, tenían acceso a nuestros archivos desde hacía mucho tiempo sin que nosotros nos diésemos cuenta; parece ser que no se llegaron a creer la muerte de tu padre. Al salir su nombre, no lo dudaron y comenzaron a investigarlo... y os encontraron.

—No, no lo veo. ¡Es un disparate! Debe ser casualidad.

—Natalie, piénsalo. ¿Y si tu padre no está muerto? ¿Y si no era quien tú creías?

—No, Miguel, mi padre era la persona más buena del mundo. No puedo concebir esa teoría, es imposible. Además, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—He hablado con la Interpol, me han explicado que a tu padre lo tenían fichado.

—Madre mía —suspiró aterrorizada por todo aquello.

—Parece ser que trabajaba de forma encubierta para unos rusos, les blanqueaba dinero y él se llevaba un porcentaje de beneficios por eso. Pero lo pillaron y murió... La policía española quiso repetir la autopsia, pero el cadáver de tu padre ya se había incinerado. Mucho antes de lo estipulado por ley... No llegaron a creerse su muerte.

—A ver que lo entienda, ¿y porque no pudieron realizarle la autopsia ya se creen que sigue vivo?

—preguntó sorprendida.

—Parece ser que sí. Durante todos estos años aquel caso se ha quedado parado y casi olvidado, hasta el otro día, cuando hallaron coincidencias con una huella. Ahora mismo el caso está abierto y lo andan buscando.

—¿Y qué tiene que ver mi familia en este asunto? —quiso saber para encajar bien las piezas de aquel rompecabezas.

—Creemos que quieren utilizaros para que salga de su escondite.

—Lo siento, pero no me creo que mi padre continúe vivo y menos que sea un delincuente. Es imposible... —comentó segura de sus palabras. Comenzó a andar de nuevo; sentía que se estaba mareando y no sabía si era por las palabras que estaba escuchando o por el calor insoportable que sentía en su piel.

—Es probable que estés en lo cierto e incluso que sea un fallo interno... Por eso nos hemos puesto a trabajar con la Interpol, para llegar al final de este embrollo. De momento la única pista fiable que tenemos es que el ruso ha vuelto a Rosario, creemos que para informar a alguno de sus superiores, y hemos enviando ahí a alguno de los nuestros para que los localicen. Por eso te pido, de nuevo, que tengas cuidado. Y, si me dejas, te suplico que vuelvas. En Nueva York te puedo proteger y ahí no, me es imposible viajar ahora. El caso me obliga a estar aquí, aunque mi corazón me pida a gritos que vaya a tu lado.

—Miguel, estoy bien y no, no voy a regresar. Sé que no está vivo, lo sé. Y os lo voy a demostrar; aún no sé cómo, pero lo haré.

—Natalie, no hagas ninguna locura, por favor...

—Seré buena. ¿De acuerdo? —Sonrió porque creía que su amigo exageraba en su preocupación.

—Con cualquier cosa, quiero que me llames. Ya he hablado con el consulado que hay en Rosario; si ves algo extraño, irán a rescatarte. Por favor, hazme caso. No hagas que vaya para allá para traerte a rastras, harás que deje el caso y no podré ayudar a tu familia.

—De acuerdo, Miguel. Cuídalas.

—Te tengo que dejar... —murmuró con pesar—. Hasta luego.

—Hasta luego.

Natalia colgó la llamada y se quedó pensativa. Ya se veía la puerta del hotel, no se había dado cuenta del paseo. Aquello cada vez se complicaba más, ahora barajaban la posibilidad de que su padre continuara vivo. ¡Absurdo! Sabía que él nunca les habría hecho eso, las quería más que a su vida. Seguro que se trataba de un fallo interno, un cruce de huellas y de identidades. Estuvo tentada de llamar a Ewan, pero al final no lo hizo. Seguramente estaría entrenando. Más tarde lo localizaría. Antes de subir a su habitación, se fue al restaurante y comió algo. Definitivamente, le encantaba la comida de aquel lugar, la carne estaba exquisita. Después de una buena comilona, con su correspondiente postre, salió al *hall* para coger un ascensor que la llevaría a su habitación.

—Señorita Arroyo —oyó cómo la llamaba el recepcionista.

—Sí... —susurró acercándose al mostrador.

—Han dejado una carta para usted. —El muchacho sonrió a la vez que le tendía un sobre blanco.

Natalia lo cogió extrañada, nadie sabía que estaba hospedada allí, excepto Michael. Se lo había dicho hacía unas horas... Sonrió como pudo al amable recepcionista y subió a su habitación. Cuando estuvo segura dentro, abrió el sobre y sacó una hoja de papel blanco. Natalia lo leyó y su rostro palideció:

«HUYE. VETE DE ESTA CIUDAD. P.»

¿Quién era P. y por qué quería que huyera? Se sentó en la cama y contempló la pared. ¿Sería verdad que corría peligro allí? Lo que aún no entendía era quién estaba detrás de todo eso. Estaba claro que los rusos no la iban a advertir de un posible riesgo, sobre todo porque ellos eran el peligro. Entonces, ¿quién sería? Se sobresaltó al oír cómo sonaba su móvil, lo cogió y contestó casi en un susurro.

—¿Dónde estás? —preguntó Ewan casi en un alarido.

—En Rosario... —murmuró sabiéndose ya la cantinela.

—Eso ya lo sé, dime dónde exactamente. Estoy dando vueltas como un tonto, te he llamado varias veces pero tu teléfono no me daba línea...

—¿Estás aquí? —inquirió asombrada.

—Pues claro, te dije que estabas bajo mi responsabilidad.

—Estoy en el hotel Solans Presidente, está en la avenida Corrientes.

—Vale, ahora voy para allá —soltó mientras finalizaba la comunicación.

Se levantó, dejó la nota sobre el escritorio y se fue hacia abajo a esperar al tenista. Ya tenía ella suficiente con lidiar, aunque fuese en la distancia, con Michael. Ahora se sumaba la presencia del americano, justo en aquel momento en el que le acababan de advertir, de una forma un poco peliculera para su gusto, que se fuera de Argentina. ¿Qué significaba eso? ¿Que la estaban espiando? ¿Tendría también pinchada la línea telefónica? Llegó hasta el *hall*, que estaba bastante tranquilo; a esas horas la gente debía de estar en la playa o en algún lugar fresco. Se sentó en unos de los sillones cercanos a la entrada a esperarlo, con el alma en un puño. Empezaba a dudar de la brillantez de la idea de haber ido a aquel lugar...

—¡Natalia! —exclamó Ewan mientras entraba en el hotel. Venía calado hasta los huesos; instintivamente miró hacia fuera: estaba lloviendo a mares, aunque ella no se había dado ni cuenta, porque estaba más preocupada en fijarse en las personas que entraban y salían del hotel, con el objetivo de encontrar a una en concreto...

—Ven, subamos y te secas. ¡Madre mía, estás empapado! —comentó levantándose y acercándose a él.

Se dirigieron hacia el ascensor; Ewan la miraba con desesperación. Desde que se había enterado de que estaba sola en esta ciudad, se sintió ansioso. Ansioso por saber de ella, por cuidarla y ayudarla. No podía concentrarse y no lo dudó, cogió un vuelo lo más rápido que pudo. Ahora la tenía a su lado y no sabía qué hacer. Estaba callada, demasiado para lo que lo tenía acostumbrado. Su cara reflejaba una gran angustia y esperaba, cuando llegasen a la habitación, poder enterarse de aquello que la preocupaba.

—Ahí está el cuarto de baño, coge las toallas que necesites —señaló mientras cerraba la puerta tras de sí.

—¿Por qué querías venir aquí? —preguntó desde dentro. Natalia sonrió con ironía.

—Para hallar la verdad de todo esto, quedarme en casa no me ayudaba. Necesitaba sentir que contribuía al caso... —susurró acariciando la nota que había dejado sobre el escritorio.

—¿Has descubierto algo? —quiso saber al salir del aseo sin camiseta; sus miradas se encontraron.

—Parece que sí... —musitó enseñándole la nota. Ewan la cogió y la leyó; luego la miró con los ojos bien abiertos.

—Haz las maletas y cogemos el primer avión hacia Nueva York —comentó con seriedad.

—¡No! No me voy a ir, Ewan. Sabe que estoy aquí y quiero saber quién es. No me iré sin hacerlo. Michael me ha informado de que barajan la posibilidad de que busquen a mi padre...

—Pero... —repuso sin entender nada.

—Sí, está muerto. Pero ellos aseguran que no... —farfulló quitándole la nota de las manos y dejándola donde estaba.

—Natalia, ¿tú lo crees?

—Espero no equivocarme, aunque la nota ha hecho variar un poco mi opinión...

—¿Crees que la «P.» se refiere a papá?

—Es posible... o no. Ni idea. —Sonrió echa un lío. Contempló sus abdominales bien definidos —. ¿Qué haces aquí, Ewan? Tendrías que estar entrenando para el campeonato de Australia.

—No podía concentrarme y menos irme a Australia sabiendo que tú estabas aquí. Cuando fui a tu apartamento y no te vi... No sé qué pensé, lo peor, supongo. En seguida localicé a tu amigo y él, no con muchas ganas, me contó que estabas en Rosario... —explicó acercándose a ella.

—Pero el campeonato...

—Habrá más, no te preocupes por eso, les he dicho que mi lesión necesitaba un poco más de reposo. Ahora lo importante eres tú, que acabe todo este tema, cada vez más extraño, y que vuelvas a sonreír —musitó con los ojos brillantes; le acarició el brazo sin dejar de mirarla a los ojos.

Ewan vio que de los ojos de ella se resbala una lágrima; Natalia la borró en seguida con una mano, esperando, anhelando, que no la hubiera visto: no le gustaba dar muestras de flaqueza delante de nadie y menos de él. No sabía lo que le pasaba, estaba bien, dentro de lo cabe; aquel asunto de la nota la había dejado un poco aturdida, su confianza comenzaba a flaquear. ¿Y si Michael tenía razón? Otra lágrima rodaba por su mejilla; maldijo para sí mientras la borraba con la mano. Sin más, Ewan la abrazó con necesidad, con anhelo y desesperación. Había creído, por un instante, que no volvería a verla; el comisario le advirtió del peligro que corría al estar sola en esa ciudad, tan cerca de esos delincuentes. Ahora la estrechaba entre sus brazos y, por primera vez desde que la conocía, parecía frágil, perdida... Ella no era así, era una luchadora nata. Nunca había conocido a una mujer tan valiente y loca como lo era ella. Era lo que más le gustaba de Natalia, que lo sorprendía siempre con su manera de ser, tan distinta a la de las otras chicas.

Natalia agradeció aquel contacto físico, lo necesitaba, se sentía aturdida y, por una vez en su vida, creía que se había equivocado. Pero eso nunca lo reconocería ni delante de él ni de nadie. Seguiría hasta el final, sin importarle los riesgos que conllevasen aquella decisión. Aunque él le quitara importancia, dejar un torneo para ir a buscarla era lo más bonito y altruista que habían hecho

por ella en su vida. Por regla general era la propia Natalia la que sacaba de los apuros y ayudaba a los demás, no al contrario. Ewan la estrechó aún más contra su cuerpo. Notó cómo la mano de él se deslizaba suavemente de la espalda hacia su trasero. Natalia no dijo nada, no sabía si su mente estaba nublada por la preocupación. Su cuerpo, que al contacto de éste se ciñó más a él, le dio la iniciativa esperada, levantó su cara con la otra mano, con suavidad y firmeza, y la besó con pasión. Devoró cada suspiro y absorbió sus miedos.

La ropa fue desapareciendo poco a poco, y sus respiraciones empezaron a acompasarse. Congeniaban, de eso no había duda, en la cama: eran ambiciosos, siempre querían más. No hablaban, no les hacía falta. Ya sabían dónde tocar, qué hacer, para disfrutar al máximo uno del otro. Se oía el ruido de la lluvia golpear la ventana de la habitación. Ellos no notaron aquel sonido, estaban pendientes de aquella pasión que los consumía por dentro.

Natalia volvió a maravillarse con el torso musculado del tenista, era un sueño poder rozar aquellos músculos bien definidos, notar que aquella simple caricia hacía que él ahogara un gemido. Mientras, él le besaba con suavidad el cuello, haciendo que sintiera cosquillas, y comenzó a excitarse ante la perspectiva de volver a yacer junto a ese hombre, que había demostrado ser un espectacular amante. La estrechó contra la pared, mientras sus manos palpaban su piel a través de la escasa ropa. La miró a los ojos maravillándose con la dureza de su mirada, con la calidez de sus manos acariciándole la espalda. Sabía que nunca se cansaría de tenerla entre los brazos; le bajó el pequeño pantalón y el finísimo tanga, y la palpó. De su garganta salió un sonido seco y ronco al notar la calidez que había ahí; poco a poco, contemplando aquel rostro que lo volvía loco, le fue metiendo un dedo por la hendidura de su sexo, y la besó con desesperación al percibir su humedad. Estaba lista para él. Con dos movimientos, se quitó la poca ropa que le quedaba y puso el condón que tenía en el bolsillo trasero. Su miembro erguido y duro reclamaba un poco de liberación; Natalia lo miró con ojos de deseo. La primera vez que lo hicieron se quedó con las ganas de saborearlo; mordiéndose el labio inferior, fue agachándose hasta colocarse de rodillas, mientras era observada por un excitadísimo Ewan que no podía apartar los ojos de aquella mujer que lo había embrujado con su carisma y su forma de ser tan poco convencional. Pasó su lengua desde la base del pene hasta la punta, despacio, haciendo que el tenista apretara los puños con ansiedad. Cuando llegó, dibujó círculos con su lengua sobre aquella parte tan sensible de su anatomía, saboreándolo, tentándolo y disfrutando de su excitante sabor. Lo miró desde abajo mientras se metía lentamente todo su miembro en la boca; agarró la base con la mano derecha moviendo al compás y comenzó a chupar y a lamer, sin perder detalle de aquel rostro que la miraba con deseo.

—Joder, Natalia —resopló a punto de explotar—. Levántate —le pidió mientras le ayudaba a incorporarse.

Cuando la tuvo a su altura, le devoró los labios y, sin que ella pudiera hacer nada, la puso mirando hacia la pared, dándole a él la espalda. Le acarició aquel culo que adoraba, se colocó el condón y, sin poder frenarse más, se hundió en ella, gimiendo al mismo tiempo. Natalia estaba pegada a la pared, con sus manos apoyadas en ella, mientras Ewan la penetraba una y otra vez, haciendo que enloqueciera con cada embestida recibida. Sí, lo necesitaba. Necesitaba que él la follara, notar su pene en su interior, para sentirse con fuerzas, para poder ser capaz de llegar al final

de ese asusto, de saber la verdad y mirar a los ojos a aquellos que querían usar a su familia de cebo. Un grito escapó de su garganta. Ewan se hundía en ella cada vez más fuerte, más profundo, como a ésta le gustaba, y dejó de pensar. Sólo disfrutaba de ese roce, de ese juego tan sensual, de los susurros de Ewan al oído, diciéndole lo guapa que era y cómo le hacía sentir cuando estaba dentro de ella, de ese dedo que jugaba con su clítoris...

—No pares, por favor... —suplicó entre gemidos Natalia.

—No pararé, vida mía —le susurró mientras le lamía la oreja.

Natalia sintió cómo empezaba a brotar aquella sensación única, un poco más y tendría el orgasmo más intenso que había sentido.

—Córrete para mí, Natalia —gimió Ewan.

Aquellas palabras la empujaron a sentirlo, a perderse entre sus brazos, a notar cómo él perdía el control y con cada embestida se dejaba ir también.

—Ven a la cama, preciosa. Tú y yo no hemos acabado —le susurró estrechándola con sus brazos.

Natalia sonrió; aquel hombre era insaciable y le encantaba.

—Has hecho que rompiera mi regla número uno —anunció Natalia cayendo exhausta a un lado de la cama; Ewan la miraba con una sonrisa mientras le acariciaba el estómago.

—¿Yo? —preguntó siguiéndole el juego—. Soy inocente de todos los cargos. —Le sonrió.

—De inocente, nada, amigo. Te dije que no me acostaba dos veces con el mismo hombre.

—Sabes que, desde el principio, esa regla la rompimos. Aquella noche lo hicimos más de una vez. —Se acercó y juntó sus labios a los de ella para darle un tierno beso—. Además, las reglas están para romperlas.

—Ewan, no quiero una relación —susurró mirándole fijamente a los ojos.

—¿Tú me ves de rodillas con un anillo dentro de una cajita negra? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—No. —Sonrió más relajada.

—Pues, entonces, no te preocupes por eso. Disfruta del hoy, no pienses en el mañana.

—No quiero que te enamores de mí —le confesó.

—A lo mejor serás tú la que acabarás enamorándote de mí, española. Soy un encanto de chico.

—Sonrió mirándola con picardía.

—Eso lo veo difícil...

—Bueno, ya lo veremos.

Se quedaron en silencio unos minutos, mirándose a los ojos; en la calle ya era de noche.

—No me voy a ir —anunció mirando al techo.

—Definitivamente, estás como una cabra —bufó Ewan mirándole a la cara.

—Sí, es posible que lo esté. Pero quiero llegar al final de todo esto, a ver si consigo saber quién es el que me ha enviado esa carta...

—Puedes averiguar todo eso en Nueva York, Michael está trabajando en el caso...

—Ewan, sé cómo funcionan las cosas —informó mirándolo—. Sé que, sin mi intromisión, no hallarán las respuestas pronto. Sé que es peligroso, no soy tonta, pero no me voy a quedar en mi casa esperando a que me llegue la noticia, si me llega algún día. Además, ellos nombraron a mi familia y

yo... —Hizo una pequeña pausa para recomponerse; nombrar a sus allegados le creaba un nudo en la garganta—. No puedo permitir que les ocurra nada malo a ellas. No me lo perdonaría en la vida. Prefiero que me pase a mí...

—Te entiendo, aunque no comparta tu manera de ver las cosas, pero sé que ellas son todo lo que te queda en la vida —le susurró cogiéndole la mano con suavidad—. Estaré a tu lado, no me voy a ir de Argentina sin ti. Por lo tanto, explícame que has pensado hacer.

—No, Ewan, tú debes de marcharte para Nueva York y...

—He tomado mi decisión. Yo he aceptado la tuya, acepta la mía —la interrumpió.

—Como quieras —musitó—. Llamaré a Michael y le comentaré lo de la carta. A ver si puede acceder a las cámaras de vigilancia del hotel y ponerle rostro a ese personaje que quiere que huya.

—Sabes que esto va a ser como buscar una aguja en un pajar —indicó Ewan viendo lo complicado que era.

—Lo sé. No va a ser fácil. Pero poco a poco lo conseguiremos.

—Tú mandas, jefa —señaló estirándose todo lo largo que era en la cama.

—Otra cosa, Ewan... —musitó haciendo cábalas, mientras observaba el perfecto cuerpo de su compañero de cama.

—Cuéntame.

—¿Tu amigo Alfredo es de fiar? —le preguntó seriamente.

—Sí. Lo conozco desde hace muchísimos años y es un tío legal.

—Necesito que lo llames, que le cuentes lo que creas oportuno y que hagas que no se separe de mi hermana ni de mi madre. Sé que la policía está al tanto, pero no me fio de nadie...

—¿Crees que corren peligro?

—Sí. No sé que buscan ni quiénes son, pero sí, creo que ellas también están en peligro.

—De acuerdo. —Miró la hora en el móvil—. Mañana lo llamaré, ahora allí es muy tarde.

—Gracias. Dile que, por favor, si ve algo extraño o fuera de lo normal, llame a la policía.

—Llama a Michael ya. Estará preocupado por ti —comentó Ewan—. Me voy a dar una ducha, ¿de acuerdo?

Natalia sospechó que se iba para dejarle intimidad, porque se imaginaba que ella y Michael habían tenido algún tipo de roce extra, pero no. Simplemente era un buen amigo, aunque él fuera detrás de ella desde hacía bastante tiempo, a Natalia no le interesaba destruir una bonita amistad por una noche de sexo.

Lo que acababa de ocurrir con Ewan, bueno, no estaba muy orgullosa de ello, porque equivalía a romper su propia regla, varias veces esa noche. Pero no se arrepentía, no, era de necios arrepentirse de algo que había disfrutado y saboreado al máximo. Lo que no quería era sobrepasar la línea imaginaria que separa la amistad del amor. No quería en su vida ese tipo de amor. No. Ella había visto sufrir a su madre por la pérdida de su amor, de su marido, en aquel trágico accidente. Y luego vio a su abuela, a su amada yaya, llorar sin consuelo cuando falleció su abuelo por aquella odiosa enfermedad. No quería eso. Ella no quería sufrir. Prefería no saber qué era esa sensación, tan sobrevalorada para ella. Estaba bien sola, sin ataduras emocionales. Sólo con su familia, con eso le bastaba, a ellas las quería de verdad.

Cogió el teléfono móvil y llamó a su amigo. Al segundo tono le contestó, casi con un grito, loco por escuchar la voz de su amiga. Sin muchos adornos, Natalia le explicó lo ocurrido y le comentó su decisión de quedarse. Como ella sabía, él intentó que cambiara de opinión, pero la conocía demasiado bien y claudicó. La ayudaría en la distancia. Se quedó tranquilo, sólo un poco, al saber que Ewan estaba con ella. Le hizo prometer que lo llamaría al día siguiente, aunque no tuviera nada que contarle, porque así sabría que estaba bien. A salvo.

Se levantó de la cama y se fue a ponerse algo de ropa; lo primero que cogió fue el pijama y, como no iban a salir a la calle, se lo puso. Cuando se estaba terminando de colocar la parte de arriba del escueto pijama azul, la puerta del cuarto de baño se abrió. Apareció Ewan, con una toalla liada a la cintura, el pelo revuelto y el torso un poco húmedo; sin poder evitarlo, los ojos de Natalia lo escanearon de arriba abajo: estaba como un tren. Él se fijó en que lo observaba y, cuando sus miradas se juntaron, le dedicó una perfecta sonrisa de chico bueno. Ella, para sus adentros, se repetía que no podía ser, aunque el chico estaba muy bueno, debía dejarlo escapar. No podía permitirse el lujo de caer en aquella trampa que le estaba tendiendo sutilmente. Debía ser fuerte. Ella no quería novio, no quería marido y no quería complicaciones. Ewan era un amigo, aunque se hubiera acostado con él varias veces no significaba nada.

Había muchos amigos que tenían ese tipo de relación: sólo sexo. Pero también sabía que, la mayoría de veces, una de las dos partes se acababa enamorando... Le repetiría aún con más fuerza que no se enamorara de ella, por favor. No quería herirlo, le caía muy bien.

—¿Vas a estar toda la noche con la toalla atada a la cintura? —le preguntó sacándose de su propia reflexión.

—Si quieres, me la quito —propuso acercándose a ella. Natalia lo paró tocándole el torso con la mano.

—¿No te has traído ropa? —Se alejó de él en busca de la mochila que llevaba en la espalda cuando llegó aquella tarde.

—Sí, pero me da a mí que va a estar empapada... —Fue hacia la bolsa negra y la abrió para sacar todo lo que había en su interior—. Bueno, algo es algo —anunció sacando unos bóxers negros de Calvin Klein.

Se quitó la toalla, delante de ella, que retrocedió unos pasos, y se colocó sus calzoncillos favoritos. Por lo menos estaban secos. Luego estiró toda su ropa por la habitación para que se secara. Natalia observaba su trajín, mientras su mente volvía a viajar a aquella nota misteriosa y a las palabras de Michael explicándole sus indicios.

—Dúchate, ahora llamaré al servicio de habitaciones y les pediré algo de cenar —dijo acercándose a ella, que estaba pensativa mirando el suelo.

—¿Eh? Sí, de acuerdo. —Se dio la vuelta y se fue hacia el cuarto de baño. Ewan sonrió y puso los ojos en blanco. No tenía duda, aquella chica era única.

Se despertó con la luz del día que entraba por la ventana. Hacía sol y esperaba que no se estropeará el tiempo. Tenía varias cosas en mente por hacer. Giró la cabeza hacia la izquierda y se encontró a Ewan que dormía plácidamente a su lado, con una mano sobre su muslo. Suspiró para tranquilizarse. Aquello era una escena muy típica de pareja. Pero estaba claro que prefería que estuviera en aquella habitación y no en otra. Le agradecía que no le hubiera preguntado si pedía otro cuarto para él. Porque su orgullo le habría jugado una mala pasada y le habría dicho que sí, que prefería estar sola, que no necesitaba a nadie... Eso se lo ahorró, menos mal. No deseaba estar sola. Aquella noche soñó con la mafia rusa y con su padre...

—Buenos días, guerrera —susurró medio despierto Ewan.

—Buenos días —le dijo con una sonrisa mientras veía cómo se estiraba. Era superalto; aunque ya se estaba acostumbrando a mirar hacia arriba siempre que hablaba con él, le pareció curioso comprobar cómo sus pies sobresalían por el borde de la cama.

—¿Preparada para «la búsqueda del hombre misterioso»? —le preguntó con la entonación de título de película.

—Sí, ¿y tú, americano?

—Yo siempre estoy preparado para la aventura. —Le guiñó un ojo—. Pero antes de desempolvorar el látigo, la brújula y el mapa, vamos a desayunar algo.

—Siempre pensando en comer —bromeó Natalia observando cómo se levantaba de un salto de la cama, dejándole ver lo bien que le quedaban esos bóxers por detrás.

—También pienso en otras cosas, preciosa —anunció en tono seductor—. Pero no haré nada. —Se encogió de hombros—. La mujer de hierro no quiere romper más sus reglas... Esta vez deberá ser ella quien dé el primer paso —informó seriamente mientras se iba hacia el cuarto de baño.

Natalia sonrió. La acababa de llamar mujer de hierro; eso no se lo esperaba. Se levantó y se cambió rápidamente de ropa. Cuando éste salió, estaba perfectamente vestida; él continuaba en ropa interior.

—Pide el desayuno, salgo en seguida —le dijo con su tono habitual mientras entraba en el aseo, obligándose a no mirar ese cuerpo musculoso y tan tentador.

Dentro del cuarto de baño, se peinó y se lavó la cara; no era una chica a quien le gustara maquillarse, en verdad no le hacía falta, tenía la piel perfecta. Debía ser hereditario, pues su madre, a su edad, no era una mujer con muchas arrugas ni manchas. Intentó tranquilizarse, por varias razones: la primera era que sabía que estaba siendo vigilada y la segunda, que tenía a un chico más joven que ella semidesnudo ahí fuera. Le había dicho que él no iba a dar el primer paso, pero no sabía si ella podría aguantar no darlo... Se armó de valor y salió a la habitación; cuando lo vio, perfectamente vestido y mirando su teléfono móvil, suspiró aliviada.

Desayunaron juntos mientras planificaban el día. Lo primero que querían hacer era hablar con el

repcionista, y después pasearían por la ciudad. Natalia también pensó en pasarse por la comisaría de policía de Rosario, aunque luego concluyó que sería mejor preguntarle a Michael, no quería entorpecer aún más las cosas. Tenía más o menos claro lo que debía hacer: dejarse ver. Sabía que los rusos la tenían en el punto de mira y al parecer alguien más se había fijado en ella. Esperaba, con aquel paseo, poder encontrar algo, aunque fuese una pista pequeña.

En el *hall* se fueron los dos juntos hacia la recepción; Ewan iba a dejar que hablara ella, que en esos temas tenía más experiencia que él.

—Buenos días. Ayer me entregaste una carta y me gustaría saber quién te la dio. No estaba firmada... —comentó al trabajador que la miraba con seriedad.

—Espere que haga memoria —murmuró el joven—. ¡Ah, sí! Era un chico rosarino.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó con suavidad mirándole fijamente a los ojos; Ewan no perdía detalle del diálogo.

—¿Ocurre algo, señorita? ¿Ese chico le ha hecho algo? —quiso saber visiblemente preocupado.

—No, sólo le quería preguntar quién le dio la carta, porque sospecho que él no me la escribió. —Sonrió—. Quería agradecer el detalle al dueño de esas maravillosas palabras.

—¡Ah! —Sonrió aliviado—. Se llama Martín Aranda, lo encontrará cerca de aquí. Suele estar en la heladería de su madre, está al lado de la playa. Si baja por esta calle —se la señaló en un mapa de la ciudad—, dará con él sin problemas. Es un buen chico, se gana unos pesos extra haciendo de recadero para la gente del barrio.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Natalia y sonrió con una buena pista entre sus manos.

Salieron de allí para dirigirse hacia donde les había indicado aquel amable chico, era lo mejor que tenían por el momento. ¡Un nombre y un lugar! Estaba satisfecha, parecía que las cosas empezaban a jugar a su favor.

Aunque estaban en las primeras horas de la mañana, el sol comenzaba a lucir. Además, la humedad ayudaba mucho a sentir ese calor que se pegaba en la piel. Mucha gente caminaba en la misma dirección que ellos, para disfrutar de aquel verano caluroso a la orilla del mar.

—Hoy te has levantado especialmente guapa —declaró Ewan.

—Sí, preciosísima —murmuró con ironía.

—La verdad es que con cualquier cosa estás bonita, pero este vestidito de tirantes rojo te sienta genial —susurró observándola fijamente.

—Sí, sobre todo cuando me pongo el saco de patatas a modo de sombrero. Uf, chico, me tengo que quitar a los admiradores de encima —dijo quitándole hierro al asunto.

—Eso será porque no quieres nada con ellos. Porque seguro que has tenido a muchos chicos detrás de ti.

—No te creas... —musitó.

—Te encanta hacerte la difícil, ¿verdad? —preguntó Ewan sin perder detalle de sus facciones.

—Yo no me hago nada, Ewan. Yo soy como soy. Ya te lo he dicho muchas veces. No me gusta jugar con los hombres, no soy una rompecorazones ni una calientabraguetas. Simplemente, no quiero tener novio ni nada parecido. Lo que más me fastidia de todo esto es que a los hombres que son así, como yo, los comprende todo el mundo. Pero una mujer no puede ser de este modo; dime ¿por qué?

¿Por qué no puedo no querer tener un novio, ni un marido ni hijos?, ¿por qué tengo que verme obligada a emparejarme?, ¿por qué es eso lo que debo hacer? Este asunto ya me harta. Vamos a ver, ¿no es lo que vosotros buscáis?, un rollo de una noche, sin complicaciones. Conmigo resulta bien fácil, no os voy a pedir que me llaméis al día siguiente, ni una siguiente cita. No quiero flores, ni bombones, ni anillos con la fecha en el interior, ni citas a la luz de las velas, ni te quiero mientras contemplamos el amanecer. No deseo nada de eso. Eso se lo dejo a mi hermana y a todas las demás que son como ella. Yo las respeto, ¿por qué no me respetan a mí? —explicó Natalia alterada.

—Será porque es raro... Está claro que es algo que se ha impuesto en la sociedad: el hombre sí que puede ser anticompromiso, pero la mujer debe anhelar casarse.

—Pues entonces soy rara, lo acepto. Nunca he pensado que el matrimonio fuera para mí... —anunció levantando los hombros.

—Tampoco es mi meta ahora... En mi profesión no podemos dejar escapar las oportunidades, sobre todo por el tema de la edad. En seguida nos jubilan —comentó con una triste sonrisa—. Pero me encanta competir y me apasiona viajar por el mundo para participar en campeonatos. Hace mucho que no tengo pareja, tengo mis ligues pero no pasan de eso. Es muy difícil compaginar mi mundo con el amor.

—Pero tú sí que quieres casarte, ¿verdad?

—Me gustaría tener mi propia familia, eso sí. Pero no ahora, ni dentro de cinco años, no sé, cuando llegue.

—Espero que encuentres aquello que buscas y que seas muy feliz —murmuró Natalia con un nudo en el estómago; no comprendía aquella reacción de su cuerpo al escuchar eso.

—Eso espero. —Le sonrió.

—Debe de ser ésta la heladería que nos ha indicado el recepcionista. —Natalia señaló un local pintado de blanco y un enorme cucurucho enganchado en la fachada—. Déjame hablar a mí —pidió mientras entraba. Ewan la siguió.

—Hola, ¿qué desean? —saludó una mujer bajita, con un vestido rosa floral y una grandísima sonrisa.

—¿Está Martín? Nos han dicho que viniéramos para acá, queríamos que nos hiciera un recado —explicó con dulzura; la mujer los miró con extrañeza.

—¿Quién les mandó acá? —preguntó en un susurró.

—El recepcionista del Solans Presidente. —Sonrió.

—¡Ah, Rodrigo! *Che boluda*, me asustaste. —La mujer al fin se relajó—. Un segundo, acaba de salir a hacer un reparto. ¿Les gustaría tomar un helado?

—Sí, por favor —dijo con alivio.

Se sentaron en una pequeña mesa redonda metálica mientras se comían una tarrina con delicioso helado de chocolate con trocitos. Ewan la miraba embelesado; era una mujer increíblemente fuerte y decidida. No se achantaba ante nada ni nadie. Le encantaba verla tomar las riendas de esta situación.

—¡Martín! —exclamó la señora cuando su hijo entró por la heladería—. Los señores han venido a pedirte que les hagas un recado. —Sonrió satisfecha de que su hijo tuviera cada vez más trabajo.

Natalia lo observó: era joven, no pasaba de los veinte años, flaco y moreno. Cuando se cruzaron

sus miradas, se dio cuenta de que era tímido con las mujeres, algo que ella agradeció, así podría sonsacarle mejor la información.

—Díganme —susurró acercándose a la mesa.

—¿Podemos hablar fuera? Tenemos el paquete en el auto —improvisó Natalia.

—Claro —musitó siguiéndolos hacia la calle.

Natalia caminó un poco, hasta alejarse lo suficiente como para que la madre de ese chico no se enterara de aquella farsa.

—Martín, ayer fuiste al hotel Solans Presidente a dejar una carta a recepción, ¿verdad?

—... Sí... —farfulló frunciendo el ceño extrañado.

—Yo soy la destinataria de aquella carta y me gustaría saber quién te la dio. Te pagaré muy bien —le prometió con una sonrisa encantadora.

—Señorita... Yo... Soy un mandado... A mí me pagaron para que hiciese ese recado y... —tartamudeó nervioso, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Lo sé y no te angusties porque no saldrá de aquí. Sólo quiero saber quién me la ha enviado. No ponía su nombre... —le explicó con suavidad mientras le tocaba el brazo para que se tranquilizase y asegurarse así de que no se escapaba.

—Por favor... No puedo decírselo, señorita... yo...

—Martín, por favor. —Le apretó el brazo con delicadeza y lo miró con dulzura; nunca había usado sus armas de mujer, pero en este caso las utilizaría todas de golpe si con ello le sacaba un nombre a ese chico.

—Uf... —bufó nervioso—. Me la dio uno de los hombres del Gallego —susurró muy bajito.

—¿Quién es ése? —preguntó acercándose más a él.

—Ya le he dicho demasiado, señorita. —Sonrió con ironía—. Lo siento, pero debo irme...

—Toma chico —dijo Natalia sacando del bolso que llevaba colgado unos pesos—. Gracias por tu ayuda.

—Si me permite darle un consejo... No se acerque a esa gente —murmuró mientras se guardaba el dinero en el bolsillo del pantalón vaquero desgastado y volvía sobre sus pasos.

Natalia se quedó mirando cómo se alejaba de ellos, mientras asimilaba la escasa información recibida. El Gallego, ¿quién sería? Se giró y vio que Ewan no le quitaba ojo de encima. Ya sabía, sin que él abriese la boca, que otra vez estaban como al principio. Había conseguido sacarle al muchacho un mote muy usado en ese país. Era una manera de nombrar a los españoles, porque los primeros que viajaron a Argentina procedían de Galicia. Por tanto, buscaban a un español, que vivía ahí y no tenía muy buena fama. Resopló mientras comenzó a andar hacia la sombra; su amigo la siguió.

—Lo sé —suspiró frustrada.

—No he dicho nada. —Ewan sonrió.

—Ya, pero sé lo que piensas.

—Tenemos más información que antes, no te agobies. No vas a encontrar las pistas por si solas, debes hallar el camino para buscarlas.

—Es posible que tengas razón, pero creía que me diría un nombre con apellidos, no un mote tan

común...

—¿Adónde vamos? —preguntó Ewan viendo que se alejaban de la zona marítima.

—Al principio de todo esto. Michael me comentó que vieron al ruso que entró en mi casa en el parque de la Independencia. Creo que, si no vienen ellos, tendremos que ir nosotros. —Sonrió.

—Natalia, es una locura, ¿lo sabes?

—Sí, pero quien no arriesga, no gana.

—Lo peor de todo es que yo estoy más loco que tú al dejarme arrastrar. —Sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Te he dicho que no hace falta que estés aquí. Quiero llegar al final de todo esto, necesito saber la verdad y no me cansaré hasta conseguirlo.

—No me iré sin ti... —susurró mirándola de reojo. Natalia sonrió de medio lado.

Anduvieron sin descanso. El parque se encontraba un poco alejado de allí; a mitad de camino comenzaron a ver puestos de comida y el hambre hizo mella en ellos.

—Podríamos comprar unos bocadillos y comérmolos sentados en alguna sombra de aquel parque. ¿Qué te parece la idea? —propuso Ewan.

—¡Genial! —exclamó—. Mira, aquí mismo estaría bien. —Señaló un bar.

Entraron juntos e hicieron el pedido; mientras esperaban a que terminasen de prepararlo, sonó el móvil de Natalia.

—Hola, Miguel —susurró.

—¿Natalia?

—Sí, dime.

—No te oigo bien —comentó Michael.

—Espera. —Le señaló a Ewan que iba a salir a la calle, parecía que en el interior de aquel local no tenía buena cobertura—. ¿Me oyes mejor ahora? —quiso saber mientras andaba por la acera.

—Sí. ¿Cómo estás?

—Bien... Miguel, hemos averiguado...

Algo pasó a su alrededor. Fue todo muy rápido. Casi como un parpadeo. En cuestión de escasos minutos sucedió lo inimaginable. De repente, un coche paró detrás de Natalia, un hombre salió de él y la cogió de los brazos para intentar meterla en el interior del automóvil que se encontraba con el motor en marcha y el conductor preparado para escapar. A la vez, Ewan se giró a mirarla desde el interior del bar y corrió hacia ella llamándola por su nombre, con cara desencajada por lo que estaba presenciando. Ella estaba asombrada por la fuerza de aquel hombre rubio que la tenía bien cogida y la arrastraba en contra de su voluntad. Reaccionó justo a tiempo: antes de introducirla en el coche, se dio la vuelta para poder ver a su agresor. Era un hombre alto, rubio y con ojos claros, con una gran cicatriz que le partía la mejilla derecha. En aquel momento Natalia agradeció ser como era. Aunque la presión de su brazo cada vez era mayor, le dio una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas; éste, ante el dolor causado, la soltó y ella pudo darle un buen derechazo en la cara, que lo tumbó en el suelo. El conductor le gritó algo al agresor que yacía sobre el asfalto; Natalia no lo entendió, parecía ruso. Ella intentó correr, pero, desde el suelo, su atacante le agarraba bien la pierna.

—Suéltame —le exigió Natalia hecha un furia.

—No lo pongas difícil, debes venir con nosotros. Si no, tu familia se verá perjudicada —le dijo el agresor en español con acento ruso, mientras se levantaba del suelo.

—Dime quién eres. ¿Por qué me persigues? —le gritó enfurecida Natalia intentando soltarse de su agarre. Éste se levantó y la volvió a coger, esta vez de ambos brazos para que no pudiera soltarse ni defenderse.

—Te necesitamos para sacarlo de su escondite —le susurró cerca de la oreja; el aliento a vodka le entró de lleno por las fosas nasales.

—¿A quién? —vociferó con furia.

—Al Gallego —balbuceó con una sonrisa de hiena.

Natalia intentaba dar patadas a lo loco, peleando hasta el final; no quería que la secuestraran. Definitivamente aquel encuentro era una trampa. De repente vio cómo un puñetazo volaba a la cara de su secuestrador, haciendo que cayera, de nuevo, en el asfalto; Ewan la cogió de la mano y echaron a correr por la avenida Pellegrini.

Corrieron sin descanso, cambiando de calle e incluso de dirección. La gente se los quedaba mirando perplejos. No sabía qué ocurría. Pero ellos debían seguir corriendo, aquellos hombres los perseguían.

—Creo que los hemos despistado —resopló Ewan apoyándose en una pared—. ¿Estás bien? —preguntó mirándola de arriba abajo para asegurarse de que no estaba herida.

—Sí —bufó nerviosa—. Ewan, he perdido el móvil —susurró maldiciendo para sí.

—Escúchame, eso es lo de menos, vámonos al hotel y desde allí llamas a Michael con mi teléfono. Debe saber que has estado a punto de que te secuestraran... —comentó cogiéndole la mano con ansias.

—Vale... ¿Crees que estaremos a salvo ahí?

—Ni idea, pero, mejor que estar en la calle, seguro.

Anduvieron muy pegados uno del otro; Ewan no la soltó, aunque Natalia lo intentó varias veces. Temía por ella; cuando la vio en manos de aquel hombre casi se muere en el acto. La distancia que lo separaba de ella se hizo eterna, era como si no fuese capaz de llegar para salvarla. Pero Natalia era mucha mujer, algo que seguro no habían sabido aquellos hombres, no era una mujer normal y corriente. No. Era su mujer de hierro, fría y dura, valiente y fuerte. La miró de reojo, deseando que cambiara de opinión y poder volar a su lado hasta Nueva York. No le gustaba aquella idea kamikaze, aunque no le podía negar que estaba funcionando...

En el interior de la habitación del hotel llamó a Michael, quien se asustó muchísimo al enterarse de aquel intento de rapto. Le repitió mil veces que cogiera un vuelo y regresara a casa. Pero Natalia se negó en redondo. Estaba a un paso, sólo a uno, de saber quién era ese hombre.

—Averiguaré quién es ese tal Gallego; cuando sepa algo, te llamaré a este número —comentó con voz cansada; no tenerla a salvo y saber que otro hombre estaba a su lado lo estaba desquiciando.

—De acuerdo. ¿Habéis averiguado algo más? —preguntó sentándose en la mullida cama mientras miraba a Ewan, de pie, observándola.

—No... Tú nos acabas de dar una valiosa pista, aunque por poco te cogen por ello...

—Miguel, ¿continúa sospechando la Interpol que mi padre sigue vivo?

—De momento no descartan esa opción, aunque no hayan recogido ninguna pista aún que lo corrobore.

—Espero tus noticias —murmuró mirando hacia el suelo.

—Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré —musitó finalizando la llamada.

—Voy a pedir algo de comida —anunció Ewan cogiendo el teléfono del hotel.

—Sí, por favor —farfulló absorta en sus pensamientos.

Estuvieron en aquella habitación durante horas, esperando a que Michael les dijera algo sobre aquel mote, alguna pista más para llegar a él. Mataron el tiempo hablando, de todo y de nada a veces, sólo llenando el silencio, para no seguir pensando en las infinitas posibilidades. El teléfono del hotel los sobresaltó a ambos. Ewan se levantó de la cama y lo cogió.

—¿Diga?

—Preguntan por la señorita Arroyo. —Era el recepcionista.

—¿Quién?

—Martín Aranda.

—Un segundo. —Y colgó mirando a Natalia, que lo observaba nerviosa.

—¿A que no sabes quién está abajo preguntando por ti?

—Ni idea —susurró.

—El chico de la heladería.

—No le hagamos esperar. —Sonrió mientras se levantaba de un salto de la cama.

—Natalia, escúchame, puede ser una trama.

—Lo sé y no me importa —murmuró mirándole a los ojos.

—¿Qué locas están las españolas! —farfulló siguiéndola hacia fuera de la seguridad de aquella habitación.

—Bueno... Unas más que otras. —Le guiñó un ojo mientras sonreía.

Al bajar se lo encontraron de pie, al lado de los ascensores, nervioso y mirando hacia todos lados. No sabían qué quería, pero tenían mucho interés. Que estuviese ahí significaba mucho, o por lo menos eso esperaba Natalia.

—Hola, Martín —saludó sonriente Natalia.

—Señorita —susurró acercándose a ella lo máximo y agarrándole el brazo—. Escúcheme bien, no se lo volveré a repetir. —Natalia asintió con la cabeza concentrada en las palabras del muchacho —: Quiere verla, dentro de una hora; vendrá un coche rojo a por usted, espere dentro del hotel hasta que lo vea estacionado. Cuando salga, hágalo rápido. Vaya sola, sólo la quiere ver a usted. —La miró para comprobar que había lo entendido todo y la dejó sola.

Ewan se acercó a ella y la miró; ésta negó con la cabeza y volvieron a subir a la habitación.

—¡No! Me oyes, ¡no te dejaré ir sola! —dijo con fiereza Ewan cuando Natalia le contó el mensaje del chico en la privacidad de su habitación.

Se había cambiado de ropa mientras escuchaba las mil razones por las cuales no debería ir a ese encuentro. Intentó ser precavida; para no llamar mucho la atención, se puso ropa oscura, y se recogió el pelo y se lo anudó con un pañuelo oscuro. Intentaría disimular que era ella, aunque fuese un poco.

—Debo ir, Ewan. Y lo haré sola; aunque me toque atarte a la pata de la cama, saldré de este hotel sola —afirmó con dureza.

—No tienes ni idea de con qué te vas a encontrar —le espetó nervioso.

—Lo sé, pero así saldré de dudas de una vez por todas.

—¿Has pensado que puede ser una trampa de los rusos?

—Sí, pero me arriesgaré.

—¡Natalia, qué voy a hacer contigo! —exclamó angustiado.

—Nada, aceptar mi decisión —musitó.

—¡Joder! —soltó dando un puñetazo al colchón de la cama—. No quiero que te pase nada, tu familia y Michael me matarán si te dejas hacer lo que tienes en mente.

—No me va a pasar nada, has visto con tus propios ojos que sé cuidarme sola.

—Natalia —susurró acercándose a ella y cogiéndole de los brazos—. Por favor, vuelve. —Ella asintió con la cabeza y Ewan la besó con desesperación y miedo.

—Me voy ya.

—No tardes... —musitó apoyando su frente a la de ella.

—No lo haré; no llames a Michael para contarle esto, por favor. Confía en mí, Ewan. No me sigas por favor... —le susurró con seriedad.

—De acuerdo, mujer de hierro... —Intentó sonreír pero casi no le salió. Comenzó a cavilar un plan para protegerla sin que ella lo viera.

—Ewan, se me ha olvidado en el cuarto de baño tu móvil, ¿puedes traérmelo mientras termino de prepararme? —comentó Natalia metiendo unas cosas en un pequeño bolso; aquella mirada la conocía...

—Claro —susurró mientras se dirigía al aseo.

Cuando entró, Natalia comenzó a moverse sigilosamente por la habitación, cogió la única tarjeta que tenían para entrar y salir, cogió el móvil del tenista que había escondido momentos antes y desenchufó la clavija del teléfono del hotel.

—No lo veo, ¿por dónde te lo has dejado? —preguntó desde dentro Ewan.

—Mira si está dentro del neceser —sugirió mientras se acercaba a la puerta, la abría con mucho cuidado para no hacer ningún ruido y lo dejaba encerrado, sin darle opción a estropearle el plan.

—¡¡¡Natalia, no!!! —oyó cómo gritaba Ewan desde dentro, mientras golpeaba la puerta enfadado al darse cuenta de la táctica de despiste por parte de su amiga. Tenía que asegurarse de que el tenista no metería la nariz en este asunto. La querían ver sola y lo cumpliría.

Bajó hasta el *hall*; no se acercó mucho a los ventanales, lo suficiente para que desde fuera no la vieran pero a la vez poder ver cuándo llegaba el coche que debía recogerla. Estaba frenética, mirando hacia todos los lados. Sentía como si su estómago tuviera un nudo; los nervios y la preocupación la afectaban. Aunque su amigo la llamase mujer de hierro, no era para tanto. Lo que ocurría era que no exteriorizaba sus sentimientos. Estaba aterrada, claro. No sabía si aquello era una trampa de los rusos o de verdad iba a conocer al tal Gallego. Estaba intrigada, la verdad, quería saber si los rusos se equivocaban o lo hacía ella. Vio cómo se detenía cerca de la puerta principal el automóvil descrito, aguantó la respiración y salió del hotel; el bochorno de la noche la golpeó con fuerza. Al verla, la puerta trasera del vehículo se abrió desde dentro, y ella se metió en él sin vacilar.

Dentro del coche sólo se encontraba el conductor, seguramente le habría abierto la puerta girándose hacia atrás. La saludó casi en un susurro y sin esperar la respuesta salió por las calles de Rosario. No sabía a dónde iba, miraba por la ventanilla las calles por donde transitaban, por si tenía que volver andando o corriendo... Se fijó en que acababan de pasar por segunda vez por una plaza, y supuso que el chófer estaría dando un rodeo por si alguien los seguía.

Al final el automóvil se detuvo delante de un restaurante; el cartel de neón indicaba su nombre: El viejo balcón. El conductor salió y le abrió la puerta para que saliera, y le indicó que la esperaban dentro. Con paso seguro, empujó la puerta de madera y atravesó la entrada; un amable camarero salió a recibirla.

—Buenas noches. ¿Tiene reserva?

—He quedado con un hombre... —musitó esperando que con esa escasa información pudiera llegar a él.

—Claro. —Sonrió—. La están esperando. Sígame, por favor —repuso mirando detrás de ella.

Natalia caminó cerca de él; en su interior crecía el terror por lo desconocido, por saber que estaba entrando en una zona peligrosa, de la cual no sabía si podría salir. El camarero entró por una puerta de madera y le indicó que esperase dentro de aquella sala privada; la dejó sola. Desde ahí se oían algunas voces procedentes del salón, parecía que había una fiesta por las risas, la música y las muestras de alegría.

La puerta se volvió a abrir y Natalia se giró; vio al camarero que la sostenía para dejar pasar a un hombre de unos cincuenta y tantos años, con el pelo rubio canoso, miraba afable del color del caramelo y tez morena por el sol.

—No puede ser... —susurró Natalia negando con la cabeza sin parar—. Dime que no eres tú. Porque lo pareces y eso es imposible.

—Gracias, Hernán —le susurró al camarero con gesto serio—. Por favor, dígame que no tardaré.

—Claro. Diego, si necesita algo más, salga. Le esperaré fuera —comentó el camarero mientras salía y cerraba la puerta tras de sí.

Se quedaron en silencio. Mirándose. El hombre misterioso, que el camarero había llamado Diego, se acercó a Natalia, que no le apartaba ojo, analizando su cara, sus gestos, su mirada.

—No tengo mucho tiempo. En seguida vendrán a buscarme. Hoy celebramos el cumpleaños de Valentina, hace quince años y aquí se celebra por todo lo alto... —empezó a hablar Diego aflojándose el nudo de la corbata gris—. Natalia, te has arriesgado mucho, te dije que huyeras. ¿Por qué no me hiciste caso? Han estado a punto de secuestrarte y me has obligado a intervenir. No quería que este encuentro llegara, no porque no quisiera verte... Era para no complicarte más las cosas, pero veo que te pareces mucho a tu madre en lo cabezota.

—Dime quién eres —murmuró con los dientes apretados por la tensión.

—No puedes negar que eres hija de tu padre —anunció orgulloso—. Eres clavadita a mí.

—No... —murmuró dando un paso hacia atrás.

—Sí, Natalia. Lo soy —musitó con gesto cansado.

—¡No! —exclamó de dolor—. ¡Mentira! Mi padre murió hace veintitrés años.

—No tuve más remedio que hacer que creyeráis eso. Por vuestro bien. Me estaban buscando, querían algo de mí, que no podía darles. Tuve que morir para todos e incluso para vosotras. Es lo más difícil que he hecho en mi vida.

—¿Lo más difícil? Tú no tienes ni idea de lo que es eso. No sabes qué es esperar en la puerta a alguien que no aparece. No sabes qué es ver a mamá llorar sin consuelo día tras día. No sabes qué es desempeñar tu papel delante de Jessica. Tú no tienes ni idea de nada —aseguró enfadada. Se acercó más a ese hombre, que decía ser su padre.

—Sé que ha sido duro. Lo siento tanto... Pero fue por vuestro bien —sostuvo con tristeza—. Además, siempre he estado velando por vosotras, aunque fuera desde las sombras.

—No me vengas ahora con que fue por nuestro bien, ¿quieres? —escupió enfurecida—. Hemos estado viviendo durante estos veintitrés años creyendo que estabas muerto. Y dime, ¿qué razones te

han llevado a estar tanto tiempo escondido?

—No es momento ni lugar para hablarte de eso... —intentó evadirse mirando hacia atrás por si los escuchaba alguien—. Te he hecho venir para convencerte de que te vayas de Rosario. Has visto que han estado a punto de cogerte, has sido una insensata viniendo aquí. Se lo has puesto en bandeja a los rusos...

—No me cambies de tema, ¿vale? De aquí no me muevo hasta que me cuentes la verdad —musitó amenazante.

—Las razones ya te las he dicho, andan buscándome... —Resopló nervioso mientras se tocaba el nudo de la corbata—. ¡Joder! —exclamó al ver que no tenía otra salida: debía sincerarse con su propia hija—. Sabrás que tenía una pequeña empresa de construcción de viviendas. El negocio no iba del todo mal, pero empecé a hacer tratos con gente poco recomendable. Me pedían que les blanqueara dinero y ellos financiaban mis proyectos. La cosa comenzó a mejorar y empecé a ganar grandes sumas de dinero. Nos compramos la casa donde ahora vivís y muchos caprichos más. Aquella gente venía dos veces al año a Toledo, yo les firmaba los documentos pertinentes, hacia compraventas inexistentes, y ellos me daban una parte por mis servicios. Pero dicen que la avaricia rompe el saco. Y eso es lo que me pasó. Aquel día vino un inspector a mi oficina, sin avisar, y comenzó a pedirme todos los documentos que tenía. Los que eran falsos también estaban allí, pero dentro de la caja fuerte; aún así, me preocupe, me puse muy nervioso, creo que el inspector se dio cuenta. En un momento en que pude quedarme solo, pues el inspector salió de la oficina para llamar por teléfono, hablé con el cabecilla, un magnate ruso que no se dedicaba precisamente a vender muñecas matrioska; me dijo que, como esos papeles llegaran a manos de la policía, me mataría. ¡No sabía qué hacer! El inspector, al entrar de nuevo, no paraba de exigirme que abriera la caja fuerte para comprobar que no ocultaba nada; parece ser que alguien se fue de la lengua sobre mis asuntos exteriores. Yo me negué con la excusa de que la clave la tenía apuntada en casa. Lo dejé allí dentro, con la promesa de volver lo antes posible, esperándome sentado en mi despacho... No vi escapatoria, Natalia. Si el inspector lo hubiera visto, me habría llevado directamente a prisión y ahí me habrían matado de verdad. Por eso hice lo que hice. Tenía que conseguir que creyeran que había muerto. La policía y ellos... pues todos me buscaban. Hablé con un amigo y lo preparamos todo en cuestión de minutos. No había tiempo que perder. Él me ayudó en todo, e incluso sacó de la caja fuerte los papeles incriminatorios para que vosotras no tuvieses que pagar por mí. Aprovechó el caos que se originó cuando mi coche se precipitó por aquel acantilado. Cogí un avión y salí de España.

—¿Por qué no se los das? —preguntó Natalia asombrada por todo lo descubierto.

—Porque esos papeles son mi garantía de vida. Si se los entrego, me matarán sin dudarlos. Los engañé... —murmuró arrepentido.

—No te entiendo...

—Me llevé dinero de ellos para poder salir del país y empezar una nueva vida —declaró ante la mirada seria de Natalia.

—¿Les robaste?

—Sí. No quería ni podía usar mi dinero: si lo hacía, me delataría. Junto a esos documentos guardaba una bolsa con dinero, el día anterior había llegado un «envío especial» para que luego se lo

llevaran ellos...

—¿Cómo? —Cada vez estaba más asombrada y asustada.

—Además de ayudarlos a blanquear dinero, hacía de recadero, podríamos decir. Venían a dejarme dinero para que yo se lo entregara a estos hombres.

—¿De cuánto estamos hablando? —soltó en tono seco, viendo que la situación empeoraba cada vez más.

—De unos quinientos mil euros en la moneda actual... —susurró.

—Joder —musitó poniéndose la mano en la cabeza y resoplando—. ¿Qué vas a hacer?

—Seguir escondido, por supuesto. No puedo dejar que me encuentren. Sé que vosotras estáis a salvo, tengo a personas que están pendientes de que eso siga así. Ahora me tocará abandonar Argentina, ellos ya saben que estoy aquí...

En ese momento se abrió la puerta y entró una preciosa niña, de unos once años, de cabello rizado, vestida con un bonito traje azul claro.

—Papá, te estamos esperando. Tienes que bailar con Valen —anunció con una preciosa sonrisa, mirando de reojo a esa extraña vestida de negro que la miraba con curiosidad.

—Ahora voy, cielo —dijo en tono cariñoso tocándole la cabeza—. Corre, ve con ellas. Dile a Valentina que no empiece sin mí.

La niña se volvió y se marchó.

—Veo que no has perdido el tiempo. Mientras nosotras te llorábamos y te echábamos de menos, tú aprovechaste para crear otra familia. Muy bien. Corre, entra, yo ya me voy. Me da igual tu asunto con esa gente. Eso sí, te digo una cosa, como nos veamos salpicadas por este tema, te cogeré y te entregaré a la policía —comentó con la voz cargada de rencor.

—Natalia, sé que he obrado mal, pero nunca he querido vuestro mal...

—Ahórrate las palabras, para mí sigues muerto. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta—. Espero no volver a verte. Lo que tengas que solucionar con esa gente, hazlo. No quiero que nos molesten más, ni tú ni ellos. Adiós.

—Natalia, por favor... No te vayas andando, vuelve a coger el coche... No quiero que te ocurra nada... —susurró al verla salir de aquella sala privada con la sensación de que le había fallado a su primogénita.

Casi corría por la sala del restaurante; se obligó a no mirar hacia atrás para no caer en la tentación de observar a la nueva familia de su padre. Su padre... Michael, la Interpole, incluso los rusos, estaban en lo cierto. Seguía vivo... Al salir se encontró con el mismo hombre que la había traído; al verla, le abrió la puerta trasera del automóvil. Estuvo tentada de volver al hotel andando, pero eso era arriesgarse en vano. Ya había hallado la respuesta, ya no hacía falta ponerse en peligro para saber más...

El coche la dejó en la puerta del hotel, salió y se fue directamente hacia su habitación; seguramente Ewan estaría enfadado con ella por haberlo dejado encerrado allí.

— ¡Natalia! —exclamó aliviado cuando la vio.

—Me voy a dar una ducha —informó en tono serio y desapareció detrás de la puerta.

Se despojó de la ropa de una patada. Estaba furiosa, primero consigo misma, por encabezonarse

en ir hacia allí, y después con él. Con aquel hombre que se hacía llamar Diego... Su padre, no, ése no era su padre. No paraba de repetirse eso mientras el agua helada la calmaba. Su padre se llamaba Emilio y había muerto hacía veintitrés años. Diego no era nadie para ella. Le importaba bien poco lo que pasara con él. Mañana volvería a Nueva York, hablaría con Michael y le contaría todo lo ocurrido, con pelos y señales. Esperaba que aquello no volviera a salpicar a su familia. Salió de la ducha más o menos bien. Se enrolló una pequeña toalla blanca en el pelo y la más grande en el cuerpo. Salió del cuarto de baño y se dio cuenta de que estaba sola. Encima de la cama había una nota. Temiéndose lo peor, fue a cogerla; al leerla sonrió tranquila. Ewan había bajado a comprar algo para cenar. Se secó bien y se puso su pijama. Deseaba que aquel día acabara pronto.

Ewan entró en la habitación y encontró a Natalia desenredándose el pelo. Llevaba su pijama, aquel que no dejaba que conciliase el sueño. Tragó saliva, debía de mantener esos pensamientos a raya. Tenía la mirada perdida, preocupada. Esperaba que le contara todo lo sucedido en esas horas tan duras para él, atrapado en aquella habitación, sin más solución que esperar a que llegara. Creía que enloquecía por la preocupación y a cada minuto que pasaba el enfado de Ewan crecía a pasos agigantados; él quería estar con ella en todo momento, sobre todo para aquel encuentro. Tenía ganas de cogerla a rastras y llevarla lejos de aquella ciudad; ideó varios planes para salirse con la suya, para que supiera lo preocupado que había estado, pero al verla entrar en la habitación todo aquel enfado se esfumó. Su rostro reflejaba que algo no andaba bien y le entraron ganas de abrazarla para protegerla de aquel mundo.

—¿Cómo estás? —preguntó dejando unas bolsas encima del escritorio.

—Bien —contestó saliendo del cuarto de baño.

—He traído unas empanadas, cervezas y... ¡helado! —exclamó con entusiasmo, dejando atrás aquel enfado—. Y no un helado cualquiera, no. Éste es de chocolate quitapenas. —Le guiñó un ojo enseñándole el gran tarro de helado.

—¿Quitapenas? —preguntó con una sonrisa.

—Sí. Por tu mirada, presiento que no han ido muy bien las cosas... —murmuró en tono serio.

—Uf... La verdad es que ha ido peor que mal —informó observando el interior de las bolsas.

Se giró y lo vio clavándole su mirada verde. Sabía que estaba preocupado y no era justo ocultarle aquello, además de cómo se había portado con él, dejándolo al margen. Así que se lo relató todo con serenidad, como si ese asunto no fuese con ella, todo lo que había averiguado aquella noche en ese restaurante.

—No es normal que estés tan bien. Acabas de enterarte de que tu padre no está muerto, que vive con otra mujer y que tienes dos hermanas pequeñas, además de Jessica. Has descubierto a lo que se dedicaba a vuestras espaldas y tú estás tan ancha —le expuso acercándose a ella, que seguían de pie. Ewan la había dejado explicarse sin interrupciones.

—¿Qué quieres que haga? No soy de las que lloran ni gritan furiosas —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues deberías. No es bueno que te tragues toda la frustración y el dolor.

—Ewan, no soy de esas...

—¿Sabes una cosa? Estás muy equivocada. Te crees que demostrar a los demás tus sentimientos te va a hacer más débil. Y lo único que consigues con tu actitud, de mujer de hierro, es que la gente crea que a ti no te importa nada ni nadie. Pero a mí no me engañas. Te voy a contar un secreto: hablas en sueños —anunció con una tímida sonrisa.

—Mierda —soltó creyendo que aquella etapa de hablar cuando dormía estaba acabada—. ¿Qué

he dicho?

—Muchas cosas, la verdad es que eres mucho más comunicativa cuando duermes que despierta. —Le guiñó un ojo—. Hablas mucho de tu padre. Sé que le has echado mucho de menos, temías que Michael tuviera razón y deseabas que hubiera sido otra persona la que anduviera detrás de todo este lío. Por eso no entiendo la frialdad que demuestras ahora cuando has averiguado la verdad, cuando has visto con tus propios ojos que tu padre no era quien tú creías.

Natalia guardó silencio mirando fijamente los ojos verdes de su amigo. Era increíble que aquel chico supiera más de ella que su familia y sus amigos íntimos. Se mordió el labio intentando reprimir un sollozo.

—No lo hagas, por favor... —musitó Natalia.

—Es bueno para ti. Lo necesitas y lo sabes. Háblame, dime cómo te sientes, libera el dolor. Hazlo aquí y ahora, no esperes a estar dormida para sincerarte —susurró Ewan cogiéndole la mano y mirándole a los ojos.

—Cuando creímos que había muerto yo tenía siete años. —Cogió aire para tranquilizarse, nunca le había contado esto a nadie y sabía que, cuando lo hiciera, se arrepentiría de ello—. Recuerdo que aquel día hacía mucho calor, estaba esperando a que llegara para recogerme de mis clases de natación. Tardaba mucho y empecé a ponerme nerviosa. Cuando se abrió la puerta del taxi y vi aparecer a mi madre, llorosa y con el rostro pálido, supe que algo andaba mal. A esa edad no sabes realmente lo que es la muerte. Recuerdo, como si hubiese sido un sueño, estar en el tanatorio y en el entierro. Todos los allí reunidos nos miraban, a mi madre y a mí, con lástima. Mi hermana no asistió al acto, se quedó con una amiga de mi madre, era muy bebé para estar en esos sitios... Yo no entendía nada, veía a mi madre que no paraba de llorar a esa caja cerrada, nombrando a mi padre una y otra vez. Recuerdo cómo las cortinas cerraban la visión de su caja para incinerarla... —Tragó saliva con pesar—. Notaba que mi abuela me estrechaba con fuerza a su cuerpo, como si así pudiera desaparecer. Y yo sólo quería que volviese mi padre, para que le dijera a toda esa gente que se fuera de allí y que nos dejasen en paz. —Una lágrima resbaló por su mejilla. Ewan le apretó la mano para animarla a seguir—. Pero mi padre no llegaba y empecé a preocuparme. Mi abuela me contó aquella misma noche, cuando toda esa gente se fue, que ya no lo volvería a ver nunca más. Que estaba en un lugar mejor, en el cielo, me dijo. Y que velaba por nosotras. —Sonrió levemente ante la ironía.

—Eras pequeña, es normal que no entendieses eso...

—Me pidió que fuese fuerte, que cuidara a mi madre y a mi hermana. Porque ellas en ese momento me necesitaban... Sé que mi abuela lo hizo por mi bien, ella sabía que tenía un carácter fuerte y podía ocuparme de eso. Pero fue muy duro. Me tuve que tragar las lágrimas en multitud de ocasiones. Ver a mi madre en aquel estado fue lo más difícil. Ella se encerró varios meses en su habitación, no quería ver a nadie, ni siquiera a nosotras, sólo lloraba y maldecía por lo injusta que era la vida. Mi abuela se quedó en casa hasta que ella logró aceptar la pérdida. ¿Qué te puedo decir? Ha sido la experiencia más dura de mi vida. —Suspiró y se secó otra lágrima que amenazaba con escaparse de su ojo—. Averiguar que todo fue una invención de mi padre, para salir airoso de una situación complicada, te puedo decir que supera con creces aquella sensación. Ewan, lo hubiera matado allí mismo con mis propias manos. Lo odio. Odio que nos hiciese eso. Que creyésemos que

había muerto, como un inocente, como un perfecto padre, ejemplar marido y buen amigo. Y he descubierto que en realidad es una escoria de persona. Alguien, ahora lo sé, que no merece pertenecer a nuestras vidas. Lo aborrezco. ¿Y sabes algo gracioso? Por unos instantes he sentido envidia de su hija pequeña, ella ha tenido la suerte de vivir junto a su padre y su madre. Algo que él mismo nos arrebató por meterse en asuntos fraudulentos. No te puedo decir que hayamos tenido una mala vida, no, sería mentirte. Pero sí que es cierto que los primeros años de su ficticia muerte fueron los peores de nuestras vidas.

—¿Se lo vas a contar a tu madre?

—No. ¿Para qué iba a hacerlo? ¿Para que volviese a revivir aquella amargura? Ella no se merece derramar ni una sola lágrima más por ese individuo mentiroso y cruel. Como le dije a él, para mí sigue muerto —explicó con angustia.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Mañana nos volvemos a Nueva York, ya hemos cumplido el cometido que me había impuesto. Cuando lleguemos, hablaré con Michael y se lo contaré todo. Lo que no quiero es que la mierda nos salpique a nosotras. Por tanto, haré lo necesario para proteger a mi familia de él y de esas personas que lo buscan.

—¿Te sientes mejor ahora después de desahogarte?

—No, sigo igual de jodida —musitó abriendo la bolsa y sacando una empanada—. Tengo hambre, ¿cenamos ya?

—Sí. Vamos a emborracharnos y a comer helado. —Sonrió a la vez que sacaba los botellines de cerveza.

—Eso. Vamos a celebrarlo —murmuró con ironía y dolor.

Cenaron uno enfrente del otro, analizando todo lo que le había explicado su padre; las empanadas estaban deliciosas y la cerveza bien fresquita entraba de maravilla. Estaban un poco mareados a causa del alcohol. Cogieron las dos cucharas que portaba el helado y lo compartieron. Entre cucharada y cucharada, el helado se acabó.

—¿Cuándo empiezas a trabajar? —preguntó Ewan sentándose en la cama al lado de ella.

—La semana que viene. Se me han pasado las vacaciones y ni me he enterado...

—Cuando lleguemos, voy a ver si al final puedo ir al Australian Open. Empieza la semana próxima, aunque no he entrenado mucho, pero así retomo otra vez el hábito de competir. A mitad de febrero hay una competición en Estados Unidos y quiero estar en forma para poder ganar. Quiero llegar a Indian Wells en plena forma —explicó con una sonrisa radiante.

—¿Cuándo es ese torneo?

—La primera semana de marzo. Me gustaría que vinieses a verme. Digo, cuando juegue en Estados Unidos. Sé que a Australia no puedes venir, aunque me gustaría...

—Ya sabes que el tenis no es lo mío, pero lo intentaré... —musitó incómoda.

—Mujer de hierro, te lo digo como amigos. Que vengas a verme no significa nada más —añadió aguantándose la risa; esa mujer no cambiaba.

—Al final me he quedado con ese mote —comentó con una sonrisa.

—Me temo que sí.

—Bueno, chico americano, estoy cansada, voy a ver si me duermo rápido. Mañana tenemos que preparar el viaje de vuelta.

—Sí. Buenas noches —dijo apagando la luz y acomodándose en la cama al lado de ella.

— Buenas noches —murmuró Natalia poniéndose bien la almohada debajo de la cabeza.

—No... no... ¡No! Vete de aquí. No te quiero en mi vida. Me has hecho ser como soy. ¡¡¡Te odiooooooooo!!! —gritó sudorosa y con lágrimas en los ojos sentándose de golpe en la cama.

—Natalia, ya pasó. Escúchame, ha sido un sueño. Mírame —le pidió Ewan cogiéndole de la cara al verla en aquel estado de *shock*.

—Ewan... —susurró cayéndole sin control las lágrimas—. Me voy a volver loca —sollozó.

La estrechó fuerte entre sus brazos.

—Llora, preciosa —susurró acariciándole el pelo.

Natalia lloró sin poder remediarlo. Aquel dolor salió al fin, de golpe, haciendo que tuviera una pesadilla, al descubrir que por culpa de su padre ella no era capaz de comprometerse con nadie, que temía al amor y a las relaciones. Porque no quería sufrir y porque no quería sentirse vulnerable. Gracias a su padre se había convertido en un bloque de hielo, que ni siente ni padece.

—Bésame —musitó cuando estuvo más calmada, mirándole a los ojos.

—Natalia ahora...

—Cállate y bésame. Si no saldré por esa habitación y encontraré a otro que lo haga por ti —expuso herida.

Ewan le acaricio la cara con la yema de sus dedos, la miró a los ojos, perdiéndose en su grandeza, y le rozó con el pulgar los labios, aún húmedos por las lágrimas derramadas. Natalia, al contacto, los abrió ligeramente, invitando a que posara su boca en ella. Le cogió la nuca y la acercó a él con urgencia. Se perdió en su boca; sus lenguas entrelazadas bailaban al mismo compás. Le lamió y mordisqueó los labios salados, intentando quitarles las lágrimas que habían llegado allí. Natalia se sentó encima de él, a ahorcajadas. Ewan le apretó el trasero y la acercó más a él. Le despojó de su escueta camiseta del pijama, estaba deseando hacer aquello desde que se lo vio puesto por primera vez. La miró, era preciosa en su totalidad. Su cabello caía como una cascada sobre él, su piel era suave y tersa, sus ojos lo miraban desafiantes, era la mejor compañera de cama que había tenido en su vida.

—Buenos días —susurró Ewan apartándole un mechón de pelo que tenía en la cara.

—Mmmm... —Se estiró en la cama y abrió los ojos; él estaba muy cerca de ella, observándola—.

¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana. Tenemos que salir pronto hacia Buenos Aires.

—En marcha —dijo mientras se levantaba de un salto—. Me pido primera el cuarto de baño. —

Sonrió mientras entraba.

—Ya sabía yo que no tenía que haberte despertado tan pronto. —Sonrió mientras la veía desaparecer por la puerta.

Se sorprendió a sí mismo pensando en cómo sería presentarla a su familia y sus amigos. Esos días que había compartido con ella habían sido únicos, sabía que no iba a encontrar a otra mujer como ella. La verdad era que no quería buscar más... Sabía que se estaba metiendo en un terreno peligroso, pues Natalia le había dejado claro desde el principio que no deseaba ningún tipo de relación con nadie. Pero su corazón no hacía caso a su cerebro, que le repetía que no se enamorara de ella, que sería una pérdida de tiempo. Cuando estaba cerca de esa mujer, era como si un imán lo arrastrara a su lado. Quería compartirlo todo con ella, lo bueno y lo malo. Ahora que empezaba a acercarse más a ella, y que Natalia poco a poco le estaba dejando sitio, tenía que marcharse por unas semanas; ojalá pudiera irse con él a Australia, sería dichoso de tenerla allí junto a él, a su lado, retándolo y desatando aquel ardor que sentían en la cama. Pero ya se lo había dicho, la semana próxima empezaba a trabajar... Esperaba que el comisario no se atreviera a seducirla. Porque sabía, por cómo la miraba, que Michael estaba loco por Natalia. Sí, por primera vez en su vida, estaba celoso. El pensar que otro pudiera besar sus labios, tocar su suave piel y dormir a su lado era como si le arrancaran de cuajo algo en su interior. ¿Sería eso el amor? Habían pasado muchos años de su primer amor: Susan. Se acordaba de ese sentimiento que notaba cuando la tenía cerca. Pero lo que sentía al lado de Natalia era distinto. No sabía cómo explicarlo, pero lo enloquecía, lo cegaba por completo y sólo podía ver sus ojos de color caramelo, su sonrisa sincera, su cabello castaño liso y sedoso, sus labios provocadores... Cerró los ojos intentando tranquilizarse; dentro de nada saldría del cuarto de baño y no quería que lo viera con cara de tonto enamorado. Porque sí, lo tenía que reconocer, estaba loco por ella.

—¿Te has vuelto a dormir? —preguntó Natalia al salir del aseo.

—No. —Sonrió levantándose de la cama.

Estuvo tentado de darle un beso en los labios, se reprimió y se metió en el cuarto de baño. Debía ser paciente, si no ella se apartaría para siempre de él.

Natalia se cambió de ropa y empezó a meter sus cosas en la maleta. Sabía que todo este asunto no se acababa allí, pero por lo menos sabía a qué atenerse. Tenía conciencia de quiénes andaban detrás de ese caso y por qué. Ahora quedaba esperar a que esa gente no les buscara las cosquillas a ellas de

nuevo. Ella no lo permitiría. Eso lo había empezado su padre, que se las arreglaron con él. Ya se las apañaría ella con los rusos o con quien fuera, pero a su familia no la tocaba nadie.

Después de recoger sus cosas y de desayunar, cogieron el autobús que les llevó a Buenos Aires. Llegaron al aeropuerto; el viaje se les había hecho corto, no pararon de hablar en todo el camino. A veces de cosas triviales como el tiempo, las series de televisión que veían y cuáles eran sus películas preferidas. Otras, de cosas más personales, cómo había sido su niñez, la primera vez que les habían besado y cuándo perdieron la virginidad. Se rieron al comprobar que los dos la perdieron a la misma edad, a los dieciocho años. Aunque no fue una experiencia muy bonita de recordar, en ambos casos, al ser la primera vez lo rememoraban con cariño... aunque hubiese sido un auténtico desastre.

Tuvieron la suerte de encontrar un vuelo que salía en una hora. Compraron los billetes y, después de facturar el equipaje, aprovecharon para comer algo en un restaurante de comida rápida que se ubicaba en el interior. No les dio tiempo para mucho más, en seguida tuvieron que subir al avión que despegaba en unos minutos. Cuando se cerró la puerta del avión, respiraron aliviados. Parecía que los rusos no estaban interesados ya en Natalia. Por lo menos no por el momento...

Fue despegar el avión y Natalia desconectar; mientras miraba por la ventanilla cómo subían y surcaban el cielo, su mente divagaba. Pensaba en lo que había cambiado su vida desde que cogió las vacaciones. Antes tenía una vida normal, que ella disfrutaba al máximo: le encantaba la soledad de su apartamento, su trabajo le hacía esforzarse cada día más para ser la mejor y, de vez en cuando, volvía a España para ver a su familia. Pero, ahora, tenía al americano que no se despegaba de ella, su hermana pequeña se iba a casar con ese chico que casi no conocía, su madre estaba empezando a salir con un hombre, que le daba mala espina y no sabía por qué y, para rematarlo todo, había descubierto que su padre seguía vivo, con dos hijas y una mujer, y se había convertido en un fugitivo de la ley y de unos rusos que querían su cabeza. Todo lo había descubierto en quince días. Cerró los ojos al recordar que había llorado varias veces delante de Ewan. Odiaba sentirse así. Estaba avergonzada de comportarse como una blandengue. Hacía muchos, muchísimos años, que no lloraba.

—Natalia... —susurró Ewan tocándole el brazo con suavidad—. Ya hemos llegado.

Abrió los ojos y lo miró sin saber bien dónde estaba. Se había quedado dormida, estaba tapada con una manta y debajo de su cabeza tenía colocada una almohada; ni se percató de que Ewan, con mucho cuidado, se las había colocado para que estuviera cómoda y calentita.

—¿Ya estamos en Nueva York? —preguntó somnolienta.

—Sí. Has estado todo el viaje dormida.

—¿Tú has podido dormir algo?

—Sí, he dormido algunas horas —contestó levantándose del asiento.

Después de coger sus equipajes de la cinta transportadora, se fueron a la calle; un viento gélido les recordó que allí era invierno. De sus bolsas sacaron las chaquetas y se taparon lo mejor que pudieron. Rápidamente cogieron un taxi, que acababa de quedarse libre. Ewan le dio la dirección de Natalia al taxista.

Ella miraba por la ventanilla del coche, allí ya era de noche. Se había pasado todo el día metida en un avión, durmiendo. Ahora llegaba lo realmente difícil, algo le decía en su interior que Ewan

querría pasar la noche con ella. No sabía el qué, si sería la forma en cómo la miraba o cómo la cuidaba... El tema era que ella no podía aceptarlo, otra noche no, ya había incumplido su regla varias veces. Y la última vez fue porque ella lo provocó, eso lo reconocía, después de tener aquella pesadilla lo necesitaba y él se portó como siempre, apasionado, morboso, generoso, complaciente, dominante... El mejor amante que había tenido, sin duda. Además, Ewan le comentó que se tenía que ir a Australia, para qué complicarlo todo más. Era mejor que se despidieran esa misma noche en el coche.

El automóvil se detuvo delante del edificio de Natalia y Ewan hizo el ademán de pagar al taxista.

—Ewan, a estas horas es muy difícil encontrar taxi. Yo pagaré este tramo y que te lleve a tu casa —dijo sacando su monedero para pagar.

—Me gustaría entrar en tu casa, quiero comprobar que vas a estar bien —susurró sorprendido; quería poder despedirse de ella aquella noche.

—Yo estaré bien, el portero subirá conmigo. Si quieres, te envío un mensaje cuando esté dentro.

—Como quieras —musitó serio—. Ya hablamos, Natalia.

—Sí, claro —contestó en voz baja mientras le entregaba al taxista un billete.

Natalia bajó del vehículo y cogió su bolsa, que se encontraba en el maletero. Cuando cerró, el taxi salió disparado por las calles de Nueva York. Por un instante sus miradas se encontraron, ella notó la tristeza en los ojos de Ewan. Con pesar, se adentró en el *hall*, saludó al portero con poco entusiasmo y subió sola al ascensor. No necesitaba guardaespaldas para entrar en su casa. Cuando al fin estuvo en el interior de su pequeño apartamento, una extraña sensación la inundó. No sabía qué era realmente, pero intentó alejarla de su mente y su cuerpo. Respiró hondo varias veces intentando relajarse. Al final, viendo que aquello no se iba, decidió llamar a Michael, debía saber que estaba ya en la ciudad.

—Hola, Miguel —saludó Natalia mientras se sentaba en el sofá—. Acabo de llegar a mi casa. ¿Se sabe algo nuevo?

—Hola, ¿estás en Nueva York? —preguntó.

—Sí.

—¿Estás sola? —quiso saber temiéndose que no lo estuviera.

—Sí —Puso los ojos en blanco.

—En diez minutos estoy allí —dijo mientras colgaba el teléfono sin darle tiempo a contestar.

Con el móvil aún en la mano, decidió enviarle un mensaje a Ewan: «Nada extraño en mi casa. Un saludo», le escribió. En seguida, Ewan le contestó: «Me alegro. Acabo de llegar a mi apartamento... Algo le falta y eres tú. Te voy a echar de menos, mujer de hierro.» Natalia sonrió y cerró los ojos por un instante. Debía hacer algo para que se olvidara de ella, no quería herirlo, pues se había portado muy bien esos días. Decidió no contestarle. A lo mejor la distancia lograba que él la olvidara, era lo mejor para ambos.

El timbre de su puerta la sacó de sus pensamientos. Se levantó y, al abrir, encontró a su amigo, que la cogió por sorpresa y la levantó del suelo en un gran abrazo.

—Pero, chico, que no me he ido a la guerra —se quejó Natalia para que la soltara.

—Menos mal que has vuelto, estaba tan preocupado por ti... —susurró Michael dejándola libre

al fin.

—Siéntate, que tengo mucho que contarte. —Señaló el sofá. Natalia le expuso todo el encuentro con su padre.

—Mañana a primera hora hablaré con la Interpol —anunció orgulloso de su amiga—. La verdad es que, gracias a tu intromisión, hemos dado con él.

—Sí... Sabía que no me iría de Rosario hasta llegar al final de todo este jaleo y por eso se citó conmigo. Quería protegerme —susurró con ironía.

—¿Cómo estás tú?

—Más tranquila, ya sé las razones de por qué entraron en mi casa, por qué se llevaron mi foto y por qué se han metido en nuestras vidas. Y se resumen en una persona: mi padre. Necesitaban información de él, la última foto era para saber cómo era su aspecto e intentaron chantajearle con nosotras para que saliera de su escondite. Pero les ha salido rana. Está muy bien escondido en esa ciudad y, además, los lugareños le tienen respeto.

—Ahora nos toca trabajar a nosotros. Te puedo asegurar que andamos muy cerca de ambas bandas. Los rusos y los gallegos caerán en manos de la justicia —comentó con seriedad refiriéndose al mote del padre.

—Eso espero, Miguel... porque no deseo volver a verlo, ni a él ni a su entorno turbio.

—¿Qué tal con Ewan? —preguntó de repente Michael.

—Bien. Ahora se va a Australia a participar en un campeonato —le contestó.

—¿Ha ocurrido algo estos días?

—¿A qué te refieres? Porque en estos días, bien lo sabes tú, han pasado un montón de cosas.

—Me refiero entre vosotros... —dijo avergonzado por la pregunta.

—Miguel... —musitó apoyando la cabeza en el respaldo del sofá, cerrando los ojos para tranquilizarse—. Creo que esa pregunta está fuera de lugar. Ewan es un amigo.

—Pero te has acostado con él —afirmó.

—Y si lo he hecho, ¿qué más te da a ti? —preguntó mirándole a la cara.

—Mucho, porque me gustas y me jodería que un niño hubiera conseguido lo que yo ando buscando desde hace años —se sinceró Michael.

—¿Y qué andas buscando de mí, Miguel? ¿Sexo? —interpeló molesta.

—Busco tu amor. Quiero que estemos juntos para siempre.

—Sabes que yo no busco eso, ni en ti ni en nadie —sentenció muy seria.

—Eso lo piensas ahora, pero dentro de unos años te darás cuenta de que quieres algo más que simples rollos de discoteca.

—Miguel, tengo treinta años, sé lo que quiero.

—No, Natalie, crees saber lo que quieres.

—Mira, no me apetece discutir esto contigo.

—Pero con Ewan sí, ¿verdad?

—Pero ¿qué leches quieres? ¿Quieres oír que me acosté con él? Vale, lo hice. Pero ya está. Somos amigos, que se han acostado juntos, pero nada más. Él se irá a jugar por ahí y yo me quedaré aquí con mi vida de siempre. No quiero ser su novia ni tampoco la tuya. ¡Deseo estar sola! —

exclamó enfadada—. Y ahora, por favor, me gustaría descansar. Ha sido un viaje muy largo y estoy agotada —comentó mientras se levantaba del sofá para invitarlo a marcharse de su casa.

—Perdóname, Natalia. Los celos han hablado por mí... —musitó arrepentido mientras se acercaba a la puerta seguida por su amiga—. No quisiera que esto estropeará nuestra amistad...

—Tranquilo. Ya hablamos, Miguel —dijo seriamente mientras abría la puerta de su casa y éste salía.

—Mañana te llamo.

—Vale, como quieras —repuso mientras cerraba la puerta.

Estaba muy enfadada y harta de esos hombres. Tenía ganas de gritar y de pegar a alguien. Miró instintivamente hacia la televisión, donde debería estar aquel retrato familiar; menos mal que no lo tenía ya allí, sino lo hubiera roto en pedazos. Su odio se centró en una persona: su padre.

El fin de semana lo pasó encerrada en su apartamento, sólo bajó para hacer la compra. No le apetecía ir a ningún sitio, ni ver a nadie. Su móvil no paró de sonar, con insistentes mensajes y llamadas de Ewan. Todas recibían la misma contestación: el silencio. No respondía a ninguno de sus mensajes, ni le cogía las llamadas. Debía olvidarse de ella, se notaba que él quería algo más y ella, bueno, no estaba en su mejor momento. Aún estaba asimilando la aparición de su padre, de cómo le había afectado aquel suceso y, sobre todo, la extraña sensación que sentía en su pecho. No sabía con qué compararla, era distinto a todo lo que había sentido anteriormente. A lo mejor se estaba poniendo enferma, concluyó. En uno de los últimos mensajes de Ewan, le comunicó que había llegado a Australia y que iba a empezar su entrenamiento. Natalia se alegró de la distancia que los separaba y, con un poco más de ánimo, le escribió un escueto mensaje deseándole suerte para ganar el campeonato.

* * *

Llegó la esperada rutina y Natalia lo agradeció inmensamente. Su trabajo la apasionaba, disfrutaba averiguando las causas de la muerte de los fallecidos. Le gustaba la tranquilidad que reinaba en la sala de autopsias. Siguió viendo a su amigo Michael, y agradeció que aparcara definitivamente el tema de los sentimientos. Era mejor así. Siempre habían sido buenos amigos, no quería estropearlo por nada. La policía todavía seguía el rastro de la banda rusa y de su padre. Tenían indicios de que en breve se produciría un encuentro entre el jefe de la banda y el padre de Natalia. Esperaban poder cazarlos a todos a la vez. Parecía que se habían olvidado un poco de ellas. Según las últimas investigaciones, se habían dado cuenta de que tenía una nueva familia en Argentina e intentaron acceder a ella para obligarlo, de una vez, a salir de su escondite. Su hermana continuaba con los preparativos de su inminente boda y su madre estaba muy ilusionada con su novio. Todo, poco a poco, volvía a la normalidad. Aunque dentro de Natalia algo había cambiado para siempre.

A finales de enero le llegó un mensaje de Ewan: «Veo que la mujer de hierro ha decidido que no soy apto para ella. Espero que te vaya bien... Ya no te volveré a molestar nunca más. He querido hablar en multitud de ocasiones contigo, pero tú has preferido pasar de mí. Por si te interesa, he ganado el torneo. Si quieres saber de mí, te tocará mover ficha. Que te vaya bien.» Natalia lo había conseguido, él se había cansado de intentar hablar con ella. Aunque lo que le extrañó mucho fue que no se alegraba tanto como creía... Por supuesto, ya sabía que había ganado el torneo, porque se sorprendió a sí misma buscando por Internet los resultados de tenis. Incluso, una vez, pudo verle jugar por la televisión; se desesperaba al verle perder algunos puntos y se puso como loca cuando ganó el partido...

—Hola —la saludaron Jessica y su madre, cuando ésta abrió la puerta de su apartamento.

—¡Qué impresión! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó asombrada mientras las dejaba pasar a su casa.

—Queríamos darte una sorpresa, por eso no te hemos avisado.

Natalia abrazó a su hermana y a su madre; ya había pasado un mes y medio desde que las viera por última vez.

—Sentaos y contadme la razón de esta maravillosa sorpresa —dijo Natalia mientras cerraba la puerta.

—Quería que estuvieras presente cuando fuera a elegir mi vestido de novia. Sabemos que no puedes cogerte más vacaciones... y mamá me propuso venirnos aquí a comprarlo —explicó Jessica con una sonrisa radiante.

—Vaya... —susurró emocionada—. Pues, si queréis, vamos esta tarde. Hoy es mi día libre.

—¡Sí! Estoy deseando ir a esas fantásticas tiendas de novias que hay en esta ciudad —comentó Jessica aplaudiendo.

—Tu hermana se ve todo los *realities* de novias de la tele. Está deseando pisar esas tiendas —explicó su madre cogiéndola de la mano.

—Pues iremos a todas —murmuró contenta de tenerlas allí.

—¿Cómo estás? Estas últimas veces que he hablado contigo por teléfono te he notado más alicaída —observó María.

—La vuelta a la rutina, ya sabes —mintió Natalia forzando una sonrisa.

—¿Cómo está Ewan? —preguntó Jessica levantando una ceja.

—Estaba en Australia, creo que esta semana volvía a Estados Unidos para jugar un torneo.

—¿Ya no estáis juntos? —demandó su madre.

—Bueno, nunca lo hemos estado...

—Pero te volviste aquí para estar más tiempo con él —terció Jessica.

—Sí, pero estábamos conociéndonos y no cuajo —expuso levantando los hombros con indiferencia.

—Qué pena, porque el chico es un encanto —musitó María.

—No hablemos más de eso. Os invito a comer y de ahí nos iremos a la búsqueda del vestido de novia —sentenció levantándose del sofá.

Las tres mujeres salieron riéndose del edificio. Natalia, desde hacía días, estaba triste, ya no disfrutaba como antes de la soledad de su apartamento. Lo único que la evadía del todo era su trabajo y a veces, incluso allí, una sensación de desasosiego la invadía. Le alegró que su madre y su hermana hubieran viajado hasta Nueva York solamente para que ella pudiera compartir el momento de la elección del vestido. Aunque ir de compras no era lo que más le gustaba en la vida, poder ver a su hermana contenta y dichosa hacía que eso quedará relegado a un segundo plano.

Después de un rico almuerzo en el restaurante Manhattan Sky, se fueron con el coche de Natalia a la Quinta Avenida, donde se concentran las tiendas más famosas y prestigiosas de la ciudad. Natalia aparcó el coche en un parking subterráneo y entraron en la primera tienda, que eligió Jessica: era una

de sus preferidas.

Su madre y ella se sentaron en un cómodo sofá plateado mientras una simpática dependienta se llevaba a una radiante y sonriente Jessica a probarse los primeros vestidos. María le cogió de la mano, estaba más nerviosa que su hija.

—Va a estar preciosa con el que se pruebe, va a ser una difícil decisión —le susurró a su madre apretándole la mano.

—Sí, va a ser la novia más guapa del mundo —musitó con los ojos brillantes por la emoción.

De pronto, en el pequeño salón privado entró Jessica, quien no había abandonado su sonrisa por un instante, con un maravilloso vestido de novia blanco entallado por la cintura y con volantes en la cola; le acentuaba la cintura una exquisita tira de tela de color negro que llegaba hasta al final de la cola. El escote era de palabra de honor con un ligero pico. María y Natalia la miraban embobadas, estaba preciosa. ¡Y era el primer vestido que se probaba! Esto de elegir uno iba a resultar una tarea muy difícil.

—Éste vestido es de la diseñadora Maggie Sottero, de su última colección, el precio es de 9.500 dólares —informó la dependienta.

—Es increíble —musitó emocionada María.

—Y carísimo —murmuró Jessica mientras se observaba delante del gran espejo.

—Por el dinero, no te preocupes. Yo te regalaré el que elijas, sin importar el coste. Mira, éste te ha gustado, ¿verdad? —Jessica asintió mirando fijamente a su hermana—. Pruébate más, así podrás decir que te has puesto varios. Que no te gustan, te vuelves a probar éste.

—¡Eres la mejor hermana del mundo! —exclamó aguantándose las lágrimas.

—Va a ser difícil de superar. Éste le quedaba como un guante. Es perfecto para ella —afirmó su madre cuando Jessica volvió al probador a cambiarse de vestido.

—Sí, yo también lo creo. Está deslumbrante con él. Pero, por lo menos, que se pruebe alguno más, ¿no?

—Lo que acabas de hacer con tu hermana ha sido admirable, nunca lo olvidará —susurró dándole un beso en la mejilla.

—Yo tampoco olvidaré este día —musitó Natalia emocionada.

—Te veo distinta, Natalia, y me gustaría saber el porqué —señaló María.

En ese momento apareció Jessica con otro estupendo vestido, aunque el anterior les había enamorado. Se probó varios, de diferentes estilos. Uno era de princesa, con una falda muy abultada, que a Jessica le hizo gracia porque parecía un merengue. Otro, de estilo sirena, era muy bonito también, pero el primero le hacía sombra. Hasta que, al final, Jessica decidió volverse a poner el primero. Cuando volvió a salir, sus acompañantes la miraron embobadas. Sin duda alguna, ése era el vestido de sus sueños. Después eligió los zapatos y un delicado velo. Natalia, mientras su hermana se cambiaba de ropa, lo pagó todo. Al vestido no le hacía falta ningún retoque; por lo tanto, se lo podía llevar ese mismo día. Con una grandiosa caja, y con la advertencia de la dependienta de que ni engordara ni adelgazara hasta el día de la boda, se fueron de nuevo hacia el coche.

Estaban locas de contentas cuando llegaron al apartamento de Natalia. Después de preparar la cena, Jessica se metió en la diminuta habitación de invitados, para hablar con su prometido. María y

ella se quedaron en el salón, sentadas en el sofá, con la televisión encendida pero sin ver nada en particular.

—Ahora que estamos solas, cuéntame —pidió María mirándola fijamente.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó disimulando, si ella supiera...

—Lo que te está haciendo sufrir. Te notó rara, más taciturna de lo normal y más sensible. Hoy has estado a punto de llorar al ver a tu hermana vestida de novia. Y tú, cariño mío, no eres así. Ya estás tardando en explicarme qué te pasa. —Hizo una pausa para ver la reacción de su hija—. ¿Es por Ewan?

—No lo sé... —murmuró confusa.

—¿Os ha pasado algo?

—Yo no quiero compromisos, y él... bueno, se notaba que sí.

—¿Es que no te gusta?

—Uf. No lo sé, mamá. Él se ha portado muy bien conmigo. Ha hecho cosas que nadie antes había hecho por mí y, bueno, lo he apartado de mi lado...

—¿Tenías miedo de sentir algo por él?

—No lo sé. Nunca he sentido nada por ningún hombre... —susurró mirando el hueco que había dejado la foto familiar.

—Cuando encuentres al hombre perfecto para ti, lo sabrás. Hazme caso. Cuando llega el amor, algo en el interior cambia. Te pondrás contenta cuando lo veas o cuando hables con él. Cuando estéis separados, será como si te faltara algo, como si un vacío se posara en tu alma. Lo querrás compartir todo con esa persona, lo bueno y lo malo. Cuando te bese, será como si el mundo se parase. En tu estómago aparecerán las mariposas, de las que todo el mundo habla, esa sensación tan maravillosa y única que te dirá a voces que estás enamorada — explicó María—. ¿Has sentido algo de esto con él?

—No lo sé —murmuró mirándose las manos.

—De nosotras tres, eres a la que más ha afectado la muerte de tu padre. Te ha hecho demasiado rígida para algunas cosas. No te permites ser feliz, y eso no es justo. Tú puedes, y debes, ser feliz.

—Mamá... —dijo mientras se le agolpaban en su garganta las lágrimas—. Te tengo que contar algo... Aunque no quiero. Pero debes saberlo, porque no se merece más lágrimas ni más pensamientos nuestros. —De sus ojos resbalaban las lágrimas.

—Natalia, me estás asustando. Tú nunca lloras. —María se acercó más a su hija, para abrazarla.

—Lo que te voy a explicar no te va a gustar nada. Al principio no pensaba contártelo, pero es mejor que te enteres por mí y no por otro medio... —susurró secándose las lágrimas que bañaban su rostro.

—Suéltalo, hija mía.

—Papá aún sigue vivo... —susurró; su madre suspiró mientras cerraba los ojos al escuchar aquello.

—Lo sé, hija —confesó con pesar.

—¿Cómo que lo sabes? Yo me enteré hace poco. ¡Lo vi! Con mis propios ojos —dijo sobresaltada.

—Lo sé desde hace años... Gustavo me lo contó. Él era amigo de tu padre y fue quien firmó el

acta de defunción; al ser el gerente del hospital, no tuvo problemas para hacerlo y antes eran íntimos amigos. Un día, cuando empezó a enamorarse de mí —le guiñó un ojo—, me contó toda la historia. De eso hace unos diez años. Como supondrás, no me lo tomé especialmente bien, los insulté a él y a tu padre varias veces. Lloré en el silencio de mi habitación bastantes noches. Pero, después, cuando lo asumí, vi que fue lo mejor que nos había pasado. Imagínate, saber cómo era en realidad el hombre que había amado por encima de todo, ver que era un ladrón, un falsificador y un avaricioso. Porque, sí, hija mía, eso lo hizo por avaricia. Por querer tener más que nadie, cuando no lo necesitábamos. Vivíamos bien. No nos faltaba para comer, y eso era lo importante. Él siempre anhelaba más y más. Gustavo le confesó que había hablado conmigo y que me había contado la verdad. A veces se llamaban, para saber el uno del otro, pero desde que se enteró de que estábamos juntos dejaron de comunicarse. Sé que tenía la intención de llamarme para contármelo él, pero le dije a Gustavo que no quería escucharlo porque no sabía cómo podía reaccionar...

—Yo lo vi. Con su nueva familia, con sus dos hijas... Quise matarlo allí mismo —musitó con pesar—. ¿Por qué no me lo contaste? Yo lo tenía en un pedestal. Creía que era el hombre más maravilloso del mundo y el padre perfecto. ¿Por qué no me quitaste la venda de los ojos?

—Por eso, cariño. Porque lo tenías idealizado y temía que sufieras al saber la verdad. A mí me ha costado bastante asumirlo, pero, bueno, hay que seguir hacia adelante.

—Claro, ahora todo tiene sentido. Por eso estabas tan tranquila al saber que entraban en casa, sabías que entraban por su culpa.

—Lo suponía. Estaba tranquila porque sé lo que tengo en mi casa, y no tengo nada de tu padre desde hace muchos años.

—Esa gente que no temías ha entrado en tu casa y también en ésta, hablaron con Jess para preguntarle por papá y lo peor es que intentaron secuestrarme cuando fui a Argentina —comentó molesta.

—¿¿Cómo?! Primero, ¿qué hacías allí? Y segundo, ¿cómo que intentaron secuestrarte? —preguntó alterada.

—Fui allí porque vi que corríais peligro. Quería averiguar quién estaba tan interesado en nosotras y por qué razones. La sorpresa me la llevé yo cuando intentaron meterme en un coche; le di una buena tunda, no te creas que me quedé parada, pero tengo que reconocer que conseguí escapar gracias a Ewan. Dejó de entrenar para un torneo para venir conmigo... Ha estado a mi lado todo el tiempo que estuve en esa ciudad.

—Si lo hubiera sabido, me hubiese plantado allí a darle un par de bofetones a ese malnacido. A mi niña... —susurró angustiada.

—Ellos querían secuestrarme para obligarlo a salir de su escondite y que les entregara los documentos y el dinero. Al intentar raptarme, él se asustó y me citó para convencerme de que me fuera de allí porque corría peligro.

—Madre mía. Lo debiste pasar fatal —dijo cogiéndole de la mano.

—Sí. Ewan me ayudó mucho... —susurró.

—Natalia, ese chico ha hecho mucho por ti. Le gustas. No temas al amor. —Le dio un beso en la mejilla—. No cierres la puerta a la felicidad. A veces es bueno arriesgarse por alguien. Mírame a

mí. Perdoné a Gustavo, por encubrir la ficticia muerte de tu padre, y ahora estoy con él. Es maravilloso. Estoy descubriendo lo que es amar de nuevo.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Pensar que su madre lo sabía desde hacía años, que Gustavo había sido amigo de su padre, que fue él quien falsificó su acta de defunción y que, aun así, su madre lo había perdonado e, incluso, lo estaba empezando a amar, era algo que no entendía. Ella estaba en estado de *shock* y ya había pasado un mes y medio de aquello. Por otra parte, estaba el tema de Ewan. Estaba claro, lo tenía que reconocer porque si no se volvería loca: le gustaba. Pero ella había decidido que no iba a dejarlo entrar en su vida. Aunque le estaba costando un mundo olvidarlo. Aquellos días que había vivido en Argentina junto a él fueron especiales. Se había sincerado con él como jamás lo había hecho con nadie. Le había demostrado que podía confiar plenamente en él. Se había sentido a salvo en sus brazos...

Se levantó por la mañana temprano, debía entrar a trabajar. Dejó a su madre y a su hermana durmiendo. Natalia pasó la noche en el sofá. Le prestó a su madre su cama. Les dejó una nota en la cocina diciéndoles que por la tarde las vería.

El día fue demasiado tranquilo; aparte de dos autopsias programadas, estuvo casi toda la jornada metida en su despacho, terminando varios informes que tenía a medias. Se quedó un rato sin nada que hacer y empezó a navegar por Internet. Sin pensarlo, puso en Google el nombre de Ewan. Aparecieron varias fotos de él; se quedó mirándolas con una tonta sonrisa en el rostro. Para su sorpresa, vio una noticia que no le gustó mucho: era la portada de una revista del corazón; en ella salía Ewan con una chica rubísima, muy guapa y alta, riéndose y en actitud muy cariñosa. El titular decía *Punto, set y partido*. Natalia siguió leyendo la noticia: la rubia había ido muchos días seguidos a los entrenamientos del tenista. Se rumoreaba que eran novios. Sintió como una punzada en el estómago. Ewan con otra. Más joven, más alta y mucho más guapa que ella. Empezó a sentirse mal. Algo le pasaba, ¿lo que estaba sintiendo eran celos? No lo sabía, nunca los había experimentado.

Terminó su jornada laboral despistada; en su mente no cesaba de darle vueltas la foto de Ewan con aquella rubia. Llegó a su casa y la recibieron con una sonrisa y muchos planes para aquella tarde. Antes de hacer nada, se fue hacia la ducha. María y Jessica se quedaron mirándose extrañadas.

—¿Mañana trabajas? —preguntó María cuando Natalia volvió a entrar en el salón, duchada y cambiada de ropa.

—Los domingos no trabajo. —Se sentó al lado de su madre en el sofá.

—Perfecto. ¡Mañana tenemos planes! —exclamó Jessica aplaudiendo con una radiante sonrisa.

—¿Qué habéis preparado en mi ausencia? —quiso saber un poco nerviosa. No se fiaba mucho de su hermana.

—Es una sorpresa —anunció con alegría.

—Vayamos a hacer algo, que esta gente cena muy pronto, a ver si nos quedaremos sin probar bocado —propuso María mientras se levantaba del sofá.

—¿Dónde queréis ir? —Natalia cerró la puerta de su apartamento.

—¡A la Estatua de La Libertad! —exclamó Jessica.

—¿Ahora? Eso es de locos. Hará muchísimo frío para estar a la intemperie.

—Bueno, pero podemos cenar dentro de un restaurante cerca de la estatua, ¿no? —susurró en tono lastimero.

—Anda, camina. Lo que te gusta salirte con la tuya. ¿Te has abrigado bien? —preguntó mirando su abrigo rosa acolchado.

—Sí, pesada —musitó colgándose del brazo de su hermana.

Cenaron en un restaurante cercano con unas increíbles vistas a la estatua. El estar allí hizo que recordara aún más a Ewan, aquel día que la llevó en ese velero maravilloso... Tuvo que reaccionar de golpe, le hubiera gustado darse a sí misma un puñetazo. Pero ¿qué narices le estaba pasando? Esto era lo que no quería: estar sufriendo por un hombre. No podía quitárselo de la cabeza. Estaba más que harta. Intentó, sin mucho éxito, disimular delante de su madre y su hermana. Pero ellas sabían que le ocurría algo, aunque no el qué. Mantuvieron una conversación relajada, sin comentar nada del extraño comportamiento de Natalia. Después de la velada, se volvieron para casa. Hacía muchísimo frío por las calles de Nueva York.

—¡Esta ciudad es increíble! No me extraña que no te quieras volver para España —dijo Jessica sentándose en el sofá del pequeño apartamento.

—Sí, es muy *Cosmopolitan* —susurró.

—¿Qué hora es? —preguntó Jessica mirando la hora en su reloj de pulsera—. ¡Ah! Me voy a llamar a mi futuro marido. —Dio un salto y se fue hacia la habitación.

—Está como loca por su inminente matrimonio. —María se sentó al lado de Natalia.

—Sí, se la ve muy feliz. Espero que siga así siempre... —musitó Natalia.

—Yo también quiero que mi otra hija sea feliz...

—Lo soy.

—Soy tu madre y sé que no es así.

—Ahora sabrás más que yo —susurró molesta.

—Sé que te gusta ocultar tus emociones. Sé que no estás bien. Sólo te digo una cosa, hija mía: cambia. Arriesga. Y, sobre todo, ama. Sin temores ni miedos. Ama con el corazón y el alma. Porque el amor es lo más bonito que hay en este mundo. —Le dio un beso en la mejilla—. Buenas noches, Natalia. Piensa en lo que te he dicho. Recapacítalo.

Esa noche no pudo pegar ojo, le asaltaban las imágenes de Ewan besando a esa chica, riéndose, acariciándola, amándola... No paraba de dar vueltas en el pequeño sofá mientras las palabras de su madre no cesaban de repetirse en su mente. Se estaba volviendo loca. Esperaba, anhelaba, que ese día que comenzaba fuera mucho mejor.

Después del desayuno, salieron a la fría calle. Sin saber dónde iba, cogió el coche y arrancó, poniendo la calefacción al máximo. Su hermana estaba detrás y su madre iba sentada en el asiento del copiloto.

—¿Dónde tengo que ir? —preguntó una ojerosa Natalia.

—De momento sólo te podemos decir que al aeropuerto —dijo Jessica con una sonrisa.

—¿Dónde nos vamos? Os recuerdo que mañana entro a trabajar temprano.

—Tranquila, no nos vamos muy lejos —susurró María aguantándose la risa.

—Lo poco que me gustan las sorpresas... —murmuró saliendo por las concurridas calles de Nueva York.

—Quita esa cara enfadada. Dentro de poco sabrás el destino —indicó Jessica guiñándole un ojo.

Natalia la miró por el retrovisor central; no se esperaba nada bueno de esta excursión. Ojalá se estuviera equivocando.

* * *

—¿Qué se nos ha perdido en Memphis? —preguntó Natalia dentro de la terminal de Nueva York.

Ya habían facturado y esperaban que dentro de poco anunciaran el avión que las llevara a esa ciudad.

—Es una sorpresa. —Jessica sonrió, parecía que se lo estaba pasado de lo lindo viendo la cara de pocos amigos de su hermana.

—Os lo digo ya: no quiero ir a ver a Ewan —sentenció muy seriamente.

—¿Ewan? Pero ¿el chico no era de Nueva York? —preguntó María.

—No te hagas la despistada, mamá, que sé por dónde vais y no me gusta ni un pelo —dijo sentándose enfurruñada.

—Cariño, disfruta de esta escapada. Mañana ya nos tenemos que volver para España. Queríamos darte una alegría antes de partir — intentó apaciguarla.

—¿Os vais tan pronto?

—Sí, tenemos que seguir preparando la boda. Que la loca de tu hermana no ha dado mucho margen para todos los preparativos —añadió con una afable sonrisa.

El avión, inexplicablemente, llegó sin ningún tipo de retraso. Embarcaron y, en menos de tres horas, llegaron a Memphis. Natalia no dijo nada en todo el vuelo, simplemente escuchó cómo su madre y su hermana hablaban de flores, colores y comida. Intentó tranquilizarse, pensar que ellas no lo sabían, que iban a esa ciudad por otra razón, que el destino era pura casualidad. Sí. Era eso. Seguramente su hermana habría visto, en alguno de esos *realities* que nunca se perdía, alguna tienda que quería visitar para comprar algo para la inminente ceremonia.

Al salir del aeropuerto el viento gélido la despejó un poco e intentó que el último día junto a su madre y su hermana fuera lo más agradable posible. Se pintó una sonrisa en la cara y procuró bromear cuando Jessica le susurró al taxista el destino, sin que ella pudiera oírlo.

—No, no y no —dijo Natalia cuando el taxi paró delante de El Racquet Club de Memphis.

—Natalia, por favor, hazlo por tu hermana. Ewan le dio a Alfredo varios pases vip, pero él al final no ha podido venir porque está hasta arriba de trabajo —susurró María cogiéndole el brazo.

—¡Siempre igual! Hazlo por tu hermana... ¿Y quién hace las cosas por mí? Dime. No, mejor me voy a otro sitio y luego quedamos...

—Ni hablar del peluquín —dijo Jessica molesta—. ¡Tú sacas el culo de este coche ya! Vas a ver el partido de tenis. Si ves a Ewan, lo saludas amablemente y ya está. Es el mejor amigo de Alfredo, te volviste a Nueva York con él, ahora no sé qué perra te ha entrado con que no quieres verlo. Lo

siento mucho, pero es lo que hay.

—No sé por qué me molesto en decir que no a algo. Al final siempre te sales con la tuya. Hale, vamos a ver jugar a Ewan —musitó bajándose del taxi con muy pocas ganas.

Entraron en el grandioso club; Jessica le enseñó los pases a la persona encargada de ello y se encaminaron a la pista central. A Natalia, a cada paso que daba, el corazón parecía que le iba a salir por la boca. Estaba atacada de los nervios. Después de tanto tiempo, lo iba a volver a ver. Se sentaron muy cerca de la pista; se notaba que los pases eran para familiares y amigos de los tenistas. Cuando lo vio aparecer en la cancha, le empezaron a sudar las manos. Iba con un conjunto deportivo blanco y rojo, y el pelo le había crecido desde la última vez que lo vio. Llevaba su raquetero colgado en el hombro derecho y, sin mirar a la grada, se dirigió a su sitio para prepararse.

Natalia no le quitaba ojo. Examinaba sus movimientos. Abrió el raquetero y sacó una raqueta metida en una bolsa de plástico precintada. Le quitó el embalaje. Se colocó mejor las zapatillas, bebió un poco de agua y de lo que parecía ser una bebida isotónica. Al fin, se levantó de aquella silla blanca y se dirigió al lado derecho de la pista. Empezó a dar saltitos, mientras esperaba que su rival sacara para empezar a calentar antes del partido.

—Tranquila —le susurró María al oído.

La miró extrañada, ¿cómo sabía que estaba nerviosa, temiendo que sus miradas se encontraran en aquel lugar repleto de gente? Luego miró hacia su mano, que apretaba con fuerza la de su madre. Sonrió soltándosela. Ni se había dado cuenta de que se la había cogido.

El calentamiento terminó y comenzó lo importante: el partido. Se jugaba la final del U.S. National Indoor Tennis Championships; el contrincante de Ewan era el número tres de la ATP, así que ganarle supondría un buen empujón para su carrera. Se notaba que estaba concentrado. No miraba a nadie a excepción de su rival.

El partido avanzaba bastante reñido. Al final, con mucho esfuerzo, Ewan le ganó el primer set. Natalia estaba deseando que terminara ya. Esto era un sufrimiento para ella. Quería que lo consiguiera. Él no paraba de correr por la pista, de un lado a otro, intentando jugadas arriesgadas, para poder ganar, punto a punto, ese partido importante. Al empezar el segundo set, se llevó un susto: Ewan se resbaló y cayó al suelo. Se levantó de su asiento automáticamente. Hubiera sido capaz de bajar a ver qué le pasaba. Al final, éste se levantó y, mirando al público que lo aplaudía, saludó. En ese instante, las miradas de ellos dos se cruzaron. En el rostro de Ewan apareció la sorpresa de encontrarla allí; se dio la vuelta y se puso en posición para seguir jugando. Natalia no paraba quieta en su silla, la había visto, sabía que estaba allí observándolo. Estuvo tentada en salir corriendo. Se obligó a permanecer sentada en ese lugar, no era normal en ella que una simple mirada la afectara tanto como para huir. Ella no era así. ¿No decía Ewan que era la mujer de hierro?

Se volvió loca aplaudiendo cuando, después de un ajustado partido 7-6 7-6, Ewan se proclamó campeón. No le apartó ojo, deseando en su interior que sus miradas se volvieran a cruzar. Pero eso no ocurrió. Después de cambiarse de camiseta y de deleitar a los presentes con su magnífico torso, subió al improvisado pódium para recoger su copa y decir unas palabras de agradecimiento. Al terminar la ceremonia, se acercó a las gradas a firmar pelotas de tenis, y se metió en el vestuario.

Con una sensación extraña en el cuerpo, abandonó las gradas junto a su madre y su hermana.

Jessica las obligó a quedarse cerca de las instalaciones, donde sólo podían estar los que llevaban pases vip, como ellas, para poder saludar a Ewan.

María tuvo que cogerle la mano a Natalia, porque no paraba de pasear y moverse por la zona privada, muy cercana a los vestuarios. Ella no quería mirar hacia la puerta, inmóvil, que no se abría ni a la de tres. Lo quería ver, pero, a la vez, no quería hacerlo. ¡Era de locos!

—Ewan, felicidades —exclamó Jessica acercándose a él cuando salió de los vestuarios.

—¡Jessica! Qué sorpresa. No sabía que venías —comentó mientras le daba dos besos en las mejillas.

—Al final he venido con mi madre y mi hermana. A Alfredo le ha sido imposible viajar —explicó con tono lastimero.

—Habrá más torneos. Que no se preocupe. Lo primero es lo primero. —Sonrió mientras se acercaba a María.

—Me alegro mucho de volver a verte —dijo mientras le daba dos besos a María.

—Felicidades. Es la primera vez que veo un partido de tenis. Te tengo que decir que, gracias a mi Nati, he entendido este juego. Lo has hecho muy bien —dijo María con una sonrisa.

—Hola, Natalia —saludó Ewan dándole dos besos rápidos en ambas mejillas.

—Hola, Ewan. Felicidades. —Sonrió un poco incómoda por la situación.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro Ewan.

—Sí... Veo que tú estás bien —afirmó Natalia.

—¡Eeeeeeeewaaaaaaaaaannn! —exclamó una chica rubia acercándose a ellos.

Natalia la reconoció, era la misma que había visto el día anterior en Internet. Iba, con el frío que hacía, con una minifalda y un corto abrigo, unas botas altas de tacón y unas medias negras; hacía que Natalia, con unos vaqueros, su chaqueta preferida y sus botas negras, se sintiera fea y mal vestida.

—¡Susan! —exclamó Ewan yendo a su encuentro.

Las tres mujeres se quedaron observando la escena; Susan y Ewan se fundieron en un eterno e íntimo abrazo.

—Ya he visto suficiente. Me voy —dijo en tono seco Natalia dándose la vuelta para salir de allí —. Os espero fuera.

El silencio reinaba en el interior del vehículo de Natalia de camino a su apartamento. Durante todo el trayecto en avión no habló con su familia; menos mal que no le preguntaron ni intentaron sacarle información. Estaba mal. No hacía falta ser muy listo para saberlo. Se sentía una estúpida por haber presenciado aquella escena. Estaba claro que no fue idea suya, pero daba lo mismo... Sin decir más que buenas noches, María y Jessica dejaron en la soledad de su salón a Natalia. La conocían, sabían que, si la forzaban a hablar, ocurriría lo contrario a lo deseado. Debían dejarle tiempo para que se calmara, para averiguar qué le estaba ocurriendo, aunque ellas ya se lo imaginaban. El sueño la venció en seguida. El largo viaje y las dos noches anteriores sin pegar ojo fueron las causantes de que durmiera plácidamente en el pequeño sofá.

La despertó la alarma de su teléfono móvil; con sigilo, se cambió de ropa, tomó un café y una magdalena y salió de su casa directamente a trabajar. Iba a ser un día muy duro, no tenía ganas de nada...

La mañana transcurría con normalidad; hizo dos autopsias programadas y le dio tiempo a pasar los informes. Mientras acababa de detallar el examen anatómico del último, tocaron a la puerta; sin apartar la mirada del ordenador, invitó a que pasaran. Al levantar la vista vio a Michael, que no traían buena cara.

—Buenos días, perdona que no te haya avisado, pero he querido venir personalmente para hablar contigo —dijo mientras se sentaba en la silla negra situada delante de la mesa de Natalia.

—Buenos días, dime. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó dejando lo que estaba haciendo.

—Finalmente el jefe de la banda rusa se reunió con tu padre, no tuvo más remedio. Encontraron su escondite y amenazaron a su familia... —musitó seriamente.

—Vaya, espero que no les haya pasado nada, ellas no tienen culpa de que él sea como es. Entonces, ¿los habéis capturado a todos? —preguntó un poco aliviada al ver el desenlace de todo aquel lío.

—Más o menos... El operativo se complicó un poco. Los teníamos rodeados, mis hombres entraron en una casa abandonada de las afueras de Rosario. El capo y siete de sus hombres estaban allí, ya los teníamos. Todos tenían los brazos levantados en señal de rendición. Pero, en un segundo, en un abrir y cerrar de ojos, el jefe de la banda rusa sacó una pequeña pistola de la manga de su chaqueta y disparó a tu padre en la cabeza —relató Michael con frustración—. Cuando oímos el disparo, uno de mis hombres le disparó en el brazo para desarmarlo.

—¿Ha muerto? —susurró sorprendida.

—Sí. En el acto.

—¿Los demás están apresados?

—Sí, el jefe de la banda se recupera de su herida, pero está en su celda.

—¿Le han hecho ya la autopsia? —pregunto circunspecta.

—Se la están haciendo ahora. ¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque querría habérsela hecho yo.

—¿Es qué no te fías de que esté realmente muerto?

—No.

—Te lo estoy diciendo yo. ¿Es que no confías en mí?

—Estoy en un momento de mi vida en el que ya no me fío de nadie. ¿Dónde le están haciendo la autopsia?

—Aquí... —musitó Michael temiéndose la réplica de su amiga.

—¿Aquí? ¿Y por qué no me lo has traído a mí?

—Porque es tu padre y no quería que te causara dolor.

—¿Quién le está realizando la autopsia? —demandó levantándose de un salto de la silla y dirigiéndose a la puerta de su pequeño despacho.

—Natalie, por favor. Piénsalo detenidamente.

—No hay nada que pensar. Quiero comprobar que ese hombre que dice ser mi padre lo es en realidad. Y, sobre todo, cerciorarme de que está muerto de verdad. No quiero estar toda la vida con la duda.

—Las españolas sois muy cabezonas —murmuró Michael mientras se levantaba de la silla.

—Unas más que otras —dijo con una triste sonrisa acordándose de Ewan.

—Tú te llevas la palma. Eso te lo digo yo —murmuró abriendo la puerta—. Vamos, te acompaño. Lo tiene el doctor Cooley.

Salieron al pasillo y se dirigieron a otra sala, contigua a la que usaba ella para trabajar. Antes de abrir la puerta, Michael la miró para asegurarse de que realmente quería hacerlo. Natalia lo miró con expectación y seguridad.

—Doctor Cooley, la doctora Arroyo quiere presenciar la autopsia del sujeto —informó entrando en la esterilizada sala blanca.

—¿Alguna razón especial para ello? —preguntó sin levantar la vista del difunto.

—Es posible que esté diseccionando a mi padre —le contestó con seriedad mientras se acercaba a él.

Levantó la mirada y la escudriñó entre sorprendido y molesto. Había oído que su compañera era una mujer de armas tomar, pero nunca había podido comprobarlo por sí mismo. Por regla general no trabajaban juntos y no había tenido ocasión de hablar con ella más que lo estrictamente necesario. A sus sesenta años, lo que menos le apetecía era tener a su compañera, joven y menos experta que él, revoleteando a su lado. Sabía, por lo que hablaban los demás, que Natalia era una buena profesional y que, gracias a su intuición y su manera de proceder, había ayudado a resolver muchos casos.

—¿Su padre? —preguntó mirándola a través de sus gafas de medialuna plateadas.

—A eso vengo, a saber por fin la verdad. Necesito que le extraiga algo de sangre y que la comparen con la mía —explicó mirando la cara al difunto—. Es el mismo que conocí en Argentina...

—Tiene un disparo en el cráneo, lo mató en el acto, doctora Arroyo —le comentó el doctor señalándole el orificio de entrada de la bala.

—Ya veo... —susurró mientras se ponía unos guantes de látex.

—¿Qué va a hacer? —preguntó mirando cómo se acercaba a la cara del cuerpo inerte.

—Comprobar si tiene algo en la boca —explicó mientras le metía dos dedos en su cavidad bucal; no sabía qué buscaba realmente, pero estuvo un rato explorando los dientes, por debajo de la lengua y por encima—. Aquí estás —comentó sacando de detrás de la lengua una pequeña pastilla blanca.

—¿Se iba a suicidar? —demandó asombrado por el descubrimiento de su compañera; se quitó sus gafas y la miró a los ojos.

—Eso parece —susurró colocando la pastilla en una probeta para poder analizar sus componentes.

El doctor se quedó quieto mirando a su compañera; no había supuesto que aquel hombre que tenía tumbado en la camilla hubiera podido tener un as en la manga. Estaba claro que no quería correr riesgos y, si lo cogían, o bien la banda rusa o bien la policía, él tenía su vía de escape: poner fin a su vida.

—Doctor Cooley, cuando tengan los resultados, ¿podrían avisarme? —preguntó Natalia desechando los guantes de látex a una papelera cercana.

—Sí, por supuesto. Ahora mismo los mando para que lo analicen y haré que le envíen una copia del informe que redactaré más tarde.

—Gracias, estaré esperando en mi despacho... —susurró mientras se acercaba a la puerta blanca—. Le estoy muy agradecida por haberme permitido asistir a esta autopsia.

Natalia salió de aquella sala blanca seguida por un preocupado Michael.

—¿Estás bien? —interpeló alcanzándola mientras la cogía del brazo para que se detuviera en medio del pasillo.

—Sí. —Disimuló una sonrisa.

—Tengo que volver a comisaria —expuso mirando su reloj de muñeca—, pero luego te llamaré.

—De acuerdo. Yo tengo que volver a mi despacho, me he dejado un informe a medio hacer. Ya hablaremos —musitó reanudando su marcha y dejando a Michael observando cómo se adentraba en su pequeño despacho.

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella; cerró los ojos e intentó calmarse. Estaba al borde de romper a llorar; había hecho un esfuerzo sobrehumano dentro de la sala de autopsias, no creía que le iba a causar tanta aflicción ver a aquel hombre tumbado sin vida. Dentro de ella esperaba que fuera otra mentira, otro despiste para salir airoso de aquella situación. Pero no, era el mismo hombre que le había confesado que era su padre. Aquel que miraba con devoción a su hija pequeña, ese que creía muerto tantos años atrás. Lo que más le disgustaba era haber descubierto que él mismo había decidido morir. Porque, aunque no supiera los componentes de la pastilla que le había hallado en la boca, sabía que era para ese fin. Él no quería que lo encarcelaran y tampoco quería que aquella banda rusa lo torturara hasta que se cansaran; su muerte estaba cantada, daba igual antes que después; él prefirió antes. Con lo que no contaba era con el jefe de la banda, a quien no le tembló el pulso para hacer efectiva su venganza.

Dentro de su pecho notaba una presión que no le dejaba respirar bien y, sin darse cuenta, empezaron a brotar lágrimas de sus ojos sin control. Se fue deslizando hasta el suelo y, allí sentada con los brazos oprimiendo su estómago, lloró y desahogó toda aquella tensión. Se odiaba a sí misma

por comportarse de aquella manera, ella no era de las que lloraban con facilidad y, en un breve espacio de tiempo, ya lo había hecho dos veces. Recordó cuando en Rosario lloró delante de Ewan. Nunca antes se había expuesto así de vulnerable frente a otra persona y menos un hombre. Y él... se portó tan bien con ella, que no sabía si odiarse por llorar delante de él o por haberse portado como una cría después. No supo cuánto tiempo estuvo allí sentada, en el frío suelo; se levantó al oír el timbre del teléfono de su despacho. Antes de descolgar, se secó las lágrimas que bañaban su cara.

—Doctora Arroyo —susurró.

—La llamo del laboratorio, es para confirmar el parentesco de las dos muestras de sangre —dijo en tono profesional una voz femenina.

—Muchas gracias por avisar —musitó sentándose en su silla.

—No hay de qué. Ahora le paso por correo el informe detallado.

—De acuerdo.

—Buenas tardes.

—Sí... —murmuró y colgó el teléfono.

Se levantó sin mirar el ordenador, aunque éste ya le comunicaba que acababa de recibir un mensaje nuevo, se quitó la bata, cogió su abrigo y su bolso y salió de su despacho.

—¿Se va ya, doctora? —preguntó el vigilante de seguridad al verla.

—Sí... —Intentó sonreír.

—No la veo bien, ¿está enferma?

—No, pero he tenido días mejores... Hasta mañana, Kevin.

—Que descanse, doctora Arroyo.

El aire gélido la devolvió a la realidad. Desde que empezara a trabajar en aquella ciudad nunca había salido tan pronto. Siempre se quedaba un poco más intentando adelantar faena, pero ese día necesitaba salir de allí con urgencia. Se subió a su pequeño automóvil y se dirigió a su casa. No había hablado con su madre ni su hermana; por lo tanto, no sabía qué se iba a encontrar. Y lo peor de todo era que no sabía qué contarles... Cuando abrió la puerta de su apartamento halló silencio. En la mesa auxiliar que tenía enfrente del sofá había una nota con la letra de su hermana. «Natalia, nuestro vuelo sale antes de comer, no te hemos querido molestar en el trabajo. Cuando lleguemos a casa, te llamaremos. Esperamos verte pronto. Te queremos mucho. Un beso de mamá y mío. J.» Con la nota en la mano, se sentó en el sofá. De la calle llegaban los sonidos de las sirenas de los coches de policías y de las ambulancias. Aquella urbe nunca dormía. En su interior se estaba creando un vacío, una agonía que crecía. Le habían pasado demasiadas cosas en tan poco tiempo que creía que empezaba a enloquecer. Ya no disfrutaba como antes de la soledad de su piso. Comenzaba a aborrecer aquel silencio. Se levantó sin ánimos de nada y se dirigió a la ducha, así quizá conseguiría relajarse. El agua caliente le cayó como una cascada sobre el cuerpo; en su mente no cesaba de ver la cara de su padre sobre aquella camilla blanca. Quería borrar aquello, de un plumazo, pero no sabía cómo.

Salió corriendo de la ducha al oír la melodía de su móvil.

— ¡Dime! —exclamó al cogerlo.

—Hola cariño, ya hemos llegado a casa —dijo María.

—¿El viaje bien? —preguntó mientras se ataba el albornoz blanco.

—Sí. Cansado, pero bien. ¿Cómo estás?

—Bien... —mintió.

—Nati, cuando necesites hablar, sabes que puedes contar conmigo —expuso María.

—Lo sé, mamá. Gracias.

—Ya hablaremos. Cuídate mucho, hija.

—Sí. Vosotras también. Adiós.

—Hasta pronto.

Natalia se quedó con el teléfono en la mano, quieta en medio de su habitación. Sabía lo que tenía que hacer. Era absurdo continuar con esta pantomima. Dejó el móvil sobre su cama y volvió al cuarto de baño. La noche fría bañaba las calles de Nueva York y Natalia, por primera vez en aquel día, sonreía.

—No lo entiendo. ¿Le ha ocurrido algo para que nos deje? No quisiera que una profesional como usted nos abandonara —planteó el director de la sede del departamento de Medicina Forense.

—No es un adiós para siempre. Ya se lo he explicado. Pero necesito una excedencia de un año por lo menos —comentó Natalia sentada en una cómoda silla del despacho principal.

—Ayer me explicó el doctor Coolie que estuvo con él en una autopsia, habló maravillas de usted y la verdad es que es raro en él que hable tan bien de un compañero de profesión —murmuró en tono cómplice, mientras se quitaba sus gafas doradas.

—El doctor Coolie fue muy amable ayer al permitirme asistir a aquella autopsia —comentó observando que aquellos años que habían transcurrido le habían arrugado la cara y las manos.

—Entonces, doctora Arroyo, ¿no voy a conseguir que cambie de opinión? —preguntó tocándose el pelo canoso con una mano.

—Me temo que no, doctor Ford.

—Espero volver a verla dentro de un año; sería una lástima que perdiéramos para siempre a una persona como usted —comentó con tristeza.

—Volveré. Me encanta este trabajo. Pero ahora necesito centrarme en otras cosas que son importantes para mí.

—Para cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Gracias doctor... —susurró levantándose de su asiento y ofreciéndole la mano para despedirse.

—Espero volver a verla pronto.

—Dentro de poco me tendrá por aquí, no lo dude. —Sonrió.

Salió con una sonrisa del despacho, tenía un año por delante para encontrarse a sí misma. Algo en ella había cambiado, eso lo sabía. Y quería averiguar el motivo de aquello, de sentirse así de vacía, sin ánimo para nada. Cogió su coche y condujo sin rumbo fijo, aunque su interior le gritaba a pleno pulmón dónde ir. Quiso obviarlo, pero era absurdo seguir haciendo aquello: si había cogido aquella excedencia era para llevar a cabo ese tipo de cosas. Estaba harta de reprimirse, de aparentar ser una mujer sin emociones. Las palabras de Ewan le retumbaban en su cabeza: «Eres la mujer de hierro.» Sí, era posible que lo fuera. Pero aunque fuera de hierro exteriormente, en su interior tenía también un corazoncito: no lo había usado mucho, también era cierto, pero éste empezaba a abrirse hueco en medio de tanta frialdad e indiferencia. Aparcó delante del club de tenis de la ciudad. No sabía si volver a arrancar el coche y huir de allí. Estaba loca. ¿Qué hacía allí? ¿Qué iba a hacer si Ewan estuviese dentro? Se quedó dentro del automóvil más tiempo del necesario, intentando tranquilizarse, cogiendo fuerzas de donde fuera. Respiró profundamente antes de salir del vehículo y caminar el poco trayecto hasta la puerta principal. En su interior se debatían las ganas de que él estuviera allí y la esperanza de que no estuviera...

—Buenos días —saludó al conserje que se encontraba en la entrada del club—. ¿Está Ewan

McDaniels entrenando hoy?

—Sí. Usted es amiga de él, me acuerdo de que vino un día... —contestó mirándola detenidamente.

—Sí.

—Entre, está en la pista 10 —le informó tras hojear una libreta.

—Gracias— susurró pasando dentro del gran recinto.

Caminó hasta la pista indicada. Su corazón latía veloz dentro de su pecho, estaba acalorada aun estando varios grados bajo cero. Lo vio allí, al otro lado del alargado rectángulo azul, concentrado en la pequeña pelota amarilla, colocando bien el cuerpo para recibir correctamente el impacto y poder meter la bola dentro de las líneas que lo enmarcaban. Su camiseta blanca estaba pegada a su cuerpo, de su rostro caían pequeñas gotas de sudor, sus piernas estaban en tensión para poder correr en cualquier momento. Su estómago se contrajo al contemplarlo. Se había vuelto loca. Lo sabía. Pero aquel americano había conseguido que sus muros se desmoronaran, y que empezaran a darle igual sus propias normas y limitaciones.

—¿Conoces a Ewan? —le preguntó una chica rubia sacándola de su ensoñación.

—Sí... —farfulló, maldiciendo para sí al darse cuenta de que era la misma chica que vio en Memphis, la supuesta novia de su amigo.

—Soy Susan —se presentó tendiéndole la mano.

—Natalia... —musitó estrechando la suave y delicada mano de aquella preciosa chica.

—¡Ah! Eres la española. Ewan me ha hablado de ti. —Sonrió haciendo que sus lindos ojos azules se ocultaran bajo sus parpados perfectamente pintados de un rosa pálido.

—Vaya, lo siento, no puedo decir lo mismo... —musitó sintiéndose cada vez más incómoda.

—Cuando quiere, puede ser muy reservado. —rio mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Algo llamó la atención de Natalia: en el dedo anular llevaba una brillante sortija dorada que abrazaba con delicadeza una pequeña piedra verde. Al verlo, se le cayó el alma a los pies.

—Enhorabuena —musitó señalándole el anillo.

—¡Ah! Gracias. Aún no me lo creo, me lo pidió hace tan poco que ... —explicó con una sonrisa encantadora.

—Claro —susurró mirando hacia donde estaba Ewan; sus miradas se cruzaron en aquel instante; la cara de él reflejaba la sorpresa al verla allí y le dedicó una sonrisa—. Veo que está ahora muy ocupado. Ya hablaré con él otro día. Tengo prisa. Encantada de conocerte Susan y, de nuevo, enhorabuena.

—Oh... Vale. Igualmente —contestó sin entender las prisas repentinas de ella, mientras la veía alejarse de la pista número 10.

Salió apresuradamente de allí. Comprobar con sus propios ojos que Ewan se había comprometido con esa rubia perfecta hizo que algo en su interior se desgarrara. Llegó a su automóvil a una velocidad de vértigo, ni siquiera contestó al conserje cuando se despidió amablemente de ella. Lo único que tenía en mente era salir de allí y lo antes posible. No quería que Ewan la viera así, él, no sabía cómo, parecía que supiera exactamente cómo se sentía sólo con mirarla...

Condujo por las calles de Nueva York, ya nada la ataba a aquella ciudad. Ni su trabajo ni siquiera él... Llegó a su casa y preparó su maleta. No hacía nada allí. Era mejor volver a casa.

Fue metiendo prendas sin orden en la enorme maleta, sin pensar. Simplemente vació su armario de ropa de invierno y la depositó dentro. Oyó la melodía de su móvil, se acercó a él, que lo tenía encima de su mesita de noche, y vio el nombre de Ewan iluminado.

—¿Para qué me llamas? Te vas a casar con otra. Y yo he sido tan gilipollas de creer que sentías algo por mí. ¡Sí, lo confieso! ¡Soy idiota! He hecho algo que creía que nunca iba a hacer. Me había jurado mil veces que yo no sería así. Que no sentiría nada por ningún hombre. Sólo sexo, me repetía. Sin complicaciones, aseguraba. Llegaste tú y todo se fue a la mierda. ¡Si estuvieras aquí, te arrancarías la cabeza! —le gritó enfurecida al móvil que continuaba sonando sin descanso—. Aunque primero me la arrancarías a mí, por ser tan, tan... tonta —susurró al comprobar que Ewan, al fin, se había cansado de esperar a que le cogiera la llamada.

Sostuvo el móvil con sus manos, mirando la pantalla negra. Levantó la mano derecha y estrelló su teléfono contra el suelo marrón de su casa. Se oyó un sonido hueco, la batería salió disparada a causa del impacto y vio cómo la pantalla estaba hecha añicos. Quitó la tarjeta y, con unas tijeras que tenía en el cuarto de baño, la partió en dos. Así no volvería a saber nada de él. Cuando llegara a España, se cambiaría de número y de teléfono. Con una sonrisa de satisfacción en su rostro, cerró la maleta, se puso su abrigo y los guantes, y salió de su pequeño apartamento.

Antes de coger el taxi que la llevaría al aeropuerto, habló con el portero y le comunicó que estaría un tiempo fuera de la ciudad. Le pidió que le vigilara la casa y que, si sucedía cualquier cosa, la llamara a casa de su madre, ya le daría su nuevo número de teléfono cuando llegara a España. El hombre le prometió que cuidaría del apartamento. De camino al aeropuerto, dentro del primer taxi que vio, y que por fortuna paró en seguida, estuvo sopesando la idea de dejar el piso de Nueva York. Pero, al final, decidió que continuaría pagando las mensualidades, pues no sabía cuánto tiempo aguantaría sin hacer nada. Estaba acostumbrada a trabajar, toda su vida lo había estado haciendo, y tomarse un año sabático era una experiencia nueva para ella.

Compró el último billete para el próximo vuelo que la llevaría a Madrid; saldría en menos de una hora. Luego cogería el autobús para llegar a su casa. Le daba igual tardar un poco más. Al fin y al cabo, el viaje más largo lo hacía en avión... Sin más preámbulos que facturar el equipaje, se fue a la puerta de embarque y en seguida entró dentro del avión. Lo malo de todo esto era que tenía por delante unas ocho horas...

Después de comer aquella comida prefabricada, se puso a contemplar las nubes desde la ventanilla. Llevaba una hora dentro del avión, sobrevolando el océano. No le apetecía leer, ni tampoco ver la película que daban, para desgracia de ella, una comedia romántica... Su mente no dejaba de pensar en él y en todo lo que había vivido junto a Ewan. Había sido la primera vez en su vida que se había relajado con una persona, con un hombre... Siempre estaba alerta, poniendo fronteras, normas y límites para no sentir aquello de lo que tanto y tanto hablaban y sobrevaloraban su madre y su hermana: el amor. Poco a poco, sucumbió al sueño, sin dejar por un instante de pensar en ese americano que le había hecho bajar la guardia.

El sol se asomaba tímidamente por la ciudad natal de Natalia. Después del largo viaje en avión y del trayecto en autobús, llegó a la puerta de su casa. Antes de abrir, respiró profundamente el aroma inconfundible de las mañanas invernales de Toledo, esa mezcla de lluvia, tierra y aroma de las baldosas y la muralla empapada... Le encantaba su localidad. Su gente y su cercanía. Abrió con cuidado la puerta de su casa, desactivó la alarma y, cuando entró, la volvió a conectar. Estaba todo en silencio. Todavía dormían. Sin hacer ruido, se fue a la cocina, tenía hambre. Desde la comida que le habían dado en el avión no había probado bocado. Abrió la nevera y vio con alegría un trozo de tortilla de patatas que supuso que le habría sobrado a su madre la noche anterior. Cogió el plato donde estaba y la calentó en el microondas; cuando estuvo templada, se hizo un bocadillo, y le añadió un poco de mayonesa. Se sentó en la mesa que había en la cocina y disfrutó del sabor familiar de la comida de su madre. Sonrió: estaba en casa.

—¿Qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí? —preguntó su madre entrando a la cocina; detrás de ella iba Gustavo.

—Buenos días. He cogido unas semanas libres —susurró mirando de reojo al novio de María.

—¿Todo bien? —inquirió preocupada; era la primera vez que su hija se cogía días libres justo después de las vacaciones.

—Sí, genial —dijo dando el último mordisco a su bocadillo.

—Me vuelvo a la cama. Me alegro de volver a verte, Natalia —comentó Gustavo abandonando la cocina para que madre e hija tuvieran intimidad.

—Veo que va en serio la cosa... —musitó Natalia cuando se fue el novio de su madre.

—Sí. Es un cielo. No podemos estar separados mucho tiempo, si no se queda él en casa, me voy a la suya... —confesó sentándose a su lado.

—Me alegro... —musitó.

—Ahora dime la verdad. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Ve a dormir, aún es muy temprano para levantarse. Yo tengo que deshacer la maleta. Aunque quiero ir a visitar a la abuela dentro de unos días.

—Se alegrará de verte.

—Y yo también...

—¿No me vas a contar nada ahora?

—Ve a la cama.

—Más tarde hablamos. ¿De acuerdo?

—Sí... —murmuró viendo cómo se levantaba su madre de la silla.

—Recoge la mesa antes de irte a arriba.

—Sí —bufó. Definitivamente: ya estaba en casa.

Cogió su maleta, después de dejar todo ordenado en la cocina, y subió hasta su habitación. La parte de arriba estaba en silencio. Eran las siete de la mañana y el sol empezaba a alumbrar su pequeño cuarto. Dejó el equipaje al lado del armario y se tumbó en la cama, mirando hacia el techo. Ya estaba en España, y ¿ahora qué? De golpe se abrió la puerta de su habitación, y una desencajada

Jessica la miró con cara de pocos amigos.

—¡Tú! —gritó como una loca—. No sabes el rato que me has hecho pasar. Mira, estoy hasta temblorosa.

—¿Qué he hecho? —repuso asombrada por la interrupción.

—Y aún tiene la poca vergüenza de preguntarme qué ha hecho... —susurró con ironía—. Ewan me ha llamado hace una hora y me ha preguntado si sabía algo de ti. Te ha estado llamando durante todo el día y el teléfono daba línea, pero no se lo cogías. Ni tampoco le respondías a sus mensajes. Y, para colmo, el pobre chico ha ido a tu apartamento y se ha encontrado con que no estabas. No sabía nada de ti, el portero no le ha dicho gran cosa y se ha preocupado, y con razón. ¿Cómo se te ocurre desaparecer sin decir nada a nadie? Ewan está como loco. Me ha llamado al ver que no tenía otra alternativa... —explicó alterada moviéndose de un lado a otro de la habitación.

—Vamos a ver, Jessica. Primero de todo, estoy bien. No hace falta entrar como una energúmena en mi habitación. Lo siento si te has preocupado, pero no vi necesario llamar para decir que venía. Lo de Ewan... —intentó que su voz no cambiara al nombrarlo—. Tuve un problema con el móvil, se me cayó al váter y me toca cambiarme de número y todo. No sabía que andaba buscándome... Dile que estoy bien. —Forzó una sonrisa para terminar.

—Claro que lo voy a llamar, ahora mismo. El pobre hasta ha llamado a tu amigo el policía.

—¡Qué exagerado! —bufó tumbándose de nuevo en su cama.

—Anda, cállate, que al final me cabrearé aún más contigo.

—Puedes llamar en tu habitación, estoy cansada —musitó mirando cómo tecleaba en su teléfono móvil.

—¿No quieres hablar con él? —preguntó Jessica extrañada al ver la indiferencia de su hermana mayor.

—No, no tengo nada que decirle. —Sonrió y, seguidamente, se tapó la cara con la almohada.

—Yo contigo lo flipo en colores —murmuró asombrada saliendo de la habitación.

Natalia oyó cómo se cerraba de nuevo su puerta y suspiró aliviada. No entendía el porqué de la preocupación de Ewan por ella. Estaba prometido con la chica perfecta. ¿Para qué la llamaba tanto? ¿Para qué había ido a su apartamento? Y lo que más la aterraba era hablar con él. No quería escuchar de sus labios que se iba a casar con otra. No quería oír hablar de la rubia perfecta. Era imposible competir con ella. Era la primera vez en su vida que se retiraba voluntariamente. No podía ganar, era obvio. Susan era perfecta para Ewan. Ella sólo era la mujer de hierro.

—¿Vais a estar todo el rato hablando de él? Es que, si es así, me vuelvo a mi habitación. Vamos a ver, lo siento. Yo no he pedido que él estuviera preocupado. No sabía ni que me estaba llamando ni buscando. ¡Dejémoslo ya! Por favor —dijo Natalia alterada.

Desde que había bajado de su habitación, su madre y su hermana no paraban de hablar de Ewan, de todo lo que había pasado... Y no podía decirles que cada vez que lo nombraban un puñal se le clavaba en el corazón. No se lo podía contar, porque ella no tenía de eso. Era la fuerte, la valiente. Estaban en la cocina, intentando desayunar, porque no la dejaban ni comer tranquila. Hasta que al final explotó, dejando a su madre y a su hermana boquiabiertas.

—Hija, ¿es por él que estás así de rara? —preguntó María con suavidad para no alterarla más.

—No, mamá. Pero, por favor, dejemos el tema ya, ¿vale? Jessica ya lo ha llamado esta mañana, le ha dicho que estoy requetebién, ya no tiene que angustiarse por nada. Pues hale, ya está. Fin de la conversación —explicó mientras dejaba en el fregadero su vaso vacío—. Me voy a duchar —informó en tono serio mientras salía de la cocina.

—A mí me da... —susurró María viendo cómo se marchaba su hija.

—Y a mí —concluyó Jessica.

El agua caliente le golpeaba con suavidad la cabeza; comenzó a frotarse frenéticamente el cuerpo y el pelo. Estaba muy enfadada. Cabreada consigo misma. Por ser una ilusa y por creer que el océano que los separaba haría que desapareciera esa sensación tan nueva y extraña que crecía en su interior. Se odiaba, sí. Ella no quería eso. Nunca lo había buscado. Y ahora se encontraba pasándolo mal por un hombre. ¡Por un chico! Más joven que ella y que la volvía loca, en todos los sentidos de la palabra. Natalia no era de las que huían, no. Ella cogía el toro por los cuernos y, si hacía falta, hasta lo toreaba. Era decidida para todo. Una temeraria. Y con él... Bueno, Ewan hacía que sacara un lado que no sabía que existía. Se dio la vuelta y abrió la llave del agua fría. Su cuerpo se estremeció al contacto. Tenía que olvidarlo. No podía permitirse sentirse así por nadie, y menos por él.

Salió de la ducha y se enrolló en su cálido albornoz. Delante del espejo se desenredó el pelo y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, no volvió a pensar en él. Dejó el cuarto de baño y se adentró en su habitación. Abrió la maleta para sacar una muda limpia y algo llamó su atención. En la cómoda había ropa perfectamente doblada; se extrañó bastante al verla, no recordaba tener algo así. Cuando la cogió para averiguar más cosas, un calor inundó su cara. ¡Esa ropa era de Ewan! Fue la que le dejó aquel día que se encontraron por la calle, cuando llovía mucho e hizo que subiera a su piso. Se sorprendió a sí misma oliendo esa sudadera. Aún tenía su aroma inconfundible. La estrujó con sus manos, odiándose más si cabe, y la tiró con brusquedad en un rincón de la habitación. Todo le recordaba a él. Se iba a volver loca si continuaba así. Rápidamente, se puso lo primero que vio en su maleta: unos vaqueros y un jersey. Mientras estaba cerrando la maleta, oyó que alguien llamaba a su puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntaron desde fuera.

—Sí... —musitó sin entender a qué venía el novio de su madre a su cuarto.

Gustavo entró en la habitación y cerró tras de sí. La miró con seriedad.

—Quería hablar contigo a solas —informó éste.

—Has elegido mal momento, pero dime... —susurró Natalia con pocas ganas de nada.

—Sé lo de tu padre —soltó sin más.

—Exactamente, ¿qué sabes? —preguntó con precaución.

—Sé que ha fallecido de verdad... Me ha llamado su nueva mujer, sabía que éramos amigos...

—murmuró bajando la mirada al suelo.

—Vaya, qué rápido llegan las noticias —bufó irónicamente.

—Tu madre me ha contado que ya sabes lo que hice... Quiero decirte que lo hice porque en aquel entonces éramos muy buenos amigos, casi como hermanos. Y entre amigos nos debemos ayudar. No me siento orgulloso, de verdad. Sé que hice mal y seguramente me condenen por ello. Cuando me vino a pedir ayuda, lo vi acorralado, sin salida. Lo único que se podía hacer era que creyeran que había muerto. Ya sabes que soy el gerente del hospital, no me fue difícil firmar un acta de defunción falsa.

—Vale, eres el amigo del año —cortó Natalia harta de escuchar aquello—. Mira, mi madre te quiere, aún no lo entiendo, pero así es. Yo lo único que deseo es que ella sea feliz. Que tiene que ser contigo, pues me joderé. Sí, como lo oyes. No me gustas. Desde que te vi por primera vez sabía que escondías algo y, mira tú por dónde, no me equivoqué. Pero no puedo hacer nada, aunque me gustaría. Mi madre ya es mayorcita para saber lo que quiere. Eso sí, y ya te lo dije el día de Navidad, como te atrevas a hacerle algo, aunque sea insignificante, te las tendrás que ver conmigo. Sólo te digo una cosa. Me da igual que te escondas. Di con mi padre, también te podré encontrar a ti —soltó en tono amenazante.

—Él os quería, Natalia. Siempre se ha sentido especialmente orgulloso de ti; aunque estaba en Argentina, intentaba saber de vosotras, a través de mí o de la gente que trabajaba para él.

—¿Qué buenecito! ¿Verdad? —vomitó con rabia—. Mira, lo describes como la persona perfecta. Y antes de saber esto yo también creía que lo era. Pero no. Ha sido un cobarde toda su vida, un estafador y un mentiroso. Para mí ya no es nadie; se lo dije cuando lo vi. Lo más penoso de todo es que ha engañado a otra familia más. Esa mujer y esas hijas que residen en Argentina. Ahora van a vivir el calvario que vivimos nosotras años atrás, todo aquel sufrimiento por perder a un ser querido. Aunque, por lo menos, ellas llorarán a un muerto de verdad. Porque nosotras sólo llorábamos una mentira.

—Sé que estás enfadada y en parte tienes razón. Pero ponte en la piel de tu padre. ¿Tú que habrías hecho?

—Primero de todo, nunca habría hecho negocios ilícitos. Por tanto, lo otro nunca me hubiera pasado. La vida es para vivirla, no para cavarse una tumba y huir a otro país. Gustavo, no me vas a convencer de esto. Es algo que tengo muy claro. A mí me defraudó. Creía tener al mejor padre del mundo y me explotó la realidad en la cara.

—Él siempre os ha querido. Eso nunca lo dudes. Siempre preguntaba por vosotras. Yo le contaba

cómo estabais y qué hacíais...

—Palabras... sólo oigo palabras. No me vale. Él no ha estado cuando lo hemos necesitado —susurró seriamente Natalia.

—Tengo algo para ti. Me lo envió hace mucho tiempo. Quería que lo tuvieras tú. Siempre has sido su hija predilecta.

—No quiero nada de él —negó mientras se apartaba de Gustavo.

—Te lo dejo sobre la cama. No sé lo que hay dentro. Nunca lo he abierto. Me dijo que, si le ocurría algo, te lo diera. Aquí lo tienes —añadió sacando de detrás un paquete rectangular, de tamaño mediano, envuelto en papel marrón. Llevaba todo el rato sujetándolo a su espalda—. Míralo. No pierdes nada —aconsejó mientras lo dejaba sobre la mullida cama.

—No me interesa lo que hay en el interior.

—Eso ya es decisión tuya. Yo te lo dejo aquí —informó mirando el paquete sobre la cama—. Bueno, Natalia, ha sido un placer hablar contigo.

—Hasta luego, Gustavo —se despidió mirando cómo abría la puerta de su habitación y desaparecía por ella.

Observó el pequeño paquete; desconocía lo que podía ocultar, pero tampoco tenía interés en saberlo. Lo cogió y lo dejó dentro de un cajón de su cómoda. Se quedó allí quieta, pensando. No necesitaba eso ahora: recordar a su padre. Ya tenía suficiente con la lucha interna de olvidar aquello que cada segundo crecía sin poder remediarlo. Cogió su maleta, metió unas cosas que tenía por la habitación y bajó con ella. Quería recuperarse, olvidarse de su ahora difunto padre y del americano. Y no podía hacerlo si a cada minuto le preguntaban por Ewan y por Emilio.

—¿Adónde vas? —preguntó su madre al verla cargada.

—Con la abuela. Me apetece verla —informó dejando el equipaje al lado del sofá donde estaba ella sentada.

—Si acabas de llegar...

—Lo sé.

En aquel instante bajó por las escaleras Gustavo, que al verlas se dirigió hacia ellas.

—¿Y Jessica? —demandó Natalia todavía de pie.

—Se ha ido con Alfredo a ultimar un detalle para la boda... ¿Todo bien? Te veo últimamente que no eres tú —dijo María con gesto preocupado.

—Estoy bien, mamá. Necesito cambiar de aires, sólo es eso —sentenció—. Por cierto, Gustavo, ¿mi madre sabe las últimas novedades? —inquirió con una sonrisa maliciosa. Necesitaba una vía de escape y le había venido de maravilla verlo ahí.

—¿Qué novedades? —quiso saber María mirando a uno y luego a otro; Gustavo negaba con la cabeza en dirección a Natalia y ésta le sonreía.

—Que te lo cuente Gustavo. Por si acaso, te puedo asegurar que yo lo he comprobado. No es otra falsa —puntualizó Natalia dándole un tierno beso en la mejilla a su madre.

—No me estoy enterando de nada. Cuéntame, Gustavo —le apremió María.

—Te lo iba a contar, pero no sabía cómo... —murmuró mirando con mala cara a Natalia, que había cogido su equipaje.

—Bueno, nos vemos. Ya te llamaré cuando llegue a casa de la abuela —se despidió con una sonrisa mientras salía de la casa, dejando a un nervioso Gustavo relatando la muerte del marido de su novia.

El viento gélido le congelaba la cara; no hacía tanto frío como en Nueva York, pero aun así era preciso abrigarse bien para poder salir a la calle. Le encantaba el invierno, no sabía bien si era porque había nacido en noviembre o por otra extraña razón. Pero adoraba el frío, las calles mojadas, el olor a lluvia y el paisaje nevado. Cuando era pequeña prefería el verano, porque se iba a casa de sus abuelos a la playa. Disfrutaba allí tostándose en la arena y bañándose en sus aguas cálidas. Ahora, cuando iba a visitar a su abuela, intentaba hacerlo en invierno. Le encantaba pasear por esas playas sin la muchedumbre que en verano se agolpaba allí. El viento salado le ondulaba el pelo y el sonido del mar la relajaba. Estaba deseando llegar y dar largas caminatas al lado de Gracia.

Llegó a la estación y compró un billete a Alicante. Tenía que esperar una hora en el andén hasta que el tren llegara. Dentro de él debería pasar cuatro horas hasta llegar a su destino y luego cogería un autobús que la llevaría hasta Torre Vieja.

De camino se percató de que llevaba una temporada en la que no paraba de viajar, comenzó justo el día en que volvía a casa por Navidad... No había parado de aquí para allá, unas veces sola y otras acompañada. Estaba más tiempo dentro de un medio de transporte que en los lugares que visitaba.

* * *

—Hola, reina, te estaba esperando —saludó Gracia mientras abría la puerta de su pequeño adosado.

—Ya suponía yo que te habría llamado mamá... —resopló mientras le daba un tierno abrazo y un beso en la mejilla.

—Anda pasa, que debes de estar muerta de hambre.

Natalia se adentró en la casa, cansada del viaje en tren y autobús, y dejó la maleta en el pequeño recibidor. Era una edificación de una sola planta, con el tamaño justo, ni muy grande ni muy pequeño. A la derecha del recibidor estaba el salón comedor y al lado se encontraba la habitación de su abuela, que en su interior tenía su propio cuarto de baño. A la izquierda había dos habitaciones más, que eran las que ocupaban de pequeñas Jessica y ella. Justo al final del pasillo había otro cuarto de baño. Enfrente del salón se ubicaba la cocina. Entraron al salón; en él había una cristalera que ocupaba toda la pared que daba vistas al pequeño jardín de su abuela. Natalia, instintivamente, se asomó a ver las flores y las plantas que con tanto mimo cuidaba su yaya.

—Telefonea a tu madre antes de que llame a los GEO —sugirió Gracia con una sonrisa en sus labios.

—¡Qué exagerada es! —resopló.

—Es tu madre, es normal que esté preocupada. Y por lo que me ha contado, lo está mucho. Anda, llámala mientras te preparo algo para comer —insistió mientras le ofrecía el teléfono de su casa.

Natalia lo cogió y contempló su abuela cómo se marchaba del salón. Con muy pocas ganas de volver a hablar con María, realizó la llamada.

— ¿Sí? —contestaron desde el otro lado de la línea.

—Mamá, ya he llegado a Torrevieja —susurró mientras se sentaba en el sofá color vainilla.

—¿Estás bien? —quiso saber visiblemente preocupada por su hija.

—Sí, la yaya me está preparando algo para comer. Ya hablaremos, ¿de acuerdo?

—Sí... Claro —musitó viendo que no conseguiría más diálogo por parte de su hija—. Cuídate mucho. Ya sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

—Lo sé, mamá. Un beso.

—Un beso, hija...

Natalia colgó y dejó el teléfono en su sitio. En seguida entró su abuela con un buen surtido de platos.

—Yaya, no tenías que sacar tantas cosas. Si no como tanto... —Sonrió mientras se acercaba a la mesa del comedor.

—¡Tonterías! Tú come y calla. Mira qué bueno. Te hubiera esperado a comer, pero has venido tan tarde... —explicó mientras dejaba los platos sobre la mesa de madera cubierta por un pequeño mantel de plástico—. He hecho magra con tomate y una tortilla de patatas, de esas que a ti tanto de gustan. Y una buena ensalada murciana.

—¡Qué bueno! Cuánto tiempo sin comer de esto, yaya. —Natalia sonrió al tiempo que se ponía sobre un plato de todo un poco. Su abuela se sentó a su lado, para hacerle compañía mientras comía.

—Cuando hayas descansado un poco, nos iremos al centro —informó Gracia.

—Sí. Tengo que comprarme un móvil nuevo —murmuró mientras masticaba.

—¿Y eso, reina? ¿Qué le ha pasado al tuyo?

—Uf. ¿Quieres la versión oficial o la verídica? —preguntó guiñándole un ojo; estar con su abuela la relajaba.

— Yo, la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —dijo teatralmente.

—Cuando acabe de comer te lo contaré todo. Que hay mucho que contar.

—Ya me lo imaginaba. Tenerte aquí me encanta, pero sé que tú tendrías que estar trabajando en las Américas y no con tu vieja abuela... —Gracia suspiró mirando a su nieta, que comía con placer.

—Eso no lo sabes. A lo mejor ha sido un malentendido —dijo Gracia en tono demasiado serio para ella.

Estaban dentro de una chocolatería del centro del pueblo, al lado de la plaza de la iglesia. Después de un buen paseo por las calles de Torrevieja, de elegir un móvil nuevo y de que su abuela comprara unas medias, se sentaron allí para seguir hablando. Natalia se sinceró con ella, era con la única con quien podía, se lo contó todo: todo. Incluso lo de su padre. Le salían fácilmente las palabras cuando estaba a su lado. Además, su abuela no la agobiaba a incesantes preguntas. Se callaba hasta que hubiera terminado de hablar.

—Yaya, no lo es. Yo misma le vi el anillo en su dedo y le di la enhorabuena. En seguida se le iluminó la cara y me dijo que hacía poco que se lo había pedido... Más claro: agua —sentenció Natalia.

—Me parece muy raro, por lo que me has contado, que de repente al chico le dejes de gustar y se quiera casar con otra... Muy precipitado.

—No se lo puse fácil. Al contrario... Le dije que no quería nada con él, incluso, cuando me llamó varias veces, no le cogí el teléfono ni le contesté los mensajes...

—Y eso, ¿por qué lo hiciste? —preguntó Gracia intentando averiguar más cosas.

—Miedo.

—Vaya, parece ser que mi niña, al fin, se ha enamorado.

—Puf...—resopló poniendo los ojos en blanco; su abuela, al verla, se rio.

—Ay, mi niña, te dije que era maravilloso el amor, pero no te dije que fuera fácil.

—Yaya, es una mierda.

—Natalia, da igual que te vayas lejos, que pongas océanos y miles de kilómetros de por medio. El amor que sientes por ese americano te perseguirá a donde vayas. Hasta que un día, bastante lejano, te olvides del que será tu primer amor.

—Eres única para dar ánimos... —bufó mirándose las manos.

—Es la verdad y debes saberla. Es un sentimiento precioso, es cierto, pero si eres correspondida. Si no... como bien has dicho tú, es una mierda. —Sonrió estrechándole la mano con cariño.

—Dime, ¿qué hago? Todo me recuerda a él, incluso aquí lo tengo presente.

—Natalia, eres una luchadora nata. Eres una mujer fuerte e independiente. Sabes lo que tienes que hacer. No puedes quedarte aquí, escondida, a ver si consigues olvidarlo. No puedes rendirte, ahora no. Debes hablar con él y decirle lo que sientes.

—¡Yaya! —exclamó sorprendida ante aquella idea—. Se va a casar, yo no puedo plantarme delante de él y decirle: oye, que me he enamorado de ti. Sí, qué gracioso, ¿verdad? Ahora que tú te

vas a casar, yo siento algo por ti. Pero, vamos, que tú sigue adelante con tus planes. Que sólo te lo digo para que lo sepas —ironizó ante una posible conversación con Ewan.

—Sabes que tengo razón. Si no lo haces, algún día te arrepentirás —afirmó antes de terminarse el chocolate.

* * *

Los días y las semanas fueron pasando sin casi darse cuenta; su abuela y ella tenían una rutina bien marcada, que ni de lejos las aburría. Por la mañana salía a correr, bien temprano, mientras Gracia preparaba el desayuno; a esas horas la playa estaba completamente vacía para su entero disfrute. Después de una ducha y del desayuno, se iban a pasear por el espigón y el paseo marítimo, sin parar de hablar ni un momento, comentando cualquier detalle, riéndose por cualquier tontería que se les ocurriera. Natalia comenzaba a sentirse más relajada y con ánimo. Después de las tareas del hogar, de comer y de ver la televisión un rato, por la tarde se iban a tomar café con las amigas de su abuela. A cual peor. Nunca se había reído tanto con las salidas de aquellas mujeres. Y así, poco a poco, comenzó a notar que desaparecía aquella opresión en su pecho, aquel malestar que le impedía volver a ser ella otra vez. Ayudó bastante que su abuela no le recordaba la razón de su desasosiego. Incluso le había prohibido escuchar la canción *Si estoy loca*, de Malú, la cual le recordaba todo lo que ella estaba sintiendo por el tenista. Gracia le hacía reírse y, sobre todo, la ayudaba a no pensar. Siempre la tenía ocupada, si no era en su casa, ayudando a arreglar el bonito jardín, ideaba cualquier excusa para salir a la calle.

Sin darse cuenta, llegó la última semana de marzo y con ésta, la proximidad de la boda de su hermana. Gracia esperaba que la vuelta a Toledo no afectara a su nieta, ahora que empezaba a levantar cabeza... Pero debían estar ahí con tiempo, para ayudar en los últimos preparativos y para tranquilizarlas. Con todo preparado, incluso los vestidos para el gran día, se marcharon del que había sido el refugio de Natalia.

Gracia observó, con alegría, que el viaje de vuelta no estaba afectando a su nieta. Se la veía animada, charlando con ella, bromeando de cómo se encontrarían a Jessica, seguramente gritando como una loca.

—Yaya, estoy bien —susurró en el interior del tren, cerca de su destino.

—No he dicho nada —se defendió Gracia.

—Lo sé, pero no paras de observarme desde que hemos salido de Torre Vieja. —Sonrió—. Ese tema ya está finiquitado. ¡He vuelto! —Le guiñó un ojo.

—Me alegra oír eso, reina. Cuando llegaste estabas perdida y muy mal... Ya sabía yo que el aire del mar te ayudaría a despejarte —susurró mirando por la ventanilla—. Ya hemos llegado, Nati. ¿Preparada para lidiar con tu madre y tu hermana?

—Preparada. —Le ofreció una de sus mejores sonrisas.

El tren se detuvo en el andén de la estación de Renfe de Toledo; salieron con paso decidido, portando sus maletas y una sonrisa en la boca. Estaban felices, no todos los días se casaba una hermana y una nieta.

—¿Crees que vendrán a recogernos? —preguntó Gracia mientras caminaban hacia la salida.

—No cuentes con ello, yaya. Acuérdate de que la encargada de esa tarea la tienes a tu lado —comentó.

—Oye, Nati —musitó aflojando su paso—. Ése que está plantado ahí delante no es quien temo que es, ¿verdad?

Natalia miró donde decía su abuela y su sonrisa se desvaneció al instante. Sí, era él. De pie, justo en la salida de la estación, buscado con la mirada a alguien. Todo lo que había logrado en aquel mes se esfumó al volver a verlo. Estaba guapísimo, se había cortado el pelo, y había adelgazado pero había ganado en musculatura. Instintivamente tragó saliva. Notó la mano de su abuela que se posaba en su brazo, y continuaron caminando hacia él. Cada paso era un suplicio para ella, parecía que el corazón se le iba a salir de un momento a otro por la boca. No podía hacer nada, estaba contra la espada y la pared. Debía disimular; como decía él, debía ser la mujer de hierro.

—¡Hola, americano! Te han colocado el bulto a ti... Vaya hija y nieta tengo —saludó Gracia a Ewan mientras le daba dos sonoros besos.

—No pasa nada, a mí no me importa hacer de taxista. —Ewan se rio mientras cogía las maletas que portaba Gracia—. Hola, Natalia —susurró pasando cerca de ella.

—Hola... —musitó. La garganta se le había secado de golpe y no le salían más palabras.

Al pasar cerca de ella, Natalia respiró su perfume, ése que tenía clavado en el alma. Había averiguado la marca, probando una a una en la perfumería: era Dolce & Gabbana One para hombre. Gracia le apretó el brazo y siguieron a Ewan hacia el coche. No lo tenía muy lejos de la entrada; era el automóvil que usaba Alfredo. Ewan abrió el maletero y depositó la maleta de Gracia. Se giró y buscó la maleta de ella. Sus dedos se rozaron sólo un segundo; Natalia notó un cosquilleo que crecía sin control dentro de ella. Lo único que se repetía era que debía ser fuerte y disimular. Aunque lo peor aún estaba por llegar: debía permanecer dentro del mismo vehículo que él.

—Yaya, siéntate delante. Ya sabes que te mareas fácilmente —ideó Natalia abriéndole la puerta del copiloto a su abuela para que no pudiera echarse atrás.

—Ay, sí hija —disimuló su abuela—. Me pongo malísima —terció mirando al tenista.

Dentro del coche, Ewan giró la llave de contacto y puso en marcha la radio. Sonaban los 40 principales; la locutora hablaba animadamente y dio paso a una canción que cantaban a dúo Pablo Alborán y Malú. Ewan salió por las calles de Toledo en dirección a la casa familiar. Los tres, en silencio, escuchaban la letra de esa bella canción:

Se acabó. Ya no hay más.

Terminó el dolor de molestar.

A esta boca que no aprende de una vida.

He dejado de hablar

al fantasma de la soledad.

Ahora entiendo: me dijiste que nada es eterno.

Y sólo queda subir otra montaña...

Que también la pena se ahoga en esta playa.

Vuelvo a respirar profundo

y que se entere el mundo:

que de amor también se puede vivir.
De amor se puede parar el tiempo.
No quiero salir de aquí,
porque vuelvo a verte otra vez.
Vuelvo a respirar profundo
y que se entere el mundo:
que no importa nada más.

Natalia no sabía qué hacer; escuchar aquella canción, con él delante, era un suplicio. «Volver a verte», repetía para sí. Estaba nerviosa, las manos le sudaban y el corazón le retumbaba en el pecho. Creía que no le iba a afectar volver a verlo. Se equivocaba... En ese instante Ewan la miró por el espejo retrovisor central. Sus miradas se encontraron y, por primera vez en su vida, se sonrojó. Ewan sonreía mientras giraba a la derecha por un cruce.

—Nati, ¿esta chica que canta no es María Lucía? —preguntó Gracia cuando hubo acabado la canción.

—Se llama Malú y, sí, es ella —susurró intentando que le saliera la respuesta lo más normal posible.

—Esta canción me gusta, no esa que me hiciste que aborreciera. Todo el día con *Si estoy loca*. Loca estaba yo de tanto oírla —murmuró Gracia.

—Es una canción muy bonita... —susurró muerta de vergüenza. Esa canción le hacía recordar lo que había vivido con Ewan.

—Sí, muy bonita. Pero era todo el día con la misma canción. Un suplicio, Ewan —comentó Gracia; el americano reprimió una carcajada.

Natalia agradeció en el alma que el coche parara delante de la puerta de su casa; casi de un salto, abrió la puerta y salió. Ayudó a que su abuela saliera, ya hablaría con ella después, anda que podía haberse mordido la lengua. Ewan ayudó a entrar las maletas; dentro las recibió María con besos y abrazos.

—Ewan, mil gracias por ir a recogerlas —dijo María.

—De nada. Bueno, me tengo que ir. Ya nos veremos.

—¿No te quedas un ratín más? —preguntó la abuela.

—Gracia, te prometo que otro día me quedaré, pero es que me están esperando... —susurró mirando de reojo a una incómoda Natalia.

—Como quieras... —musitó Gracia mientras se sentaba en el sofá.

—Nos vemos —se despidió Ewan saliendo por la puerta.

Natalia respiró al fin aliviada. Se dio cuenta de que su madre y su abuela la observaban.

—¿Qué? —preguntó molesta por sus miradas.

—Yo no he visto ningún anillo en su dedo... —murmuró Gracia.

—El cartel de «estoy comprometido» creo que se le ha caído de la espalda —bufó con ironía—. ¡Con lo bien que estaba yo en Torrevieja! —exclamó cogiendo su maleta y subiendo a su habitación. Gracia le guiñó un ojo a su hija y ésta sonrió.

Se tumbó en la cama, abatida y arrepintiéndose de no haber hablado más delante de Ewan. Se sentía como si fuera una cría... Nunca, en los treinta años que tenía, hubiera creído que se iba a

comportar de esa manera por un hombre. ¿Qué hacía allí tan pronto? ¿Es que no tenía que jugar algún torneo? ¿O compartir su tiempo con su novia perfecta? Bueno, eso no tenía marcha atrás. Estaba a pocos metros de ella y sabía que ésta no sería la última vez que lo vería. Quedaba una semana para la boda de su hermana con Alfredo y le tocaría lidiar con él más veces... Dentro del coche se había fijado en sus manos, buscando, inútilmente, aquel anillo que le había destrozado la vida. Pero, como bien dijo su abuela, no lo vio.

—¡Ay, Natalia! —exclamó Jessica al entrar en el salón.

Ya era de noche, había pasado el día en su casa, en la compañía de su madre y su abuela. Estaban las tres sentadas delante del televisor viendo una película. Al verla entrar, se levantó de su asiento y se fundieron en un tierno abrazo.

—¡Qué ganas tenía de verte! Natalia: ¡¡¡Qué me caso!!! —exclamó dando saltos por la emoción.

—Lo sé, a eso hemos venido —comentó con una sonrisa. Su hermana estaba resplandeciente. Más guapa de lo habitual, la felicidad de su próximo enlace la favorecía.

—Nati, mis amigas me están organizando una despedida de soltera para mañana. Quiero que vengas y no me valen las excusas.

—Si me lo pones así, no puedo decir que no. ¿Dónde iréis, a un sitio con *strippers*? —preguntó guiñándole un ojo mientras se sentaba en el sofá pequeño al lado de su abuela.

—Espero que no. ¡Qué vergüenza! No me han dicho ni a donde vamos, dicen que es una sorpresa —comentó sonriente al sentarse al lado de su madre en el sofá grande.

—Natalia, si ves que en esa fiesta no hay ningún macho *man* desnudándose, búscalos. Así a tu hermana no le dará un patatús cuando vea a su Alfredo sin ropa —bromeó Gracia.

—Tranquila, yaya, allí estaré yo para que vea mundo nuestra inocente Jess. — Natalia rio siguiéndole el juego a su abuela.

—Mamá —se quejó Jessica—. ¡Diles algo! Natalia, que no quiero que mi Alfredo se enfade... —dijo en tono lastimero.

—¿Él también hará despedida, verdad? —preguntó Natalia aguantándose la risa.

—Sí, se la está preparando Ewan... —susurró.

—Y tú, alma de cántaro, ¿crees que ellos no tendrán a una rubia explosiva siliconada dispuesta a exhibirse y a refregarse si hace falta? —soltó Natalia.

—Espero que no... —musitó—. No me gustaría que ninguna rubia moviera el culo delante de Alfredo.

—Lo sé, cariño. Y Alfredo será tan caballeroso que mirará hacia otro lado cuando la chica se desnude —bromeó Natalia.

—¡Serás petarda! —exclamó tirándole un cojín a su hermana mayor.

Natalia no paraba de reírse, le encantaba hacerla rabiar.

Aquella mañana se levantó de mejor humor. Antes de bajar a desayunar, se puso ropa deportiva. Le apetecía ir al gimnasio, durante todo el tiempo que había estado junto a su abuela, el único ejercicio que había hecho era correr y andar. Estaba deseando golpear un saco.

Al llegar a la cocina se encontró a su abuela y a su madre que charlaban animadamente mientras

se tomaban un café con leche.

—Buenos días —saludó Natalia.

—Buenos días, reina. ¿Preparándote para esta noche? —preguntó Gracia mirando cómo iba vestida.

—Sí, me tengo que poner fuerte por si Jessica se niega a sentarse delante del *boy* — bromeó Natalia mientras se preparaba el desayuno.

—Lo que daría yo por veros por un agujerito. Lo que me iba a reír viendo las caras que pondrá Jessica cuando se le coloque delante un maromo —comentó sonriendo su abuela.

—Pero ¿al final la vais a llevar a un sitio de esos? —intervino María.

—No tengo ni idea. A lo mejor nos vamos a tomar pastas y ya está —dijo Natalia sentándose al lado de su madre.

—Intenta pasártelo bien —susurró María.

—Ya os contaré —comentó mientras se comía su tostada con mantequilla y mermelada de fresa.

Cuando terminó de desayunar, se fue al gimnasio. El tiempo empezaba a mejorar, la primavera se abría paso, poco a poco, en esa ciudad. Esperaba que, para la boda de su hermana, no se fastidiara y, aunque hiciera fresquito, no lloviera.

Estuvo más de media hora en su salsa, golpeando y pateando aquel saco. Aquel día no había mucho movimiento de gente, y podía disfrutar de la tranquilidad de un sábado por la mañana.

—¡Natalia, has vuelto! —exclamó Sergio, uno de sus amigos—. Ya te vale, no nos has dicho nada.

—¡Chico! No me ha dado tiempo, llegué ayer —comentó mientras se daban un abrazo.

—¿Cómo te va todo?

—Bien, la semana que viene se casa mi hermanita —contó con una sonrisa.

—Vaya, bodorrio a la vista.

—Sí.

—Te veo en buena forma. ¿Has estado boxeando? —indagó Sergio.

—No, ojalá. He salido a correr.

—¿Te apetece que peleemos un rato? —Guiñó un ojo señalando un pequeño cuadrilátero al fondo del gimnasio.

—¡Sí! —exclamó sonriente—. Hace un montón que no combato. Eso sí, no vale tocar en la cara, ¿eh? Que si mi hermana me ve con algún moratón, es capaz de vetarme la entrada a su propia boda —comentó Natalia mientras se dirigían hacia allí.

—Trato echo.

Sergio le ofreció un par de guantes rojos y él se colocó unos azules. Se pusieron un casco y se metieron en el ring. Muchos de los que habían ido a entrenar se acercaron a ver cómo combatían. Sergio era famoso en la ciudad, había ganado varios torneos boxeando y, que lo hiciera con aquella chica, les resultaba curioso. Lo que no sabían era que no era la primera vez que peleaban. Antes de partir a Nueva York a trabajar, era normal verla boxeando con alguno de sus amigos.

Los hombres allí reunidos cuchicheaban mientras Sergio y Natalia se movían por el cuadrilátero. Se sorprendieron al comprobar cómo aquella chica golpeaba con fuerza y precisión al fornido

muchacho, que intentaba defenderse de aquellos duros ataques. Las piernas de Natalia no paraban quietas; correr por la playa la había beneficiado, se sentía ágil y rápida.

Se abrió la puerta que daba acceso al gimnasio. Al ver a toda esa gente arremolinada al fondo, se acercó para averiguar qué pasaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó a uno de los que presenciaban el combate.

—Natalia está peleando con Sergio. Uf, cómo pelea la chica, es asombrosa —le respondió un chico sin apartar la mirada del ring.

Se abrió paso hasta poder verla con sus propios ojos. Allí estaba, concentrada en la pelea, dando lo máximo de ella, moviéndose sin parar y dándole unos derechazos a su contrincante que más quisiera más de uno hacerlo como ella, con esa precisión y determinación. Estaba más morena, se notaba que había estado en el Mediterráneo, que el sol la había bronceado mientras salía a correr. Suspiró y se dio la vuelta antes de que ella lo viera. Ewan salió del gimnasio, dejando a muchos de los allí reunidos babeando por aquella chica, esa que le había robado el sueño tiempo atrás.

—Natalia, ¡qué guapa estás! —exclamó Jessica mientras ésta bajaba las escaleras.

—Sí, preciosísima —ironizó colocándose bien las medias.

Se había puesto un vestido negro corto que le había regalado su abuela el año pasado. Tenía un escote en forma de uve que la favorecía mucho y unas pequeñas mangas de gasa negra; la tela se pegaba a su cuerpo. En sus pies, unos zapatos rojos con un impresionante tacón con los que estaba muy sexi.

—Reina, hoy te los vas a tener que quitar de encima. Es que tu abuela tiene un ojo para la ropa... —comentó Gracia mirándola de arriba abajo.

—¡Ay, yaya! —exclamó riéndose—. No tengo interés en ligar esta noche. Me he vestido así para que mi hermanita no me arrincone en una esquina, avergonzándose del marimacho de su hermana mayor.

—¡Será posible que digas eso! Yo nunca me he avergonzado de ti. Ven aquí, petarda —dijo Jessica dándole un tierno abrazo; ella iba con un precioso vestido rosa palo corto.

—Déjate de arrumacos. Vamos a ese pedazo de despedida de soltera que te han montado tus amiguísimas —comentó con una sonrisa.

—Pasadlo muy bien —comentó Gracia guiñándole un ojo a su nieta mayor.

Natalia se puso una chaqueta roja y salieron a la calle, allí las esperaba un coche; en el interior habían tres amigas de Jessica, perfectamente ataviadas y dispuestas a pasárselo en grande.

Se fueron a cenar a un restaurante de la ciudad, en total eran unas diez chicas, todas de la edad de Jessica; aún así, Natalia se lo pasó muy bien, cenaron hasta hartarse y bebieron mucha sangría. Ver a su hermana tan feliz y reírse por cualquier cosa que comentaba era genial. Les pusieron a todas una banda en el cuerpo, como las que usan las mises, en la que ponía «Sigue buscando»; en la de Jessica se leía «Acertaste, soy la novia». Aquello era demasiado ñoño para Natalia, pero accedió a colocársela.

Después de la cena, se fueron a un pub cercano. Entre risas, entraron y comenzaron a brindar con

chupitos. El local empezaba a llenarse; entre brindis y confianzas, fueron cayendo varias rondas de chupitos. Natalia se fijó en que no paraban de buscar por el local algo, supuso que buscaban al *boy*...

—¡Están ahí! —oyó Natalia que le decía una de las amigas de su hermana a Jessica.

Natalia se acercó a Jessica para escuchar mejor de lo que hablaban.

—¿Dónde está el chico del *striptease*? —preguntó con una sonrisa a su hermana.

—No hemos venido aquí a eso. Además, me han prometido que no tendría *boy* —comentó Jessica radiante al haberse salido con la suya.

—Entonces, ¿qué estás buscando aquí? —Natalia cada vez estaba más confusa.

—Hemos visto a los chicos... —susurró avergonzada.

—¿Están aquí haciendo la despedida de soltero? —preguntó Natalia perpleja.

—Sí... Acabamos de ver a uno de los amigos de Alfredo entrando por esa puerta —comentó señalándola.

—¿Sabías qué estarían aquí?

—Sí. Ha sido idea mía venir a este pub —confesó mordiéndose el labio, nerviosa.

—¡Joder, Jessica! Déjale intimidad, mujer. Está haciendo su despedida, no puedes hacerle esto. Lo estás espiando. Vámonos de aquí, vayamos a la discoteca, seguro que nos dejan pasar gratis —propuso Natalia cogiéndole del brazo para sacarla de ese pub.

—No, Nati... Quiero ver qué hacen allí dentro.

—¿Qué van a hacer? Lo normal en estos casos, lo que tendrías que estar haciendo tú: disfrutar de un *striptease*.

—¿De verdad crees que están viendo a una mujer desnudarse?

—Jess, están en un reservado... No creo que estén jugando a las cartas allí dentro.

—De aquí no me voy sin verlo con mis ojos —concluyó con seriedad Jessica.

—¡Qué paciencia debo tener contigo! Anda, ven, cabezona. Y verás con tus ojos que tu amado Alfredo no está haciendo nada malo. Eso sí, cuando echemos un vistazo, nos vamos, ¿de acuerdo?

—Trato hecho —comentó con una sonrisa triunfal.

Cogió a su hermana de la mano y, con paso decidido, se encaminó a esa puerta, sorteando a las personas que bailaban animadamente. Sabía que se arrepentiría de aquello, no le gustaba vulnerar la intimidad de los demás. Pero su hermana era demasiado celosa y le daba demasiadas vueltas a las cosas. A lo mejor se había imaginado que en ese reservado estaban todos desnudos y participando en una orgía. Aquel pensamiento le hizo gracia y sonrió.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó una nerviosa Jessica al ver que la puerta estaba cerrada.

—Primero, disimular —susurró con una sonrisa—, y después abrir con cuidado la puerta y mirar.

—Hazlo tú primero, por favor —murmuró con excesiva preocupación.

—¡Madre mía, Jess! Que no está haciendo nada malo.

Con mucho cuidado, Natalia abrió la puerta, sólo un poco, lo suficiente como para poder ver lo del interior. Notaba que su hermana le apretaba, cada vez con más fuerza, el brazo derecho. Lo que vio fue lo que se imaginaba: una mujer atractiva contoneándose delante de todos aquellos hombres; todos estaban alrededor de ella, haciendo como un círculo. Todos reían y vociferaban piropos a aquella pelirroja espectacular. Buscó con la mirada al novio: lo vio, sorprendentemente, lejos del

espectáculo. Le extraño bastante aquello, había creído que Alfredo era el chico sentado en medio del círculo, de espaldas a la puerta, el cual disfrutaba de primera mano de una buena instantánea de la chica y de su atención. Cuando se giró el chico del centro, para decir algo a uno de sus amigos, se sorprendió al comprobar que era Ewan, que con una magnífica sonrisa se dejaba hacer por aquella chica, mirando cómo bailaba provocativamente con sus senos al aire. La sangre le hirvió. Tuvo que respirar profundamente para tranquilizarse; hubiera sido capaz de entrar y darle una patada a esa pelirroja.

—Tu Alfredo está a cien metros de la chica —informó dejando que mirase por aquella rendija.

—¿En serio? Ay, es un amor —susurró mirando y comprobando por sí misma aquello.

—Pues vámonos —terció Natalia volviendo a cerrar la puerta y cogiendo de la mano a su hermana.

—Te invito a otra ronda de chupitos. ¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó contenta mientras arrastraba a su hermana mayor hacia la barra.

Lo único que anhelaba era salir de ese pub, no quería encontrarse con él de nuevo. Estaba harta de sentirse de aquella extraña forma, de querer darle una paliza a cualquier mujer que se le acercara en actitud cariñosa, de tener ganas de cogerlo y besarlo delante de todo el mundo para que supieran que era suyo... Pero no lo era y nunca lo sería, eso debía empezar a asumirlo. Lo que más rabia le daba era que había conseguido apartarlo por un momento de su mente y de su corazón. Creyó incluso, ¡que ilusa!, que lo había dejado de amar. Pero fue verlo en la estación de tren y volver a sentir todas aquellas sensaciones tan poco conocidas para ella. Lo amaba como jamás creyó que podría amar a alguien. Lo amaba tanto que le dolía el alma sólo de pensar que ahora mismo podría haber sido suyo y que, por culpa de su terquedad y sus malditas normas, lo había apartado de su lado ofreciéndolo en bandeja a cualquiera más lista que ella. Porque sí, se sentía estúpida por no reconocer que lo que sentía al lado de Ewan no sólo era atracción física, era amor. No podía hacer nada, era inevitable sentir eso por el tenista. Lo había intentado, se había obligado a no pensar en él, a no buscar en Internet cualquier noticia o fotografía nueva, a no escuchar esa canción que la volvía loca... Pero no había servido de nada. Cogió el chupito que le ofrecía Jessica y se lo tomó de un trago, debía quemar esa angustia lo antes posible.

—Jess, por favor, vámonos ya. Nos van a ver —le suplicó Natalia por enésima vez desde que hubiera visto lo que nunca debió ver.

—Jo, Nati. Es que quiero verlo. A ver si salen ya de esa habitación de las narices —se quejó Jessica sin dejar de mirar la puerta del reservado.

—Eres de lo que no hay, una malcriada y una mimada. Sí, no me mires así. Una noche, ¡una noche! —la acusó molesta— que puedes disfrutar con tus amigas a solas y él de sus amigos, y estás aquí en plan acosadora. Bah... Me voy a tomar una copa, al fin y al cabo es tu noche. ¡Tú sabrás!

—¿No te vas a casa? —preguntó asombrada.

—Si llego a casa sin ti, me echarán a patadas dos que yo me sé. Por tanto, hasta que tú no decidas irte, aquí estaré yo refunfuñando.

—¡Eres la mejor! —exclamó abrazándola.

—Sí, lo que tú digas. Si me necesitas, estoy en la barra, emborrachándome —bromeó mientras la dejaba rodeada de sus amigas.

¿Qué podía hacer? No podía abandonar la despedida de su hermana, aunque era lo que más le apetecía en el mundo. No porque no se estuviera divirtiendo, antes de tener que espiar al novio se lo estaba pasando bien, era porque no quería ver a Ewan. Por tanto, aunque en principio había bromeado con lo de emborracharse... Debía acallar esa vocecilla que no paraba de repetirle «él está aquí y está con otra, otra que no eres tú». La estaba llegando a odiar, era una vocecilla repelente, que se creía conocedora de todo y no dejaba de herirla con sus comentarios. Natalia llegó a una conclusión, antes de darle un buen trago a un cubata que se acababa de pedir: se estaba volviendo loca, pero de verdad, de las que ingresan en un manicomio.

Estuvo allí de pie, delante de la barra, más tiempo del que hubiera querido, vaciando una y otra vez su copa. Se sentía bastante mareada; se giró para ver a su hermana y la encontró, al fin, en compañía de su amado prometido. Sonrió mientras alzaba su copa hacia ellos a modo de brindis; ellos no se dieron cuenta de aquello, se miraban embelesados. Instintivamente, observó el local. Sabía perfectamente a quién buscar, pero el alcohol empezaba a ralentizar sus reflejos. Le costó bastante encontrarlo y, cuando lo vio, se arrepintió de haberlo hecho. Estaba hablando, muy pegadito, a la pelirroja de antes. Apuró la copa que tenía en la mano, la dejó encima de la barra y se puso a andar. El pub le daba vueltas, empezaba a chocarse con las personas que bailaban al son de la música, que ni oía. Sólo tenía una cosa en la mente: él. El alcohol le había nublado la razón, lo sabía y lo prefería. Debía acabar con toda esa pantomima ya.

—Tengo que hablar contigo —dijo arrastrando las palabras cuando estuvo cerca de Ewan.

—¿Estás borracha? —preguntó sorprendido.

—Sí, ¿pasa algo? Soy mayorcita para emborracharme cuando a mí me dé la gana —comentó mirando de reojo a esa espectacular pelirroja.

—¿Tiene que ser ahora? No te veo muy capacitada de mantener una conversación coherente — señaló observando el estado de Natalia.

—¿Tu prometida sabe que eres muy atento con la chica que se acaba de desnudar delante de ti? —preguntó Natalia harta de tantos rodeos.

—¿Cómo sabes tú eso? —indagó asombrado.

—Dile a tu amiga que no tardaremos mucho, que en seguida volverás a su lado —indicó Natalia en tono seco.

Ewan se quedó mirando primero a Natalia y después a la pelirroja, se acercó a esta última y le dijo algo en el oído, Natalia vio cómo aquella chica asentía con la cabeza y la miraba con curiosidad. Luego, sin decir nada más, salieron del bullicio del local.

El frío de la calle hizo que se despejara un poco, lo justo para saber lo que estaba haciendo. Pero ya no iba a dar marcha atrás. Ahora no. Se alejaron un poco de la puerta del pub, para poder hablar con tranquilidad.

—¿Me has estado espiando? —soltó Ewan sin más preámbulos.

—¿Yo? ¡No!... —exclamó intentando defenderse de aquella acusación—. Bueno, sí, pero no fue idea mía. Jessica quería saber lo que estaba haciendo Alfredo y me tocó a mí mirar primero. Imagínate mi sorpresa cuando te vi a ti, y no a Alfredo, delante de esa chica. Estabas disfrutando, ¿verdad? ¿Sabe Susan a lo que te dedicas en España? La verdad es que no me esperaba esto de ti, de otro a lo mejor sí... Me has decepcionado mucho —comentó dolida.

—No te sigo, Natalia... ¿Qué tiene que ver Susan con todo esto?

—¡Mucho! ¡¡Es tu prometida!! —exclamó indignada.

—¿Mi qué? —preguntó aturdido.

—Mira, no me vengas ahora con secretitos. Me lo dijo ella aquel día que fui a verte al club de tenis.

—Vamos a ver, que yo me entere... —hizo una pausa para recapitular—. ¿Tú crees que le estoy siendo infiel a mi prometida?

—Yo no he dicho tal cosa. Pero me temo que, como sigas en esa actitud cariñosa con esa chica... —murmuró Natalia. Ewan estalló en carcajadas.

—¿Estás celosa, Natalia? —preguntó intentando calmarse.

—¿Yo?! —dijo dando un paso hacia atrás; estaba acorralada: la había pillado.

—Sí, tú. No me mientas, española. —Sonrió observando que estaba muy nerviosa.

—Mira, es absurdo que venga ahora con mentiras. —Hizo una pequeña pausa para armarse de valor—: Ewan, sí, estoy celosa. ¿Y sabes por qué? Porque estoy loca por ti —expuso mirándole fijamente a los ojos.

—¿Cómo?! Después de todo lo que me has hecho pasar. Que me has ignorado, has pasado de mis llamadas y mis mensajes... ¿Me dices esto ahora? —detalló furioso.

—Sí... —musitó apesadumbrada.

—No he sabido nada de ti en meses. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero sólo he conseguido tu silencio... Cuando te viniste a España sin avisar a nadie, creí enloquecer de la preocupación. Habías puesto tu caparazón y no dejabas entrar a nadie, ni siquiera a mí.

—Todo lo que me digas, me lo merezco. Me he portado fatal contigo y no te lo merecías... — susurró abatida; ésta era su despedida, lo sabía. Debía ser sincera con él, se lo debía.

—¿Desde cuándo has cambiado de opinión?

—Creo que empecé a sentir algo por ti cuando me trajiste el helado de chocolate quitapenas — musitó con una sonrisa al recordar aquel día en Argentina.

—Tú me advertiste de que no me enamorara de ti... —le reprochó.

—Lo sé, pero, entiéndeme, yo ya estaba enamorada ti —se sinceró.

—¡Joder, Natalia! Eres la mujer más cabezota, más reservada y más rara que he conocido en mi vida —comentó acercándose más a ella.

—Tienes razón, Ewan. Aunque ya no sirve de mucho reconocerlo. Te he apartado una y mil veces de mi vida, pero siempre entrabas sin avisar. Y ahora, que me he dado cuenta de muchas cosas, te vas a casar con una chica perfecta para ti. En el fondo, me alegro, en serio, no me mires así, porque sé que ella te hará feliz —musitó apesadumbrada.

—¿Has creído durante todo este tiempo que estaba prometido? —preguntó con seriedad.

—Sí... Susan me lo contó cuando la encontré en el club de tenis, hasta me enseñó la alianza. Se la veía muy feliz y parece muy buena chica. Me alegro por vosotros...

—Natalia, Susan se va a casar con mi entrenador... no conmigo —murmuró regalándole una preciosa sonrisa.

—Pero ella... —titubeó, en su estómago comenzaban a danzar las miles de mariposas en señal de alegría.

—¿Ella me nombró?

—No... —admitió sintiéndose estúpida por dar algo por hecho—. Me dijo que se acababa de prometer, pero no me dijo tu nombre. Al verla allí, supuse el resto.

—¿Por eso te fuiste de allí? —preguntó Ewan intentando esclarecer todo aquello.

—Sí. Fui a verte, a hablar contigo y, cuando averigüé eso, bueno... —intentó tranquilizarse—. Sabía que no podía competir con ella, por eso me fui.

—Natalia, ella no te llega ni a la suela del zapato. Eres desquiciante, lo sé, pero eres la mujer más increíble y sorprendente que he conocido... Ya había perdido toda la esperanza, creía que te había perdido para siempre. Pero ahora sé que nunca he estado tan cerca de conseguir lo que he anhelado durante todo este tiempo. Una palabra tuya bastará para que no te deje escapar nunca más.

—Ewan —suspiró emocionada cogiéndole la mano con suavidad sin apartar su mirada de la suya.

—Estoy enamorado de ti, mujer de hierro. Desde que te vi por primera vez, con tu cazadora de motera, tu mirada fría y distante, me impresionaste.

—Ewan, sé que soy difícil y no será fácil...

—Lo sé. Pero me encantan los retos —la interrumpió acariciándole la mano con suavidad—. Te quiero tal y como eres.

Natalia sonrió dichosa, se acercó a él y, agarrándole del cuello, lo besó con ardor. Como su abuela predijo, había encontrado al hombre que la volvía loca. Ewan la acercó más a él cogiéndola por la cintura.

Comenzó a caer sobre ellos una lluvia fina, pero no se dieron cuenta de aquello, estaban ocupados amándose, recuperando el tiempo perdido, mientras sus lenguas se entrelazaban y sus cuerpos se estrechaban cada vez más.

Epílogo

—¿Quieres tranquilizarte? Estás preciosa y todo va a salir bien —susurró Natalia; Jessica estaba hecha un mar de lágrimas.

—Ay, Nati. Tú sí que estás guapa. —Hipó mientras se sonaba con un pañuelo.

—Te vas a destrozar el maquillaje. Ven que te lo arregle, sino Alfredo se va a creer que te he pegado una paliza —bromeó haciéndola sentar en una silla.

—¿Estás nerviosa? —preguntó mirando cómo su hermana mayor, con mucha delicadeza, le arreglaba los manchurrónes de rímel.

—¿Yo? ¿Por qué debería estarlo? —Sonrió mientras ponía un poco de polvos sobre la cara de Jessica.

—¡No todos los días se casa una! —exclamó mirándola fijamente.

—Lo sé, hermanita. Y no, no estoy nerviosa.

—Ya está, te estás haciendo una profesional del maquillaje. ¿Quién me lo hubiese dicho? El marimacho de mi hermana sabe maquillar mejor que yo.

—He tenido que hacer un máster intensivo en ese asunto —susurró—; tener un novio famoso y ser foco de la prensa te enseña sí o sí.

—Parece mentira que hayan pasado dos años... Y, ahora, mírate, te vas a casar con el número uno del tenis profesional. Tú, la mujer anticompromisos.

—Lo sé, lo sé. Pero Ewan... —susurró con una sonrisa en su rostro—. Estamos hechos uno para el otro, Jess. Creí que nunca diría estas cosas, pero él es todo lo que yo necesito. Lo amo...

—Ay... Me vas a hacer llorar otra vez —musitó aguantándose las lágrimas que asomaban por sus ojos.

—Los embarazos te vuelven muy llorona; cuando estabas encinta de Patricia no parabas de llorar en todo el día. Y ahora con Susana no iba a ser diferente. —Se acercó a Jessica y le tocó su abultada barriga.

—Natalia, cuando Ewan te vea, se va a volver loco. Estás tan bella... —murmuró cogiéndole de las manos.

Se giró y se contempló en el gran espejo que habían puesto en su habitación de soltera. Iba con un precioso vestido del diseñador Jesús Peiró, de color blanco roto, con una media manga de gasa y una cintura entallada engalanada con un cinturón plateado; la falda caía en varias capas desordenadas grácilmente por su cuerpo. Su pelo estaba recogido en un discreto y elegante moño, con varios mechones que caían por su rostro. Pensó en cómo le había cambiado la vida desde aquel día que celebraron la despedida de soltera de Jessica. Desde ese instante, Ewan y ella no se separaron. Después de la fantástica boda de su hermana, se fueron a Nueva York juntos. Natalia se mudó al apartamento que tenía Ewan en la ciudad y, al estar de excedencia en su trabajo, pudo viajar con él a todos los torneos de tenis en los que competía. Fue maravilloso compartir aquel tiempo a su lado,

verlo esforzarse para ganar a sus contrincantes, comprobar que no tiraba la toalla al mínimo contratiempo. Aprendió mucho de él, de su manera de ver la vida, de sus pasiones y de su compañía. Era el mejor amante, el mejor novio y el mejor amigo que podía tener. Al año comenzó a trabajar de nuevo de forense; le resultó una tarea ardua desprenderse de la fantástica rutina de estar a su lado, pero no quería abandonar su oficio, aunque estuvo tentada de hacerlo. Ewan ganaba lo suficiente como para vivir cómodamente. Y, un día, para su sorpresa, le pidió que se casara con ella. Fue por la mañana, un domingo que no tenían previsto hacer nada y se despertaron tarde en la habitación que compartían. Ewan la miraba embelesado, mientras le acariciaba la espalda.

—Cásate conmigo —le susurró al oído.

—Mmmmm... —ronroneó de placer Natalia por las caricias.

—Te quiero tanto... Hazme aún más feliz diciéndome que te casarás conmigo.

Natalia miró esos ojos verdes que la enloquecían. Ya había roto muchas normas con él y sólo faltaba ésta, la más importante, el compromiso en mayúsculas.

—Sí. Me casaré contigo, aunque sea en Las Vegas y vestida de Marilyn Monroe. ¿Sabes por qué?

—Ewan negaba con la cabeza mostrándole una sonrisa radiante—. Tú me enseñaste a amar, hiciste que abriera los ojos y comenzara a vivir plenamente. Me haces dichosa sólo con tenerte a mi lado. ¿Cómo no me voy a casar contigo? Sé que he sido una anticompromisos, pero sólo te estaba esperando a ti. Sólo tú, Ewan, has hecho que rompa mis barreras y mis normas.

Ewan se acercó a sus labios y la besó tiernamente.

Después de aquel día, comenzaron los preparativos para la boda. Ewan le regaló un anillo de compromiso de oro blanco con unos pequeños brillantes con la forma del símbolo del infinito; éste le explicó que aquello significaba todo lo que la amaba. Fijaron la fecha para cuando terminaran los campeonatos de tenis. Se celebraría el día 5 de diciembre, en la ciudad natal de la novia y lugar donde se conocieron.

—Niñas, ¿aún estáis así? —preguntó Gracia entrando de repente en la habitación—. Ay, mi niña... estás deslumbrante.

—Gracias, yaya, eso es que tú me miras con buenos ojos.

—No digas tonterías... Mira, te traigo un regalito para que te acuerdes de tu abuela la loca. — Sonrió mientras le daba un paquetito.

—¿Qué es esto? —preguntó con una sonrisa radiante.

—Si lo abres, lo verás.

Natalia arrancó el precioso papel plateado y contempló la fotografía que se habían hecho las cuatro hacía dos años por Navidades; estaba enmarcado con un precioso portarretratos plateado.

—Yaya... —resopló emocionada.

—Sabía que te iba a gustar.

—Me encanta —dijo abrazando a su abuela.

—¿Te acuerdas de mi brindis de aquel día?

—¿Cómo lo iba a olvidar? —Sonrió—. Brindaste para que encontrara al hombre que me

volviera loca.

—Sí, reina. Y mírate ahora. Mi niña terca ha encontrado el amor verdadero —susurró tocándole el brazo con suavidad.

—Yaya, me vas a hacer llorar. —Intentó recomponerse—. Jessica, por favor, coge un pañuelo de mi cómoda.

—Hoy es un día de emociones, es normal que llores. Me siento especialmente orgullosa —musitó abrazando a la novia.

—¿Qué es esto? —preguntó Jessica cerrando el cajón de la cómoda; se acercó a su hermana, le dio el pañuelo y le enseñó un paquete envuelto en papel marrón.

—Ya no me acordaba de eso... —murmuró secándose las lágrimas que amenazaban con estropearle el maquillaje—. Gustavo me lo dio cuando llegué de Estados Unidos, nuestro padre quería que lo tuviera al morir él.

—¿Por qué está cerrado? —quiso saber Jessica, intrigada.

—Porque no quiero saber lo que hay en el interior... —comentó Natalia con indiferencia.

—¡Pues yo sí quiero saberlo! —exclamó Jessica llena de curiosidad—. ¿Me dejas que lo abra?

—Haz lo que quieras... —Levantó los hombros y se giró para terminar de vestirse.

Buscó los zapatos de tacón con detalles en plata y se los calzó.

—¿Esto qué es?! —dijo Jessica descubriendo que el misterioso paquete era un libro. Natalia se dio la vuelta para verlo.

—Pues una edición, bastante cara, de *Los pilares de la tierra*. Lo que no entiendo es por qué me regala esto —comentó acercándose a su hermana.

—Ay, niñas. Esto parece una película de suspense —susurró Gracia llena de emoción—. Nati, tú que eres tan lista, ábrelo y dinos si se esconde algo en su interior o... ¡mejor!, si hay algunas frases del libro subrayadas que nos hagan comernos la cabeza hasta dar con el lugar que nos llevará al último deseo de vuestro padre.

—Yaya, definitivamente, deja de ver series policiacas. ¡Madre mía! Qué imaginación tiene esta mujer —soltó Natalia muerta de la risa—. A ver, dame el dichoso librito —le dijo a Jessica.

Cogió el libro. Antes de abrirlo, lo miró: las tapas eran duras y, como bien había dicho, era una edición cara. En la contraportada decía que era de lujo. Los bordes de las páginas eran de color oro. Natalia, con mucho cuidado, abrió el tomo por la mitad.

—Pero... —musitó perpleja.

—Nati, no nos tengas así. ¿Qué pasa? —se quejó Jessica.

—El libro tiene un doble fondo —susurró enseñándoles su descubrimiento.

Al abrirlo vio que no era un libro con hojas, sólo era una especie de caja con forma de libro; en su interior encontró papeles y mucho dinero.

—¡Hija mía! ¡¿Qué disparate es éste?! —exclamó Gracia llevándose las manos a la cabeza al ver la gran cantidad de billetes que había en el interior.

—Esto es la prueba del delito, yaya —murmuró con melancolía sacando todo lo que había dentro—. Hay una nota... —señaló desplegando una hoja blanca.

Mientras su abuela y Jessica contaban los billetes que había, Natalia leyó aquella carta:

Querida Natalia, si lees esta carta significará que he muerto... Te preguntarás el porqué de todo esto y por qué te he elegido a ti y no a otra persona. Todo empezó cuando me encontraste en Argentina, tu manera de mirarme me dolió más que las amenazas de esa banda rusa. Me vi reflejado en tus ojos, Natalia, y comprobé, para mi desgracia, que me había convertido en un ser despreciable, que no merecía seguir viviendo de esta forma. Siempre me he sentido orgulloso de ti, has sido capaz de abrirte paso tu sola, sin pisar a nadie, simplemente trabajando y luchando por lo que creías. Te envidio, me hubiera encantado tener tu fortaleza, tu lealtad y tu franqueza. Te has convertido en una mujer extraordinaria, digna de tener un pasado sin ninguna mancha negra. Por eso te envió esto, son los papeles que he tenido guardados durante años, los mismos que han buscado esa gente. Sé que tú los pondrás en buenas manos. También te envió el dinero que me queda, no es ni la quinta parte de lo que me llevé, pero, compréndeme, tengo otra familia a la que habré dejado. Espero que te quedes con el dinero; si no lo quieres, dáselo a tu madre o a tu hermana. Lo que tú creas conveniente estará bien. Sé que te he decepcionado y no puedes llegar a comprender cuánto me duele eso. Espero que algún día me perdones, porque, hija mía, siempre te he querido y siempre te querré. Emilio.

—Chiquilla, ¿sabes cuánto dinero hay aquí? —preguntó Gracia asombrada—. ¡Sesenta mil euros!

—Jessica, por favor, ¿puedes decirle a Michael que venga? —musitó con seriedad mientras se sentaba en la cama.

—Sí, claro. Pero debemos salir ya, ¿recuerdas?

—Sí, tranquila, será sólo un momento. Dile que venga, creo que está abajo... —murmuró pensativa observando aquellos papeles.

—Ahora vuelvo.

—Natalia, te recuerdo que hoy te casas, tu futuro marido te está esperando ya en el Alcázar... —informó Gracia sentándose al lado de ella—. Esto lo puedes dejar para cuando vengas del viaje de novios.

—No, yaya. Esto quiero zanjarlo ya, para poder disfrutar plenamente de mi vida. Estoy harta de que me persiga la sombra de mi padre, hasta en el día de mi boda. Si no lo arreglo, Ewan notará que me pasa algo. Y no quiero amargarle a él la celebración.

—Como quieras, cariño mío. ¿Quieres que te deje sola?

—Sí, ahora, cuando venga Michael, solucionaré esto y ya nos podremos ir —dijo Natalia forzando una sonrisa.

—¡Qué mala pata! Ya podría haber encontrado el dichoso paquete otro día. En fin, cualquier cosa, me llamas —comentó Gracia abriendo la puerta de su habitación.

—Tranquila, en seguida bajo —susurró guiñándole un ojo.

Ahí se encontraba ella, el día más feliz de su vida con el tormentoso recuerdo de su padre. Habían pasado dos años, había conseguido aceptar la realidad, incluso viajó con Ewan a Argentina para poder hablar y explicarles toda la verdad de su padre a la otra familia. Lo tenía superado y, ahora, delante de ella, tenía todas las pruebas de que su padre era el mayor estafador del país.

—¡Natalie! —exclamó abriendo sin llamar Michael; Jessica le guiñó un ojo y cerró tras de sí para dejarlos solos— ¿Qué ocurre? No me he enterado muy bien.

—Delante de ti tienes el último regalo que me hizo mi padre —susurró señalando su cama.

—No puede ser... Natalie, ¿sabes lo que significa esto? Nuestros rusitos no se van a escapar de la cárcel tan fácilmente —afirmó con dicha mientras estudiaba los documentos.

—Me alegro de que puedan ayudar más al caso. No quiero que salgan de la cárcel nunca. Ya han

hecho suficiente daño a mi familia...

—¡Esto es genial! ¿Este dinero? —preguntó señalándolo.

—Dinero sucio, a saber de dónde vendrá. Llévatelo todo —murmuró sin querer mirar aquellos billetes.

—Tú mandas, esto son pruebas muy importantes para el caso. ¡Madre mía, Natalie! Estás preciosa —observó maravillado; con las prisas no se había fijado antes.

—Gracias. Venga, cógelo todo, venía dentro de ese libro —indicó ofreciéndoselo.

— *¿Los pilares de la tierra?* —se extrañó Michael.

—Sí. —Sonrió—. Vámonos ya, que no quiero que Ewan piense que me he echado para atrás.

Michael ayudó a su amiga a bajar la escalera; en la planta de abajo estaban esperándola su familia y sus amigos. Al verla, lo único que repetían era lo hermosa que estaba. Se subió en un precioso coche de época; al lado tenía a su madre y a su abuela, quienes no dejaban de sonreír. Era un día dichoso, había triunfado el amor y por fin había dejado atrás el oscuro pasado de su padre, zanjándolo para siempre.

Llegaron al Alcázar de Toledo; los invitados estaban sentados en sus sitios, todo preparado y el novio elegantemente vestido esperaba a su amada. Ewan estaba nervioso, llevaba un rato ahí de pie y Natalia no llegaba. Anhelaba que no lo dejara plantado; lo bueno de estar a su lado era que no sabía lo que iba a ocurrir, era una bomba de relojería, y eso le encantaba. Ansioso, miraba los rostros sonrientes de sus invitados. Su familia estaba en primera fila; su madre le tocaba el brazo para que se tranquilizara. Estaba deseando verla, ver sus ojos, notar su mano entre la suya. De pronto, comenzó a sonar una música; no era una cualquiera, no. Era su canción. Aquella que escucharon dentro de ese coche, de camino a casa de ella, cuando llegó junto a su abuela de Torre vieja. Esa que les hizo recordar lo vivido juntos. Pablo Alborán y Malú daban paso a una sonriente Natalia del brazo de Alfredo, su cuñado y padrino; el culpable de que se conocieran... El pequeño pasillo que daba paso al altar estaba decorado con *liliums* de varias tonalidades; su aroma se percibía en toda la sala. La gente allí reunida se giró para ver a la novia; todos susurraban y sonreían a su paso, pero ella no se daba cuenta de ello, sólo miraba a ese chico que había hecho que los muros que había fabricado durante tantísimos años se demolieran, dejando paso a un sentimiento que creía innecesario y sobrevalorado. Sus miradas se encontraron. Ewan percibió el nerviosismo de ella, y sonrió al verla tan espectacular. Su corazón aún se desbocaba cuando la veía.

—Cuidala, si no lo haces, ya sabes que peligrará tu integridad —susurró Alfredo a Ewan cuando llegaron.

—Lo sé, pero témela tú más que yo. Porque no se me ocurriría en la vida dañar a lo más bello que tengo en mi vida —musitó guiñándole un ojo.

El juez dio paso a la ceremonia; se sentaron enfrente de todos los allí presentes con las manos entrelazadas. Se acariciaban con sutileza las manos; para ellos, estaban solos en aquel maravilloso lugar. Se sentían dichosos, sobre todo Ewan: había conseguido, no sin esfuerzo, el corazón de la mujer más increíble y maravillosa que había conocido. Ahora entendía el dicho popular español de «lo bueno se hace esperar». Él tuvo que hacerlo, e incluso creyó haber perdido cualquier oportunidad de acercarse de nuevo a esa mujer que lo volvía loco.

El juez, con una sonrisa radiante en la cara, les dio paso a que se pusieran las alianzas.

—El amor verdadero consigue cosas maravillosas, una de ellas es que este hombre y esta mujer estén hoy aquí reunidos para unirse en matrimonio. La vida está repleta de caminos difíciles y de baches, pero lo podréis afrontar todo si andáis juntos, uno al lado del otro. Para siempre, infinitamente —expuso el juez, mirándolos—. Ahora colocaos las alianzas. —Ewan y Natalia se pusieron las preciosas alianzas de oro blanco—. Ya sois marido y mujer. Podéis besaros —susurró guiñándole un ojo al novio.

Sin dudarlo un segundo, Ewan levantó con el dedo la barbilla de su amada y la besó con devoción. La gente allí reunida aplaudió feliz: el amor había triunfado y Natalia había descubierto que era maravilloso.

Agradecimientos

Desde mi primer libro siempre has estado tú en primer lugar; creo que sin ti todo esto no sería posible. Gracias, amor, por estar a mi lado, por ayudarme tanto y por tu gran apoyo. Te amo.

Mil gracias a Lucre y Lilian Zupel, por traerme un trocito de Argentina y poder ver, con sus palabras, cómo es aquel país.

A mi familia, mis amigos, mis chicas, mis lectoras, las mamis del cole y todas las grandísimas personas que he conocido a través de las redes sociales (las Indasex, las Cococala, las Iceman...); se me quedan cortas las palabras para agradecerlos todo lo que hacéis, día tras día, por mí. ¡Sois la bomba!

A mis lectoras cero, gracias por vuestra gran y valiosa ayuda.

Quiero agradecer a Esther Escoriza y al Grupo Planeta su confianza, es un sueño poder publicar con vuestra editorial.

Gracias a todas las personas que me han ayudado, de una manera u otra, a cumplir mi sueño.

A ti, lector, por darle una oportunidad a la historia de Natalia y Ewan.

A veces hay que recorrer un camino repleto de baches para encontrar el verdadero significado del amor.

LOLES LÓPEZ

Biografía



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña su pasión ha sido la escritura, pero no fue hasta el año 2013 cuando se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguió *Ámame sin más* y *Perdiendo el control*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

www.loleslopez.wordpress.com

No te enamores de mí

Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Loles López, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszaftiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: noviembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13316-2

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

LOLES LÓPEZ



NO TE
enamores
DE MÍ

zafiro[♥]